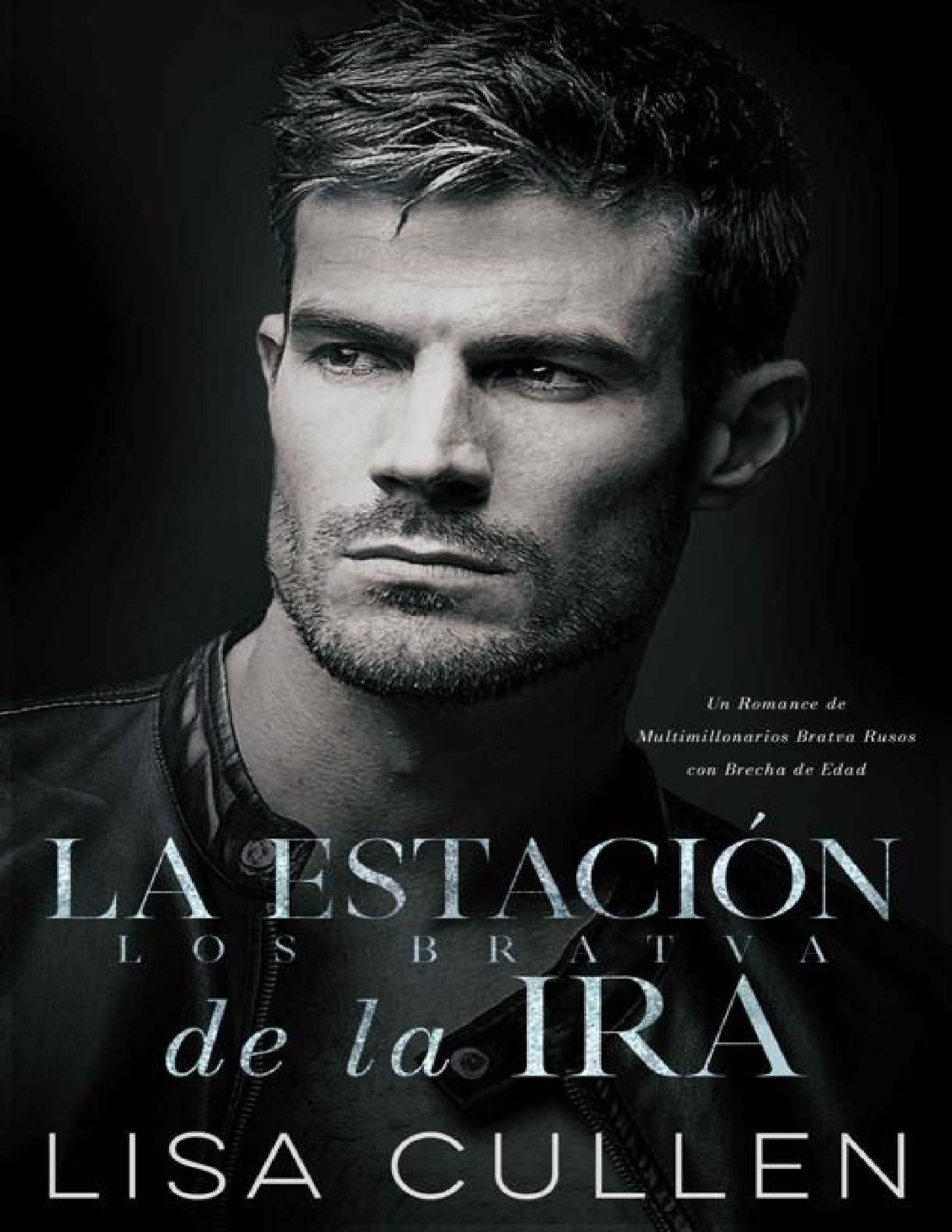




*Un Romance de
Multimillonarios Bratva Rusos
con Brecha de Edad*

LA ESTACIÓN LOS BRATVA *de la* IRA

LISA CULLEN

LA ESTACIÓN DE LA IRA

UN ROMANCE DE MULTIMILLONARIOS BRATVA RUSOS CON
BRECHA DE EDAD

LISA CULLEN

ÍNDICE

Descripción

1. Heidi
2. Heidi
3. Heidi
4. Maksim
5. Heidi
6. Maksim
7. Heidi
8. Maksim
9. Heidi
10. Maksim
11. Heidi
12. Maksim
13. Heidi
14. Maksim
15. Heidi
16. Heidi
17. Maksim
18. Heidi
19. Maksim
20. Heidi
21. Maksim
22. Heidi
23. Maksim
24. Heidi
25. Maksim
26. Heidi
27. Maksim
28. Heidi
29. Maksim
30. Heidi
31. Maksim
32. Heidi
33. Maksim
34. Heidi
35. Heidi
36. Maksim
37. Heidi
38. Maksim
39. Heidi
40. Maksim
41. Heidi

Epílogo

Epílogo ampliado

Copyright © 2024 by Lisa Cullen

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

✻ Creado con Vellum

DESCRIPCIÓN

**Mi atracción por el jefe mafioso mayor es innegable...
Dice que me está robando la juventud, pero yo quiero que la tenga.
Hasta que un *embarazo* arruine todos mis planes...**

Nunca quise desnudarme por dinero... pero un trabajo es un trabajo, y un cheque después, he pasado la noche con un capo de la mafia guapísimo y forrado, y he pagado las facturas del hospital de mi madre.

Cuatro años después, el apuesto desconocido vuelve a mi vida... Excepto que Maksim Federov no tiene ni idea de que tuve a nuestra niña hace años, después de la noche que pasamos juntos.

Guardaré el secreto hasta asegurarme de que Maksim tenga un lugar en la vida de mi hija...

Hasta entonces, nuestra relación se regirá por mis límites.

Aunque eso signifique que acabe en su cama todas las noches, suplicando más de sus sensuales caricias. Ahora solo tengo que mantener la boca cerrada sobre el bebé que me dio.

Pero la vida tiene otros planes.

HEIDI

Respiro varias veces y trato de unir las costuras de mis emociones mientras espero a que Zoe abra la puerta. Un segundo después, la abre de un tirón y su tornado de energía estalla en el aire mientras me saluda con una sonrisa radiante junto con su corte pixie que forma un halo salvaje de bordes ondulados alrededor de la cabeza.

"¡Heidi! ¿Estás lista para colocarte salvaje para nuestra noche de chicas?"

Zoe, chiquilla, morena, de rasgos angulosos y hermosa piel aceitunada, es el polo opuesto a mí tanto en aspecto como en energía, pero somos inseparables desde que mi madre y yo nos mudamos a California antes de mi primer año de instituto. Y sabe leerme mejor que nadie.

Su alegría muere al ver la expresión en mi cara. "¿Qué sucede?"

Cogiéndome de la muñeca, Zoe me empuja a través de la puerta hasta el apartamento de cinco dormitorios de San Francisco que comparte con cuatro de las chicas con las que trabaja. La sigo en silencio, aterrada de decir las palabras en voz alta porque entonces podrían parecer ciertas.

"¿Están dormidas las otras chicas?" Pregunto, no queriendo desmoronarme en medio de la cocina de Zoe si pudieran entrar bailando un vals.

Mi mejor amiga me deja en la mesa y se sienta frente a mí. Maquillaje oscuro en los ojos que completa su estilo rebelde punk-rock, el smokey cat-eye acentúa sus claros ojos color avellana. En estos momentos, me evalúan con un intenso nivel de preocupación. "Amber lo está. Las otras tres se fueron a currar temprano. Supongo que las cosas se están animando en el club, así que Howie ofrece horas extra".

Niego con la cabeza, apenas capaz de entender su respuesta cuando solo puedo pensar en mi madre.

"En serio, Heidi, me estás asustando. ¿Qué sucede?"

Trago saliva y me tomo un momento para mentalizarme. "Mi madre tiene los resultados del laboratorio".

Zoe frunce el ceño. "¿Y?", pregunta en voz baja.

Sacudo la cabeza y mis ojos se posan en mis manos, que yacen cruzadas sobre mi regazo. "Es un glioblastoma M o algo así, un tumor cerebral muy agresivo y difícil de curar". Una lágrima

resbala por mi mejilla y resoplo cuando las emociones empiezan a salir a pesar de mis esfuerzos por contenerlas.

"Oh, cariño. Lo siento mucho. Pero... pueden tratarlo, ¿verdad?"

Me encojo de hombros y me limpio las mejillas antes de taparme los ojos con las manos. "Empieza la quimio el lunes. El médico no parece muy seguro de que vaya a ayudar".

Zoe se calla, y eso lo hace mucho peor, porque a mi franca amiga nunca le faltan las palabras ni las opiniones. Suelto las manos y la miro a los ojos con mi visión aún borrosa. Y puedo ver mi profunda sensación de miedo y pérdida reflejada en su rostro.

"¿Qué puedo hacer?" Pregunta, extendiendo la mano por encima de la mesa para coger la mía.

Sacudo la cabeza. "No sé si hay algo que podamos *hacer*".

Se me escapa un sollozo y, en un instante, me derrumbo por completo, incapaz de mantener la compostura por más tiempo. Al menos conseguí salir de casa para que mi madre no tuviera que verlo. Ya tiene bastante de qué preocuparse como para ver cómo me desmorono.

Zoe rodea la mesa y me abraza con fuerza, dejándome llorar. Y a pesar de mis esfuerzos por recomponerme, parece que no puedo evitar que caigan las lágrimas. No quiero perder a mi madre. Es toda la familia que tengo en el mundo y no sé qué haría sin ella.

Tengo la sensación de que todo el estrés y la ansiedad que he estado soportando desde su cita de esta tarde me han golpeado de lleno y apenas puedo respirar. Pero mientras Zoe me rodea la cintura con sus brazos, la emoción se va apagando poco a poco.

Tras varios minutos de agonía, reúno fuerzas para juntar los pedazos de mi corazón y recomponerlos. Con la respiración entrecortada, me enderezo y me seco las lágrimas mientras libero a Zoe de mi abrazo mortal.

Me dedica una sonrisa triste y baja los brazos. "¿Cómo se lo está tomando tu madre?"

"Mejor que yo, creo. Solo dice que está cansada cuando le pregunto. Aunque sé que le duele. Pero lo único de lo que se ha quejado hasta ahora es de que estoy abandonando la universidad". Suelto una risilla incrédula, pensando en lo obstinada que se puso mi madre cuando le conté mi decisión.

Mi madre preocupándose por mi educación cuando su salud está en juego.

"¿En serio?" pregunta Zoe, arqueando las cejas.

"Bueno, sí. Apenas podría permitírmelo, aunque trabajo en la tienda a tiempo completo. Y, por supuesto, mi madre no puede permitirse un seguro médico, así que ¿cómo vamos a pagar su tratamiento? Apenas puede hacer las horas que tiene, sus dolores de cabeza son muy debilitantes. Tengo que buscarme un segundo curro".

"Pero estás tan cerca de graduarte", objeta Zoe mientras se dirige hacia los armarios de la cocina pintados de blanco.

"Sí, bueno, puedo terminar mis dos últimos semestres una vez que el cáncer de mi madre esté en remisión. No voy a decirle a mi madre que debe esperar para recibir tratamiento hasta que

termine la carrera".

Zoe resopla y se pone de puntillas mientras tantea en busca de algo en la estantería que tiene a la vista.

"¿Qué estás haciendo?"

"Busco unos vasos. Vamos a abrir una botella de vino porque necesitas un trago. Así que, a menos que quieras beberlo directamente de la botella, necesitamos algo para servirlo".

Mis hombros se hunden aliviados. Un vaso de vino suena increíble ahora mismo. Algo para calmar la ansiedad que me oprime el pecho desde que nos dieron el diagnóstico de mi madre. Me uno a Zoe en la encimera y utilizo mis veinte centímetros de más para alcanzar las copas que tanto le cuesta conseguir. No es que yo sea excepcionalmente alta; mi amiga solo mide metro y medio.

"Gracias", dice, dejándose caer de nuevo sobre sus talones y dirigiéndose hacia la despensa a por una botella de vino. "Solo odio que tengas que posponer la universidad cuando ya te ha llevado cinco años llegar hasta aquí".

"No podría importarme menos el diseño de interiores ahora mismo".

Zoe asiente, introduce el sacacorchos en la botella y retira el precinto con un chasquido. Luego me sirve una copa generosa y me hace un gesto para que me acerque al sofá del salón. Le doy un trago al espeso líquido y saboreo el sabor amargo que promete una rápida dosis de alivio emocional. Sigo sus indicaciones y me dirijo al sofá gris acolchado.

"Sé que tienes tu orgullo, pero Heidi, tal vez ahora es el momento de pensar en unirme a mí en Lady Venus. Ganamos buen dinero, y si las finanzas están tan ajustadas, desnudarse podría ayudar, aunque solo sea temporalmente. Para que tu madre supere la quimio". Su expresión es casi de disculpa. Sabe cómo me siento bailando semidesnuda delante de hombres borrachos y sádicos.

Por supuesto, nunca la juzgaría a ella ni a las chicas que están dispuestas a hacerlo. Me quito el sombrero ante cualquiera que tenga la confianza suficiente para exponerse así. Pero me da escalofríos. No puedo dejar de sonrojarme solo de pensarlo. Ni siquiera he ido a ver a Zoe al trabajo.

Pero necesito el dinero. *Mi madre necesita el dinero. Y es solo bailar, ¿no?*

Bebo otro trago de vino, buscando valor en mi interior. Me imagino en el escenario con lencería y tacones, balanceándome seductoramente alrededor de una barra. Está tan lejos de lo que soy. Claro que me gusta bailar cuando Zoe y yo vamos a las discotecas. Pero eso es totalmente distinto a quitarme la ropa y someterme a las fantasías sexuales de innumerables hombres extraños.

Vacíó la copa y la extiende para que me sirva nuevamente. Zoe me sirve otra generosa cantidad de vino sin mediar palabra.

"De acuerdo", digo mientras el alcohol empieza por fin a llegar a mi torrente sanguíneo, dándome el valor que tan desesperadamente busco. "¿Me presentas a Howie?"

El gerente del club de striptease ha sido bueno con sus chicas, por lo que he deducido de las historias de Zoe. Supongo que, al final, es mejor dejar a un lado mi orgullo y verlo como una oportunidad si con ello ayudo a la lucha de mi madre contra el cáncer.

Zoe esboza una sonrisa torcida, parece leer mis pensamientos en los ojos. "Podemos ir antes de mi turno de mañana".

Asiento con la cabeza. "Gracias, Zoe".

HEIDI

S eis meses después

"LO SIENTO, señora Turner, pero el cáncer sigue creciendo. ¿Ve esta masa gris claro aquí en el lóbulo frontal?"

El doctor Humphreys rodea con su bolígrafo una mancha gris lechosa del tamaño de una pelota de béisbol en el lado derecho del escáner PET de mi madre, y se me revuelve el estómago. Antes era del tamaño de una moneda de 25 céntimos. Incluso después de tanta quimio, está empeorando.

"Me temo que la quimioterapia no es una solución viable".

"¿Qué quiere decir?" Pregunto, mi desesperación evidente en la voz.

Mi madre me aprieta suavemente la mano, asegurándome que todo va a salir bien. Pero no es así. Nada de esto debería estar pasando. Mi madre apenas tiene cincuenta y cinco años. No debería estar muriéndose. Duele verla tan frágil. Incluso sus labios se han vuelto marrón grisáceo pálido. Y su hermoso pelo rubio miel, que heredé, se ha caído por completo. Ahora lleva pañuelos de colores para disimular las tristes y escasas cerdas que le crecen en el cuero cabelludo.

Probó las pelucas, pero sentía que no eran para ella. Sin su espesa melena característica, tiene un aspecto tan cansado y abatido que me rompe el corazón. *¿Y ahora la quimio ni siquiera ha ayudado?* Lo odio. Me siento absolutamente inútil. Lo único que puedo hacer es sentarme y ver cómo el cáncer devora la mente aguda y maravillosa de mi madre.

"Podemos buscar opciones alternativas. Hay un fármaco de prueba disponible actualmente en la UCSF. Podría solicitarlo. Creo que tiene una posibilidad moderadamente buena de ser aceptada en el estudio, dado su tumor específico y su falta de respuesta al tratamiento." La expresión del Dr. Humphreys es grave mientras nos mira por encima de sus gafas.

"¿Y cuánto va a costar?" pregunta mi madre, con voz cansada.

"Depende. Es probable que el seguro no lo cubra, pero potencialmente, el programa podría ayudar con algunos de los costes."

"Ya encontraremos la forma de pagarlo", le aseguro. Mi trabajo a tiempo completo en Lady Venus me ha permitido pagar su tratamiento durante los últimos seis meses. Y aunque las finanzas son ajustadas ahora que mi madre está demasiado débil para mantener su trabajo en la floristería, puedo hacer horas extras si es necesario.

Terminamos la cita y salimos al pequeño Honda Civic que tengo en el aparcamiento. Sujeto la mano de mi madre durante todo el trayecto porque su tumor le ha hecho perder el equilibrio y no quiero que se caiga al asfalto. Subimos al pequeño coche azul marino en silencio. Mi madre espera pacientemente con el bolso en el regazo mientras yo miro por el parabrisas.

Y ahora que estamos solas, siento que las lágrimas empiezan a picar en la parte posterior de los ojos. Por más que intento mantener la compostura, no puedo evitar resoplar. Realmente esperaba buenas noticias, a pesar de los persistentes dolores de cabeza de mi madre. Casi me había convencido de que se debían a la quimioterapia y no al hecho de que el tumor siguiera presente.

"Todo irá bien, Heidi", dice mi madre con suavidad, y yo asiento con la cabeza, agarrando firmemente el volante con las dos manos.

"Miraré el programa en cuanto lleguemos a casa. Tengo media hora antes de ir a trabajar".

"Heidi, te estás desgastando. Necesitas ir más despacio".

"Iré más despacio cuando acabemos con el cáncer", le digo a mi madre, mirándola a los ojos con convicción.

Ella esboza una sonrisa triste, el cansancio evidente en las líneas caídas de su rostro. Hace apenas un año, habíamos hablado de hacer un viaje por carretera para celebrar mi graduación. Ahora tengo la sensación de que nunca podré salir de la montaña de estrés económico que se suma al miedo de perder a mi madre.

Sé que ella ha hecho las paces con ello. Pero yo no puedo. No estoy lista para dejarla ir. No sé si alguna vez estaré lista para eso. Pero ni siquiera tengo treinta. No es justo. Mi madre es una de las mejores personas del mundo, y no debería estar muriendo de cáncer. No después de que ya perdimos a papá por eso cuando yo era solo una niña.

¿No hay suficiente gente en el mundo como para que podamos repartir un poco la desgracia?

Pero parece seguirme a mí, a mi familia, eligiéndonos uno a uno.

La casa está en silencio mientras mi madre se mete en su habitación para descansar, agotada ya incluso de las salidas más breves. Me siento frente al ordenador para buscar información sobre el programa que mencionó el Dr. Humphreys. No va a ser barato, aunque consigamos meterla en el programa. Pero parece una forma nueva y prometedora de atacar específicamente los tumores cerebrales, así que podría hacer lo que la quimioterapia no pudo. Tenemos que intentarlo.

Me apresuro a rellenar su solicitud inicial en los pocos momentos libres que tengo antes de ir a trabajar. Luego cojo mi neceser de maquillaje y atravieso la ciudad a toda prisa hasta Lady Venus. No puedo llegar tarde, no si voy a intentar convencer a Howie de que me de horas extras. Las necesitare para cubrir los gastos extra si aceptan a mi madre en el programa de tratamiento experimental.

Me dejo caer en la silla de maquillaje junto a Zoe y la saludo con un suspiro mientras me pongo

a trabajar en mi cara.

"¿Qué tal ha ido?", pregunta tímidamente, y sé que me está preguntando por la cita de mi madre con el médico.

Aprieto los labios, no estoy dispuesta a llorar cuando tengo que salir al escenario dentro de diez minutos. En lugar de entrar en detalles, sacudo la cabeza. Ahora no tengo tiempo para derrumbarme.

"Lo siento, cariño", respira, con los hombros caídos.

Se levanta de la silla y viene a colocarse detrás de mí. Se pone a trabajar en mi pelo en lugar de presionarme para que le dé más información. Sabe que no debe dejar que me ponga sentimental al principio del turno. Lo último que necesito ahora es que me manden a casa. A ningún hombre le gusta ver llorar a una bailarina exótica cuando se supone que debe ayudarlo a olvidarse de los problemas del mundo.

Estamos aquí para inspirar placer, belleza y fantasías divertidas.

Así que no hay lugar para las lágrimas.

Cojo del perchero mi tanga rosa de lentejuelas y el top a juego, me quito rápidamente la ropa de calle y me pongo el traje para el primer número de canciones y bailes de los 90. Zoe ya lleva puesto el de color verde lima, de pie en la parte delantera de la sala, mientras mira nerviosa hacia el DJ.

"Vamos, Heidi. Me está dando la señal para empezar."

"Lo sé, lo sé", suspiro, tropezando con mis tacones rosas de tiras antes incluso de atarme el top.

Zoe tira de él para cerrármelo alrededor de las costillas. Luego vuelve corriendo a su sitio justo a tiempo para coger su entrada y salir al escenario. Su característico pavoneo levanta una oleada de vítores, y sacudo la cabeza mientras me enderezo, asegurándome de que todo está en su sitio.

Detrás de mí, Tiff está de pie con su traje azul de lentejuelas, lista para tomar el poste en el lado cercano de la pasarela. Amber y Kat ya están entre bastidores una vez más, habiendo entrado por la abertura más alejada, por donde solemos salir para mantener un flujo fluido entre números. Tendrán uno o dos bailes para cambiarse y recuperarse antes de volver al escenario.

Luke, nuestro DJ esta noche, me hace una señal, y sé que es mi turno de alardear de mi cuerpo mientras hago mi entrada. Pero no me pavoneo como Zoe. Ella tiene la personalidad ardiente y la mirada rebelde para conseguirlo, y aunque yo me he sentido perfectamente cómoda en el escenario en los últimos seis meses, todavía no soy abiertamente sexual en mis andares como pueden serlo algunas de las chicas. Pero ahora sé cómo caminar por una pasarela.

Recojo mis ondas rubias por encima de un hombro y doy pasos largos y seguros, colocando un pie justo delante del otro al hacer mi entrada. No me precipito mientras me dirijo hacia el poste central, manteniendo la mirada alta, distante del mar de hombres que hay a ambos lados del escenario. Es más fácil no mirarlos hasta que llego a mi sitio. Aunque Zoe nunca parece tener problemas con el contacto visual, me inquieta pensar en tantos ojos puestos en mí.

Pero una vez que me pongo a bailar, es fácil dejarse llevar por el ritmo de la canción,

encontrarme cómoda en mi propia piel. Y puedo apreciar el buen ejercicio que consigo bailando en el poste. Me mantiene concentrada.

Alcanzo mi poste, lo cojo y confío en su firme estabilidad mientras permito que mis ojos escudriñen el mar de caras por primera vez. Mi corazón da un vuelco cuando veo a un hombre sentado junto al escenario.

Es guapísimo.

Vestido con un traje negro, parece que acaba de llegar de un evento formal, quizá una boda. Se ha aflojado la corbata y se ha abierto los botones superiores de la camisa para dejar entrever el musculoso pecho que lleva debajo. La barba perfectamente recortada que colorea su mandíbula es del mismo color oscuro que su espesa cabellera ondulada, que brilla gracias al producto que la mantiene perfectamente peinada.

Desde aquí puedo ver la tinta negra de los tatuajes que apenas empiezan a trepar por su cuello. Imagino que cada centímetro de sus anchos hombros y de su espalda está cubierto de obras de arte. Parece grande, tanto en altura como en complexión, incluso desde esta posición elevada. Grande en el sentido de intimidantemente musculoso. Está en una forma magnífica.

Pero no es su impresionante figura ni la línea cincelada de su mandíbula cuadrada lo que detiene mi corazón. Son sus acerados ojos grises, que encierran tanta tristeza como la que yo siento. Y está sentado justo enfrente, mirándome fijamente como si me desafiara a ahuyentar sus insondables problemas.

Me estremezco cuando nuestras miradas se cruzan.

Algo en este hombre grita peligro. Muerte. Y me pregunto si no será la mismísima parca, que ha venido a escoltar a un miembro más de la familia Turner al más allá. Si es así, no estoy segura de que me importe.

La camarera se acerca para entregarte la mejor botella de vodka ruso que tenemos en stock, y cuando deja la botella, sé que está aquí por una sola razón. Para adormecer el profundo y terrible dolor que oscurece su alma.

Doy una vuelta alrededor de mi poste, apartándome de él mientras hago un lento círculo, iniciando mi baile. Pero me resulta casi imposible concentrarme con él mirándome. Siento que sus ojos siguen mis movimientos y se me eriza la piel.

Y al regresar a su lado del escenario, tengo claro que estoy bailando para él. Me inclino y abro mis muslos mientras me deslizo al ritmo seductor de la canción, ofreciéndole un mundo de fantasía donde su tristeza se desvanece.

Sus ojos descienden, trazan las curvas de mi cuerpo hasta llegar a la punta de mis muslos, observan cómo mi culo reposa ligeramente sobre mis talones. Y cuando me inclino apoyándome en las palmas de las manos, sus ojos vuelven a encontrarse con los míos.

Dios, es impactante. La intensidad de su mirada. Es ardiente, me quema el cuerpo con solo mirarme. Se inclina hacia delante en la silla, apoyando los codos en las rodillas mientras sujeta despreocupadamente el vaso de cristal entre sus grandes manos. Y me pregunto cómo se sentirán envueltas alrededor de mi cuerpo.

La excitación florece en mi vientre, cogiéndome desprevenida. Nunca tengo pensamientos sexuales sobre los hombres que me observan. En todo caso, mis sentimientos hacia ellos oscilan entre la lástima y el asco.

Pero este desconocido alto y moreno hace que mi corazón lata con fuerza. Para despejar mi mente, vuelvo al poste, me elevo por encima de mi cabeza y comienzo a bajar girando.

Engancho una rodilla alrededor de la superficie fría y lisa, utilizándola como palanca para poder arquearme hacia atrás. Y cuando encuentro mi punto de anclaje, con la mirada, una vez más, es el hombre de ojos tristes el que me observa. Con los músculos tensos por la expectación y el pulso retumbando en mis oídos, casi no me doy cuenta de que la canción emite sus últimas notas resonantes.

Una pizca de decepción me recorre las entrañas cuando capto el sutil mensaje de Zoe de que debo bajarme del escenario. Suelto el poste y no me atrevo a mirar al distinguido caballero. En cambio, camino deliberadamente por la pasarela rápidamente hacia el camerino de cambio entre bastidores.

HEIDI

Ya estoy completamente desnuda y poniéndome mi siguiente atuendo cuando entra Howie, con su porte serio mientras se acerca a mí.

"Heidi, has sido comprada para un baile privado. Un tal Sr. Federov. Está pagando mucho dinero, así que asegúrate de darle el valor de su dinero. Ponte tu traje blanco y ve a la habitación quince". Luego vuelve su atención a Amber sin dirigirme otra palabra.

Se me revuelve el estómago cuando cambio de actividad y recojo la lencería que Howie me ha ordenado colocarme. Por lo general, ignoro mi decepción como respuesta típica a los bailes eróticos. Son demasiado personales para mi gusto, y aunque Lady Venus tiene normas estrictas sobre las líneas que los clientes no pueden cruzar -y los porteros refuerzan esas líneas-, me siguen incomodando.

Pero esta noche, mi respuesta física se debe más al hecho de que probablemente no volveré a ver a ese hombre de ojos tristes. Mi poste estará ocupado por otra chica, así que al menos que se quede el tiempo suficiente para que yo vuelva, por ahora bailaré en otro sitio.

Aunque no le he dicho ni una sola palabra, descubro que quiero entender mejor qué pérdida ha sufrido para mostrar tanto dolor en sus ojos. Y ver si puedo aliviar su dolor de algún modo, porque podría ayudarme a olvidar el mío.

Me subo las medias blancas de rejilla hasta los muslos, las engancho con destreza y completo mi look con un par de zapatos de tacón adornados con plumas. Un disfraz de Angel que coincide con mi nombre artístico. Aunque sin las alas, creo que tiende a hacerme parecer más una novia cachonda. No es que a Howie le importe un comino lo que yo piense en ese sentido. Por no mencionar que ningún cliente quiere tener alas de Angel golpeándole en la cara. Así que, en realidad, soy un Angel solo de nombre.

Encuentro el interruptor que apaga mi orgullo, respiro hondo y regreso a las alcobas con cortinas de terciopelo negro que Howie llama habitaciones. De los postes a las cortinas, sobre mi cabeza, cuelgan pequeños números que indican cuál es la habitación que me ha tocado.

Le dedico una sonrisa de reconocimiento a Peter, el portero que está de pie con las manos entrelazadas al fondo del pasillo. Será él quien venga corriendo si el tal Federov se pone manos a la obra y necesito ayuda. Los abultados músculos de sus brazos, su ancho pecho cubierto por una camiseta negra ajustada y su grueso cuello intimidan lo suficiente como para que, normalmente, su sola presencia en el pasillo disuada cualquier mala conducta. Me hace un gesto seco y

silencioso con la cabeza.

Luego me doy la vuelta para entrar en la habitación quince, abriendo la cortina lo justo para poder pasar antes de cerrarla tras de mí. El Sr. Federov ya estará aquí, esperando, una elección intencionada a la que nos adherimos para cada uno de nuestros clientes. La anticipación de la llegada de una bailarina hace que la recompensa sea mucho más dulce.

Siento sus ojos en mi espalda incluso antes de volverme hacia él, y mis instintos me erizan el vello de la nuca, advirtiéndome de que estoy en presencia del peligro. Pero Peter está al final del pasillo, me recuerdo. Entonces me giro para mirar al hombre que ha comprado mi atención privada.

Me quedo sin aliento cuando mis ojos se encuentran con los suyos, grises como el acero como antes. Es el mismo hombre de ojos tristes que me observaba en el escenario. Su mirada me sigue con una intensidad que no disminuye, y la emoción que desprenden hace que mi corazón martillee. Temo experimentar la pérdida que veo tan claramente en el fondo de su alma.

Es más viejo de lo que me había dado cuenta desde mi lugar en el escenario: su pelo oscuro está salpicado de plata, más prominente en las sienes, aunque no lo suficiente como para llamarlo canoso. Yo le situaría en torno a los cuarenta años. Y aunque normalmente no me gustan los hombres mayores, tengo que admitir que es incluso más atractivo de lo que pensaba.

La intensidad melancólica de su actitud hace que me tiemble el estómago. Me pone nerviosa, pero de un modo extrañamente bueno. No sé qué pensar de mi reacción física ante su presencia. Ya he tenido novios. No soy completamente ingenua en lo que se refiere a los hombres. Pero este calor que consume mi cuerpo ahora es algo totalmente distinto.

En la penumbra, teñida de rojo, parece más traicionero que cuando yo estaba en el escenario, aunque su postura es relajada, con el brazo apoyado despreocupadamente en el respaldo del banco de vinilo rojo donde está sentado. De repente, el pequeño recinto de la alcoba me parece mucho más pequeño de lo habitual. Sin embargo, su mirada penetrante me obliga a acercarme.

El asiento curvado en forma de bota rodea una plataforma circular en el centro de la sala, donde normalmente prefiero bailar. Pero esta noche, una sensación de atrevimiento surge en mi interior al ser presa de mi curiosidad. Quiero tocarle.

"Buenas noches, Sr. Federov", digo en voz baja, casi entrecortada por los rápidos latidos de mi corazón.

Una música suave y sensual nos envuelve, guiando mis movimientos mientras enmascaro mis inexplicables nervios con los movimientos familiares que atraen a los hombres. Y, por primera vez, me pregunto si este desconocido alto y guapo me atrae tanto como él a mí.

Me muerdo el labio al pensarlo y me acerco a él despacio, más de lo normal.

"¿Sabes cómo me llamo?", me pregunta, con voz grave y casi ronca de la forma más sexy. Pero lo que más me llama la atención es el marcado acento ruso que coincide con su nombre. Es un transplantado como yo. Solo que ha viajado mucho más lejos para llegar hasta aquí.

La similitud me tranquiliza un poco, aunque no sabría decir por qué. Tal vez sea un alivio saber que tenemos una pequeña cosa en común, además de la pesadez de la pena. Pero él no está aquí

para conocerme o ver lo parecidos que somos. Está aquí para abordar un deseo mucho más básico.

Sonríó seductoramente, soltando el labio inferior mientras me subo al banco de vinilo rojo, colocando una rodilla a cada lado de sus muslos. Con el corazón latiéndome en el pecho, siento una excitación eléctrica al sentarme a horcajadas sobre él, aunque nuestras piernas solo se tocan ligeramente.

"Nos esforzamos por conocer los nombres de todos nuestros clientes que pagan mucho", le aseguro, aunque estoy seguro de que el suyo desaparecerá de mi mente en una semana, como el resto.

El calor irradia en la punta de mis muslos mientras sus ojos me queman intensamente el alma. Y aunque la tristeza sigue siendo predominante, puedo ver una nueva luz en su mirada, un hambre que me pone la piel de gallina en los brazos y me aprieta los pezones dentro de mis escotadas copas de encaje blanco.

Sus brazos se tensan, pero no los mueve, y se me corta la respiración al sentir el deseo de tocarme que irradia de él. Sus labios se separan y liberan una suave caricia de aire cálido sobre mi pecho, y me encuentro deseando desesperadamente que rompa la regla del club.

Solo por esta vez, quiero que rompa la barrera invisible que nos separa.

Me atrevo a ir más lejos de lo que debería y me acomodo en su regazo, moviendo las caderas al ritmo de la música y apretándome ligeramente contra él. Dejo que mis brazos caigan suavemente sobre sus impresionantes hombros para cogerme al respaldo del asiento.

Noto la prueba de hierro de su excitación presionando firmemente contra la costura de sus pantalones negros, y jadeo mientras una oleada de excitación me inunda. Debería detenerme, cambiar de postura, hacer algo para aliviar el creciente placer que me invade por dentro.

Pero parece que ya no puedo controlar mi cuerpo. En lugar de eso, me inclino hacia su pecho y tiemblo ligeramente cuando mis pechos rozan la fina seda de su camisa. Huele intensamente a hombre: cuero, sándalo y un toque de aceite de motor que me hace pensar que hace algo físico con las manos, por trabajo o por placer, ni siquiera puedo adivinarlo.

"¿De dónde eres?", ronca su voz, e intuyo que está tan perdido en mi baile como yo, utilizando la conversación como un intento de mantener el control de la situación.

De algún modo, su disciplina -su capacidad para resistirse a tocarme cuando he sobrepasado el límite aceptable- me parece mucho más sexy. *¿Quién es este hombre y por qué me atrae tanto?*

"Aquí no", respiro.

Aunque me muero por saber más de él, sé que no debo dar detalles personales de mi vida. Por algo tenemos nombres artísticos. Los acosadores pueden ser peligrosos y muy difíciles de eliminar. Howie dejó claro cuando acepté el trabajo que no debemos dar ninguna información, por inocua que parezca, que pueda ayudar a alguien a encontrarnos. Y por lo que sé, el hecho de que yo sea de Austin, Texas, podría ser todo el peligroso estímulo que el señor Federov necesita para cazarme.

"¿Llevas mucho tiempo en la ciudad?", insiste, su tono se vuelve más conversacional, y una

punzada de ansiedad me recorre al preguntarme si he malinterpretado su táctica y en realidad ha perdido el interés por el baile.

"Mm-hmm", respondo, haciendo todo lo posible por controlar las emociones que causan estragos en mi interior.

"Entonces, ¿cómo es que nunca te he visto aquí antes?"

Suelto una suave carcajada, aunque sé que su inquisición es cualquier cosa menos divertida. Nunca había conocido a un hombre que pareciera más interesado en mí que en el servicio que estoy aquí para prestar. Su inquisitiva técnica de conversación pone a prueba mi capacidad para seguir las estrictas normas de Howie que nos mantienen a salvo.

"Está lleno de preguntas, ¿verdad, señor Federov?", pregunto, intentando mantener un tono ligero, burlón.

"Quiero conocerte", murmura, y la confesión me produce un cosquilleo en la espalda. La afirmación suena tan genuina que me hace palpar el corazón.

"No has pagado por conocerme", razono, cambiando de postura para apartarme de él y poder despejarme. Su atractiva colonia me impide pensar y necesito mantener la cabeza fría. Esto es un trabajo, un baile erótico pagado, y si no tengo cuidado, podría hacer algo de lo que me arrepienta.

Porque tener mi cara tan cerca de la suya hacía casi imposible resistirse a besarle.

Recupero el control del baile y vuelvo a apretarme suavemente contra su regazo. Pero la sensación de su polla retorciéndose dentro del pantalón no hace más que intensificar mi excitación. Estoy jugando con fuego, y lo sé.

Y aunque no debería, cojo sus manos impresionantemente grandes y las guío lentamente por mi cuerpo. Empezando por las caderas, le dejo sentir la curva de mi cintura, los lados de mi caja torácica, y luego me atrevo a deslizarlas más arriba hasta que sus callosas palmas tocan mis pechos cubiertos de encaje.

"¿Y si lo hiciera?", pregunta, el sonido desgarrado de mi voz me hace palpar de deseo. "¿Y si te pagara para que pasaras la noche conmigo?"

Su ofrecimiento me paraliza y mis dedos se aprietan instintivamente alrededor de sus manos cuando el horror se apodera de mí. Esto me pasa por llevar las cosas demasiado lejos, por dejar que mi propia atracción dirija el baile. He cruzado la línea, la que Howie puso por esta misma razón, y ahora estoy furiosa conmigo misma -y con este guapísimo desconocido- por haber dado ese último paso hacia un mundo al que me prometí que nunca iría.

Sé que algunas de las chicas aceptan ofertas de sus clientes. Hacen una mamada en el coche de un tipo por cien más, pasan la noche por cinco más. Pero es estrictamente contra las reglas, y yo nunca caería tan bajo como para vender mi cuerpo. Y sin embargo aquí está, ofreciéndome dinero por una noche de sexo.

Le aparto las manos de un empujón y me pongo en pie de un salto, girando sobre mí misma para mirarle a la cara. Mi repugnancia supera mi sentimiento de culpa por haber desdibujado la línea y habernos llevado a este punto. "No soy una puta", digo con rotundidad, con el dolor goteando de

mi tono. Aunque no entiendo cómo podría pensar lo contrario si hace un momento le estaba poniendo las manos encima.

Su rostro registra una leve sorpresa, aunque no discute ni se defiende. En cambio, me observa con una calma despreocupada que contrasta completamente con mi respuesta emocional.

"Cincuenta mil dólares", ofrece con valentía, lanzando una cifra que me hace girar la cabeza.

Y aunque me prometí a mí misma que nunca cruzaría esa línea -que nunca me acostaría con alguien por dinero, aunque eso es lo que muchas de las otras chicas hacen para amortiguar sus deudas en cuentas bancarias-, cincuenta mil es una cantidad enorme. Supondría toda la diferencia del mundo en lo que respecta a las facturas médicas a las que nos enfrentamos mi madre y yo.

Pero por muy importante que sea, eso me dejaría sin trabajo, y necesito los ingresos. "No puedo", digo, aunque las palabras duelen al salir de mis labios. "Necesito este trabajo". Pero me vendría muy bien ese dinero. *¿Y realmente contaría como prostitución si solo lo hiciera una vez?*

Incluso yo sé que ese razonamiento es demasiado endeble para sostenerse. Definitivamente me sentiría culpable y avergonzada después de haber cometido el acto. Pero cincuenta mil dólares es una cantidad asombrosa para dejarla pasar.

"Cien mil", me ofrece, sus ojos grises agudos mientras me observan de cerca.

Respiro agitadamente ante la asombrosa nueva cantidad. *No puede hablar en serio, ¿verdad? ¿Cien mil dólares por acostarse conmigo una vez? ¿Es una especie de prueba? ¿Un reto para ver cuánto resisto? ¿A qué precio estoy dispuesta a vender mi dignidad?*

Tiemblo violentamente mientras mi voluntad de resistir se desmorona. Una profunda y agonizante vergüenza me aprieta el pecho con puño de hierro. Mi madre nunca querría esto. Pero cien mil dólares podrían salvar su vida y cambiar la mía. Con tanto dinero, incluso podría terminar la universidad y rehacer mi vida, después de pagar las facturas médicas de mi madre.

Cierro los ojos y lucho contra una oleada de repugnancia.

Al parecer, todo el mundo tiene un precio, y el Sr. Bolsas de Dinero acaba de encontrar el mío.

Pero, de algún modo, aún más vergonzosa es la excitación que bulle en lo más profundo de mi ser ante la idea de pasar una noche con él. Lo encuentro peligrosamente atractivo. No puedo negarlo. Y aunque probablemente esté más cerca de la edad de mi madre que de la mía, podría haber dejado eso a un lado para plantearme salir con él.

Pero eso no es lo que pide. Quiere darme dinero por sexo. Lo que significa que no me ve como algo más que un objeto. No quiere llegar a conocerme, como sugirió. Quiere usarme, únicamente descubrir mi cuerpo. Y eso es todo. Fin de la historia.

Y por cien mil dólares, le dejaré.

"Vale", respiro, luchando contra una oleada de autodesprecio. Entonces abro los ojos y miro por encima del hombro, sintiéndome como una niña traviesa a la que podrían pillar saltándose las normas en cualquier momento.

Y cuando vuelvo la cabeza para mirarle de nuevo, los llamativos rasgos del Sr. Federov se han

transformado en una oscura y peligrosa sonrisa de satisfacción. "Bien. Dile a tu jefe que te encuentras mal y que necesitas irte a casa. Te espero en la puerta en quince minutos".

Se levanta y, por primera vez, puedo ver lo grande que es. Mide más de un metro ochenta, me supera en casi medio metro, y debe de pesar el doble que yo en pura musculatura.

Me estremezco cuando me invade una oleada de intimidación. Este hombre es tan grande que podría hacerme lo que quisiera. No tendría ninguna posibilidad de resistirme. Y acabo de aceptar pasar una noche entera con él. Sola.

MAKSIM

La limusina se detiene junto a la acera, esperando a la belleza de piernas largas que el club presentó como Angel cuando subió al escenario. Tarda tanto en disculparse y salir del club que empiezo a preguntarme si ha cambiado de opinión. No es que me destruyera si lo hiciera. No tengo intención de llevar esto más allá de una noche.

Después de la boda de mi hermano Alexei hoy y de ver a mis dos hermanos pequeños tan felices, todo el dolor de saber lo que he perdido ha vuelto con toda su fuerza. Así que en vez de quedarme a la recepción, me he ido pronto a emborracharme. A ahogar mis penas y sufrir en soledad para no arruinar el día feliz de mi hermano menor.

Pero el sexo es mucho más eficaz que el alcohol, y algo en los ojos de Angel me hace pensar que comprende el tipo de pérdida y sufrimiento que he soportado. Así que espero sinceramente que no me haya abandonado porque solo unos minutos con ella me han hecho sentir menos solo.

Y entonces se abren las puertas.

Nuestras miradas se cruzan un instante, con un destello de alivio en sus ojos color avellana, como si pensara que me he rendido y me he ido sin ella. Luego baja los ojos para bajar las escaleras del club, con un lenguaje corporal casi tímido ahora que nos encontramos en un entorno menos estructurado y está completamente vestida.

Lleva un vestido informal de jersey y unos tenis blancos que, de alguna manera, la hacen parecer tan sexy como la escasa lencería que llevaba para mi baile erótico. Esta chica llama la atención de una forma muy discreta, con un aspecto natural, muy diferente al de mi prometida.

Mi prometida muerta.

El dolor me atraviesa cuando el rostro de Symphony aparece en los ojos de mi mente. Mis últimos momentos con ella. La conmoción y el miedo en su expresión al morir en mis brazos.

Ha pasado menos de un año y, aunque me he acostado con varias mujeres solo para intentar adormecer el vacío agonizante de su pérdida, por primera vez desde que murió Symphony, siento que puedo ver a una mujer.

Angel me intriga, algo en su sutil encanto sureño combinado con la devastadora tristeza de sus ojos. Me conmueve la forma en que su tristeza no vacila, aunque ahora me sonría tímidamente.

"¿Lista?". Abro la puerta de la limusina y le hago un gesto para que entre primero.

Duda un instante antes de asentir y entrar en el oscuro interior. La sigo dentro, y el conductor se aleja de la acera un momento después, en dirección al club de sexo que he frecuentado últimamente con mis encuentros casuales. Una elección consciente, porque no me atrevo a dejarlas entrar en la cama que compartí con la mujer con la que creí que pasaría mi vida.

La mirada de Angel recorre el interior de la limusina, y su expresión inocente de ojos muy abiertos me hace preguntarme si es mucho más joven de lo que su expresión triste me hacía creer.

"¿Has estado alguna vez en una limusina?" Pregunto, estudiándola de cerca.

La hermosa bailarina gira bruscamente la cabeza para mirarme, sus mejillas se calientan hasta adquirir un suave color rosa. "No."

"¿Alguna vez te has acostado con un extraño?"

Su rubor se intensifica, haciéndola parecer aún más joven e ingenua, y una duda se instala en mi estómago sobre si debería haberle hecho la oferta en primer lugar. Aunque trabaja en un club de striptease, no es como las demás mujeres con las que me he acostado hasta ahora. Rápidamente me doy cuenta de lo equivocado que estaba en mi estimación de ella.

"No", susurra tímidamente.

Antes de que pueda presionarla más, la limusina se detiene frente a Tentación. Abro la puerta, salgo y le ofrezco la mano a Angel. La suya es menuda contra mi palma, y noto el ligero temblor de sus dedos que revela su ansiedad. Puede parecer tranquila a primera vista, pero está nerviosa.

Aun así, me deja guiarla a través de la puerta principal, con mi mano en la parte baja de su espalda. Permanece en silencio mientras hablo con la joven recepcionista vestida de cuero que nos reserva la habitación y me entrega la llave.

"¿Has estado alguna vez en un club sexual?" le pregunto, mirándola de reojo mientras la guío hacia la música del bar.

Esta vez, Angel solo sacude la cabeza. Cuando entramos en la habitación, varios hombres la observan con admiración, recorriendo con la mirada sus largas piernas. Pero en cuanto miran en mi dirección, su atención cambia y evitan a propósito el contacto visual conmigo. Saben que no deben tocar lo que es mío.

En el bar, pido dos tragos de vodka y le doy uno a Angel en cuanto me los traen.

"Gracias", murmura y bebe un buen trago.

"¿Nerviosa?" insisto, con una pizca de diversión curvando mis labios porque cada segundo es más evidente.

Angel suelta una carcajada, sus mejillas se colorean de nuevo. "¿Es tan obvio?"

Me encojo de hombros y esbozo una sonrisa un tanto rígida después de tantos meses sin sonreír.

Angel se muerde el labio, su vergüenza se intensifica. "Sinceramente, nunca he hecho algo así". Sus ojos recorren la habitación para abarcar a todos los asistentes al club con poca ropa, las habitaciones comunes aisladas donde la gente está en varios estados de desnudez y ocupada

haciéndolo. "Soy bastante... inexperta, supongo".

"¿Cuántos años tienes?" le pregunto, con curiosidad por saber si me dará una respuesta directa ahora que ya no estamos en Lady Venus.

"Veintitrés".

No se le escapa ni una palabra, me hace confiar en que es la verdad, y me doy cuenta de que es lo bastante joven como para ser mi hija. Un destello de culpabilidad me aprieta el estómago. No debería haber hecho la oferta. No importa que sea la primera mujer que parece comprender de algún modo la agonía de mi existencia. Estamos a mundos de distancia en nuestra experiencia.

"Tal vez esto fue un error", afirmo, estudiando el rostro de Angel. "No debería haberte traído aquí. No debería haberte pedido que pasaras la noche conmigo".

Su rostro se desencaja, su ansiedad aumenta cuando Angel alarga la mano para cogerme el antebrazo, y el inesperado contacto envía sacudidas eléctricas de atracción por mi brazo y por mi interior.

"¡No puedes echarme atrás ahora! Quiero decir..." Se preocupa por sus labios como si estuviera haciendo algo mal. "Me metí en esto con los ojos bien abiertos, y veintitrés es sin duda la edad suficiente en la que soy capaz de tomar mis propias decisiones. Si vas en serio con lo del dinero, entonces quiero seguir adelante con esto".

Se me revuelven las tripas al darme cuenta de lo mal que he juzgado a esta chica. Debe de estar desesperada por conseguir dinero para salirse tanto de su zona de confort. Y aunque soy despiadado cuando se trata de negocios y de destruir a mis enemigos -como Aleksandr Volkov, que mandó asesinar a mi prometida-, no me gusta la idea de aprovecharme de esta joven.

"No haría la oferta si no fuera en serio lo del dinero", afirmo, dejando a un lado mi bebida.

"Bien. Entonces es un trato, así que sellémoslo con un beso". Angel me sigue, deja la bebida a un lado y, antes de que pueda contenerme y detenerla, me agarra por el cuello de la camisa y atrae mis labios hacia los suyos.

Una excitación eléctrica crepita entre nuestros labios, encendiendo mi atracción por ella con una intensidad candente. También podía sentirlo en Lady Venus. Cada sutil roce de su carne contra la mía disparaba mis instintos, anulando mi buen juicio mientras ella me excitaba.

Un gruñido grave retumba en mi pecho cuando mis manos encuentran la curva de sus caderas y, sin pensarlo, la atraigo firmemente contra mi cuerpo, deleitándome con la sensación de su cuerpo atlético pero flexible.

Angel jadea, separa los labios y me rodea el cuello con los brazos, y yo aprovecho su sorpresa y le meto la lengua en la boca para saborearla a fondo. Su sabor es fresco y cítrico, como el de la bebida que acaba de servir, y la fresca suavidad de sus labios se amolda a los míos en perfecta sumisión.

Sé que no debería desearla así, no cuando está en una situación tan comprometida, pero no puedo evitarlo. Cuando suelta un suave suspiro, le rodeo la cintura con un brazo y dejo que mi mano libre suba por su costado, su hombro, su cuello, hasta que mis dedos se enredan en sus deliciosos mechones rubios como la miel.

No puedo dejar de besarla hasta que mis pulmones piden aire a gritos, e incluso entonces solo me separo para contemplar sus rasgos suaves y femeninos. Sus ojos color avellana, casi verdes y dorados con un borde marrón oscuro que contiene la explosión de color, me miran con una combinación de determinación y confianza.

"¿Dónde me quieres?", respira.

Suelto el aliento y la cojo para que vuelva a colocarse en pie. Le aprieto la bebida en las palmas de las manos y me la acabo de un trago. Ella hace lo mismo, se la bebe de un trago y tose un poco por el ardor de la carbonatación en la garganta.

Tomo su delicada mano entre las mías y la guío hacia las habitaciones privadas del fondo del club. Me sigue sin decir palabra y, cuando abro la puerta y le hago un gesto para que entre, me guía.

Normalmente, cuando traigo a una mujer aquí, le pregunto qué tipo de juego le gusta y a partir de ahí empiezo. Pero con Angel, intuyo que exploraremos desde el principio. Se detiene en medio de la habitación, sus ojos recorren el complejo y único mobiliario construido para maximizar el placer y el castigo por igual.

Me coloco detrás de Angel, apoyo ligeramente las manos en sus caderas y me inclino para murmurarle al oído. "¿Estás segura de que quieres hacer esto?"

Se estremece delicadamente bajo mis palmas y asiente.

"Quiero oírte decirlo".

"Sí, Sr. Federov."

"Llámame Maks", insisto. Oír mi apellido en sus labios solo me recuerda nuestra diferencia de edad.

"Maks", acepta ella, y luego añade: "Quiero esto".

Intrigado por su convicción a pesar de sus aparentes nervios, me siento obligado a tranquilizarla. Quiero ir despacio y explorar lo que puede resultarle placentero, ya que puede que ni ella misma lo sepa. Ha dicho que es inexperta, no virgen, y tengo curiosidad por saber qué significa eso.

Retiro con los dedos las gruesas ondas de pelo de su cuello y aprieto los labios en el suave lugar que hay detrás de su oreja.

"¿Te gusta cuando te beso, Angel?" murmuro, acercándome lentamente a su hombro y al cuello de su vestido de jersey de cuello redondo.

"Sí", susurra, inclinando la cabeza para darme mejor acceso.

"Bien. Porque tengo la intención de besar cada centímetro de tu cuerpo esta noche".

HEIDI

El profundo retumbar de la voz de Maks me pone la carne de gallina y me recorre la espalda. Es una yuxtaposición aterradora: oscuro y melancólico, posiblemente incluso peligroso, y sin embargo tengo la sensación de que quiere protegerme, cuidar de mí de alguna manera. O al menos tranquilizarme.

Su aparente preocupación por nuestra diferencia de edad se contradice con la forma en que me tiró el dinero para salirse con la suya. Como si estuviera acostumbrado a conseguir lo que quiere y no le importara lo que cueste y, sin embargo, no le gustara pensar que se está aprovechando de mí.

Su tacto es poderoso, dominante, pero parece que está totalmente centrado en complacerme. Sin embargo, se supone que debe pagar por su placer.

No le encuentro sentido, y ese misterio le hace aún más intimidante. Pero ahora que me he comprometido a pasar la noche con él, no quiero dejar escapar esta oportunidad.

Pensar que por fin podría hacer frente a todos los gastos derivados del cáncer de mi madre y que aún me quedaría mucho del dinero que me prometió para dar un giro a mi vida... me ha supuesto un alivio tan intenso que casi me entró el pánico cuando empezó a echarse atrás.

Pero ahora, mientras sus labios recorren mi piel con pericia y sus fuertes manos bajan lentamente por mis caderas hacia el dobladillo de mi vestido, no solo me alegro de haber aceptado el trato por el dinero. Porque Maks es un besador fenomenal, y está haciendo que mi cuerpo enloquezca al menor roce.

Sus dedos se enroscan en la parte inferior de mi vestido y, centímetro a centímetro, guía la suave tela de punto por mis muslos, sobre mis caderas, pasando por mi cintura y mis pechos. Sus labios se separan de mi piel cuando levanto los brazos y le permito que me desnude. Y de alguna manera, aunque he bailado casi todas las noches en Lady Venus con poco más que un sujetador y unas bragas, que Maks me desnude me hace sentir intensamente más íntima.

"Date la vuelta", me ordena, dejando caer mi vestido al suelo a mi lado.

Hago lo que me dice y me giro tímidamente hacia él. Sus ojos recorren apreciativamente mi cuerpo, desnudándome aún más con la mirada antes de volver a buscar mi cara. Luego se arrodilla lentamente ante mí.

Se me corta la respiración al ver cómo sus ojos no se apartan de los míos. Inclinado ante mí, parece una deidad griega que se postrara a mis pies.

Sus dedos se afanan hábilmente en los cordones de mis zapatos, luego una mano fuerte me agarra por detrás de la rodilla y me dobla la pierna para que pueda sacarme el pie de la zapatilla blanca. Hace lo mismo con el otro pie y se echa los tenis por encima de los hombros mientras me mira a la cara. Estoy demasiado embelesada para apartar la mirada.

Mientras tanto, siento los pulmones como congelados en un bloque de hielo, con el oxígeno atrapado y los oídos zumbándome. Con una caricia deliciosamente suave, las manos de Maks suben por mis piernas, mis caderas, siguiendo las líneas de mi cuerpo mientras vuelve a erguirse.

Luego inclina la barbilla hacia la cama recién hecha que ocupa una esquina de la habitación.

"Ve a inclinarte sobre el borde". Mientras me lo ordena, sus manos encuentran los bordes de la chaqueta de su traje y empieza a desvestirse con una despreocupada confianza que me hace palpar el corazón.

¿Cuándo entran en juego los látigos, mordazas y ataduras que decoran la habitación? ¿Está a punto de darme azotes? ¿Me gustará? Las preguntas se agolpan en mi cabeza a una velocidad de vértigo y me resulta casi imposible pensar mientras me doy la vuelta para seguir sus órdenes.

Le oigo descalzarse detrás de mí, el suave susurro de la seda al golpear el suelo que me hace pensar que se ha despojado de su fina camisa de vestir. Pero no me atrevo a mirar hacia atrás. Entonces se me hace un nudo en el estómago al oír el chasquido agudo de su cinturón al soltarse de las trabillas.

Mantengo los ojos clavados en las sábanas carmesí que tengo delante y fuerzo mi cuerpo agarrotado por los nervios a doblarse por las caderas para poder apoyar la mejilla en el firme colchón. Detrás de mí, Maks se cierne con su intensa presencia.

Cuando mi nueva postura deja mi cuerpo a la vista, Maks suelta un gruñido bajo y apreciativo. Me da un vuelco el corazón cuando sus grandes palmas me tocan la cintura y las pasea lentamente por mi piel, explorando los planos de mi espalda, los hoyuelos de la base de mi columna y luego las redondas órbitas de mi culo.

"Dime, Angel, ¿alguien te ha besado alguna vez aquí?". Retumba Maks, una mano pasa de la mejilla de mi culo a acariciarme entre los muslos.

Jadeo cuando el calor de sus dedos me chamusca la piel a través de la seda de mi braga, y un profundo y palpitante dolor comienza en mi clítoris después de haber sido tocada tan descaradamente. La sensación de su mano acariciando con descaro mis partes más íntimas provoca en mi cuerpo un frenesí que me hace casi imposible retener la pregunta que me ha hecho.

"No", jadeo después de encontrarle sentido a sus palabras.

Tararea con aprobación y luego sus dedos se enganchan en la cintura de mis bragas y me las quita en un instante. El susurro de la tela deslizándose por mis muslos me hace temblar y, un instante después, las bragas me rodean los tobillos.

"Abre las piernas", ordena Maks mientras sus manos vuelven a encontrar las nalgas.

Y aunque tiemblo por una embriagadora combinación de miedo y excitación, hago lo que me dice. Me agarra el culo con las palmas, me lo amasa y me abre las nalgas.

Se me escapa un gemido gutural ante la intensa euforia de su cálida y húmeda lengua, que encuentra mi clítoris y lo recorre. Una excitación explosiva calienta mis interiores cuando Maks lame expertamente toda mi raja y su lengua se adentra entre mis pliegues. Una cálida excitación sale a borbotones a su encuentro y me encuentro instantáneamente al borde del clímax.

Nunca había sentido nada tan tentadoramente erótico como la cara de un hombre enterrada en mi coño.

Mis piernas tiemblan violentamente, la fuerza las abandona mientras se convierten en fideos y, de algún modo, Maks parece saber exactamente qué hacer. Sus fuertes manos me apoyan contra el firme borde del colchón, sosteniéndome cuando yo no puedo.

"Sabes a gloria", ronca, con su aliento caliente susurrando sobre mi clítoris y haciéndome gemir de necesidad. Repite el movimiento varias veces, intensificando mi excitación con cada atrevida caricia. Me aferro a las sábanas de satén, intentando no derrumbarme por completo.

Pero sé que estoy al borde del clímax, lista para caer en el olvido en cuanto él me deje. Por el ronroneo de agradecimiento, sospecho que Maks se está tomando su tiempo, disfrutando de cómo me estremezco y jadeo con cada deliciosa caricia de su lengua.

Justo cuando creo que no puedo aguantar más, me levanta las caderas. La barba incipiente que cubre su barbilla y sus mejillas me hace cosquillas en los muslos cuando cambia de ángulo, y entonces sus labios rodean mi clítoris y lo succiona suavemente.

Grito mientras la explosión de éxtasis me atraviesa como mil estrellas diminutas. Los colores bailan detrás de mis ojos mientras el orgasmo es tan fuerte que me entumece los dedos de los pies. Jadeando, me aferro a las suaves sábanas carmesí, estremeciéndome contra la cara de Maks con un alivio incontrolable.

Maks no me suelta el clítoris hasta que el temblor y la euforia se apaciguan lentamente y vuelve a deslizarse entre mis pliegues, como si sorbiera el goteo de un cucurucho de helado.

"Ahora, date la vuelta y tumbate en la cama", ordena.

Todavía hormigueando por la liberación, con los miembros pesados por la satisfacción, hago lo que me dice, me subo a la cama y me dirijo al centro de la misma antes de reclinar me sobre las almohadas, de cara a él.

La ardiente excitación de sus ojos me eriza la piel. Consumido por la lujuria, parece haberse despojado, aunque solo sea por un momento, de la profunda tristeza que tanto me impactó en el club de striptease. Ahora que observo a Maks, puedo verle en todo su esplendor.

Solo lleva un par de calzoncillos bóxer, y su musculoso cuerpo se muestra en todo su esplendor, con las cinceladas líneas de su pecho y sus abdominales flexionándose bajo un intrincado collage de tatuajes que cubre casi cada centímetro de carne expuesta. Sus brazos sobresalen con fuerza y sus anchos hombros me aseguran que, sea cual sea la insoportable carga que lleve, nunca será demasiado pesada.

Si alguna vez un hombre pudo capturar la fuerza de Atlas, sería este hombre, y apenas sé a dónde

mirar ahora que su glorioso cuerpo está a escasos metros de mí y merodea acercándose con gracia felina.

Mientras que el pelo plateado de sus sienes lo situaría en la cuarentena, su cuerpo está claramente en la cima de su fuerza, lejos de ser el de un hombre de mediana edad. No creo haber visto nunca un espectáculo más sexy y, por un momento, me quedo muda.

"Abre las piernas para mí, *krasivaya*", murmura. "Quiero ver lo mojada que estás".

Nunca me había excitado tanto ver a un hombre casi desnudo. Y por el impresionante bulto de sus calzoncillos, sospecho que lo mejor está por llegar. Pero necesito toda mi confianza en mí misma para hacer lo que me dice y abrir las piernas a su mirada hambrienta.

Un siseo de anticipación se escapa entre sus dientes cuando respiro hondo y dejo caer lentamente las rodillas, separando los muslos.

Con una rapidez impresionante, Maks está encima de mí, sus caderas se posan en el valle de mis muslos mientras su pecho musculoso roza ligeramente mi pecho vestido de sujetador. La suave capa de vello que cubre sus pectorales me hace cosquillas de la forma más sexy.

Se me corta la respiración cuando se inclina de nuevo para atrapar mis labios, y el sabor ácido, casi amargo, de mi excitación en su lengua me produce un estremecimiento silencioso.

"Estás chorreando", observa, con un tono entre juguetón y depredador.

Luego se introduce entre nosotros y acaricia mis pliegues con dos gruesos dedos. Su tacto, sedoso por la lubricación de mis jugos, se desliza por mi raja con una fricción pecaminosa. Suelto un suave grito cuando las yemas de sus dedos rozan mi clítoris hinchado y sensible, encendiendo mi sistema nervioso.

"¿Te gusta?" Maks ronronea, sus labios tan cerca que rozan los míos mientras habla.

Consumida por la euforia, solo puedo asentir. Mi siguiente grito se desvanece en su boca cuando reclama mis labios al mismo tiempo que presiona dos dedos dentro de mi coño. Entonces gime. Me retuerzo bajo él, con el corazón desbocado mientras mi excitación se dispara una vez más.

Quizá sea que no he estado con un hombre desde que mi madre se puso tan enferma, o quizá que este dios de hombre sabe cómo proporcionar placer a las mujeres tras años de experiencia. Pero cada roce de su pulgar sobre mi clítoris, cada penetrante empuje de sus dedos, me vuelve loca.

Muevo las caderas al compás de su mano y me aprieto contra su palma, saboreando los callos que liberan sacudidas de ardiente placer en mi interior.

"Ven a por mí, Angel", respira contra mis labios, y no tengo más remedio que obedecer.

Gimo cuando mi segundo clímax me recorre como un maremoto, arrasando todos mis problemas y dejándome en un dulce y eufórico olvido. Mis paredes se aprietan en torno a sus dedos, suplicando más mientras los enrosca para acariciarme el punto G.

Cuando por fin bajo de mi subidón, mi cuerpo está tan intensamente relajado que se me cierran los ojos.

En algún lugar de mi mente, soy consciente de que me sigue llamando por mi nombre artístico.

Probablemente debería haberle dicho mi verdadero nombre cuando me dijo que le llamara Maks. Pero ya es demasiado tarde, y como se trata de un trato único, supongo que no importa si me llama Angel o Heidi.

"No te vas a quedar dormida encima de mí, ¿verdad?". Maks se burla suavemente, recordándome el momento, con su vello facial susurrándome en la mejilla mientras se acerca a mi oído.

"No", respiro, sacudiendo la cabeza para reforzarlo. Teníamos un trato y pienso cumplirlo. Aunque su atención a mi placer antes que al suyo me ha tranquilizado de una forma que nunca habría imaginado.

"¿Estás lista para un poco de diversión, entonces?"

Se apoya en sus poderosos antebrazos para mirarme profundamente a los ojos y, por un momento, me cautiva la plata fundida de los suyos. No me había dado cuenta de lo hermosos que eran más allá de la tristeza.

"¿No nos hemos divertido ya?". Pregunto con un deje de exasperación.

Y por primera vez, detecto el atisbo de una sonrisa curvando sus suaves labios.

"Para lo que tengo en mente, tendrías que estar dispuesta a confiar en mí".

Mi corazón da un vuelco ante el desafío que refleja su mirada. Una vez más, mi mente hace saltar las alarmas, recordándome que este hombre podría ser peligroso. Pero, por alguna razón, me siento segura con él. Y ahora, me muero por conocer su definición de diversión.

"Confío en ti", murmuro.

MAKSIM

Lo que empezó como un inusual sentimiento de protección hacia la joven y ansiosa bailarina se ha convertido en fascinación. Su vacilación casi tímida al principio le daba una dignidad que parece desvanecerse en cuanto entra en juego el dinero. Pero ahora que está casi desnuda debajo de mí, que su cuerpo es mi patio de recreo, parece que he descubierto en ella un lado atrevido y aventurero, una voluntad de explorar y sumergirse en mi mundo de placer.

Dios, es sexy. Su inocente expresión de euforia, que parece totalmente desprovista de expectativas, me excita. Quiero explorarla, ver qué manías puede tener, cómo reaccionará a la intensa combinación de castigo y recompensa.

"Sígueme", ordeno.

Me levanto de la cama y le tiendo la mano a Angel cuando llega al borde. Hasta sus gestos más pequeños son elegantes y, cuando la pongo de pie, me observa con intensa curiosidad.

"¿Ahora es cuando todos los juguetes salen a jugar?", pregunta, con un ligero acento sureño que da a su pregunta un toque de impertinencia.

"¿Te gustaría jugar con juguetes?". Replico, con curiosidad por saber si la pregunta se debe al miedo o a la expectación. Enarco una ceja y la rodeo para desabrocharle el sujetador mientras espero mi respuesta.

Angel se baja los tirantes por los brazos y deja que las copas de encaje caigan al suelo. Sus pechos son perfectos, turgentes, redondos, firmes, hermosos en su modesto tamaño natural. Como modelo, Symphony había pagado bien por sus curvas, o yo lo había hecho. Había insistido en que las agencias solo contrataban a mujeres con pechos por encima de la media. Pero eso no parece preocuparle a Angel.

"¿Y bien?" Presiono cuando el silencio se extiende entre nosotros y, para urgir su respuesta, le doy un suave pellizco en un pezón permeable.

Angel inhala bruscamente, con el pecho enrojecido por la excitación. "No lo sé", admite por fin.

No entiendo cómo una chica tan guapa como ella puede ser tan inexperta a los veintitrés años, pero esta noche pienso ampliar sus horizontes. La cojo de la mano y la conduzco hasta el armazón. Luego le hago hábilmente un nudo en la muñeca izquierda y le subo el brazo por encima de la cabeza.

"Si, en algún momento, esto es demasiado para ti, solo dime que me detenga. Quiero que ambos nos divirtamos con esto".

"¿Qué significa eso? ¿Demasiado?", resopla, con los ojos muy abiertos cuando pasan de observar mis manos a leer mi cara.

Hago una pausa para mirarla directamente a los ojos. "¿Supongo que nunca te han azotado antes?"

Esta vez, suelta una risita y, un momento después, se muerde el labio para cortar la risa avergonzada. Porque, por mucho que el sonido melódico me resulte agradable, estoy lejos de bromear.

"No", acepta una vez que se controla.

"Quiero ver cuántas veces puedo azotarte antes de que estés lista para correrte".

Angel traga saliva y yo esbozo una sonrisa sombría antes de reanudar el nudo que sujeta su mano derecha al armazón. Compruebo que esté bien sujeta, pero lo bastante floja para que la cuerda no le corte la circulación de las manos.

Se agarra con naturalidad a las corbatas, que le sirven de apoyo mientras la obligan a mantenerse erguida, con los brazos estirados al máximo. Entonces le cojo la barbilla entre el pulgar y el dedo y le levanto la cara para robarle un beso.

Sus labios son suaves y dóciles, tal como ha demostrado ser, y me quedo allí, saboreando su lengua mientras la mía entra en su boca. Luego la suelto y me dirijo a la pared de juguetes. Escojo la fusta con punta de piel, un juguete que puede provocar placer y dolor. Una suave introducción cuando se usa adecuadamente.

Aun así, hace un sonoro chasquido cuando la golpeo bruscamente contra la palma de la mano. Angel grita, su espalda se tensa y mira por encima del hombro con nerviosa expectación. Sonríe cuando suelta un suspiro tembloroso.

"¿Intentas asustarme?", pregunta ella, levantando la barbilla desafiante.

"La anticipación es la mitad de la diversión", bromeo, avanzando lentamente hasta colocarme de nuevo detrás de ella. Luego le rozo lentamente el interior del muslo con la suave punta de la fusta.

Angel se estremece y se le pone la carne de gallina. Le doy un golpecito juguetón en el culo, no muy fuerte, pero lo suficiente para que jadee.

"Sepáralos", le ordeno, indicándole los tobillos con la fusta.

Lo hace, abriéndose paso para mí.

"Buena chica", la elogio y le recojo el pelo por encima de un hombro para recompensarla con un ligero beso en el cuello. "¿Te gusta que te digan lo que tienes que hacer, *krasivaya*?" Bromeo, recorriendo lentamente su cuerpo para contemplar su belleza desde todos los ángulos.

Es gloriosa, suave y a la vez esbelta y atlética, con el mullido justo para que tenga curvas pero con los músculos de una bailarina.

Angel frunce el ceño, como si la pregunta la confundiera de algún modo, y como no contesta, aprovecho para darle un fuerte golpe con el látigo en el pezón, rozándole apenas el pecho. Chilla, con los músculos tensos por la conmoción, pero el sonido se convierte en un gemido pecaminoso.

"Respóndeme, Angel. A menos que quieras que iguale el marcador". Le hago cosquillas en el otro pezón con el suave pelaje de la fusta mientras lanzo mi amenaza.

"No", suelta, y entonces sus mejillas se colorean, diciéndome sin palabras que no está siendo del todo sincera conmigo... ni consigo misma.

"Hmm." Continúo mi lento círculo a su alrededor, acercándome a su trasero una vez más y, tras un momento de espera, le doy un fuerte golpe en el culo con la fusta.

"¡Ay!", chilla, levantando la pierna a la defensiva. "¿Por qué fue eso?"

Le respondo con un rápido golpe en la otra nalga, y Angel se retuerce mientras se le escapa un suave gemido. Un gemido que me dice que el agudo escozor de su castigo también la está excitando.

"Yo hago las preguntas, no tú", afirmo con calma. "Y no me mientas. Me doy cuenta cuando mientes".

"No estoy mintiendo", insiste mientras vuelvo a rodearla por delante.

Con un movimiento de muñeca, le cojo el pezón que no le toqué la primera vez, y Angel se sacude contra sus ataduras, pero no me dice que pare. Acercándome, recorro el suave pelaje desde su clavícula y entre sus pechos, acercándome a la punta de sus muslos.

"Dijiste que no te gusta que te digan lo que tienes que hacer", murmuro. "Pero puedo verlo en tu lenguaje corporal. Te gustó cuando te dije que te inclinaras sobre la cama. Te gustó cuando te hice abrir las piernas para mí. Admítelo".

Le doy un suave golpecito en el clítoris para advertirle de dónde pienso golpearla si vuelve a mentir. Sus ojos parpadean con un ardiente desafío y, por un momento, pienso que podría mantenerse firme. Sus labios se crispan, luego se separan y suelta un suspiro.

"Me gusta que me digas lo que tengo que hacer", admite, y la confesión me excita mucho más de lo que debería.

Para recompensar su sinceridad, me inclino y me meto en la boca un pezón endurecido. Calmo el escozor de la fusta, rodeando suavemente el tenso pezón con la lengua y chupando suavemente hasta que Angel gime de placer. Luego le acaricio el otro pezón con la misma suavidad.

Desde mi periferia, veo que sus rodillas flaquean a medida que su excitación se apodera de ella. Y con un ligero chasquido, le suelto el pecho.

"¿Entiendes el juego ahora, *krasivaya*? Si eres una buena chica, te recompensaré. Si haces algo malo, te castigaré".

"Lo entiendo", dice sin aliento.

"Bien", enaltezco. "Ahora dime, Angel, ¿te excita que te azote?". Raspo, acariciando la piel del

látigo a lo largo de su cuerpo una vez más.

Se estremece, parece a la vez excitada e instintivamente asustada por la posible picadura del juguete.

"Sí", susurra, y sus ojos se hunden momentáneamente para confesar su travieso placer.

Para recompensarla, meto la mano entre sus muslos, le acaricio la raja y le rodeo el clítoris. Está chorreando y su clítoris se estremece al menor roce. Angel gime y sus nudillos se vuelven blancos al coger convulsivamente sus ataduras.

"Sucia descarada", alabo, apoyando la palma de la mano libre en la parte baja de su espalda para sostener su cuerpo crispado.

Su respiración se acelera, su temblor se hace más evidente mientras la llevo al borde de un tercer clímax. Pero esta vez quiero prolongar su placer y ver hasta dónde puedo hacerla correrse.

"¡Oh, por favor!", jadea, sus caderas se sacuden hacia delante mientras hago rodar su clítoris entre mi dedo y mi pulgar.

Entonces la suelto y Angel gime por la repentina pérdida de contacto. La confusión parpadea en su rostro y su pecho se agita mientras supera la frustración física de haber llegado al precipicio pero no haber alcanzado la liberación.

"¿Querías que siguiera?". Me burlo en voz baja, pellizcando su oreja y extrayendo un grito torturado.

"¡Sí!", grita desesperada.

En un instante, le paso la fusta por el culo con un fuerte chasquido.

"¡Oh, santo dios!", grita, y la frase es tan inusual que me saca del momento picante y me hace hacer una pausa.

Entonces, para mi asombro, se ríe.

"Lo siento, esa me dio cosquillas."

"¿Demasiado?" Necesito asegurarme de que no la estoy empujando más allá de su límite, pero su reacción estaba tan fuera de mi nivel de comprensión que no sé muy bien cómo interpretarla.

Angel se muerde el labio, una mirada reticente cruza su rostro, pero niega con la cabeza. Frunzo el ceño, me acerco y le inclino la barbilla para que me mire a los ojos.

"No me mientas", repito, con tono grave e imperativo.

"Yo no..." Sus palabras mueren en sus labios cuando lee la advertencia en mis ojos. "Vale, puede que haya sido demasiado", admite. "Pero no quiero que dejes de..."

¿Cómo es que su vulnerabilidad es tan increíblemente sexy? Me vuelve loco solo con decirme la verdad.

"¿Estás lista para tomar todo de mí?" Raspo, mi anticipación es tan aguda que no creo que pueda seguir con nuestro jueguito.

"Sí", respira Angel, y aunque su voz se quiebra, intuyo que me está diciendo la verdad.

Atrapo sus labios y la dejo con un beso centelleante que me hace hervir la sangre. Luego la suelto para volver a mi pantalón y sacar un condón de mi cartera. Despojándome del último trozo de tela que me separa de ella, me quito los calzoncillos y rasgo la lámina del condón con los dientes mientras me acerco a su figura.

Angel me observa con expectación, con los labios ligeramente entreabiertos en la más dulce expresión de sorpresa, mientras asimila mi tamaño y traga saliva con nerviosismo.

"No te preocupes, *krasivaya*. Me lo tomaré con calma", ronroneo antes de volver a posar mis labios sobre los suyos.

Suspira, inclinándose hacia mí mientras se funde en mi abrazo.

Despacio, dejo que una mano recorra la curva de su pecho, el plano de su vientre y el ensanchamiento de su cadera antes de coger su muslo flexible y enganchar su pierna alrededor de mi cintura. La dejo perfectamente expuesta ante mí, y cuando mi punta hinchada se desliza con decisión en sus resbaladizos pliegues, un hambre voraz me consume.

Esta es la liberación que he estado buscando, el olvido pecaminoso que puede limpiar mi mente aunque solo sea por un breve instante, y mientras aprieto contra el apretado agujero de su coño, Angel suelta el sonido más sexy que jamás he oído.

Me introduzco en ella con facilidad, sintiendo cómo sus paredes se estiran, cediendo a mi férrea circunferencia.

"Feliz *Navidad*", jadea, su respiración rozando la hiperventilación.

Una vez más, me detengo, inseguro de cómo tomarme su inusual expresión, aunque esta vez su tono tiene la clara nota de un improperio. Está respondiendo a mi tamaño, que incluso para una mujer con experiencia se consideraría superior a la media.

Pero cuando empiezo a retirarme, Angel gimotea decepcionada.

Presiono una segunda vez, penetrándola un poco más, y su pierna alrededor de mi cintura empieza a temblar.

"¿Quieres más?" Bromeo, sujetándola firmemente contra mi cuerpo para soportar su peso mientras balanceo mis caderas.

"Sí", respira.

Y esta vez, presiono hasta el fondo de sus gloriosas profundidades. Angel grita mientras su coño se aprieta a mi alrededor, advirtiéndome de que está a punto de liberarse, y quiero sentir cómo se desmorona a mi alrededor.

Aprieto mi brazo alrededor de su cintura y me balanceo dentro de ella, rozando su clítoris al mismo tiempo para estimularla.

"¡Helado triple de dulce de leche, me vengo!", grita.

Y lo hace, su coño agarra mi dura longitud con una fuerza agonizante mientras me suplica que

me una a ella en el éxtasis. Dios, pero quiero hacerlo. Pero todavía no. Tengo la intención de alargarlo y proporcionarle una noche de placer antes de tomar lo que es mío.

Resulta sorprendentemente fácil aguantar mi carga, a pesar de la forma pecaminosa en que me ordeña la polla, porque sus alucinantes improperios me distraen. Debe de estar sustituyendo palabrotas por estas extrañas frases, y una burbuja de diversión me sube al pecho ante su asombrosa inocencia. Comparada con la naturaleza pecaminosa de nuestro deseo y la depravación de mis manías, su incapacidad para decir 'joder' me parece adorable.

Cuando se queda flácida por las réplicas de su clímax, tengo que hacer una pausa mientras una risita retumba en mi pecho, sin querer. Hacía tanto tiempo que no me reía que la sensación me resulta extraña en la garganta, y el humor muere en cuanto rompe la tensión sexual de la habitación.

Los ojos de Angel se encuentran con los míos, abiertos de par en par por la sorpresa, y me pregunto si está tan sorprendida como yo de oírme reír, o tal vez es la primera vez que se da cuenta del vocabulario que ha elegido. Pero su asombro se mezcla con una embriagadora lujuria, y mientras respira agitadamente contra mi pecho, la sensación de sus pezones tensos presionándome el pecho reaviva mi pasión.

La intensidad de la atracción que siento por ella calienta mi mirada y, sin mediar palabra, levanto su otra pierna del suelo y la envuelvo alrededor de mi cintura. La sujeto contra mí con un brazo y le desato las muñecas.

Me mira a la cara con expectación y me rodea los hombros con el brazo en cuanto suelta la muñeca derecha. Y cuando suelta la última de sus ataduras, sus dedos se enredan en mi pelo y se inclina para besarme.

Todavía enterrado en sus cálidas y húmedas profundidades, la llevo de vuelta a la cama, sin romper nunca el beso que hace arder mi alma. Algo en esta mujer enciende en mí una pasión que no había sentido en mucho tiempo. Estoy embriagado por su belleza, cautivado por su inocencia, embelesado por su ansioso apetito.

Quiero más de ella. Quiero todo de ella, y quiero oír mi nombre en sus labios cuando la haga correrse otra vez. Me tumbo encima de ella y la penetro hasta el fondo, mientras sus muslos se abren para acomodar mis caderas.

Angel gime y echa la cabeza hacia atrás mientras me penetra por primera vez. Mi polla palpita ante el seductor sonido, y sus paredes se tensan en respuesta, provocando una sacudida de expectación en mi espina dorsal.

Consumido por este momento crudo y apasionado, solo puedo pensar en lo bien que siento ser uno con la hermosa chica que tengo debajo. Quiero hacerle sentir el mismo nivel de fuego que consume el alma y que ella ha encendido en mí.

Mientras la empujo, encontramos el ritmo, moviéndonos en una suave y centelleante danza de felicidad.

"Ven conmigo, Angel", le ordeno mientras la presión en la base de mi columna aumenta hasta niveles insoportables.

Ella asiente con la cabeza rodeada de un halo de mechones de miel. Cuando esta vez me balanceo dentro de ella, enterrándome profundamente en sus cálidas profundidades, ella se aprieta, agarrando mi polla como un tornillo de banco. Eso es todo lo que necesito para llegar al límite, y gruño mientras libero mi semilla dentro de ella hasta la empuñadura.

Sus paredes se agitan a mi alrededor, su clítoris palpita contra la base de mi polla mientras gime mi nombre como una plegaria. Espero a que desaparezcan las últimas réplicas de sus pulsaciones y salgo lentamente de ella.

Me levanto de la cama y la dejo allí para que se deshaga del condón. Luego empiezo a vestirme.

Tras recuperar el aliento, Angel parece captar la indirecta y se desliza por las sábanas carmesí para recoger su propia ropa y ponérsela. Mientras se inclina para atarse los zapatos, saco mi chequera del bolsillo del pecho del traje.

Me mira de reojo y, cuando se endereza, su espalda está más rígida que nunca. Aun así, cuando arranco el cheque del libro y se lo ofrezco, lo coge sin decir palabra.

"Esto es por el doble de lo que habíamos acordado", observa tras leerlo.

En lugar de gratitud o incluso asombro como yo había previsto, Angel parece cerrarse, negarse, casi como si se avergonzara de haber aceptado el dinero o se sintiera insultada porque quiero darle más de lo que le ofrecí originalmente.

Desconcertado por su reacción, no sé qué responder. La dinámica entre nosotros ha cambiado demasiado deprisa, e intuyo que cualquier explicación que pudiera dar enfriaría aún más el ambiente entre nosotros.

"Ven, te llevaré a casa", ofrezco en su lugar, haciendo un gesto hacia la puerta.

"Gracias, pero puedo encontrar mi propio medio de transporte", dice ella y lidera el camino de regreso a través del club.

"No hay problema", protesto, esa extraña sensación de querer protegerla y verla a salvo dentro de la puerta de su casa me aprieta el pecho.

Por otra parte, tal vez por eso rechazó mi oferta. Puede que no quiera que sepa dónde vive. *Después de todo, ¿qué sabe de mí?* Nada, excepto que soy un hombre considerablemente mayor que le ofrecería una cantidad impía de dinero por acostarse conmigo.

"Al menos déjame pedirte un taxi", le ofrezco, acercándome al bordillo y levantando la mano.

Instantes después llega un taxi amarillo y le abro la puerta a Angel.

"Gracias", murmura, su mirada tímida una vez más mientras se desliza en el asiento trasero del taxi.

Luego se va, desapareciendo en la noche como un producto de mi imaginación. Y aunque le aseguré que solo sería una vez, de repente me doy cuenta de que no me gusta verla alejarse.

Hay algo en esta joven e inocente stripper sureña que me tiene enganchado y no sé si podré dejarla marchar. Ni siquiera llegué al fondo de sus adorables palabrotas aptas para todo público.

Puede que haya renunciado al amor, que me haya entregado a una vida en la que mi familia y mi papel como *pakhan* son mis únicas prioridades, pero sospecho que volveré a hacer otro viaje a Lady Venus mucho antes de lo que había previsto.

HEIDI

Golpeando con el lápiz el libro de texto que tengo delante, intento concentrarme en mis deberes, pero mi mente está en cualquier sitio menos en mis deberes. Gracias a la noche que pasé con Maks, su generoso pago acabó con mis problemas económicos y pude matricularme en el semestre de primavera.

Ahora que se acercan las vacaciones de primavera, no siento más que gratitud por la ayuda que me dio. El dinero no solo me ha servido para seguir estudiando sin tener que trabajar a jornada completa, sino que también cubre el mejor tratamiento médico que el dinero pude comprar para mi madre.

No es que haya cambiado nada.

Puede que ya no tengamos que preocuparnos por el coste de los cuidados, pero al ritmo al que sigue creciendo, me temo que la perderé de todos modos. Está tan enferma como siempre, y no hay señales de que el glioblastoma vaya a disminuir o incluso a ralentizarse. Por suerte, ahora podemos permitirnos una atención hospitalaria completa, que es lo que necesita después de que la última ronda de tratamientos experimentales la dejara tan débil que ni siquiera puedo cuidar de ella yo sola.

Lo que me atormenta ahora es pensar en ella postrada en la cama y sola en el hospital. Con los exámenes finales a la vuelta de la esquina, tengo que estudiar, pero no me gusta desperdiciar los últimos momentos preciosos con mi madre.

"Si sigues mordiéndote el labio así, vas a hacerle un agujero", observa Zoe desde su sitio en el sofá de mi madre.

Aunque creía que estaba ocupada viendo el reality show lleno de drama que encandilaba en la pantalla del televisor, cuando la miro de reojo, descubro que su mirada aguda me observa atentamente.

"¿Preocupada por tu madre?", insiste.

Asiento con los hombros caídos. "No he ido a verla hoy, y ayer se veía tan débil y pálida".

La expresión de Zoe se suaviza y sé que no sabe qué decir. Todas sus afirmaciones de que mi madre es una luchadora, que superará el cáncer y se recuperará enseguida, se han ido apagando con el tiempo. Porque Zoe también lo ve. No hay forma de escapar a la fría y dura realidad del

estado de mi madre. Incluso el hospital nos ha sugerido que nos preparemos para lo inevitable y nos aseguremos de que los asuntos de mi madre están en orden.

Ya me ha cedido la casa, y con poco más a su nombre, no costará mucho conciliar sus bienes terrenales. Pero eso me parece tan insignificante comparado con el enorme agujero que se abrirá en mi vida cuando ella ya no esté.

No quiero pensar en ello.

No estoy preparada para afrontarlo.

No sé si alguna vez lo estaré.

"¿Quieres que vaya contigo antes del trabajo?" Zoe ofrece.

No sé qué haría sin mi mejor amiga. Últimamente ha estado conmigo casi sin parar, para apoyarme emocionalmente, para dejarme llorar todo lo que necesito. Pero algunos días son peores que otros, y hoy me siento enferma de ansiedad por lo frágil que se ha vuelto mi madre.

Se me retuercen las tripas al pensarlo y me sorprende al ver que esa sensación de náuseas en mi corazón se extiende a mi estómago. Frunzo el ceño, me quito el libro de texto del regazo y salgo corriendo hacia el baño al darme cuenta de que estoy a punto de vomitar.

"¿Heidi?" Zoe llama, saltando de su asiento mientras me sigue de cerca.

Apenas llego al baño a tiempo, y me tiro de rodillas antes de que mi almuerzo vuelva a subir y golpee la taza de porcelana con un sonido repugnante.

"Ugh."

Zoe retrocede rápidamente, dejándome espacio mientras me sujeto el pelo con una mano y me cojo a la tapa del váter con la otra.

"¿Crees que te has intoxicado?", me pregunta tímidamente cuando termino de vomitar en seco y me desplomo sobre los azulejos del baño. "Te dije que el pollo olía un poco mal anoche".

Pero tengo una sensación de hundimiento porque no creo que se trate de una intoxicación alimentaria. Llevo varias semanas de retraso menstrual. Pensé que podría haberlo tenido debido al estrés por empezar la escuela una semana después de que el semestre ya había empezado y luego que mi madre empeorara. Pero fue hace poco más de seis semanas cuando Maks y yo tuvimos sexo. El momento es demasiado coincidente.

Claro, usamos un condón, pero esos no son cien por cien efectivos, y yo no toqué el pollo del que se quejaba Zoe.

La miro desde mi asiento en el suelo y frunzo las cejas con desgana. "Creo que necesito una prueba de embarazo", confieso.

A Zoe se le cae la cara de vergüenza. "No", objeta. "No con el multimillonario ruso sexy que dijiste que tenía edad suficiente para ser tu padre. Dijiste que usaron protección".

"Lo hicimos. Pero también llevo dos semanas de retraso, y yo nunca me retraso".

"Joder". Zoe peina con los dedos su ondulado cabello, y cuando suelta los cortos mechones, se

erizan aún más salvajemente alrededor de su cara. "No te muevas. Vuelvo en cinco minutos". Luego desaparece de la puerta.

Me desplomo contra los armarios, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. *¿Qué he hecho?* No estoy preparada para ser madre. Apenas he puesto los pies en el suelo para empezar mi carrera. No tengo ni idea de lo que es ser madre y, con mi madre tan enferma, no puedo ni imaginarme asumir la responsabilidad de cuidar a mi propio bebé.

Me invade una oleada de negación. Me estoy precipitando. Maks y yo usamos protección y solo tuvimos relaciones una vez. No puedo estar embarazada. Zoe probablemente tenga razón. Después de todo, ese plato de pollo vino del mismo restaurante chino que la carne Mongolia que comí. Probablemente sea una intoxicación alimentaria.

Me tranquilizo y consigo contener el pánico. Cuando por fin vuelve Zoe, casi me he convencido de que no es tan grave como parece. Solo tengo un virus estomacal. Mañana estaré bien y no tendré más sorpresas en el horizonte que me alteren la vida, aparte del aterrador hecho de que mi madre probablemente esté terminal y no vaya a estar conmigo mucho más tiempo.

"También te he traído un café cortado", dice Zoe, entregándome la caja de pruebas y el café a la vez.

"Gracias, Zoe." Me conoce tan bien. El café es mi bebida reconfortante, y ahora mismo me vendría bien un chorrito de cafeína para centrar mis pensamientos.

Respiro hondo, me levanto del suelo del baño y dejo el café sobre la encimera para abrir la caja de pruebas de embarazo.

"Te daré un segundo", dice y sale del baño, cerrando la puerta tras de sí.

Leo atentamente las instrucciones, aunque el principio parece bastante básico. Luego hago la prueba y la tapo antes de colocarla en el borde de la bañera para esperar los tres minutos que se supone que tarda.

"¿Puedo entrar?" Zoe pregunta, su voz amortiguada por la madera de la puerta.

"Sí". Mi rodilla rebota, sacudiendo mi codo mientras observo la prueba desde mi posición en lo alto de la tapa del váter. Con el estómago hecho un nudo, apenas puedo respirar. *¿Y si estoy embarazada?*

Aún no tengo una respuesta para eso.

Zoe se apoya en el mostrador, con la cadera a medio metro de mi hombro, y me pasa el café con leche sin decir palabra. Le doy un trago y saboreo el ardor que me produce en la garganta.

Cuando suena el temporizador de mi teléfono, casi me muero de miedo. En un abrir y cerrar de ojos, cojo el test y miro fijamente las dos inocentes líneas rosas que me devuelven la mirada.

"¿Y bien?" exige Zoe, acercando su cabeza a la mía para leer por encima de mi hombro. "Oh, mierda."

Lo único que puedo hacer es asentir. Mis labios están demasiado entumecidos para formar una frase. Pero por una vez, mi educación sureña no puede borrar la palabra que resuena en mi

mente. *Mierda.*

"¿Qué vas a hacer?" pregunta Zoe suavemente, arrodillándose a mi lado y dándome un suave apretón en la muñeca. "Decidas lo que decidas, sabes que estoy aquí para ti, ¿verdad?"

Las lágrimas me escuecen ante el apoyo inmediato. "Gracias, Zoe".

"¿Quieres ... quedártelo?"

"No me veo abortando". No es exactamente una respuesta a su pregunta, pero en cuanto esas palabras salen de mis labios, sé que son ciertas. Y poco después, descarto la idea de dar a mi hijo en adopción.

Mi madre me crió sola después de la muerte de papá. Seguro que yo soy lo bastante fuerte para hacer lo mismo. Y en cuanto pienso en mi madre, en el profundo amor y amistad que tenemos, sé que quiero este hijo. Porque quiero tener esa conexión con mi propio bebé. *Sobre todo* si voy a tener que encontrar mi camino en este mundo sin mi madre.

"Sí", susurro. "Quiero quedármelo".

Zoe me sonríe suavemente, sus ojos parecen captar el tumulto de emociones que se agitan en mi interior. Luego, sus cejas se fruncen con delicadeza.

"¿Qué hay del padre de tu bebé?"

Me da un vuelco el corazón cuando menciona un punto muy válido. Ni siquiera había pensado en Maks cuando me entró el pánico sobre qué hacer con el bebé. Por supuesto, debería decirle al padre de mi hijo que quiero tenerlo. Podría formar parte de la vida del bebé o no, como es su derecho.

Pero no tengo ni idea de cómo colocarme en contacto con él.

"¿Le has visto en Lady Venus últimamente?" Pregunto mordéndome el labio.

"Honestamente, no pude verlo bien esa noche, pero por cómo lo has descrito, no lo creo. Definitivamente no hay muchos rusos sexys con el nombre de Maks. Pero claro, Howie insiste en que solo llamemos a los clientes por sus apellidos".

"No lo recuerdo", confieso. "Definitivamente era ruso".

"¿Smirnoff? ¿Romanov?" Zoe sugiere.

"No creo que eso sirva de nada", reprendo. Quizá lo reconozca. Pero solo lo he usado una o dos veces, y lo único que oigo en mi mente es a Maks diciéndome con su acento grave y sexy que lo llame por su nombre de pila.

"Bueno, tal vez sea lo mejor. Quería un rollo de una noche, así que ¿cómo de fiable sería como padre, de todos modos? ¿Verdad?"

"Cierto", estoy de acuerdo.

Aún así, me molesta pensar que tendrá un hijo del que nunca sabrá nada. Y que ese niño nunca conocerá a su padre. Todo lo que puedo hacer desde aquí es mi mejor esfuerzo para amar a este niño lo suficiente como por dos padres.

Aunque me aterra pensar que voy a ser madre soltera, al menos Maks me dejó un colchón considerable que garantizará que nuestro bebé tenga un buen comienzo en la vida mientras yo establezco mi carrera.

MAKSIM

Cuatro años después

"CABALLEROS, gracias por aceptar reuniros conmigo hoy ", dice Frank Thompson mientras nos recibe en la lujosa sala de conferencias del Hotel Bay View.

Se levanta para estrecharnos la mano a cada uno por turno mientras yo entro primero en la sala seguido de mi hermano menor, Dimitri, y nuestro hermano pequeño, Alexei. Los tres somos propietarios de la empresa Inversiones Hermanos Federov, un lucrativo negocio de adquisiciones que mi padre nos legó al morir.

También es la fachada perfecta para el negocio más turbio de los Bratva que heredé después de que mi padre fuera asesinado a sangre fría. Mis hermanos también participan en ese mundo, cada uno con su especialidad. Pero a mí me corresponde ser el cabeza de familia, el *pakhan*, y como tal, llevo el peso de garantizar que nuestro clan prospere. Lo bueno, lo malo y las duras y feas verdades que eso conlleva.

"Supongo que esto significa que has tenido tiempo suficiente para considerar nuestra oferta". Pregunto, manteniendo un tono profesional mientras nos acomodamos en los asientos frente a Frank y sus abogados.

Los guardaespaldas que Alexei insiste en que llevemos a todas partes, debido al comportamiento cada vez más imprudente de Aleksandr Volkov, hacen de centinela silencioso detrás de nosotros. Y aunque su presencia constante normalmente me vuelve loco, ahora no me importan, ya que ofrecen un nivel extra de intimidación para sacar adelante esta oferta.

Dimitri y yo estamos de acuerdo, el Hotel Bay View es una joya que tenemos que adquirir, tanto si Frank lo considera en el mercado como si no.

"Ah, sí. Obviamente, por eso solicité esta reunión hoy". Sus ojos nos miran a Dimitri, Alexei y a mí, antes de dirigirse a la sólida pared de músculos que hay detrás de nosotros. "Pero no pretendía interrumpir vuestra actividad habitual. Simplemente quería transmitir un mensaje".

Me doy cuenta de la dirección que va a tomar este mensaje por el sudor que corre por la frente de Frank. Pero mantengo la calma. A menudo es mejor halagar e incentivar al dueño del hotel para

llegar a un acuerdo que utilizar la fuerza bruta.

"Tonterías. No podíamos dejar una ocasión tan trascendental para recibir la noticia por mensajero", zanja, añadiendo una pizca de encanto a la técnica de intimidación. "Estamos deseando hacer negocios con vosotros y nos parece justo demostrároslo respetando vuestro tiempo con nuestra presencia".

Frank comparte una mirada con el abogado de su derecha, que se mueve nervioso en su asiento.

"Sobre eso", dice el abogado, aclarándose la garganta. "El Sr. Thompson ha recibido una oferta mejor de otra parte interesada".

"¿De verdad, ahora?" pregunta Dimitri, con una ceja levantada sobre la frente. "Déjeme adivinar. ¿Por un tal Aleksandr Volkov?"

El bastardo lleva años acechando nuestras adquisiciones, entrando en nuestro territorio como el astuto imbécil que es. Y después de su repugnante demostración de fuerza de hace cuatro años, en la que disparó a nuestro yate familiar, se cargó a varios miembros de la compañía de ballet que estaban a bordo en ese momento y asesinó a mi prometida, hemos estado en guerra total.

"Ah, el caballero ha pedido que mantengamos su identidad en secreto hasta que las negociaciones sean definitivas". Frank se seca la frente, nervioso, y sus ojos pasan entre mis hermanos y yo sin llegar a establecer contacto visual.

"Seguro que sí", se burla Dimitri.

Le lanzo una mirada de advertencia, sabiendo perfectamente que el temperamento de mi hermano puede sacarle de quicio si no lo mantiene a raya.

"¿Y de cuánto es esta oferta mejor que ha recibido?". Pregunto, apoyando los codos en la mesa de conferencias y entrelazando los dedos.

"Lo siento, pero no podemos revelar esa información..."

"¿Ni siquiera nos vas a dejar hacer una contraoferta?". Pregunto con fingida sorpresa.

El abogado lanza breves miradas en dirección a Frank, y el dueño del hotel traga saliva mientras considera sus opciones.

"Ciento veinte millones", suelta Frank sin consultar a sus abogados.

Esbozo una fría sonrisa, reconociendo en silencio la debilidad del hombre que podría darnos la oportunidad de contraatacar. Su codicia hizo posible esta adquisición en primer lugar. Mientras podamos superar a Aleksandr en las negociaciones, el Bay View será nuestro.

"Podemos ofrecerte ciento cincuenta millones", afirmo, tomando una decisión ejecutiva, aunque sé que contaré con el apoyo de mis hermanos si eso significa aplastar a Aleksandr. "Y créeme, preferirías hacer negocios con nosotros".

"¿Es un trato?" dice Frank como si se pusiera la mano en el pecho mientras considera nuestra oferta. Pero no rechazará una suma tan elevada, independientemente del acuerdo al que haya llegado con Aleksandr.

"Si su otra oferta es de Aleksandr Volkov, le aseguro que es un sinvergüenza que no dudaría en estafarle en cuanto se redactara el contrato. Pero nuestra familia lleva generaciones haciendo negocios en la Bahía, y le garantizo que no se arrepentirá de venderlo a nosotros". Levantándome de mi asiento, le ofrezco mi mano, añadiendo presión silenciosa para que tome una decisión rápida antes de que la oferta salga por la puerta.

Frank se para y me da un fuerte apretón de manos. "Nunca debí dudarlo. Gracias por cruzar la ciudad para encaminar este negocio".

"Empezaremos a redactar un contrato y nos pondremos en contacto", afirmo con un gesto seco de la cabeza.

Estrecha también la mano de mis hermanos y partimos en tranquila procesión, dejando que los abogados de Frank decidan cómo van a tratar sus precipitadas decisiones en medio de la reunión.

Sospecho que Aleksandr debe estar aplicando su propia forma de presión, y el sistema legal solo puede ayudar a un hombre hasta cierto punto cuando está atrapado entre dos Bratvas en un tira y afloja. Me pregunto si los abogados de Frank saben lo metido en 'problemas' que está su cliente.

Estamos en silencio hasta que llegamos al Escalade blindado que Alexei ha contratado para llevarnos y traernos de nuestras reuniones por la ciudad. En cuanto la puerta se cierra tras el último de nuestros guardias, mi temperamento se dispara.

"Lo quiero muerto. Para ayer. Sigues diciéndome que estamos cada vez más cerca de encontrar una manera de atravesar las defensas de Aleksandr, y luego pasa más tiempo. ¿Por qué no está muerto todavía?" Exijo, nivelando mi frustración plenamente en mi hermano menor.

Alexei frunce el ceño y se pasa una mano por el pelo oscuro que empieza a mostrar los primeros mechones plateados. "Lo quiero muerto tanto como tú. Pero a menos que quieras recurrir a un tiroteo tipo *Caracortada* y que nos metan a todos en la cárcel, tendrás que tener paciencia".

"He sido paciente durante cuatro malditos años. ¿Cuánto más va a durar esto?"

"Déjalo, Maksim", corta Dimitri, por una vez, la cabeza fría del coche. "Puede que hayas perdido más que el resto de nosotros, pero todos tenemos nuestras propias razones para querer a Aleksandr Volkov muerto".

"Estoy harto de cargarnos a sus subordinados y fingir que marcamos la diferencia. Mientras tanto, estamos encogidos detrás de escudos vivientes. No puedo cagar sin tenerlos merodeando cerca de mí".

Sé que estoy siendo difícil, pero estoy más que irritado por las tácticas de Aleksandr. Es una sanguijuela, un parásito que intenta apoderarse del negocio que mi padre, mis hermanos y yo hemos construido desde cero. Y para colmo, me robó mi futuro, lo único que elegí para mí: una mujer con la que quería casarme.

Por otro lado, Alexei -que siempre ha destacado en tácticas de seguridad y en meterse en la mente de nuestros enemigos- ha llevado todo este plan de los guardaespaldas a un nivel obsesivo. Entiendo la necesidad de aumentar nuestra protección con la escalada de violencia entre nuestros dos Bratvas. Pero la falta de espacio me está volviendo loco. Solo quiero que esta guerra termine. Y para terminarla, necesitamos a Aleksandr Volkov muerto.

El coche se detiene frente a nuestro edificio de oficinas y, mientras bajamos, me detengo a contemplar el imponente rascacielos.

"¿Subes?" Dimitri pregunta, haciendo una pausa para mirarme.

Alexei también se detiene, ambos me observan expectantes. Normalmente, soy el primero en llegar a la oficina y el último en irme a casa. Mientras mis hermanos están ocupados formando y disfrutando de un hogar con sus esposas y sus familias en crecimiento, el trabajo ha sido mi obsesión desde que murió Symphony.

Pero después de los acontecimientos del día, estoy de mal humor y necesito relajarme.

Miro el reloj y compruebo que no sea demasiado degenerado ir al bar a esta hora. Son más de las cuatro. Me parece bien.

"Voy a dejarlo por hoy", digo. "Necesito desahogarme. No querrán que mi humor oscurezca la oficina de todos modos".

"¿Cuál es tu plan ahora que has dejado ir a tu nuevo juguete sexual?". Alexei me acosa, con una sonrisa en la comisura de los labios.

"No empieces", le advierto. "Se estaba volviendo demasiado pegajosa. Tuve que soltarla antes de que perdiera completamente la perspectiva. Me conformo con una copa esta noche".

"O tal vez, podrías intentar dejar el pasado atrás y empezar a pensar en una relación de verdad. Han pasado cuatro años, Maks. Symphony no querría que te quedaras así. Es hora de seguir adelante, y creo que descubrirás que una relación significativa es mucho más efectiva para generar felicidad que el alcohol y el sexo sin sentido."

Hubo un tiempo en la vida en que nunca pensé que esas palabras saldrían de los labios de Dimitri. De nosotros tres, siempre pensé que él sería el eterno soltero. Eso fue hasta que conoció a su esposa, Camille. Ahora, mi hermano es padre, marido y el más feliz que le he visto nunca.

Lo mismo ocurre con Alexei. Él y su mujer tienen un segundo hijo en camino y sus vidas son perfectas, al menos en lo que se refiere a sus relaciones amorosas.

"Dices eso, pero he llegado a comprender la dura verdad: que *los pakhanes* no reciben amor. Deberíais estar contentos de ser los hermanos pequeños. No tenéis la responsabilidad de dirigir la familia. Aceptaré la diana en mi espalda si eso significa que vosotros dos podéis tener vidas buenas y plenas". Les doy una palmada en el hombro a cada uno mientras intento que la amargura no se refleje en mi sonrisa.

"Maks", objeta Alexei. "Eso es ahora lo que nuestro padre trabajó tan duro para transmitir a usted."

"Y sin embargo, su prematura muerte es una prueba más, ¿no?"

"O quizá solo seas testaruda porque no quieres arriesgarte a perder a alguien otra vez", replica Dimitri, abriéndose paso bajo mi piel como nadie más puede hacerlo.

Aunque sé que intentan ayudarme, me molesta que mis hermanos pequeños intenten aconsejarme sobre mis relaciones personales. No quiero su preocupación. No la necesito. He tomado una

decisión y soy mucho más feliz sabiendo que no seré la razón por la que otra hermosa joven pueda perder la vida. "Id a casa. Disfrutad de vuestras familias. Saludad a Nadia y Camille de mi parte. Voy a tomar una copa."

"¡Maks!", corean mis hermanos mientras me dirijo hacia el aparcamiento y a mi Corvette rojo.

Con suerte, un rápido viaje de vuelta a mi ático ayudará a disminuir mi mal humor. Y si no, seguro que una copa o diez en el nuevo bar que han abierto calle abajo funcionarán.

HEIDI

"Estamos de celebración", anuncia Zoe en cuanto entro por la puerta principal de mi dulce casa de tres dormitorios en las afueras de la ciudad. "¿Verdad, Sarah?", añade, levantando a mi hija del suelo y dándole una vuelta.

Las carcajadas de Sarah llenan la casa y me hacen sonreír.

"¿Celebrando qué?" pregunto, dejando el bolso en la mesa de la entrada y quitándome los tacones.

"El hecho de tener un cliente que se muda a una de las *Painted Ladies* y quiere que se la decorees tu".

Zoe deja a Sarah en el suelo y mi hija salta hacia mí, ofreciéndome la muñeca con la que había estado jugando antes de que yo entrara.

"Vaya, gracias. ¿Le das un beso a mamá?" pregunto, agachándome para saludar.

Sarah me hace caso y me rodea el cuello con sus brazos regordetes para plantarme un beso húmedo en la mejilla. No importa que mi trabajo me permita pasar la mayor parte del día con mi hija. Sigo echándola de menos cuando pasamos mucho tiempo separadas.

Zoe es un regalo del cielo, cuidando de Sarah siempre que tengo que hacer visitas a domicilio a clientes e incluso llevándola a casa en días como hoy. No sé cómo sobreviviría al día a día sin Zoe como mi ayudante-compañera de piso. Desde que murió mi madre, solo cuento con ella, y sé que la necesito muchísimo.

Pero ella y Sarah son uña y carne. Y como dice Zoe cada vez que expreso mis preocupaciones, el hecho de que yo le hay ofrecido un trabajo ha sido decisivo para que deje Lady Venus y tenga un trabajo más cómodo de nueve a cinco.

"Vamos a tomar algo", continúa Zoe, sin inmutarse por mi media atención mientras saludo a mi hija. "Este es tu cliente mejor pagado hasta la fecha, y te abrirá las puertas a oportunidades aún más increíbles".

"Zoe, soy una madre soltera que trabaja a tiempo completo. No puedo salir una noche por ahí. Tengo responsabilidades", refunfuño, apartándole el pelo a Sarah de la cara y besándole la coronilla antes de levantarme.

"No una noche en la ciudad. *Una* copa. Además, ya he contratado a una canguro, así que no puedes echarte atrás ahora". Zoe me muestra una sonrisa pícaro.

"No lo hiciste", replico.

Suena el timbre en respuesta y planto los puños en las caderas.

"Vamos, necesitamos una noche de chicas", suplica Zoe, con sus ojos oscuros inocentemente abiertos.

Suspirando pesadamente, concedo. "Bien. *Un* trago".

Zoe da un gritito de emoción mientras me dirijo a la puerta para ver a quién ha contratado.

"Hola, Srta. Turner", dice Annie alegremente en cuanto abro la puerta.

"Hola, Annie. Gracias por venir con tan poca antelación". Me hago a un lado para dejar entrar en casa a la inteligente joven de instituto.

Ha hecho de canguro de Sarah en contadas ocasiones durante una hora aquí o allá si Zoe no tiene tiempo de ayudar, y adoro a la entusiasta adolescente. Es más que capaz de cuidar de Sarah hasta que lleguemos a casa.

"Encantada de ayudar. Zoe dijo que tuviste un día emocionante hoy"

"Tengo un nuevo cliente", le explico, y me dirijo a la cocina para asegurarme de que Sarah tiene preparada la merienda. "Deberíamos estar en casa antes de cenar, pero pondré un poco de lasaña a descongelar. Siéntete libre de servirte tú también".

"Gracias, Srta. Turner."

"Heidi, el Uber está aquí. Vámonos". Zoe dice desde la puerta principal.

Supongo que no tendré que quitarme la ropa de trabajo. El vestido azul marino largo que me puse para ir a trabajar me servirá, y vuelvo a colocarme los tacones a regañadientes mientras me dirijo a la puerta.

"Volveré en un rato, Sarah. Te portarás bien con la Srta. Annie, ¿verdad?"

"Sí, mamá", asiente, con sus rizos oscuros cayendo en cascada alrededor de su dulce cara en forma de corazón y hacia sus ojos color avellana.

Los ojos los heredó de mí, pero los rizos oscuros deben de ser de su padre. Mis ondas rubias miel son de mi madre. Al pensar en mi madre, se me saltan las lágrimas. Hace ya más de dos años que se fue y sigo echándola de menos todos los días.

"Te quiero, calabacita". Le doy un último beso en la frente a mi hija y sigo a Zoe por la puerta principal.

En cuanto bajo del porche, Zoe engancha su brazo en el mío y me arrastra hacia el Uber. "Estarán bien. Y nos lo vamos a pasar muy bien", insiste. "He oído hablar de un bar muy mono que acaban de abrir en Pacific Heights. Se supone que es chic y tiene unos martinis fantásticos".

"¿Martinis? Eres incorregible", digo riéndome ligeramente mientras me deslizo con ella en el

asiento trasero del coche.

"¡Vive un poco!"

Zoe parlotea alegremente mientras nos dirigimos a la ciudad, contándome cómo le ha ido la tarde con Sarah antes de zambullirse en el hecho de que mi niña está aprendiendo vocabulario como Zoe no puede creer.

"¿Por qué tengo la sensación de que le has enseñado a mi hija alguna palabra terrible?". Pregunto, enarcando una ceja.

"¡Nunca lo haría! Pero... puede que haya aprendido sin querer la frase 'doblemente maldito'". Zoe esboza una sonrisa tímida, pidiendo perdón en silencio.

"¿Me estás tomando el pelo? Tiene tres años y ya habla peor que yo. Esto me pasa por intentar criar a mi hija en otro sitio que no sea el Sur", bromeo.

"¡Oh, por favor! ¡No podías dejarme!"

Le doy a Zoe un codazo juguetón y le sonrío. "Todavía no puedo creer que le estés enseñando palabrotas a mi hija".

"Al menos no era una palabrota *de verdad*". Zoe abre la puerta del coche justo cuando llegamos a la acera, huyendo antes de que pueda regañarla más por enseñarle malas palabras a mi hija.

La calle bulle con el ajetreo de la jornada laboral que llega a su fin, la gente entra en un bonito edificio de ladrillo con el nombre de *Fiasco's* en letras negras sobre la puerta.

Hits de los ochenta y los noventa suenan por los altavoces al entrar en el local, finamente decorado. Un mostrador de madera natural rodea la barra con taburetes de níquel cepillado que sostienen a varios clientes aún vestidos con ropa de trabajo. Las mesas de roble que llenan el resto del pequeño local están rodeadas de adorables sillas de husillo pintadas en una gama de colores pastel.

"Vale, tienes razón. Este sitio es adorable", admito mientras cogemos los dos últimos taburetes libres de la barra.

"¿Verdad?"

"¿Qué les sirvo, señoras?", pregunta el camarero, que nos saluda con una amplia sonrisa y dientes blancos y rectos.

"Tomaré un Cosmo", dice Zoe sin perder el ritmo mientras apoya los codos en la barra y agita las pestañas coquetamente. "Y a mi amiga le gustaría un martini sucio con tres aceitunas".

"Enseguida". El camarero lanza a Zoe una sutil mirada de arriba abajo antes de colocarse manos a la obra.

Y mientras se va, suelto una suave risita.

"¿Qué?" Zoe pregunta, girando sobre su taburete para mirarme.

"¿Te diviertes?"

"Oye, un poco de coqueteo nunca hace daño a nadie". Le hace un gesto de gratitud al camarero cuando nos pone las copas delante y luego levanta la suya en un brindis. "Por Heidi, por pescar su primer pez gordo", dice.

Riendo, levanto mi copa de martini y la golpeo ligeramente contra la suya, luego bebo un sorbo. "Mmm. Esto está realmente bueno".

"Prueba el mío".

Zoe intercambia nuestros vasos y me roba un sorbo del mío mientras yo pruebo su Cosmo.

"Ahora, dime exactamente lo que tienes en mente para la Painted Ladies de nuestros nuevos clientes".

Expongo en detalle la decoración de la que he hablado durante la visita de hoy, y mientras Zoe y yo hablamos de mobiliario y tapicería, el alcohol empieza a hacer mella poco a poco, lo que me permite relajarme y soltarme como ya casi nunca tengo tiempo de hacer.

"¿Y te han dado vía libre para gastar todo lo que quieras?".

"Sus palabras exactas fueron: 'Después de ver lo que hicisteis con la casa de los Russell, confiamos plenamente en vuestras capacidades. Al fin y al cabo, queremos un lugar que nos haga sentir como en casa pero que parezca sacado de una revista'", cito.

Zoe da otro grito de emoción y se inclina para abrazarme. "Creo que lo has conseguido", dice efusivamente. "Como tu madre siempre supo que harías. Si Evelyn pudiera verte ahora".

"La echo mucho de menos", admito, con el corazón dolorido por la pérdida tan reciente como siempre. "Ojalá estuviera aquí para celebrarlo con nosotras".

"Yo también", asiente Zoe, con una sonrisa nostálgica y comprensiva a la vez. "Evelyn era la mejor. Pero debe de estar cuidándote desde el cielo si consigues tratos como el de hoy".

Eso me hace sonreír, pensar en mi madre hablando bien de mí, apoyándome incluso después de su último aliento.

"¿Qué tal os sientan esas copas, señoritas?", pregunta el camarero, acercándose a vernos.

"Estan increíbles", admito, el ligero zumbido de mi martini aumenta mi entusiasmo.

Su mirada se desvía hacia Zoe, esperando su voto de confianza, y ella apoya la barbilla en la palma de la mano mientras le mira a los ojos.

"Positivamente delicioso", asiente con voz indulgente.

"Bueno, cuando estéis listas para otra ronda, solo tenéis que gritar". Le guiña un ojo a Zoe y se dirige al cliente que le hace señas desde el otro extremo.

"Cariño, eres una mercancía caliente esta noche, ¿no?" Me burlo.

"Pfft". Zoe apoya los codos en la barra y cruza las piernas para balancear el pie. "Llevas tanto tiempo fuera del juego que creo que has olvidado cómo es la diversión inofensiva".

"¿Me estás diciendo que no le gustas? Apenas me ha mirado a mí", le digo.

"Bueno, sí, porque tienes las paredes de tu madre levantadas".

"¿Paredes de mi madre?". Pregunto, dando otro sorbo a mi martini antes de deslizar una aceituna de su palillo.

"Sí, ya ni te das cuenta cuando los chicos te miran".

"¡Si que me daría cuenta!" protesto, mirando a mi alrededor por reflejo, como si pudiera ver a alguien mirando en ese momento. "Es que no tengo tiempo para chicos; además, prefiero centrarme en ser una buena madre para Sarah".

"Ajá. ¿Cuánto hace que no tienes una cita?". Zoe contesta, arqueando una ceja finamente formada. "Mejor aún, ¿cuánto hace que no *estás* con un chico?"

"¿Cómo... dormir con alguien?"

Zoe espera expectante mi respuesta y yo siento el calor de la vergüenza subiendo por mi cuello.

"No desde la noche que me quedé embarazada de Sarah".

Zoe jadea, como si acabara de contarle un secreto inimaginablemente horrible. "Vale, tenemos que arreglar eso".

"¡No lo haremos! Mi vida sexual no es algo que tengamos que *arreglar*".

"No puedes fingir que ya no tienes necesidades solo porque tienes una hija. Vamos, Heidi. Tú también mereces disfrutar de la vida".

Los ojos de Zoe se desvían hacia la puerta principal del bar y, por la ráfaga de aire frío, sé que alguien acaba de entrar desde fuera. Sus ojos siguen a la persona durante unos instantes, y una sonrisa diabólica curva sus labios cuando sus ojos vuelven a posarse en mí.

"¿Por qué me miras así?". Mi voz baja a un tono preocupado.

"Porque estoy a punto de arreglar esta sequía tuya con el Sr. Alto, Moreno y Guapo que se acaba de sentar a tu lado".

"Zoe, no", le advierto, inclinándome para cogerle la muñeca.

Pero antes de que pueda detenerla, salta de su taburete y me rodea para darle un golpecito en la espalda al desconocido.

"¡Zoe!" Siseo mientras le lanza una mirada irritada por encima del hombro.

"Perdona, pero mi amiga y yo estábamos hablando de lo positivamente *en forma que te ves*, e hicimos una apuesta sobre si eres lo suficientemente fuerte como para hacer bench press de con ella", dice Zoe descaradamente.

El hombre se vuelve y mira a Zoe con frialdad. Yo la miro con los ojos muy abiertos y le pido con la boca que pare, pero ella no se inmuta.

"¿O tal vez prefieras solo entretenerla por la noche? Mi amiga es una gran conversadora".

"Zoe, no puedo quedarme fuera toda la noche", le recuerdo entre dientes apretados.

"Oh, pero si puedes. Te sentará bien". Coge su abrigo del respaldo de la silla con una floritura y gira hacia la salida. "Mientras tanto, tengo una canguro a la que relevar. Que os divirtáis", canta.

Entonces, sale corriendo por la puerta antes de que pueda seguirla.

Mortificada por el comportamiento de Zoe, me vuelvo para disculparme ante el desconocido, a quien sus payasadas parecen divertirle aún menos que a mí. Pero cuando tengo las palabras en la punta de la lengua, me quedo paralizada al ver por primera vez su mandíbula cuadrada y masculina y sus ojos grises como el acero.

El moreno tiene el ceño fruncido, lo que confirma su irritación, pero no es eso lo que me deja sin aliento. Lo reconozco de inmediato y mi corazón tartamudea.

Es Maks.

Y parece tan peligroso y tan devastadoramente guapo como siempre.

MAKSIM

Con los labios entreabiertos como si estuviera a punto de hablar y los ojos color avellana desorbitados por la sorpresa, la expresión de la hermosa joven borra mi irritación en un instante. La reconozco de inmediato y solo tardo un segundo en recordar su nombre de hace cuatro años. Aunque solo pasamos una noche juntos, creo que nunca podré olvidarlo: Angel.

Como el fugaz regalo del cielo que fue para mí.

Me arrepentí de haberlo hecho una sola vez en cuanto se subió al taxi aquella noche. Incluso volví al club donde trabajaba para intentar encontrarla al día siguiente. Pero en el club me habían dicho que había dimitido y no estaban dispuestos a dar sus datos personales, así que lo dejé pasar y seguí adelante.

Pero verla aquí, ahora, me hace palpar el corazón, y mi mal humor tras un día terrible se desvanece al contemplar su melena rubia y su llamativa figura. Lleva un moderno vestido azul marino de manga larga que se anuda en la cintura y se hunde en un escote en pico. Profesional, con clase, pero lo bastante sugerente como para insinuar que sus pechos son más voluminosos de lo que yo recordaba. Aun así, luce sus curvas con total naturalidad.

Mientras que cuando la conocí aún vacilaba en la cúspide de la juventud, ahora se ha convertido en una mujer madura y hermosa.

"Eres tú", respira, su voz suave y de acento musical refleja su expresión atónita.

Y aunque rara vez sonrío, siento que una comisura de mis labios se tuerce en una sonrisa extraña. "Soy yo. ¿Esperabas a alguien más?"

"Sí... quiero decir, no. La verdad es que no. Es solo que... no esperaba que fueras tú".

"Yo tampoco te esperaba". Y, sin embargo, me alegro mucho de haberme encontrado con ella, por casualidad, después de tanto tiempo. Tendré que acordarme de dar las gracias a su amiga por obligarme a participar en todo *aquello*.

"Bueno, qué casualidad encontrarte en un sitio como éste", dice con una risa entrecortada, mientras observa la larga barra repleta de delicadas copas de martini de todos los colores y sabores.

"¿Quieres decir que no es un club de striptease o de sexo?". Me burlo, enarcando una ceja.

El hermoso color rosa de su rubor y la forma en que baja los ojos me dicen que es tan tímida y modesta como la recordaba. Y una vez más, me pica la curiosidad. *¿Dónde ha estado todo este tiempo?* No es que no haya movido cielo y tierra para intentar encontrarla.

"En realidad, me refería más bien a que no te habría tomado por un tipo de chica martini". La sonrisa de disculpa que me ofrece me revuelve el estómago. Ninguna mujer debería ser tan guapa sin siquiera intentarlo.

Levanto mi vaso de vodka con hielo, lo agito y bebo un sorbo. "Bueno, no lo diré si tú no lo haces".

Su risa melódica despierta algo en mi pecho que creía muerto desde hacía tiempo. Un aleteo de excitación al saber que una mujer puede encontrar agradable mi compañía, sin que yo le ofrezca primero una compensación. Y ese ligero acento sureño que acompaña a su descaro me engancha tan fácilmente como lo hizo durante nuestro baile privado.

"En realidad, vengo aquí más por la comodidad del lugar que por su marca de bebidas especializadas", añado, acercándome para susurrarle al oído.

Solo capto la rápida respiración que se escapa de sus labios ante mi proximidad.

"Entonces, ¿vives por aquí?", resopla antes de dar un generoso sorbo a su martini sucio. Una señal inequívoca de que la estoy poniendo nerviosa.

Bien. Me gusta la idea de hacerla temblar.

"Como una cuadra al sur".

"Así que vives entre algodones", afirma y frunce los labios juguetonamente.

Su expresión facial indicaría que es algo para impresionarse, pero no tengo ni idea de lo que significan las palabras.

"¿Perdón?" Digo, esperando que me explique.

"Oh, no hace falta que *me* pidas disculpas". Luego hace un guiño que me indica que me está haciendo pasar un mal rato.

Desconcertado, hago una pausa, confuso por el hecho de que esta mujer me haya desestabilizado tan fácilmente. No estoy acostumbrado a que nadie me deje corto de reflejos.

"Entonces, supongo que vives en The Pacific", dice a modo de explicación, señalando calle abajo, hacia la calle donde está mi ático. "Y eso significa que te va más que bien. Aunque recuerdo que eso era cierto cuando nos conocimos".

"Parece que a ti también te va bien", observo, mirándola de arriba abajo.

Angel cruza las piernas nerviosamente y se alisa el vestido por encima de las rodillas, pero no consigo leer la expresión de su cara. *¿Vergüenza? ¿Gratitud? ¿Culpa?* Me pregunto si cree que intento atribuirle su éxito. Pero dudo mucho que se haya estado aprovechando de mi regalo para caprichos banales todo este tiempo. Se comporta como alguien que ha trabajado duro para hacer algo por sí misma.

"Gracias" es todo lo que dice mientras sus labios se mueven en una suave sonrisa.

Realmente tiene un aspecto increíble, y me pregunto si no estaría dispuesta a pasar otra noche juntos. Porque sé que yo lo estaría. Pero no cometeré el mismo error que antes: le pediré más tiempo.

Aun así, no parecía el tipo de chica que aceptaría mi oferta nuevamente, y ahora parece que ha triunfado en el mundo. Dudo que siga necesitando el dinero.

"¿Sigues bailando?" pregunto despreocupadamente.

Angel se ríe. "No, lo dejé hace cuatro años".

"Eso pensé, ya que desapareciste después de nuestra noche juntos".

"¿Y cómo lo sabes?". El brillo de sus ojos sugiere que está a punto de pillarme en una mentira, pero lo que tengo que decirle es la pura verdad.

"Porque volví a Lady Venus y pregunté por ti. Pero me dijeron que habías renunciado y no me dieron tu dirección personal. Así que, por más que lo intenté, no pude localizarte. Resulta que hay más mujeres llamadas Angel en San Francisco de las que un hombre puede conocer en un mes. Estoy recordando tu nombre correctamente, ¿no? ¿Angel?" No es que pueda olvidarlo, pero no quiero darle una impresión equivocada. Ya estuve peligrosamente cerca de sonar como un acosador.

Unas manos delicadas y femeninas le presionan las mejillas mientras se sonroja profusamente, aparentemente avergonzada. "En realidad, ese era solo mi nombre artístico. Soy Heidi".

Extiende tímidamente una mano como si quisiera estrechar la mía, y yo la cojo. Una descarga eléctrica de atracción crepita entre nuestras palmas y me acelera el pulso.

"Maks", digo a modo de recordatorio. "Es un placer conocerte, Heidi". Su nombre es fluido y hermoso en mi lengua, mucho más adecuado para ella. Aun así, una risa retumba desde lo más profundo de mis entrañas.

"¿Qué tiene tanta gracia?", pregunta, aunque su sonrisa se ensancha hasta igualar la mía.

"Es que... eso explica por qué todas las Angel de San Francisco a las que conseguí dar caza no eran tú". Otro torrente de alegría me llena el pecho al recordar varias de las conversaciones más incómodas que surgieron de mis esfuerzos por encontrar a este enigma que ahora sé que se llama Heidi.

Mi admisión parece halagarla, ya que sus mejillas adquieren un tono carmesí más intenso y sus dientes capturan un lado de su labio inferior. "No intentaste encontrarme, ¿verdad?".

"¿Dudas de mi honestidad?" Levanto una ceja en señal de advertencia. "Me arrepentí de haberte dejado marchar". Hago una pausa y estudio su rostro mientras debato si me atrevo a decir lo que realmente quiero. Luego sigo adelante. "Debería haberte pedido más tiempo. Una noche no fue suficiente".

El suave jadeo de Heidi hace que me tiemble el pulso y siento la tentación de estirar la mano y cogerle la barbilla con los dedos. Pero no lo hago. Hace años que no la veo y puede que no

agradezca el contacto no solicitado. No quiero ahuyentarla.

Pero sus ojos están abiertos de par en par con una franqueza genuina que sugeriría lo contrario, y su expresión casi esperanzada me hace atreverme.

"Casi parece que el destino me está dando una segunda oportunidad. Una oportunidad de hacer las cosas bien esta vez".

"¿Qué significa eso de 'hacer las cosas bien'?" Heidi ladea la cabeza con curiosidad y se inclina ligeramente hacia mí. Una clara señal de que he captado su interés.

Puede que no lo diga con sus palabras ni me lo diga intencionadamente con su lenguaje corporal, pero está claro que se siente atraída por mí, a pesar de nuestra diferencia de edad e incluso después de todo este tiempo.

"¿Y si quisiera conocerte mejor?". Insinúo, inclinándome más cerca para atrapar ligeramente su rodilla entre mis palmas. "¿Tienes novio o algún hombre en tu vida del que deba preocuparme?".

Los ojos de Heidi se dilatan, la respiración se le corta en la garganta, y cuando responde, las palabras le salen roncadas. "No, ningún hombre en mi vida".

Eso me hace sonreír. "Bien. Entonces, ¿digamos que te doy quinientos mil dólares para que te quedes conmigo varias semanas? Y después de eso, si seguimos divirtiéndonos, podemos renegociar".

Sé que me he pasado de la raya en cuanto la cantidad de dinero sale de mi boca. El semblante de Heidi cambia en un instante, se le va el color de las mejillas, se le cae la cara y se le pone rígida la espalda, lo que hace que se aleje de mí.

Blyat. La he ofendido.

HEIDI

¿De verdad me está ofreciendo dinero por acostarme con él otra vez? ¿Como si fuera una vulgar puta? Me costó todo lo que tenía dejar de lado mis principios y mi dignidad para aceptar sus condiciones aquella noche. Y la insinuación de que estaría dispuesta a pasar *semanas* como su amante, incluso por una suma descabellada de dinero, me ofende profundamente. Aunque la lógica dicta que si acepté su dinero una vez, volvería a hacerlo, su oferta me sigue pareciendo increíblemente insultante.

Pero la expresión de Maks no es de desdén, no indica que me considere inferior o solo digna de servirle a su antojo. En cambio, solo encuentro un deseo carnal iluminando sus llamativos ojos gris acero.

Eso no impide que la furia burbujee en mi interior y, antes de que pueda contenerla, mi afilada lengua arremete para defenderme. "¿Qué, no puedes encontrar a alguien que se acueste contigo gratis?". Le espeto.

En su cara se dibuja un gesto de diversión, pero no me detengo a interpretarlo.

"Eres guapo, rico, claramente exitoso. ¿Realmente eres tan antipático que tienes que *pagar a las mujeres* para que se queden contigo? Pensaba que te iba bien coqueteando hasta que insinuaste que soy una puta al intentar comprarme. *Otra vez*".

Mi cortante respuesta termina en un resoplido de disgusto y, sin embargo, ni siquiera parece inmutarle. Se echa hacia atrás, dejándome espacio. Y aunque me resisto a admitirlo, se me revuelve el estómago de decepción cuando sus manos abandonan mi rodilla.

Entonces vislumbro brevemente la misma tristeza que me atrajo inexplicablemente hacia él hace cuatro años. Pero cuando habla, su voz es uniforme, su tono fáctico, desprovisto del dolor que subyace.

"No era mi intención molestarte. Es solo que no hago el amor. Mi prometida fue asesinada por mis rivales hace años, no mucho antes de conocerte, en realidad. Así que elijo mantener mis relaciones estrictamente físicas. Puede que mis hermanos disfruten del amor, el matrimonio y los hijos, pero yo prefiero centrarme en dirigir nuestro negocio y hacer sufrir a mis enemigos por lo que han hecho."

Mi corazón tartamudea en el pecho al oír su explicación, y mis hombros caen, la rabia defensiva se desvanece como si la rociara una manguera de incendios. Acaba de divulgar hechos

aterradores como si fueran desgracias cotidianas. *¿Rivales que matarían a su prometida? ¿Enemigos a los que quiere hacer sufrir?* Solo los criminales y los mafiosos de Hollywood hablan así.

Aun así, por brutal que sea su explicación, me conmueve porque puedo recordar la agonizante tristeza de sus ojos. Conocer la causa de esa tristeza hace que mi corazón sangre por él. Comprendo una pérdida así, y más aún, puedo entender por qué podría evitar el compromiso si alguien le arrebatara a la mujer que ama.

Cuando guardo silencio, Maks centra la mirada en su vaso con hielo. Le da una vuelta antes de beber el vodka frío. Luego continúa, llenando el espacio entre nosotros con su razonamiento. "Ofrecer dinero a cambio del tiempo de las mujeres ayuda a que el acuerdo sea más comercial, una transacción más que una relación. Aunque, incluso así, puede ser difícil evitar que las mujeres se contagien de sus sentimientos cuando hay sexo de por medio".

Normalmente, una afirmación como esa sonaría inmensamente arrogante, pero he pasado la noche con Maks, así que puedo ver cómo las mujeres podrían enamorarse de él una vez que han experimentado su toque atento y magistralmente placentero. No puedo imaginarme que renuncien a él de buen grado.

Y a pesar de la insistencia de Maks en que quiere mantener las emociones fuera de la ecuación, su triste historia y su franqueza al respecto me dicen que aún es capaz de sentir profundamente, aunque no esté dispuesto a formar nuevos vínculos.

Aún así, ese muro que ha construido para protegerse es exactamente por lo que necesito mantener la guardia alta. Porque tengo que tener en cuenta a Sarah. Ella no debería estar expuesta a ese tipo de distancia emocional. Y aunque tengo la obligación moral de hacerle saber al padre de mi hija que tiene una hija, no me parece prudente decírselo si sus problemas de intimidad son tan graves. Por el bien de Sarah, sería mejor que no supiera nada de ella.

No sería sano para ella tener un padre que no está dispuesto a formar un vínculo con ella. Es mejor no tener un padre, como ha aprendido a vivir durante los tres primeros años de su vida, que tener uno que no esté emocionalmente disponible.

"Entonces", dice Maks, sacándome de mi ensueño.

Cuando levanto la vista, unos ojos plateados me escrutan con abierto deseo. Pero no tienen el filo peligroso que cabría esperar de un hombre capaz de *hacer sufrir a sus enemigos*.

"Ahora que conoces los motivos de la oferta, ¿lo reconsiderarás?".

Esta vez, cuando Maks se inclina hacia delante, consigo controlar mi cuerpo, al menos audiblemente. Pero su proximidad hace que me tiemble el pulso.

Debería decir que no. Alejarme. Todo lo que me ha dicho hasta ahora es razón suficiente para huir. Especialmente si quiero proteger a Sarah de él. La forma más segura de hacerlo sería sacarlo de mi vida por completo.

Pero las palabras de Zoe sobre mi abstinencia resuenan en mis oídos. Hace tanto tiempo que no tengo relaciones sexuales. Y a pesar de mi castidad autoinducida durante los últimos cuatro años, echo de menos la intimidad del contacto de un hombre. Solo soy humana, y ser madre no me

obliga a convertirme en monja. ¿Verdad?

El hecho de que Maks haya sido el mejor sexo que he tenido nunca no es un pequeño factor determinante. Si lo rechazo ahora, me estaré privando de un placer alucinante.

¿Qué daño puede hacer el sexo sin ataduras? Es todo lo que pide. Y entonces no tengo que preocuparme de cómo podría afectar a Sarah. No quiere ser parte de mi vida, solo compartir unas semanas de diversión nocturna.

Puedo hacerlo.

Solo que... no por dinero.

"¿Y si llegamos a un acuerdo?" Le ofrezco.

Maks levanta lentamente una ceja, con expresión intrigada. Su gallarda y peligrosa masculinidad hace que el corazón me dé un vuelco. *Dios, pero si es guapísimo.*

"Sexo casual sin intercambio de dinero", ofrezco con valentía. "Sería degradante aceptar un pago. Pero disfruté de la noche que pasamos juntos, y lo consideraría un intercambio equitativo. Ambos aceptamos tener sexo, sin ataduras, hasta que uno de los dos decida que ya no funciona".

"¿Crees que puedes hacerlo? ¿Sexo sin apego?" Maks pregunta, su tono juguetón, aunque su mirada se calienta hasta convertirse en un infierno silencioso.

Sus dedos vuelven a rozarme la rodilla, y una sacudida de expectación recorre mi cuerpo y me aprieta las tuercas. Si tenía alguna duda sobre lo desesperadamente que necesito el contacto de un hombre, esto acaba de confirmarla.

"¿Por qué no?" Pregunto suavemente, ignorando el calor que me sube por el cuello ante su proximidad. "Ya tengo bastante con llevar un negocio y... hacer malabarismos con las responsabilidades. Me vendría bien aliviar un poco el estrés". Mis labios esbozan una sonrisa pícara.

Ahora que la oferta está sobre la mesa, estoy al borde del vértigo. En los últimos cuatro años, he pasado más de una noche solitaria pensando en Maks y nuestro tiempo juntos. No es que se lo confesaría a nadie.

Pero lo deseo, quizá incluso más desesperadamente que aquella noche. Porque sé lo que tiene que ofrecer, y hace que me tiemble el estómago.

"Trato hecho. ¿Lo sellamos con un beso?". Sus labios se mueven en una sonrisa diabólica que me dice que sabe que está usando la misma frase que yo usé la noche que me llevó a un club sexual.

Se me corta la respiración cuando se inclina hacia mí, me agarra por la rodilla y me coge la barbilla con la mano que tiene libre entre el pulgar y el dedo. Sus ojos se posan en mis labios suavemente separados, y el hambre que siento en ellos me llena de expectación.

Y cuando captura mi boca en un beso confiado, mi cuerpo arde en llamas. Sus labios carnosos y firmes acarician los míos, moviéndose con ellos mientras los abre aún más. Entonces su lengua penetra en mi boca, profundizando el beso mientras me saborea con deliberada lentitud.

Con el corazón palpitante, me inclino hacia delante y me derrito en su abrazo mientras mi sangre se convierte en lava y me arde en las venas. Besa incluso mejor de lo que recordaba. El mundo se silencia a nuestro alrededor mientras mis sentidos se concentran en la sedosa caricia de su lengua, la fuerza dominante de sus labios, el suave cosquilleo de la sombra de su barba rozándome la barbilla.

Su mano sube lentamente por mi muslo, provocando una oleada de excitación que humedece mis bragas. Pero se detiene antes de que sea demasiado íntimo para el lugar público en el que estamos.

Cuando por fin rompe nuestro beso, me quedo sin aliento, con la piel enrojecida y la mente zumbando de lujuria desenfrenada. No creo que nadie me haya besado nunca así, y estoy desesperada por que vuelva a hacerlo.

MAKSIM

La suave flexibilidad de los labios de Heidi me acelera el pulso y la idea de pasar la noche con ella me hace palpar de expectación. Besarla fue un error, solo porque ahora la deseo con una desesperación difícil de contener hasta que volvamos a mi casa.

Le suelto la barbilla y me dirijo al camarero. "La cuenta, por favor. La de ella también".

Entonces saco mi tarjeta de crédito y la envío sin mirar la cuenta.

Heidi ríe suavemente, el sonido musical es un placer para mis oídos mientras apuro el resto de mi bebida.

"¿Por qué tanta prisa?", pregunta juguetona, luego coge la aceituna de su martini entre los dientes y la desliza lentamente de su palillo.

Me levanto del taburete y le pongo una mano en la espalda. Me acerco a su oído y murmuro: "Llevo cuatro años esperando otra noche contigo. No voy a perder ni un segundo".

Los ojos de Heidi se abren de par en par con hermosa inocencia y traga con fuerza antes de tragarse la aceituna con el resto de la bebida. Luego se levanta de su asiento y me deja guiarla suavemente con la mano en la espalda.

Fuera, apenas parece reparar en mis dos guardaespaldas, que me siguen a una distancia discreta. En cambio, camina cerca de mí, su calor corporal me calienta el costado mientras su proximidad atenúa el filo siempre cortante de la brisa de la bahía de San Francisco.

"No estabas bromeando cuando dijiste que Fiasco's era un lugar conveniente", observa Heidi mientras entramos en el vestíbulo de The Pacific.

El portero nos saluda con una cortés inclinación de cabeza, que yo devuelvo mientras guío a la hermosa mujer que está a mi lado hacia los ascensores. Sus tacones golpean el suelo de granito con sexy confianza, y sé que los lleva con la soltura de una mujer que ha caminado con tacones todos los días de su vida adulta.

Pulso el botón de llamada, dirijo mi atención a los hombres de Alexei e inclino la barbilla hacia otro ascensor. "Coged el siguiente", ordeno.

Los ojos de Heidi pasan de mi cara a la de mis hombres y, por un momento, parece desconcertada por la orden. Pero mis guardias obedecen sin rechistar y se apartan del ascensor

cuando se abren las puertas y hago entrar a Heidi.

"¿Qué...?" respira mientras las puertas se cierran tras nosotros, dejándonos perfectamente solos.

Pero no quiero perder el tiempo explicándole por qué tengo guardaespaldas o por qué la quiero para mí solo. En lugar de eso, acorto la distancia que nos separa, aprisiono sus labios una vez más y la apoyo contra la pared.

Jadea cuando la aprisiono entre el espejo y yo. Entonces sus manos suben por mi pecho, explorándome hasta peinarme el pelo.

"Dios, te deseo", gruño contra sus labios.

Me trago su gemido mientras la beso apasionadamente, pasando mi lengua entre sus labios para enredarse con su lengua de seda. La polla me palpita en el pantalón y me aprieta contra el hueso de su cadera, y apenas puedo contenerme.

Y aunque quiero estar dentro de ella con una desesperación que me vuelve loco, también quiero que esto dure.

Con un brazo alrededor de su cintura, exploro el cuerpo de Heidi con la mano libre, saboreando la sensación de sus suaves pechos en la palma de mi mano y su cintura esbelta, que ha crecido un poco desde la última vez que la toqué, pero sigue siendo firme y musculosa.

Heidi se estremece contra mí cuando mi mano desciende y mis dedos encuentran la abertura de su vestido. Guío mi mano por debajo de su falda. El suave gemido que suelta cuando mis dedos rozan la punta de sus muslos me enciende el cuerpo.

Quiero hacerla gemir de placer, que grite mi nombre mientras se corre.

Mientras acuno su clítoris cubierto de encaje, noto lo mojada que está para mí.

Mi gruñido de satisfacción se mezcla con su suave jadeo cuando engancha un dedo en el borde de sus bragas para apartarlas. Luego la acaricio entre los pliegues, recogiendo sus jugos en las puntas de mis dedos.

Heidi se estremece mientras sus brazos se enroscan más firmemente alrededor de mi cuello, utilizándome como estabilizador mientras sus piernas empiezan a temblar.

"Tan ansiosa estás", alabo, y presiono mis dedos profundamente dentro de su coño.

Heidi grita, sus paredes se tensan en respuesta, y me sobrecoge darme cuenta de que ya está a punto de correrse. Dios mío, esta mujer es tan sexy que podría volverme loco.

Le rozo ligeramente el clítoris con la palma de la mano y le meto los dedos con más fuerza. Y mientras tanto, reclamo su boca con la mía, saboreando los gemidos y quejidos que chocan contra mis labios.

Sus caderas se sacuden hacia delante, sus dedos se aprietan contra mi pelo y Heidi suelta un gemido eufórico mientras su coño se agita con la primera oleada de su orgasmo. Con el clítoris palpitando contra mi palma y las paredes atrayéndome hacia su interior, Heidi se corre con la fuerza de su euforia, llenando el pequeño espacio con el dulce aroma de su excitación.

Aunque me excita, me sorprende que haya podido correrse antes de llegar al último piso y a mi ático. Riendo por lo bajo, salgo de ella con suavidad, manteniéndome firme alrededor de su cintura mientras sus piernas aún se sienten demasiado débiles para sostenerla.

"¿Soy tan sexy?" me burlo ligeramente, echándome hacia atrás lo suficiente para dedicarle una sonrisa malévola.

Resplandeciente por las secuelas de su orgasmo, solo puedo decir que Heidi está cohibida por la forma tímida en que me mira a través de las pestañas, su mirada avellana tímida.

"Hace mucho tiempo que no estoy con nadie", confiesa en poco más que un susurro.

Dios, es irresistible. La deseo tanto que duele. No puedo esperar más. Se abren las puertas del ascensor y la levanto, rodeándome la cintura con los muslos para llevarla a mi dormitorio mientras vuelvo a besarla profundamente.

Tengo una sala de juegos, a la que tengo toda la intención de introducir a Heidi, pero eso puede esperar. Si todavía es tan inexperta como recuerdo y no ha estado con nadie en mucho tiempo, entonces quiero tomarme las cosas con calma y asegurarme de que disfruta plenamente de su tiempo conmigo.

Porque sé que voy a amar cada segundo de esto.

Con los pechos apretándome contra el pecho, Heidi se aferra a mí, besándome hasta la distracción mientras le acaricio las nalgas y aprisiono sus muslos entre mis caderas y mis brazos.

Una mano se desplaza desde mi nuca hacia la corbata que tengo anudada en la garganta. Sus dedos trabajan con confianza mientras aflojan la tela de seda. Estoy seguro de que en su carrera como stripper ha quitado más corbatas de las que le corresponden.

Cuando la saca lentamente de debajo del cuello de mi camisa, extrayendo un suave siseo de la tela, hace que me ponga rígido y palpite entre sus muslos. Irrumpo en el dormitorio y enciendo las luces a ciegas, ansioso por ver a Heidi desnuda en todo su esplendor.

Entonces caigo sobre la cama con ella, atrapándola bajo mi pecho y aprisionándola con mis brazos. Respiramos entrecortadamente mientras me inclino hacia atrás lo suficiente para permitirle acceder a la chaqueta de mi traje. Me la abre y me la pone sobre los hombros mientras me dice en silencio que quiere que me la quite.

La obligo, tirándola al suelo sin cuidado mientras ella se pone a trabajar en mi camisa de vestir. Pero estoy demasiado hambriento para ayudar. Me inclino y entierro la cara entre su hombro y su cuello, atrapando con los labios la suave carne de la base de su garganta.

Chupo suavemente y soy recompensado con una rápida inspiración femenina. Una vez más, Heidi me empuja la camiseta por los hombros, dejando el pecho al descubierto, y yo me inclino hacia atrás para quitármela también. Sus delicados y bien cuidados dedos tocan mis pectorales, trazando el intrincado dibujo de mis tatuajes.

Cierro los ojos, el suave roce de su tacto es como la seda.

"Son preciosos", murmura, provocándome un escalofrío.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, su mirada, suave y sensual, admira el arte de mi piel. Sus dedos bajan siguiendo las líneas de mis tatuajes hasta el cinturón.

Mientras ella vuelve a desvestirme, yo hago lo mismo con ella.

Tirando del lazo que sujeta el vestido, desato la tela y tiro de ella para liberarla del lazo que la sujeta. Los bordes se abren, dejando al descubierto los pechos de Heidi, llenos de encaje negro, y la suave curva de su cintura. El encaje negro a juego de sus bragas descansa en lo alto de sus caderas, creando una sexy V que me señala en dirección a su celestial coño.

Estoy impaciente por zambullirme. Me inclino hacia delante y beso lentamente su esternón, tomándome mi tiempo para llegar a la turgencia de sus pechos. Su pecho sube y baja más deprisa, empujándome hacia abajo para que pueda ver lo excitada que está.

Cuando mis labios alcanzan su ombligo, miro hacia arriba, admirando la perfección de su belleza suave y natural, la fina línea de su mandíbula, la delgada rectitud de su nariz, la pura perfección de sus labios rojos y carnosos.

Sus explosivos ojos avellana me observan con un calor que me envalentona, y desciendo hasta el borde de sus bragas, donde cierro los labios en torno a su piel y empiezo a chupar.

"¡Maks!", jadea, su cabeza cae hacia atrás mientras se desploma completamente sobre la cama.

Exhalo, adorando lo sensible que es a mis caricias. Luego, soltando su firme piel con un suave chasquido, desciendo. Las piernas de Heidi tiemblan cuando la cojo por los muslos y los separo para dejar espacio a mis hombros.

Me sumerjo y respiro el aroma de su delicioso sabor antes de acercar mis labios al encaje que cubre su clítoris. Sus caderas se mueven en respuesta, apretando más su clítoris contra mi boca. Entonces sus dedos me peinan el pelo, sus uñas me rozan el cuero cabelludo y me ponen la piel de gallina.

Cojo sus bragas por la cintura y tiro de ellas hacia abajo, eliminando la ligera barrera que nos separa. Guiándolas por encima de sus altos tacones, dejo sus zapatos mientras dejo caer el escaso encaje al suelo y dirijo mi atención a la perfección de sus piernas.

Cojo un tobillo y lo levanto para besar lentamente el interior de su piel recién depilada. Cuando llego a su rodilla, la engancho por encima del hombro y dirijo mi atención a su otra pierna. Empezando donde lo dejé, beso el resto de su denso muslo. Cuando cierro los labios alrededor de su clítoris, Heidi grita y se levanta de la cama por la intensidad de su placer.

HEIDI

La sensación de la boca caliente y húmeda de Maks succionando suavemente mi clítoris me lanza a una euforia que entumece mi cuerpo. Un hormigueo de placer me recorre las venas y apacigua el fuego. No puedo evitar que mis caderas se abalancen sobre él, suplicándole la liberación que sé que me dará.

Unas manos fuertes me agarran de los muslos y me mantienen quieta mientras él da especial atención hacia mi raja, igual que hizo en nuestra primera noche juntos.

"¡Santo cielo!" Jadeo mientras su lengua se desliza entre mis pliegues, lamiendo mi excitación como si fuera lo mejor que ha probado nunca.

Jadea, el sonido bajo y masculino se convierte en una risita suave y retumbante. "¿Significa eso que te gusta cuando te la chupo?", bromea, y su acento lo hace parecer aún más increíblemente sexy.

"Sí", gimoteo.

"Bien. Porque me gusta tu sabor".

El calor irradia desde mi interior ante sus atrevidas palabras. Las palpitaciones de mi clítoris se intensifican a medida que me acerco a un segundo orgasmo en cuestión de minutos. Lo único que me frena es la impecable decoración de su dormitorio.

El mobiliario de madera gris es elegante y caro, y las lámparas, elegantes y discretas. Incluso el arte es una elegante colección de pinturas abstractas que hablan de vibrante vida y energía. Me pregunto quién habrá decorado su casa, pero esa es una pregunta para otro momento.

Cuando los dedos de Maks vuelven a introducirse en mí, me siento consumida por su tacto magistral. Me acaricia el centro, sus dedos se curvan ligeramente para encontrar ese punto oculto que hace que mi mente se quede en blanco.

Mientras su lengua recorre mi clítoris sin descanso, grito su nombre antes de derrumbarme a su alrededor. Sigue jugando conmigo, extrayendo hasta la última gota de placer de mi cuerpo, hasta que me desplomo sobre la cama con un estremecedor suspiro.

Cuando levanta la cabeza para mirarme a los ojos, una sonrisa lenta y satisfecha se dibuja en sus labios.

"¿Qué?" Pregunto, mi boca se curva para igualar su sonrisa.

"He soñado con volver a tener la oportunidad de hacerlo, pero nunca pensé que lo haría", admite mientras vuelve a subir lentamente por mi cuerpo.

Me besa profundamente, con el sabor de mis jugos aún en sus labios, que me excita.

"Qué curioso", suspiro entre besos, y Maks se aparta para mirarme a los ojos. "He tenido exactamente el mismo sueño".

Con un gruñido salvaje, Maks reclama mis labios en un beso centelleante. Sus caderas se balancean hacia delante, el frío metal de su cinturón me oprime el abdomen mientras siento la barra de hierro de su excitación entre la cremallera abierta de sus pantalones.

Me agacho y vuelvo a mi tarea de desnudarlo, bajándole los pantalones y los calzoncillos por las caderas de una sola vez. Su polla se libera, la cabeza hinchada brilla con una gota de líquido preseminal que me recuerda las posibles consecuencias de nuestras acciones de esta noche.

Pero ahora mismo, estoy tan loca por el sexo, que no me importa.

Me ayuda apoyándose en sus musculosos brazos para que pueda bajarle los pantalones y, cuando mis brazos no llegan, cojo la tela con los dedos de los pies y se los bajo hasta el fondo.

"Es un buen truco", ronronea, y sus labios abandonan mi boca para pellizcarme suavemente el lóbulo de la oreja.

"Concéntrate en mí...". Bromeo, y no puedo evitar reírme de mi propia broma. No me cabe la menor duda de que Maks tiene mucha más experiencia en el sexo que yo. Lo único que sé es que necesito sentir su cuerpo contra el mío.

La sedosa piel de su erección atrapada contra mis caderas me hace un nudo en el estómago de anticipación.

"¿Me vas a enseñar un par de cosas?", bromea, desafiándome a que me eche atrás.

Luego me agarra de las caderas y me hace rodar hasta que me siento encima de él.

Sé hacer bailes eróticos. Pero esta es la primera vez que voy a mezclar uno con sexo real, y me da un vuelco el corazón. Sus ojos se calientan mientras me observa con expectación, y dejo que la novedad del momento se apodere de mí para no decepcionarle.

Cierro los ojos y me siento erguida, alargando el torso y peinándome el pelo con los dedos. Muevo las caderas, saboreando cómo su gruesa erección se desliza entre los labios de mi coño mientras empiezo a morderlo.

Unos dedos fuertes presionan mis muslos, señal silenciosa de que Maks disfruta de la sensación tanto como yo. Me peino hacia un lado y lo miro, prometiéndole con la mirada que no hemos hecho más que empezar.

Luego me pongo detrás y me desabrocho el sujetador.

El aire sisea entre sus dientes mientras tiro el último trozo de tela a un lado con una floritura. Sus manos amasan mi piel, suben lentamente por mis muslos hasta seguir la curva de mis caderas, mi

cintura, y luego me acunan los pechos con las palmas.

Coloco mis manos sobre las suyas e intensifico su agarre hasta que la carne flexible -más blanda después de haber amamantado a mi hija durante el primer año de su vida- se desliza entre sus fuertes dedos. Vuelvo a mover las caderas para demostrarle cómo me lo follaría.

Pero todavía no.

No sin protección.

Como si me leyera el pensamiento, Maks me suelta para acercarse a la mesilla que hay junto a su cama. Abre el cajón y rebusca a ciegas un momento. Aunque sé, por el sonido de su gemido, que sigue siendo plenamente consciente de que lo estoy cabalgando.

Coge un condón, lo rompe y yo le arrebató la goma antes de que pueda protestar. Luego, con una sonrisa lasciva, meto la mano entre los dos para enrollar lentamente el látex lubricado en su impresionante polla.

"Verte colocarme un condón puede que sea lo más sexy que he visto nunca", ronca. "Aunque no estoy seguro de que pueda superar tu expresión cuando llegas al orgasmo".

Sus palabras me dejan boquiabierta y, antes de que se me ocurra una réplica, ya está sentado y me rodea la cintura con un brazo mientras vuelve a colocarse encima de mí.

"Quiero hacer que te corras toda la noche", respira mientras se alinea con mi entrada.

El calor florece en mi interior cuando me aprieta.

"¡Santa granada de mano!" Jadeo mientras me llena, estirando mis paredes para acomodar su considerable grosor.

Me cuesta creer que siga sintiéndose tan grande después de haber dado a luz a su hija. Y sin embargo, tras años sin sexo, parece que he recuperado parte de mi tamaño original.

"Dios, qué bien te siento", ronca, presionando profundamente dentro de mí antes de salir lentamente.

Cuando empezamos a practicar sexo, me invade una satisfacción primitiva que alivia un profundo dolor que hasta ahora desconocía. Me siento tan bien con Maks, que reclame mi cuerpo de una forma tan íntima.

"Qué bueno", gimo. Me cojo a su musculosa espalda, con los dedos tensos por la fuerza del placer y el cuerpo zumbando por la necesidad de liberarme.

No importa que ya me haya hecho correr dos veces esta noche. Quiero más. Lo quiero todo. No quiero que esto termine nunca.

"Dime lo que quieres, Heidi", ronronea Maks, su movimiento oscilante aviva el infierno en lo más profundo de mi núcleo.

La forma en que murmura mi nombre, su acento ruso haciendo que suene como la canción más hermosa del mundo, me llena de lujuria.

"Quiero que hagas que me corra", suplico, mi voz roza lo quejumbroso, estoy tan desesperada.

"¿Quieres correrte en mi polla?", se burla, presionando con más fuerza dentro de mí mientras roza mi clítoris.

"Sí." Jadeo, aferrándome a su ancha espalda y saboreando cómo se tensan sus músculos bajo mis palmas.

Su ritmo se acelera, sus embestidas se vuelven más exigentes mientras presiona dentro de mí con la fuerza justa. Jadeando al borde de la combustión, levanto la cabeza de la cama para morderle el labio inferior.

Maks gruñe, sus labios se inclinan sobre los míos mientras me besa posesivamente, su lengua reclama mi boca. Y esta vez, cuando me corro, no puedo evitar gritar. Su fuerza me pone los nervios a flor de piel y me hace sentir como si la euforia me recorriera por dentro.

Como una explosión, estallo en torno a su polla, mis paredes palpitan mientras lo aferran, instándole a correrse conmigo. Mi clítoris se estremece y palpita contra la base de su dura erección, estimulado aún más por su urgente rigidez.

Maks gime, con un sonido casi torturador, y eso hace que me estremezca, apretándome incluso en las réplicas de mi liberación.

"Dios, me encanta sentir cómo te corres", ronca, con la voz desgarrada por la necesidad.

Suelto una carcajada. "Me encanta cuando haces que me corra".

Su carcajada retumbante vibra en mi pecho, haciéndome cosquillas en los pezones. Y entonces vuelve a besarme, sin dejarme tiempo para bajar de mi subidón antes de que me exija más placer.

Sus manos exploran mi cuerpo, rozándome la piel con un toque de pluma hasta que me toca el pecho. Su pulgar y su índice pellizcan y hacen rodar el tenso nódulo, arrancándome un gemido mientras una sacudida de placer entrecortado por el dolor recorre mi piel.

Me recuerda a los azotes que me dio hace cuatro años, y el corazón se me acelera al preguntarme si no me castigará de alguna manera esta noche. No me atrevo a pedírselo, pero no diría que no a explorar más ese juego pervertido.

Especialmente con Maks.

Mis paredes se estrechan con más fuerza, provocando un gemido sexy y carnal en sus labios. En respuesta, me aprisiona el labio inferior entre los dientes y empieza a mordisquearlo y acariciarlo con la lengua, alternando dolor y placer.

Al mismo tiempo, sus manos vuelven a subir por mi cuerpo para guiar mis brazos por encima de mi cabeza. Su peso me presiona contra el colchón mientras me inmoviliza. Cuando entrelaza nuestros dedos, atrapando mis manos, siento la intensa falta de control.

Maks me ha aprisionado por completo, su poderoso cuerpo me tiene prisionera mientras me reclama de la forma más íntima.

Nunca me he sentido tan viva.

Retorciéndome bajo él, sucumbo a esta experiencia extrañamente liberadora. Mi dolor, mi placer,

están ahora totalmente en sus manos. Como él con las mías. Mis sentidos se agudizan, avivados por el instinto de huida de mi cuerpo. Y mientras se despiertan, puedo sentir lo excitado que está Maks.

Su corazón compite con el mío y respira agitadamente mientras me penetra. La euforia crece en mis venas cuando me doy cuenta de que está a punto de soltar toda su carga.

La idea de que se corra dentro de mí, de las consecuencias que tuve la última vez, me produce una oleada de expectación. Si esto se va a convertir en algo habitual, debería ser proactiva y buscar un segundo método anticonceptivo, por si acaso.

Y espero sinceramente que así sea.

"Córrete conmigo, *krasivaya*", ordena.

El sexy sonido del ruso saliendo de sus labios me deshace. Es el amo de mi cuerpo y no podría desobedecerle, aunque quisiera.

"¡Me corro!" Jadeo, echo la cabeza hacia atrás y entreabro los labios con un grito silencioso.

Su polla se hincha dentro de mí y, cuando empieza a palpar con su propia liberación, me derribo a su alrededor. Palpitando y retorciéndome, me dejo llevar por las olas de éxtasis que me recorren hasta los dedos de las manos y los pies. Regodeándome en el olvido momentáneo, dejo que se me cierren los ojos.

La profunda y pesada satisfacción que sigue relaja mis músculos hasta que no soy más que un charco bajo él.

MAKSIM

La mirada de pura felicidad que suaviza el rostro de Heidi me roba el aire de los pulmones. Es única por su cruda vulnerabilidad, la honestidad de sus expresiones y su forma de vivir la vida. Aunque apenas la conozco, siento como si lleváramos juntos toda la vida. A pesar de mi empeño en mantener a las mujeres a distancia, descubro que con Heidi no puedo resistir la tentación de saber más.

Seguimos juntos, y disfruto de la sensación de sus réplicas mientras se retuercen alrededor de mi polla, aún enterrada dentro de ella hasta la empuñadura.

"Eso", respira, "era exactamente lo que necesitaba".

Una risita me retumba en el pecho mientras beso suavemente la pequeña marca que le he dejado en la base de la garganta. Desaparecerá por la mañana, pero me llena de satisfacción saber que la he marcado a mi manera, que la he reclamado al menos temporalmente.

Luego salgo de ella. Salgo de la cama y me dirijo al cuarto de baño para tirar el preservativo usado. Cuando vuelvo al dormitorio y rebusco en uno de los cajones un par de joggers, admiro el cuerpo delgado y atlético de Heidi tendido sobre la cama.

Está claro que se ha esforzado por mantenerse en forma, incluso después de dejar la danza, aunque sus curvas no han hecho más que mejorar con el tiempo. Sus largas piernas atraen mi mirada hacia el irresistible pico de sus muslos.

Sus mejillas se colorean cuando me descubre apreciando abiertamente su figura, y una tímida sonrisa se dibuja en sus labios.

"¿Te apetece tomar una copa de vino conmigo?". Le ofrezco mientras me pongo mi chándal gris.

"Claro", acepta, sentándose para recoger su sujetador y su ropa interior del suelo mientras yo le recojo el vestido.

Sus zapatos están tirados por el suelo y no recuerdo cuándo se los quitó. Estaba tan absorto en el momento que ni siquiera me paré a pensar en ellos. Cubierta de nuevo con su lencería de fino encaje, Heidi se acerca para aceptarme su vestido.

En lugar de entregárselo, se lo tiendo para que se lo pueda colocar. Se lo ata antes de agacharse a recoger sus zapatos, y mi polla se estremece al ver sus caderas orgullosas a escasos metros de mí.

Estoy deseando que llegue la próxima vez.

Pero primero, deberíamos discutir los detalles de nuestro acuerdo.

Con sus tacones enganchados en los dedos de una mano, Heidi levanta la vista para mirarme a los ojos mientras le pongo la mano en la parte baja de la espalda y la guío de vuelta al salón principal de mi ático.

Sus ojos se abren de par en par al contemplar el mobiliario y las luces parpadeantes de la ciudad.

"¿Te gusta?" pregunto, incapaz de evitar la diversión en mi tono al notar su evidente asombro.

"Vas a tener que presentarme a tu decorador", afirma con un deje de envidia en la voz.

"Ya lo he hecho".

Sus ojos se clavan en los míos mientras la acerco a uno de los taburetes de la barra que rodean la isla de mi cocina. Lo retiro y espero a que se siente. Lo hace, aunque su mirada exige un nombre antes de dejarme marchar.

"Lo he elegido yo", afirmo.

Mis labios se crispan ante el destello de sorpresa que ella consigue disimular con una rapidez impresionante.

"Bueno, me encanta tu estilo".

"Gracias. Me gusta pensar que tengo buen gusto". La miro de arriba abajo y me recompensa con un humilde rubor.

Selecciono un vino tinto del estante colgante, cojo el sacacorchos de su cajón y abro la botella antes de coger dos copas altas de una vitrina de cristal. Lo llevo todo a la isla y me siento en un taburete junto a Heidi antes de servirnos una generosa ración de Zinfandel.

"Gracias", murmura Heidi y golpea ligeramente su copa contra la mía antes de dar un sorbo.

"Ahora que has accedido a pasar tiempo conmigo, creo que es mejor que hablemos de nuestro trato", le digo, adoptando un tono más formal para que sepa que hablo en serio.

"De acuerdo". Heidi deja su bebida en la encimera de granito negro y me dedica toda su atención, curiosa.

"Tengo una habitación para ti, una bonita donde esperaré que pases la noche mientras durmamos juntos. Y te asignaré un destacamento de seguridad que estará a tu lado siempre que desees salir. Serás libre de entrar y salir cuando quieras. Es solo una precaución para garantizar tu seguridad mientras continuemos con este acuerdo."

"Guau, guau, guau, gran derrochador", dice Heidi, su expresión cambia a inquieta mientras se echa hacia atrás, sus manos volando en defensa. "Eso es mucho más de un compromiso de lo que estaba anticipando."

Frunzo el ceño, confundido por lo que qué podría ser tan serio cuando ella ya ha confirmado que está soltera y dispuesta a acostarse conmigo. Si a ella le gusta mi apartamento tanto como indicó, creo que incluso podría ser un cambio de escenario divertido.

"Mira, con las llamadas nocturnas puedo trabajar. Pero *no* me voy a mudar a tu ático, y definitivamente no voy a llevar un par de guardaespaldas a todas partes. Soy diseñadora de interiores, Maks. Llevar un montón de músculos dentro y fuera de las casas de mis clientes sería *terrible* para el negocio...". Sus labios se entreabren como si estuviera a punto de añadir más objeciones a su lista, pero luego cierra la boca como si sintiera que ha dicho demasiado.

Bueno, eso explica por qué estaba admirando el mobiliario de mi ático.

Y puedo ver su punto acerca de no querer guardaespaldas. Pero estos son los parámetros que he establecido para proteger a cualquiera de las mujeres con las que me acuesto. Mientras continúe esta guerra con Aleksandr Volkov, no puedo dejar que Heidi ande suelta por San Francisco sin pensar que podría sufrir graves consecuencias por estar relacionada conmigo. Aleksandr ha demostrado ser más que capaz de ejercer la violencia contra las mujeres que me importan a mí y a mis hermanos.

La frustración me aprieta el pecho ante su repentina testarudez. Primero, no acepta mi dinero. Ahora, no acepta mi protección. "Empieza a parecer que no estás dispuesta a cumplir ninguna parte del acuerdo que te he ofrecido, aunque sea por tu propio bien".

"Eso no es verdad. Me parece muy bien tener sexo sin ataduras. Pero si no quieres ser flexible y trabajar conmigo, entonces estoy segura de que me las arreglaré por mi cuenta. He estado mucho tiempo sin sexo. Imagino que puedo volver a ser como era antes de que entraras en mi vida otra vez".

Lo más exasperante de su declaración es que parece que lo dice en serio. Y cuanto menos dispuesta está a someterse a mis reglas, más desesperadamente la deseo. Suelto un suspiro exasperado y dejo la copa de vino en la encimera para peinarme el pelo.

Entonces trabajo en un nuevo plan que pueda mantenerla a salvo aunque no se quede aquí.

Heidi da un sorbo a su vino en silencio, parece perfectamente dispuesta a dejarme hacer la guerra interior mientras espera. Un atisbo de sonrisa se dibuja en una comisura de sus labios, y siento la tentación de robarle la diversión con un beso.

En lugar de eso, me obligo a centrarme en los recursos que podría utilizar para encontrar el compromiso que ella esconde.

"De acuerdo", refunfuño tras varios momentos de intenso silencio. "¿Y si envío a un chófer y a unos hombres para que te recojan y te dejen en tu casa? Tendrás que ser discreta para que la gente no te vea ir y venir de mi casa. Eso significa trasnochar y un transporte cuidadoso. Si mis enemigos no pueden relacionarte conmigo, probablemente estarás a salvo".

Heidi me mira como si estuviera considerando mi nueva oferta, y me tensa cuando parece a punto de rechazar esta también. Ya es bastante arriesgado, y me niego a ser más indulgente. No dejaré que arriesgue su vida innecesariamente.

"No puedo garantizar tu protección si no cooperas conmigo, Heidi."

Duda un momento más, atrapando el labio inferior entre los dientes. El suspenso es angustioso, y sé que mi necesidad de estar con ella ha alcanzado ya un nivel insano. Tengo que controlarme mejor si quiero permanecer sin ataduras.

Tal vez sea porque es alguien de cuando la muerte de Symphony era tan cruda y nueva, o tal vez mi atracción por ella es simplemente diferente, más fuerte de lo normal, pero el poder de Heidi sobre mí no se parece a nada que haya sentido desde antes de la muerte de mi prometida.

"De acuerdo", finalmente acepta. "Podemos intentarlo".

HEIDI

"¿Tengo que firmar algún papel, quizá colocar mi huella dactilar con sangre o algo así, para que nuestro acuerdo sea oficial?". Bromeo, burlándome de Maks por frustrarse tanto conmigo por no seguir sus reglas.

Pero en realidad, su oferta original me tenía al borde del pánico, sobre todo por Sarah. No podría dejarla durante semanas, y no estoy dispuesta a meterla en la ecuación cuando se trata de sexo temporal y sin sentido. Así que agradezco que esté dispuesto a encontrar otra solución.

Sin embargo, mi jugueteón pinchazo parece haber servido para cubrir mis nervios momentáneos, ya que la mirada de Maks se vuelve ardiente, haciendo que me tiemble el estómago.

"Creo que podemos hacer que la enmienda sea vinculante con otro beso", me responde bromeando, aunque la forma en que peina sus dedos en mi pelo es cualquier cosa menos divertida.

Su otra mano encuentra mi cadera y, en un abrir y cerrar de ojos, me levanta de la silla y me abraza mientras me besa apasionadamente. Me pasa la lengua entre los dientes y me reclama la boca, mezclando el fresco sabor del vino con su delicioso aroma masculino.

Apoyo ligeramente las palmas de las manos en su pecho de mármol y me derrieto contra él. No sé cómo una mujer puede resistirse a esto, pero aceptaré lo que pueda porque Maks puede ser el espécimen más impresionante con el que jamás tendré la oportunidad de estar. Me niego a sentirme culpable o avergonzada por divertirme con él. Zoe tiene razón. Necesito soltarme y disfrutar de vez en cuando.

Sus grandes manos recorren mi cuerpo, suben por mi espalda hasta desabrocharme el sujetador con un movimiento de sus dedos y bajan hasta tocarme el trasero. El calor inunda la punta de mis muslos cuando en tan solo un instante logra excitarme, y jadeo cuando sus dedos bajan por ellos hasta levantar el dobladillo de mi vestido.

"Maks", protesto, con la vergüenza subiéndome por el cuello y acumulándose en mis mejillas al pensar en los guardias que vi en el salón. "Tus hombres".

Hace una pausa en sus avances el tiempo suficiente para echar un vistazo a donde solían estar, pero cuando sigo su mirada, descubro que estamos completamente solos.

"Mis hombres conocen bien su trabajo, y eso incluye saber cuándo es hora de irse", murmura.

Entonces sus ojos se vuelven hacia los míos, y la diversión baila en sus profundidades plateadas. "Ahora, ¿dónde estábamos?"

"Creo que estabas a punto de tumbarme en tu mostrador y hacer lo que quisieras conmigo", respiro, con el corazón agitándose.

Maks tararea apreciativamente. "Me gusta cómo piensas". Entonces sus manos recorren el resto de mis muslos hasta coger la cintura de mis bragas.

Esta vez me las baja despacio, con los ojos fijos en mi cara mientras la tela susurra entre mis muslos, poniéndome la piel de gallina. Se me caen los párpados y un escalofrío de lujuria me recorre la espalda. Cuando suelta la lencería de encaje, me la quito.

Unas manos fuertes me agarran por la cintura y Maks se levanta y me deposita sobre la superficie lisa de la encimera de la isla con un movimiento fluido. Jadeo al sentir el frío granito en la parte posterior de los muslos, pero antes de que pueda protestar, me agarra por detrás de las rodillas y me tira bruscamente contra sus caderas.

Con los muslos ceñidos a su cintura, me apoyo en el borde de la encimera, esperando con la respiración contenida lo que va a hacer a continuación.

"Podría comerte, *krasivaya*", advierte, la amenaza suena demasiado atractiva.

Mientras se inclina para devorarme los labios, me rodea la espalda con un brazo para estrecharme. El otro se introduce entre nosotros para desatarme el vestido una vez más. Se me abre y me lo quito rápidamente, ansiosa por sentir la cálida piel desnuda de su pecho, que no se molestó en cubrir tras nuestra primera sesión de sexo.

A continuación, mi sujetador, el cual lanzo impacientemente a un lado, y luego los abultados brazos de Maks rodean mi torso expuesto, tirando firmemente de mí contra su pecho mientras besa el aliento de mis pulmones.

No puedo recordar una época en la que deseara a alguien tan profundamente como lo hago con esta bestia de hombre que tengo ante mí. Él saca un lado de mí que no sabía que existía. No quiero que esto termine nunca.

Llena de una audacia salvaje, meto los dedos entre los dos por debajo de la cintura de sus pantalones de chándal perfectamente ajustados y rodeo con ellos la barra de hierro de su polla. Gime, un sonido inquietante, mientras su erección se retuerce entre mis dedos.

La sensación de poder que inunda mi pecho me deja con ganas de más.

"Te necesito", suplico en un suspiro.

Maks rebusca en el bolsillo de su chándal y saca otro envoltorio de aluminio. Lo rompe con los dientes y saca la goma de un tirón. Esta vez me tomo la libertad de bajarle el chándal por las caderas mientras se pone el condón.

Luego engancha mi rodilla izquierda sobre su antebrazo y la alinea con mi entrada.

Todavía estoy tan mojada por nuestra primera sesión de sexo y los múltiples orgasmos que me provocó que se desliza dentro de mí con facilidad. Esta vez, cuando me penetra, es duro,

exigente y pecaminosamente placentero.

Me llena como si no pudiera contenerse lo suficiente para ser amable. Y me encanta.

Esta pasión desesperada enciende mi piel y despierta un dolor palpitante que me deja pidiendo más.

"¿Te gusta duro?", gruñe, empujando dentro de mí con fuerza y rapidez, sus manos ávidas en la exploración de mi cuerpo.

"¡Sí!" maullo, temblando por la intensidad de mi rápida liberación.

"Dios, no puedo decir si eres enviada del cielo o un demonio venido para satisfacer todos mis malos caminos".

El tortuoso éxtasis de su voz ronca enciende un fuego en mi interior y, de algún modo, que me llame demonio me parece un cumplido mayor de lo que jamás hubiera imaginado. Sé lo que quiere decir. Maks podría ser el diablo, aquí para tentarme con el más delicioso de los pecados mortales, y yo le daría con gusto mi alma por este tipo de placer.

"Haz que me corra, Maks. Quiero correrme", le suplico, tan cerca del borde que siento que podría explotar si no me da lo que necesito.

Me suelta la rodilla, Maks se mete entre nosotros y me presiona el clítoris con el pulgar, y basta una ligera presión para que caiga rendida. Arqueo la espalda sobre su brazo y me cojo a sus anchos hombros mientras dejo que me consuma el éxtasis celestial.

Puntos negros bailan en la parte posterior de mis párpados mientras el alivio inunda mis dedos de manos y pies. Cuando salgo lentamente de mi éxtasis, Maks me levanta de la encimera y me lleva al salón. Me aferro a él débilmente, con la frente apoyada en el pliegue de su cuello, mientras respiro con dificultad.

Se acomoda en el impoluto sofá blanco y me coloca en su regazo, de modo que vuelvo a estar a horcajadas sobre él. Desde este nuevo ángulo, puedo sentir hasta qué punto está enterrado dentro de mí.

Mi coño palpita ante la intensa sensación de penetración profunda, y balanceo las caderas, estimulándome instintivamente mientras empiezo a cabalgarlo.

"Joder, *eres un Angel*", ronca, sus dedos presionando con más fuerza la carne de mis caderas mientras se pone rígido y se hincha aún más dentro de mí.

Suelto una carcajada, saboreando cómo se desliza dentro y fuera de mí, cómo su vástago se desliza por mi clítoris con cada movimiento de mis caderas. Maks gime mientras mis paredes se tensan a su alrededor con mi risa.

"No, soy Heidi, ¿recuerdas?" Me burlo.

Maks sonríe malvadamente, su risita oscura se une a mi diversión.

"Esta noche eres mía, y eso es lo único que importa", gruñe, reclamando mis labios con hambrienta determinación.

Encuentro su apetito sexual positivamente adictivo, la forma en que me hace sentir que soy lo único que puede ver. Me llena de una excitación que me reta a soltarme y ser tan salvaje y libre como quiera. Y por una vez, voy a seguir ese impulso.

Mañana, puedo replantearme mi cordura.

Aparentemente totalmente de acuerdo con este plan, Maks me manosea y acaricia, sus manos grandes y ásperas encuentran cada uno de mis puntos sensibles de los que puede sacar más placer. La confianza de sus caricias me hace temblar.

Sabe cómo sostener mi cuerpo para ayudarme a seguir incluso después de que mis piernas empiecen a arder por el esfuerzo. Las respiraciones entrecortadas y jadeantes que se producen entre nosotros hacen que el sexo desinhibido en su sofá sea aún más ardiente.

"Úsame para correrte, *krasivaya*", ronca Maks. "Quiero ver cómo es que te gusta".

En realidad, nadie sabe cómo me gusta como Maks. Pero me encanta la idea de cabalgar sobre él hasta mi propia liberación, y aprieto más salvajemente su polla hinchada, presionando mi clítoris contra su base mientras busco mi placer egoísta.

"Oh, santo cielo", gimo, acercándome peligrosamente a decir una palabrota de verdad mientras el éxtasis me consume por completo.

Mis paredes se cierran en torno a su polla dura como una roca y Maks suelta una retahíla de rusos mientras me agarra por las caderas. Martilleándome y yo apretándome contra él, los dos nos liberamos al mismo tiempo.

Siento el calor en mi interior cuando llena el condón con su semilla, y la sensación me revuelve el estómago con una anticipación instintiva. Un hilillo de sudor corre lentamente entre mis pechos mientras jadeo, y Maks se inclina para lamerlo, en una última y brillante muestra de sucio placer.

Cuando nuestros ojos se encuentran, me resulta casi imposible no perderme en el calor de su mirada. Este hombre es de otro mundo. Y voy a ser consumida por su fuego si no tengo cuidado.

Me atrevo a ir un poco más allá y me inclino para darle un suave beso en los labios. Están salados por mi sudor y son demasiado tentadores. Cuando me separo, Maks me deja y me sujeta las caderas mientras me bajo lentamente para colocarme de pie.

"Es tarde. Será mejor que me vaya", murmuro, sintiéndome de repente como una adolescente que se ha quedado fuera mucho después del toque de queda.

Pero a Maks no parece importarle. Se levanta del sofá, me coge de la mano y me lleva a la cocina, donde nos vestimos de nuevo. Luego coge el teléfono y habla en un ruso bajo y rápido.

"Mis hombres se reunirán contigo en el ascensor. Un chófer te espera en el garaje para llevarte a casa".

"Gracias", murmuro, mordiéndome el labio mientras espero a que mi cerebro se ponga al día.

Maks tiene un aire que impone respeto y obediencia sin ni siquiera intentarlo.

"Ven. Te acompaño", me ofrece, tendiéndome la mano mientras vuelvo a colocarme los tacones.

En cuanto mi palma se encuentra con la suya, sus fuertes dedos se cierran en torno a la mía, dándome una sensación de calidez y seguridad.

"Esta noche ha sido divertida", dice mientras caminamos, con una sonrisa torcida en los labios. Luego me mira de reojo. "Al menos, yo me lo he pasado bien".

Una risita de vértigo me sube por la garganta antes de darme cuenta de que suena demasiado femenina. "Yo también", confieso, sintiendo cómo se me calientan las mejillas.

"Bien entonces, hagámoslo de nuevo. Pronto". Maks me peina el pelo con los dedos e inclina suavemente la cabeza para darme un beso suave y casto en los labios.

Solo se retira cuando las puertas del ascensor se abren detrás de mí.

"Buenas noches, Heidi."

"Buenas noches, Maks", suspiro, entrando de nuevo en el ascensor sin apartar la mirada.

Se me acelera el pulso mientras me observa con desenfadada expectación hasta que las puertas le impiden verme.

HEIDI

Zoe me ha dejado encendida la luz del porche y, mientras subo descalza por el sendero con rapidez y sin hacer ruido, noto los ojos de los guardaespaldas de Maks siguiéndome para asegurarse de que entro sana y salva.

Son casi las tres de la mañana, un hecho del que no me di cuenta hasta que miré mi teléfono en el coche y encontré varios mensajes de texto de Zoe preguntando cómo iba la cita y cuándo podría estar en casa.

Pero su último mensaje fue hace horas, así que debe de estar dormida. Entro por la puerta principal tan silenciosamente como me permiten las tablas de madera, la cierro y paso llave con cuidado. Sonrío al ver que Zoe también ha dejado encendida la luz de la cocina. Eso me ayudará a guiarme hasta el pasillo y mi dormitorio.

Avanzo silenciosamente por la casa y me dirijo a la cocina para apagar la luz.

"¡Santo libro de colorear!" ladro, llevándome la mano al corazón cuando encuentro a Zoe sentada en la mesa de la cocina, con sus ojos oscuros observándome. "Zoe, ¿qué haces todavía levantada? Estamos en mitad de la noche y mañana tenemos que trabajar", le digo en voz baja.

"Sí, lo sé", dice ella, con tono enfadado. Frunce el ceño ante su copa de vino casi vacía y se la termina de un trago.

"¿Estás ... enfadada conmigo?" Pregunto, confundida por su tono.

"No, es que no podía dormir. Me preocupé después de entregarte a un extraño. Fue un movimiento estúpido e imprudente, y lo siento. Podría haber sido un asesino en serie por lo que yo sabía". Zoe se levanta y viene a darme un abrazo. "Me alegro de que estés viva. Estaba empezando a debatirme sobre si debía llamar a la policía".

"Siento haberte asustado, pero si te hace sentir mejor, resulta que no es un desconocido", le digo, intentando alegrarle el ánimo. "En realidad es el hombre que me pagó doscientos mil dólares por acostarme con él; ya sabes, el que también resulta ser el padre biológico de Sarah".

"¡¿Qué?!" A Zoe casi se le salen los ojos de las órbitas y me agarra el antebrazo con fuerza. "Vale, necesito detalles", exige, su tono hosco desaparece.

Me arrastra hasta la mesa de la cocina y me obliga a sentarme. Luego saca una segunda copa de vino de los armarios y descorcha la botella para servirnos una copa a cada uno.

"Zoe, son casi las tres de la mañana. ¿No podemos hablar de esto mañana?"

"Ya es mañana. Ahora empieza". Se sienta en la silla frente a mí y bebe un sorbo de vino, con los ojos clavados en mi cara como si yo fuera un fascinante drama de Hollywood.

"¿Por dónde empiezo?" Pregunto, con las mejillas encendidas al pensar en los detalles de mi noche.

Puede que Zoe sea bastante abierta con sus hazañas sexuales y las historias que está dispuesta a contar, pero yo no tengo muchas, y prefiero guardar bajo llave las pocas que tengo. Como me enseñó mi madre, no beso y cuento.

"Desde el momento en que salí por la puerta", presiona Zoe. "Y no te dejes nada. ¿Os acostasteis otra vez? ¿Qué dijo cuando le contaste lo de Sarah?".

"Bueno, en realidad..." Una punzada de culpabilidad me golpea al preguntarme si no habré tomado la decisión equivocada al ocultarle esa información. Quizá debería haber empezado por ahí. *Hola, me alegro de verte. De hecho, me llamo Heidi, no Angel, y, por cierto, tenemos una hija de tres años. ¡Sorpresa!*

Suena tan ridículo en mi cabeza que estoy segura de que no habría sido la forma correcta de decírselo. Además, si se lo hubiera dicho, podría querer conocerla, y no quiero que Sarah se haga a la idea de que tiene un padre cuando Maks no está interesado en formar vínculos.

"No le conté lo de Sarah", confieso antes de que Zoe tenga otro arrebato.

"¿Por qué no?". Su expresión registra sorpresa, pero no desaprobación, como había temido.

"Bueno, desde el principio, los dos nos reconocimos al instante y congeniamos muy bien", admito, sonriendo al recordar las bromas que intercambiamos. Es alucinante todo lo que ha pasado desde la hora feliz.

"¿Vale?" Zoe presiona, haciéndome un gesto para que siga.

"Resulta que volvió a Lady Venus e incluso intentó localizarme después de que lo dejara".

Zoe se queda boquiabierta, con los ojos desorbitados.

"Pero él solo conocía mi nombre artístico y supuso que era mi nombre real, así que, obviamente, eso no le funcionó demasiado bien".

"Para ser honesta, estoy un poco orgullosa de Howie al saber que se mantuvo firme y no dio tu información. Si tu guapo ruso de una noche estaba dispuesto a pagarte doscientos mil por una noche, imagino que también intentó comprarle la información a Howie".

"Huh." Me siento de nuevo en mi silla, considerando sus palabras. "Es una buena observación. Recuérdame que le envíe a Howie una tarjeta de agradecimiento, aunque, en este caso, podría haber sido más útil para todos los implicados si se hubiera doblegado ante la presión".

"Sí, ¿pero cómo iba a saberlo? Probablemente pensó que tu ruso era un acosador loco del que renunciaste para huir".

"Eres muy lista a las tres de la mañana", observo juguetonamente.

"Y con media botella de vino dentro", añade, levantando la que está casi vacía entre nosotras.

Sacudo la cabeza, riéndome suavemente de mi mejor amiga. "De todos modos, Maks me ofreció otro trato: quinientos mil por pasar unas semanas con él".

"Es broma ¿Cierto?", afirma rotundamente, y sus cejas se arquean cuando niego con la cabeza.

"No, al parecer, alguien mató a su prometida, así que Maks ya no hace el amor. Paga a las mujeres para que se queden con él, y cuando acaba con ellas, las manda a pasear". Cuando lo digo así, suena aún más horrible.

"Por favor, dime que no aceptaste ese trato. No necesitas el dinero, y *definitivamente* no necesitas esa clase de locura en tu vida".

"No lo hice", acepto, y Zoe se relaja visiblemente. "Pero nos acostamos. Dos veces".

Si las mandíbulas pudieran literalmente caer al suelo, la de mi mejor amiga lo habría hecho en ese mismo instante.

"¡Oh, vamos! Tú fuiste quien me dijo que necesitaba echar un polvo. Y déjame decirte cuánta razón tenías. Además, si te soy sincera, Maks es un dios en la cama".

"¿Así que te acostaste con el padre de tu hija -otra vez- y no se te ocurrió decirle que tenéis una hija juntos?"

"No, lo pensé. Y créeme, todavía me atormenta ahora. No sé cuánto tiempo puedo seguir viéndolo *si* no voy a decirle..."

"¿Otra vez?" Zoe se sienta hacia adelante en su silla, poniendo una mano sobre la mesa. "¿Vas a verle otra vez?"

"Bueno... sí. Acordamos sexo sin ataduras. Los dos solo para divertirnos. Le dije que no aceptaría el dinero, y lo aceptó. Pero se enfadó bastante cuando le dije que no me mudaría con él ni tendría a sus guardaespaldas siguiéndome. Quiero decir, tengo clientes en los que pensar, y eso sería demasiado confuso para Sarah..."

"Wow, espera. ¿Quería que te mudaras con él? ¿Y tener guardaespaldas?"

Dudo, preguntándome si he hecho que Maks parezca más loco de lo que me pareció en su momento. Él supo transmitir mejor que yo la importancia de sus decisiones.

"Dijo que era para protegerme porque tiene enemigos, y creo que no quiere que otra chica con la que se acueste acabe muerta por su culpa".

Zoe permanece en silencio esta vez, bebiendo un trago de su vino en lugar de hacer comentarios.

"De todos modos, llegamos a un compromiso en el que él hará que alguien me recoja aquí las noches en que queramos divertirnos un poco. Y eso es todo, Zoe. Pero por eso no le conté lo de Sarah. En general, es muy divertido estar con Maks, pero no creo que sea sano meterlo en la vida de Sarah cuando no quiere establecer vínculos con nadie. ¿Qué clase de padre sería para ella? No puedo imaginar que crecer con un padre emocionalmente inaccesible sea mejor que no conocerlo en absoluto. Al menos ahora, ella no sentirá esa distancia y pensará que es algo que ha hecho mal".

Aun así, me preocupo y bebo un trago de vino mientras me pregunto si he tomado la decisión correcta.

"¿Y bien? ¿Qué te parece?" pregunto tras un largo momento de silencio.

Zoe tuerce los labios con esa expresión que me dice que intenta elegir sus palabras con cuidado.

"Oh, escúpelos", insisto, inclinándome hacia delante.

"Vale, bien. Para empezar, estoy totalmente de acuerdo con la idea de no hablarle de Sarah. Tienes razón. No quieres que un hombre cualquiera venga e insista en formar parte de su vida si no le interesa relacionarse con la gente. Y *estoy* orgullosa de ti por tener algo con un tipo tan sexy. Quiero decir, sé que me dijiste que era lo suficientemente mayor como para ser tu padre, pero joder, ese tío es una obra de arte...". Hace una pausa, su expresión se vuelve soñadora, como si lo imaginara en su mente.

"¿Y ya está?" Presiono cuando no puedo esperar más.

Zoe parece salir de su ensimismamiento con una sonrisa de disculpa. "Solo me preocupa lo que pueda pasar a largo plazo. Parece que este tipo es un poco maniático del control, si no una persona peligrosa. Quiero decir, ¿decir que tiene enemigos? ¿Gente que lo odia tanto que tal vez mataron a su prometida? ¿Quién dice cosas así?"

"Vale, entiendo lo que dices, pero hemos acordado que cualquiera de los dos puede dejarlo en cualquier momento. Así que, ¿qué hay de malo en intentarlo? Solo estoy probando, y si me pone en peligro a mí, a ti o a Sarah, lo dejaré". Es curioso, pero normalmente soy yo la responsable de que Zoe me mire como una madre. Es extraño tener el zapato en el otro pie.

Finalmente, Zoe suspira. "No puedo decir que me guste... quiero decir, aparte de que te diviertas. Esa parte sí me gusta. Pero si esto es realmente lo que quieres hacer, entonces haré lo que pueda para apoyarte. Solo... prométeme que tendrás cuidado".

"Lo haré", le aseguro, cruzando la mesa para darle un apretón en la mano. "Y en serio, Maks no es tan malo como lo estoy haciendo parecer. Sabe cómo decirlo para que tenga mucho más sentido".

"Mm-hmm. ¿Segura que no es porque lo dice en un acento ruso bajo y sexy que te alborota las hormonas?".

"¡Zoe!" Protesto, y ella suelta una risita mientras se aparta para protegerse de mi furia.

"Estoy bromeando. Estoy bromeando. Seguro que tiene muchas cualidades admirables".

"Es solo por diversión", reitero. "Y solo por un rato".

"De acuerdo", acepta, mostrando una sonrisa de dientes blancos.

"¿Podemos irnos ya a la cama?" refunfuño, sintiéndome como si me hubieran diseccionado, reprendido y tomado el pelo a la vez.

"La cama suena bien", acepta, y nos levantamos juntas para dirigirnos al pasillo.

Puede que no tenga la cabeza bien puesta cuando se trata de Maks, pero al menos sé que Zoe

siempre me cubrirá las espaldas, aunque a veces le guste hacerme pasar un mal rato. Desde que murió mi madre, ella ha sido mi roca, mi mejor apoyo, y sé que siempre tiene mis mejores intereses en el corazón.

MAKSIM

El amanecer se cuela por las ventanas de mi apartamento, llenando el moderno espacio de la misma sensación de dorado entusiasmo que siento después de pasar la noche con Heidi. No importa que solo haya dormido tres horas. Nada va a deprimirme hoy.

Me levanto lo bastante temprano para terminar una buena sesión de ejercicio en el gimnasio de mi casa. Luego me ducho, me visto, preparo un desayuno rápido y me dirijo a las oficinas de Federov Brothers Investments.

Las mujeres me ayudan a relajarme, y siempre disfruto empezando algo con una nueva mujer. Hay una frescura en explorar a una nueva persona, entender qué la hace vibrar, cómo darle placer.

Pero con Heidi, casi me siento como en un subidón.

Hay algo en su franca honestidad, en su forma de enfrentarse a la vida con una sinceridad inquebrantable, que me hace querer conocerla como hace años que no me interesaba conocer a una mujer.

Mientras subo en el ascensor hasta mi despacho, se me dibuja una sonrisa en la comisura de los labios. No puedo dejar de pensar en su confesión de que ella también ha soñado conmigo desde nuestra primera noche juntos. Le ha costado admitirlo. *¿Orgullo? ¿Dignidad?* No estoy seguro, y aun así, estaba dispuesta a decirlo. Me gusta eso de ella. Y me pregunto si anoche volvió a soñar conmigo.

Sé que soñé con ella.

Al salir del ascensor, me recibe nuestra recepcionista, Jacquie, que me saluda con un alegre "Buenos días" y una dulce sonrisa. Jacquie, una mujer de más de sesenta años, con gafas y un halo de rizos rubios grisáceos, siempre puedo estar seguro de que hará su trabajo con una actitud agradable.

"Buenos días, Jacquie", le respondo, asintiendo con la cabeza.

Estoy en la puerta de mi despacho antes de oír el tono elevado de Dimitri, que me dice que mi hermano no está ni mucho menos de tan buen humor como yo. Por lo que parece, le está echando la bronca a alguien por teléfono. En lugar de ir a investigar, me dirijo a mi despacho, dejando la puerta abierta porque sé que Dimitri vendrá a hablar conmigo cuando esté bien y preparado.

De mis dos hermanos, Dimitri es a quien consideraría mi verdadero socio en el negocio familiar. Comparte la carga de las decisiones financieras, ha demostrado ser un tiburón cuando se trata de reclamar restaurantes que queremos adquirir, y gestiona la parte bancaria que yo encuentro bastante aburrida.

Nuestro hermano menor, Alexei, en cambio, creo que no volvería a asistir de buen grado a nuestras reuniones familiares para hablar de ingresos empresariales. Pero cuando se trata de seguridad y de cazar a los que se endeudan demasiado con nosotros, es tan diligente como magistral.

Excepto cuando se trata de Aleksandr Volkov. El bastardo ha demostrado ser intocable durante los últimos casi cinco años de guerra abierta entre nuestras Bratvas. A pesar de lo duro que he sido con Alexei por no traerlo a mí, sé que le he dado una tarea casi imposible.

La serpiente babosa es demasiado buena escondiéndose detrás de sus lacayos a sueldo, pagando lo suficiente como para que los hombres estén dispuestos a morir en masa por su causa. Pero sus hombres no tienen la lealtad de nuestra hermandad, y uno de estos días, encontraré un agujero en su armadura.

Y cuando llegue ese día, Aleksandr Volkov se enfrentará a toda la fuerza de mi ira.

Apenas estoy en la silla cuando oigo el furioso final de la conversación de Dimitri, que un momento después suelta el teléfono con un impresionante crujido. Un momento después suenan unos pasos, seguidos de una orden ladrada a Alexei para que se reúna con nosotros en una reunión familiar.

Esto no puede ser bueno.

Dimitri entra en mi despacho un momento después, con un nubarrón oscureciendo su expresión.

"Buenos días", observo con leve diversión.

Alexei entra en la habitación detrás de él, cierra la puerta y se dirige a su asiento habitual en el sofá del fondo. Por el camino me dedica una sonrisa irónica, un "aquí vamos de nuevo" silencioso que suelo ignorar. Pero hoy, no puedo evitar el tirón de humor en la comisura de mis labios.

Dimitri no espera a que le invite para empezar. En lugar de eso, se pasea por el espacio abierto frente a mi mesa con las manos apretadas. "Aleksandr Volkov entró en el hotel Bay View después de que nos fuéramos ayer y consiguió que el propietario firmara un acuerdo por el que no aceptaría más contraofertas. Nos han excluido de las negociaciones. Estamos muertos en el agua".

Observo a mi hermano con calma practicada, aunque me hierve la sangre al oír que Aleksandr lo ha vuelto a hacer. El buitre codicioso se abalanza sobre nosotros y nos arrebató nuestras adquisiciones empresariales para frenar nuestro crecimiento y limitar nuestro dominio de la ciudad. Antes era un don nadie dueño de un casino en las afueras de la ciudad al que yo no le habría dado importancia. Pero ha dejado perfectamente claro que quiere nuestro territorio y está dispuesto a jugar sucio para conseguirlo.

"Es una represalia por la destrucción que hicimos de su casino el mes pasado. Estoy seguro de

ello", añade Dimitri, dejándose caer en la silla ante mí ahora que ha descargado sus malas noticias.

Sabía que Frank Thompson sería un pez difícil de pescar. Es demasiado impulsivo y casi tiene signos de dinero por ojos. Aún así, me irrita que me diera la mano y se convirtiera en mi enemigo con la palma abierta en cuestión de horas.

Claro que su hotel puede valer más de lo que le he ofrecido hasta ahora, pero desde mi punto de vista, tiene suerte de que no se lo estemos quitando sin más. Podríamos, y estoy llegando a ese punto con él ahora. Si no quiere trabajar con nosotros, hay otras formas de adquirir su hotel.

"Enviaré algo de músculo. A ver si podemos romper ese contrato. Estoy harto de bailar con Frank. Ya es hora de que entienda lo esencial", digo fríamente.

Cuando nuestro padre empezó a construir nuestro imperio, ladrillo a ladrillo, tuvo que ser mucho más brutal de lo que hemos sido nosotros en años. Mis hermanos y yo hemos tenido suerte en ese sentido. Nos entregó este negocio en bandeja de plata. Pero eso no significa que no aprendiera todo lo que el viejo tenía que enseñar.

"Yo me encargo", digo, cerrando la discusión mientras mi frustración hace que mis palabras se vuelvan brascas. Muevo la barbilla hacia la puerta y despacho en silencio a mis hermanos.

"Bueno, ha sido un tira y coge divertido. Deberíamos hacerlo más a menudo", murmura Alexei en voz baja mientras se levanta de la silla.

Dimitri solo le frunce el ceño y le da un ligero empujón a nuestro hermano menor mientras ambos salen de mi despacho. En cuanto la puerta se cierra tras ellos, suelto un gruñido. Con el humor ahora por los suelos, cojo el teléfono para hacer la llamada, pero la frustración me oprime la garganta y la tensión creciente en mi pecho solo me avisa unos segundos antes.

Vuelvo a colgar el teléfono de la oficina de golpe, cojo la pelota antiestrés de la mesa y la lanzo por la habitación. Golpea la lámpara de pie de la esquina más alejada con tanta fuerza que la pantalla de cristal se hace añicos y estalla en pedazos.

"Blyat", siseo en voz baja, irritado porque mi mal genio solo ha creado otro desastre que tengo que limpiar.

Pero en lugar de hacer eso, o de llamar para demostrarle a Frank que vamos en serio, cojo el móvil y llamo a Heidi.

Responde al tercer timbrado y su alegre saludo me devuelve al buen humor con el que parecía haberme despertado. Parece que todavía no le han caído encima un montón de malas noticias.

"Enviaré a alguien a recogerte esta noche. Estate lista a las once", le digo. Después de cómo se está desarrollando mi día, voy a necesitar desesperadamente un poco de alivio del estrés.

"Bueno, buenos días a ti también. He dormido bien, gracias por preguntar. Aunque fue un poco más corto de lo habitual. Ahora que ya hemos cubierto lo básico de una conversación educada, ¿te importaría preguntarme amablemente si estoy disponible para venir esta noche?". Su tono es suave, agradable, mezclado con una risa burlona que me hace saber que mi mal humor no será bienvenido en su día.

Y aunque refunfuño una protesta, como un brillante rayo de sol, su jovialidad atraviesa la penumbra de mi frustración. "Me gustaría enviar a alguien a recogerte esta noche. ¿Estás libre para venir a las once?". Pregunto, forzando mi tono para que sea cordial y profesional.

"Me encantaría. Te veré esta noche", dice, con una sonrisa en la boca.

Y a pesar de mí mismo, mis labios se curvan en una sonrisa. "Lo estoy deseando".

Cuando cuelgo, me sorprende lo rápido que Heidi puede volver a colocarme de buen humor. Dejo el teléfono y lo miro un momento, impresionado de que una mujer pueda tener ese efecto en mis emociones.

Eso nunca había sido cierto.

Aparto el pensamiento y me repongo, compartimentando mi expectación por esta noche mientras vuelvo a centrarme en el teléfono de la oficina. Lo cojo y llamo a Iosif Pachenko, el *avtoriyet* al que envío para que haga algo. Cuando se trata de intimidar, sabe aplicar la presión justa.

"*Gospodin*", saluda Iosif respetuosamente.

"Necesito que hables hoy con un tal Frank Thompson", digo, cayendo en nuestra lengua nativa. "Propietario del Hotel Bay View". Le doy la dirección donde es más probable que encuentre a Frank. "Tiene un contrato con Aleksandr Volkov que me gustaría que vieras cómo romper".

"Considéralo hecho", dice Iosif.

"Lámame en cuanto termines con él".

"Sí, *Gospodin*."

HEIDI

Un burbujeo de excitación se agita en mi pecho mientras miro mi teléfono, que ha estado sobre la mesa de trabajo durante toda la mañana. Estoy más nerviosa de lo que debería por recibir una llamada de sexo, pero no puedo evitarlo.

La verdad es que anoche no pegué ojo. No podía cuando mi cuerpo seguía reviviendo mi tiempo con Maks, el hechizo que me lanza cada vez que me toca.

Es como una droga.

Y soy felizmente adicta.

Sé que tengo que ver las cosas con perspectiva, que esto no es más que un subidón temporal y que, en algún momento, nuestro tiempo juntos llegará a su fin. Pero estoy decidida a disfrutar hasta el último segundo mientras pueda.

Y después, volveré a ser la madre responsable, disciplinada y casta que Sarah se merece.

Aunque no puedo quitarme de la cabeza la llamada de Maks, me niego a dejar de trabajar hasta que haya pasado una mañana entera investigando y maquetando. Tengo que estar al día si quiero superar el reto de decorar una de las Painted Ladies.

En cuanto termina la mañana y mi reloj me informa de que es hora de comer y de recoger a Sarah de la guardería, me levanto de la silla en un santiamén. Mordiéndome el labio para calmar mi sonrisa, me dirijo a la puerta de mi despacho.

"¿Quieres algo mientras estoy fuera?". Le ofrezco a Zoe cuando llego al mostrador de recepción, donde está sentada diligentemente, esperando a contestar cualquier llamada.

"Estoy lista", dice mientras sostiene la ensalada para llevar que le habrán traído.

"Oye, ¿crees que podrías estar pendiente de Sarah esta noche si me voy? Debería estar ya en la cama y dormida para cuando me vaya. Pero por si acaso se despierta y necesita algo".

Zoe enarca una ceja, sus labios se curvan ligeramente.

"Tengo planes ..." Digo para responder a su pregunta silenciosa. Pero estoy segura de que la cálida vergüenza que se agolpa en mis mejillas me delata.

"Sabes, empiezo a pensar que te tomaste mi consejo demasiado al pie de la letra cuando te dije

que necesitabas tener más vida sexual", bromea, con los ojos bailándole.

"¡Zoe!" Protesto, mis mejillas ardiendo ahora.

"Por supuesto que estaré ahí para Sarah. No tienes que preocuparte por nada".

"Volveré antes de que amanezca", le prometo, mostrándole una sonrisa de agradecimiento.

Luego me dirijo hacia la puerta.

"¡Será mejor que no llegues tarde!", dice con su mejor voz de madre. "¡Cúdate! Juega bien con los otros niños", añade, haciéndome reír.

Cuando salgo al soleado día de primavera, su advertencia de que me cuide me recuerda que quiero comprar un segundo método anticonceptivo, solo por precaución. Miro el reloj y me doy cuenta de que, si me salto el almuerzo, tendré tiempo suficiente para pasar por el médico antes de recoger a Sarah.

Cargada con mi primera inyección anticonceptiva, me dirijo al colegio de Sarah, la recojo de su clase, donde se levanta de su asiento en la mesa de arte para enseñarme el colorido dibujo que ha hecho con ceras de colores.

"Mira, mamá", dice, con una amplia sonrisa que muestra el orgullo de su trabajo.

"Hoy hemos estado trabajando para dibujar nuestros animales favoritos, ¿verdad, Sarah?". dice la señorita Irine con una sonrisa amable.

Sarah asiente, observando atentamente mi reacción mientras me arrodillo a su lado.

"¿Qué has dibujado, Sarah?" pregunto, estudiando el animal con los colores del arco iris, cuatro patas, tres orejas, un cuello largo y delgado y una cola.

"¡Un unicornio, tonta!", dice riéndose mientras se apoya en mi pierna.

"¡A que sí!" Asiento, trazando su adorablemente grueso contorno de un cuerpo que me dice que puso toda su fuerza en mantener la línea recta. "Qué unicornio tan colorido", admiro.

"Es magia", explica solemnemente.

"Volveremos a verte el viernes, ¿verdad, Sarah?". Confirma la señorita Irine, despidiéndose de mi pequeña con la mano mientras cojo la de Sarah y me enderezo.

Sarah hace su saludo característico, con la palma de la mano extendida y girando todo el brazo desde el hombro en su mejor imitación de un saludo de princesa.

"¿Qué has aprendido hoy?" Le pregunto mientras nos dirigimos al pequeño BMW blanco que compré para sustituir a mi viejo Honda Civic este mismo año.

"¡Aprendí a contar!" Sarah dice, sus pasos se convierten en saltos de emoción.

"¿De verdad? ¿Vas a contar por mí?" Me encanta lo mucho que Sarah disfruta aprendiendo.

Ha demostrado aprender rápido y ser una alumna atenta, por lo que han dicho los profesores de la guardería. No es que esté en un programa intensivo. En general, los niños pasan el día

aprendiendo habilidades sociales, haciendo manualidades y jugando. Pero la escuela ofrece una buena cantidad de instrucción educativa básica que la preparará para el preescolar.

"Tú también cuentas, mamá", insiste mientras llegamos al coche y abro la puerta trasera.

Sarah sube, decidida a sentarse sola en su sillita, porque es tan testarudamente independiente como yo. La observo atentamente, dispuesta a echarle una mano si se atasca. Luego se deja caer en la silla y me mira mientras cierro las hebillas.

"Vale, contaré contigo", acepto.

"Uno, dos, tres....." Sarah levanta un dedo para cada número que dice, aunque los dedos no coinciden necesariamente con sus palabras.

Y digo los números en voz baja detrás de ella porque quiero oír qué tan lejos aprendió a contar. Llega al cinco antes de que se le escapen los números. Entonces hace una larga pausa, con las cejas juntas en señal de determinación.

"¿Qué viene después, mamá?", pregunta cuando no recuerda nada.

"Ssse-"

"¡Seeeeis, nueeeve, *dieeez*!", termina con un grito triunfal.

Entre aplausos, miro a mi hija. Puede que se haya saltado algunos números, pero está claro que sabe cuál es su objetivo final, y los números que ha recordado incluso los ha mantenido en el orden correcto.

Le doy un beso en la coronilla, cierro la puerta del coche y rodeo la parte trasera del sedán para subirme al asiento del conductor.

"¿Estás lista para ir al parque?" Pregunto.

Si tenemos una tarde libre, suelo llevar a Sarah al parque infantil Koret, en Golden Gate Park, y como hoy ha salido el sol, pensé que sería una oportunidad perfecta para disfrutar del poco tiempo que hace.

"¡Sí!" Sarah dice, sus ojos color avellana se agrandan de emoción.

Mira por la ventanilla del coche con el entusiasmo que solo un niño pequeño puede tener por los toboganes de plástico de colores y los parques infantiles. No es lo bastante grande para los largos toboganes de cemento por los que se deslizan los mayores. Todavía le dan miedo. Pero cada vez se desenvuelve mejor en el tobogán corto y es una escaladora nata.

En cuanto entramos en el aparcamiento, Sarah está rebotando en su asiento, lista para colocarse en marcha. Va a dormir bien con Zoe esta noche. Puedo garantizarlo.

Pero sigue siendo una buena chica, me coge de la mano y camina conmigo hasta que llegamos al suelo de arena. Entonces sale disparada como un cohete hacia la pequeña pared de roca, con sus rizos negros rebotando mientras camina por el profundo suelo.

Le va a salir un montón de arena cuando le vaciemos los zapatos antes de irnos. Pero no me importa, y a ella tampoco. El parque es uno de sus lugares favoritos, y no la privaría de él ni un

segundo por los granos de arena que entran por la puerta de mi casa.

Hay líos en la vida que merece la pena limpiar, solía decir mi madre, y sonrió al oír su voz cálida y cariñosa en mi cabeza. Eso es lo que solía decir de Sarah cuando mi bebé de siete meses todavía se echaba fideos de pasta por la boca en lugar de comérselos.

Dios, la echo de menos.

Pero significa mucho para mí haber podido pasar más tiempo con ella. El dinero que Maks me dio por nuestra única noche juntos ayudó a prolongar su vida casi un año, o eso creían los médicos, porque, durante un tiempo, los tratamientos alternativos consiguieron ralentizar el cáncer. Pero nada iba a detenerlo.

Y ahora, si quiero pasar tiempo con mi madre, tengo que visitarla en mis recuerdos.

"Ven a jugar, mamá". Llama Sarah por encima del hombro, con sus manitas aferradas a los pomos de colores que sirven de salientes a las rocas.

"Estoy aquí", le digo unos segundos después, parándome detrás de ella. No es que la pared de roca sea tan alta como para tener que escalarla, pero sé que a Sarah le gusta que me quede cerca.

Me balbucea contenta mientras trepa: es su versión de jugar conmigo.

Después de la pared de roca, tenemos que ir a los columpios, seguidos de los toboganes, y terminando con el propio carrusel del parque, en el que Sarah tiene que montar al menos tres veces para asegurarse de que todos sus animales favoritos reciben la cantidad adecuada de atención.

De pie junto a su avestruz, mientras Sarah se agarra con fuerza a su cuello, saco mi teléfono del bolsillo cuando empieza a sonar.

"Hola, Zoe", saludo, cada vez me gusta más este día.

"Tengo antojo de Le Fleur. ¿Quieres que nos veamos allí para cenar con Sarah?", sugiere.

"Claro. ¿Sales de la oficina?"

"Sí, tienes cinco llamadas nuevas de clientes potenciales esperando en tu mesa. Y los Erikson dejaron un mensaje entusiasmados con la nueva decoración del comedor que entró ayer. Creo que están enamorados de la lámpara que elegiste".

Sonrí y contengo una risita. Ha sido un cliente especialmente difícil de contentar, pero ahora que el trabajo está terminando, creo que me lo he ganado. "Gracias, Zoe. Sarah y yo estamos terminando en el parque. Nos vemos pronto".

"Nos vemos allí en quince minutos."

"Por supuesto". Cuelgo, vuelvo a meter el móvil en el bolsillo y me dirijo a Sarah. "¿Tienes hambre de Le Fleur?"

"¡Sí!", chilla emocionada.

Este pequeño y coqueto restaurante francés situado junto al muelle 39 es uno de nuestros locales favoritos, regentado por una joven chef que ha causado sensación en la capital culinaria de la

Costa Oeste. Intentamos apoyar su negocio cada vez que podemos, y solemos comer allí cada semana más o menos.

Solo de pensarlo se me hace la boca agua.

Cuando el carrusel se detiene, Sarah me tiende los brazos y yo la ayudo a bajar del avestruz. Son días como estos los que me hacen estar tan agradecida de ser madre. Tengo mucho que agradecer a Maks, y una pequeña parte de mí lamenta no poder compartir esto con él. No entiendo cómo alguien puede no enamorarse de nuestra pequeña.

Pero tengo que respetar su elección de no establecer vínculos fuertes, y no haré que mi hija pase por los sentimientos de pérdida y abandono que supondría tener un padre que no puede quererla y adorarla.

Ahora mismo, tiene a dos mujeres que harían cualquier cosa por ella. Aunque Zoe, Sarah y yo no formemos una familia tradicional, estoy segura de que somos suficientes para mi pequeña. Es increíblemente querida, y eso es lo que más me importa.

MAKSIM

Después de un día duro, lo único que puedo hacer es esperar hasta las once. Varias veces me he planteado adelantar la hora para poder tener más tiempo de Heidi para mí. Pero su seguridad tiene prioridad sobre mis deseos, sobre todo después de que Aleksandr se haya pasado el día restregándose por la cara sus descarados planes contra mi familia.

Trata de provocarme para que haga algo precipitado, y me niego a caer en la trampa.

Hago una pausa en mi agitado caminar frente a los ventanales que dan al horizonte de San Francisco cuando suena un suave *tintineo* en el vestíbulo, anunciando la llegada de Heidi.

Por fin.

Llega puntualmente a las once y cuarto y, en secreto, me emociona saber que debía de estar lista y esperando al chófer que envié a buscarla. Si no, no podría haber cruzado la ciudad tan rápido.

Unos pasos suaves la preceden y Heidi entra en el salón con unos elegantes zapatos de tacón adornados con plumas y perlas y una elegante gabardina blanca hasta la rodilla con cinturón y dos filas de elegantes botones negros a lo largo de la parte delantera. Está deslumbrante con el pelo recogido a un lado de la cara para que caiga por el otro hombro en una cascada de ondas color miel. El sutil maquillaje, que acentúa el llamativo color de sus ojos y sus labios carnosos, me dice que esta noche ha ido a por todas.

Me pregunto si no esperaría que la llevara a un sitio bonito vestida así.

"Gracias, amigos", dice Heidi, mirando por encima de un hombro para ofrecer a mis guardaespaldas un coqueto gesto con los dedos que los excusa sutilmente de la habitación.

Ambos se desvanecen silenciosamente en las sombras mientras ella redirige su mirada hacia mí.

"Estás preciosa", le digo, dándole un generoso repaso y observando cómo sus largas piernas resultan especialmente sexys con esos finos tacones de aguja y las medias de rejilla.

"Gracias". Su sonrisa es tímida mientras se acerca. "Decidí vestirme elegante para esta noche".

Una punzada de culpa inesperada me aprieta el estómago al darme cuenta de que la he decepcionado. En algún momento, debo haberla informado mal sobre nuestro acuerdo. Porque lo que tengo en mente requiere muy poca ropa, de cualquier calibre.

Pero mientras mis labios se separan para explicárselo, Heidi se lleva la mano al cinturón que le

ciñe la cintura y se lo desabrocha con una floritura. Sus ojos de "fóllame" acaban con las palabras de mis labios, y veo cómo se desabrocha lenta e intencionadamente un botón de su abrigo de diseño cada vez.

Cuando se lo quita, dejando que se deslice sensualmente por sus brazos hasta encharcarse en mi suelo, creo que podría estar enamorado.

Solo lleva lencería, lencería blanca de encaje. Un sujetador que cubre sus pechos y apenas deja entrever el contorno de sus pezones, un tanga de encaje prácticamente transparente que guía mis ojos hacia la punta de sus muslos y un ligero que se une a la parte superior de sus medias hasta la rodilla con finos lazos.

Es sorprendentemente parecido al traje que llevaba hace cuatro años, y me recuerda a aquel club de striptease y a la primera vez que la vi. Incluso en mi estupor nublado por el dolor, pude ver que era hermosa. Y esta noche, no puedo esperar a colocar mis manos sobre ella.

"¿Eso es...?" Ni siquiera quiero terminar la pregunta porque es imposible que se acuerde de la ropa que llevaba esa noche, y mucho menos que la haya elegido para ponérmela esta noche.

"¿El conjunto con el que te hice un baile privado?". Heidi aprisiona su labio inferior entre los dientes con una adorable expresión de timidez, inclinando la barbilla hacia abajo para poder mirarme a través de sus gruesas y oscuras pestañas. "Puede que lo robara cuando dejé mi antiguo trabajo. Como recuerdo de nuestra noche juntos".

Acortando la distancia que nos separa, me planto ante Heidi, ardiendo en deseos de tocarla y a la vez deseando jugar a cualquier juego que tenga en mente.

"¿Tengo que pagar para que me hagas un baile erótico cuando lo llevas puesto?". murmuro juguetonamente, con los labios a escasos centímetros de los suyos.

Sé que es un riesgo, tentarla con el pago. Anoche se enfadó tanto por mi oferta que no me extrañaría que me dejara por tomarle el pelo. Pero no puedo evitarlo.

"Paga con placer", respira, inclinando la barbilla para acortar aún más la distancia. "Y espero el pago completo. Esta noche".

"Hecho", ronco, y rozo sus labios con un delicado beso que me hace palpar de necesidad.

Los labios de Heidi se separan ligeramente, el aire corre entre ellos. Sus manos de artista me tocan el pecho y me aprieta con firmeza, guiándome hacia el sofá del salón. Me dejo llevar por ella y le permito que tome las riendas, al menos por ahora.

"Bueno, Sr. Federov, ¿está listo para su baile?", murmura.

Me pone las manos delicadamente sobre los hombros y me presiona, ordenándome en silencio que me siente. Aunque podría negarme fácilmente, caigo en su hechizo, embelesado por la sensualidad de sus movimientos y su forma de hablar.

Al bajar al sofá, me encuentro a la altura de sus pechos perfectos. Lo único que quiero es atraerla hacia mí y cerrar los labios en torno a las tensas protuberancias que se tensan contra la tela.

Como si percibiera mi deseo, Heidi ajusta las palmas de las manos para guiarme contra el

respaldo del sofá. Luego se aleja de mí.

"¿Música?", pregunta ella, con ojos hipnóticos mientras espera, las piernas abiertas lo suficiente, la cadera ligeramente ladeada en una pose sexy.

"Ok, Google", digo. "Toca algo lento... y sexy".

Los labios de Heidi se curvan en una sonrisa tímida mientras la canción suena por los altavoces de sonido envolvente. Entonces sus caderas empiezan a moverse al ritmo de la canción. Quizá hace cuatro años que no baila profesionalmente, pero su forma de moverse es un don que ninguna práctica puede cambiar. Es puro talento.

Con los ojos clavados en los míos, Heidi se acerca una vez más, sus manos recorren sus caderas, la curva de su cintura y la turgencia de sus pechos mientras se toca exactamente como yo quiero que lo haga.

"¿Quiere tocarme, Sr. Federov?", bromea ella, con los ojos encubiertos, lo que hace que su expresión sea lujuriosa e incitante.

"Sí", ronco, aclarándome la garganta porque la excitación me ha dejado afónico.

"Pero ya conoces las reglas", bromea, poniendo una mano a cada lado de mis hombros y acercándose a mi oído.

Un gruñido grave y retumbante sale de mi pecho, una advertencia de que tal vez no sea capaz de comportarme cuando ella se burla de mí con tanto descaro.

"Puedes mirar, pero no tocar", me advierte. Luego coloca una rodilla a cada lado de mis caderas y baja lentamente hasta mi regazo.

Moviendo las caderas al ritmo de la canción, Heidi baila encima de mí. Su cuerpo me roza de la forma más tentadora: sus pechos rozan mis pectorales y sus muslos se deslizan por los míos mientras sube y baja lentamente.

Mis puños se cierran convulsivamente a mis costados, mis pulgares rozan sus pantorrillas, y la sedosa suavidad de la malla que cubre su piel hace que mi polla se retuerza dentro de mi chándal.

"Hueles divino", me dice, con su aliento caliente recorriéndome la piel mientras inclina la cabeza y deja que su pelo forme una cortina al otro lado de su cara. Entonces sus labios rozan el lóbulo de mi oreja un instante antes de que sus dientes le den un jugueteo pellizco.

Gimo, palpitante de necesidad, y aunque sé que no está permitido, mis manos parecen tener voluntad propia. Rodeando sus tobillos, subo lentamente las palmas para coger y masajear sus pantorrillas.

"Eso va contra las normas", me regaña suavemente, acercando sus labios a los míos mientras sigue bailando encima de mí.

"Mis disculpas", me burlo, pero dejo que mis manos suban hasta encontrar sus rodillas.

Con fuego en la mirada, Heidi da a cada una de mis manos una fuerte bofetada en el dorso de los nudillos para castigarme. Luego me coge las manos y las retira de sus piernas, llevándolas detrás de mi cabeza.

"Entrelaza los dedos", ordena, y sus dedos entrelazan los míos para que mis manos queden amarradas en la nuca.

Luego coge la parte de abajo de mi camiseta y me la sube lentamente por el torso. Me está desnudando, con un brillo juguetón en los ojos. Me encanta cómo me recorre los costados con los dedos, haciéndome cosquillas en la piel sensible de las costillas.

Mientras tanto, sus caderas se mecen y se balancean, apretándose contra mí con una presión cada vez mayor, hasta que siento el calor de su coño contra la parte posterior de mi palpitante erección. Me quita la camiseta de la cabeza y la tira a un lado.

Apretando sus pechos contra el mío, Heidi se inclina para robarme un beso lento y dolorosamente suave.

Luego sus dedos bajan por mi pecho, recorriendo el contorno de mis músculos hasta llegar a la cintura de mis pantalones.

"No creía que desnudar al cliente fuera parte de la descripción del trabajo", observo suavemente, mis manos vuelven a caer sobre sus pantorrillas. "Y mucho menos besarlos".

"¿Quieres que me detenga?", bromea, echándose hacia atrás para que sus caderas se apoyen entre mis rodillas.

"No", gruño, la repentina e intensa necesidad de reclamarla hace que mis dedos se tensen detrás de sus rodillas. La atraigo con fuerza contra mis caderas.

Heidi suelta un grito ahogado, su sexy personalidad de stripper se desvanece por un instante al sentir la dureza de acero de mi excitación.

"Bien, Sr. Federov. Será mejor que se comporte", me regaña, con palabras entrecortadas.

De nuevo, retira mis manos de sus piernas. Solo que esta vez me lleva de nuevo a sus caderas y me coloca las palmas de las manos alrededor de sus flexibles nalgas.

"Cristo, mujer", gimo, mi agarre se estrecha hasta que las yemas de mis dedos presionan su carne cremosa.

Heidi gime y sus caderas se mueven contra mí en una muestra de excitación de lo más sexy. Entonces una mano cae sobre mi hombro para estabilizarse y con la otra se mete entre nosotros. Desliza los dedos entre la cintura de mis pantalones y el plano de mis abdominales, ahí encuentra mi polla hinchada y la agarra con firmeza.

"Joder", siseo, incapaz de controlar mi lenguaje mientras una intensa oleada de excitación me recorre por dentro. Mis caderas presionan hacia delante, levantando ligeramente a Heidi del sofá mientras mi necesidad de estar dentro de ella se dispara.

"Eso es exactamente lo que estaba pensando", ronronea, su mano me acaricia, lenta y fuertemente.

"Sabes, yo también tengo un recuerdo -por así decirlo- de aquella noche juntos", gruño, mientras mis manos agarran y amasan su culo mientras ella me hace una tentadora paja.

"¿Ah, si?", pregunta ella. "¿Qué es?"

Y aunque no quiero que deje de hacer lo que está haciendo, también tengo muchas ganas de enseñarle lo que tengo preparado para ella esta noche.

"¿Me toca a mí?" Sugiero juguetonamente. Entonces atrapo sus labios con los míos y beso el aliento de sus pulmones.

Casi a regañadientes, Heidi me suelta la polla y retira la mano mientras asiente contra mi boca. Con un gruñido feroz, me pongo en acción, me levanto del sofá y me la subo al hombro con un movimiento suave.

Heidi chilla, retorciéndose en mis garras ante el repentino cambio de equilibrio, y le doy un fuerte azote en su redondo culo.

"¡Galletas con mermelada!", chilla, provocando una sonrisa malvada en mis labios mientras la llevo hacia mi cuarto de juegos.

HEIDI

Tomarle el pelo a Maks con un baile erótico fue liberador y estimulante. Me encantó que me dejara salirme con la mía. Más que eso, creo que le gustó de verdad saber que nuestra noche juntos hace cuatro años fue tan memorable para mí. No solo por el dinero.

Y oír que también guardaba algo de aquella noche hizo que mi corazón diera volteretas de vértigo.

Pero el repentino cambio de poder y equilibrio cuando Maks me alzó sobre su hombro como si no pesara nada... Eso fue más que sexy. No importa que mi pulso ruge en mis oídos de ser llevada como un saco de patatas. Palpito de expectación por saber de qué está hablando.

Mientras me arde la nalga por los azotes, espero en silencio que se haya quedado con la fusta de piel.

La resbaladiza excitación humedece mis bragas al pensarlo, y aunque ya me excitaba sentir la dura polla de Maks en la palma de mi mano, de repente palpito de necesidad.

"¿Crees que puedes jugar conmigo, *krasivaya*, sin afrontar las consecuencias?". Maks gruñe, haciendo que mi corazón se estremezca.

Me abofetea la otra nalga, arrancándome otro chillido de los labios, y me retuerzo en su férreo agarre.

"¿Qué crees que estás *haciendo*?". Protesto, aunque el calor que inunda mi cuerpo indicaría que quiero más.

"Te llevaré a donde van las strippers traviesas para ser castigadas", amenaza.

Luego abre una puerta y me lleva sin ceremonias a través del umbral.

Un momento después me pone en pie, me coge por las caderas y me estabiliza antes de que tenga tiempo de tropezar. Al mismo tiempo, cierra la puerta de una patada. Luego sus manos me giran hacia la espaciosa habitación.

Mis ojos se abren de par en par. Es una sala de juegos privada, con un diseño muy similar al del club sexual al que me llevó, pero con un tenue resplandor rojo en el ambiente y muebles elegantes que combinan con la grandeza del resto de su ático. Esta habitación está impecable. Y me hace palpar el corazón.

Maks me aprieta las caderas con los dedos y me estrecha contra su cuerpo. Me rodea la cintura con un brazo y me pega la espalda a su pecho.

"Mira a tu alrededor, *krasivaya*. ¿Ves algo familiar?"

Hago lo que me dice y jadeo al reconocer el armazón al que me ató en el club sexual. O al menos un artilugio muy parecido.

"¿Estás lista para el pago completo?". Se burla Maks, llevando mi pequeño juego de strip-tease a esta sala de juegos que contiene todos los juguetes sexuales y muebles eróticos que podía imaginar, y muchos que no. Incluso tiene una cama, como el club de sexo. Aunque las sábanas parecen de seda negra de la mejor calidad.

Me viene a la mente nuestra conversación de anoche, su intención inicial de que me quede en su casa mientras estemos juntos, y no puedo evitarlo. Tengo que preguntar.

"¿Es ésta la habitación en la que me habrías hecho dormir?". Mi voz es jadeante, con una pizca de incredulidad.

Maks se ríe, el suave sonido vibra contra mis omóplatos y me recorre la columna vertebral.

"No. Pero estoy perfectamente dispuesto a atarte y tenerte aquí unos días... o más", me murmura al oído.

Una sacudida de ansiedad me golpea cuando me preocupa que no esté bromeando. *¿Me retendría aquí contra mi voluntad?* Es difícil saberlo. Al fin y al cabo, apenas lo conozco.

La tensión me sube ligeramente los hombros mientras pienso qué debo decir. No puedo quedarme atrapada en su habitación sexual durante días seguidos. No solo se resentiría mi negocio, sino que, lo que es más importante, no podría dejar a Sarah así.

Maks parece darse cuenta al instante de mi angustia, y sus manos amasan mi carne, casi como para consolarme.

"Esta habitación está pensada para explorar el deseo, diferentes formas de estimular el cuerpo y activar el placer. Nunca debes sentirte realmente asustada o atrapada aquí, Heidi. Eso incluye mantenerte aquí más tiempo del que quieras".

Oír eso libera el aire atrapado en mis pulmones y la tensión se desliza de mis hombros.

"Ya que hablamos de esto, deberías elegir una palabra segura", me dice, volviéndome hacia él. "Debes usarla si alguna vez llevo las cosas demasiado lejos. Si la usas, dejaré de hacer lo que esté haciendo inmediatamente".

"¿Como un seguro contra fallos?"

Me pasa un dedo por la mejilla, levanta sus ojos plateados para mirarme y sus labios esbozan una leve sonrisa. "Algo así", acepta. "Elige una palabra que estés segura de que no dirías accidentalmente, a menos que quieras que pare".

Me devano los sesos, insegura de qué palabra podría ser.

Tras varios momentos de deliberación, todavía no tengo ninguna que esté segura de no utilizar.

Quizá sea porque no uso palabras cuando no se me ocurren. Es más difícil de lo que pensaba.

Maks suelta una risita mientras pasa suavemente sus dedos por mis mechones. "¿Estarías dispuesta a maldecir como palabra de seguridad?"

"Eso no funcionará. Yo maldigo mucho". Protesto, poniendo las manos en las caderas.

Su risa se intensifica. "Me refiero a una verdadera palabrota".

"Bueno... sí, supongo que sí". Ciertamente las conozco, aunque me dé vergüenza usarlas. Pero, de nuevo, parece una palabra segura. "¿Qué tal la palabra con M, entonces?"

Se me cae la voz al decirlo, un hábito adquirido por tener una hija de tres años que a veces se parece más a un loro que a un niño humano.

La risita retumbante de Maks se intensifica. "Perfecto", dice un momento después. Luego se inclina para darme un beso lento y centelleante en los labios.

Me inclino hacia él, mi pulso se acelera mientras volvemos al momento picante.

Mientras nos besamos, con la lengua de Maks explorando suavemente la costura de mis labios, empieza a llevarme hacia atrás, hacia el marco que vi cuando entramos en la habitación. Sus manos suben desde mis caderas hasta mi espalda, donde me desabrocha el sujetador con la facilidad de siempre. Luego, sus dedos se deslizan entre mis omóplatos para bajarme los tirantes por los brazos.

"Dame la mano", ordena en voz baja, dejando caer el sujetador de encaje al suelo.

Su bajo barítono me pone la carne de gallina y me endurece los pezones. Hago lo que me dice y levanto la mano derecha, con la palma hacia arriba, para que la coja. Unos dedos fuertes me rodean la muñeca y él se lleva la suave carne a los labios, rozándome con un beso, con el vello facial haciéndome cosquillas.

Luego me pasa la mano por encima de la cabeza y me envuelve los dedos alrededor de la barra, indicándome en silencio que me agarre. Lo hago y me cojo al frío metal mientras él se pone manos a la obra para hacerme un nudo en la muñeca con una cuerda de fibra. La ata a la esquina del almacén y da un tirón firme para asegurarse de que estoy bien sujeta.

Luego me tiende la mano hacia la otra muñeca.

Repitiendo el mismo proceso, Maks arranca un grito ahogado de mis labios cuando besa y luego succiona la tierna piel contra sus labios. La súbita e intensa presión me hace palpar mientras se me acelera la respiración.

Mientras me levanta el brazo, obligándome a mantenerme erguida sobre mis tacones, estoy más que preparada para seguir explorando con Maks. Me dio una pequeña muestra de su mundo hace cuatro años y, a pesar de que ahora estoy a su merced, me encuentro a gusto, aunque intensamente excitada.

Se dirige a la mesa donde se exhiben varios látigos, varas, cadenas y dispositivos, y esta vez recoge varios, lo que hace que me tiemble el pulso. Una es una delicada cadena con lo que parecen pinzas de goma en miniatura en cada extremo. La segunda es una vara pequeña y

sencilla que cabe fácilmente en la palma de su mano, y la tercera es un látigo de aspecto malvado que solo puedo clasificar como *flogger*. Aunque las hebras unidas al mango parecen de cuero suave, hay suficientes como para que parezca una especie de cola de caballo.

No puedo decir a cuál temo más.

Pero a pesar de que Maks asegura que esta habitación es para explorar el placer, a mí me parecen bastante dolorosas.

Cuando se acerca a mí una vez más, con los ojos brillantes por la expectación, el corazón me da un vuelco. Con su pecho tatuado y musculoso a la vista y varios dispositivos de tortura en la mano, parece peligroso, incluso mortal.

Aun así, el calor se enrolla en mi vientre ante su magnífica visión.

"Dime, cariño, ¿te has divertido tomándome el pelo?". Me rodea con la mirada, como un depredador que ha aislado a su presa y espera el momento oportuno para abalanzarse sobre ella.

Su pregunta parece una trampa. *Sé la respuesta, pero si digo que sí, ¿me castigará?*

Mi vacilación momentánea provoca un rápido chasquido del látigo de cuero en mi culo. Jadeo al sentir un dolor punzante en la carne, seguido de un calor que me hace temblar el estómago.

"¡Sí!" Jadeo, el destello de dolor me impulsa a hablar. "Sí, me ha gustado provocarte".

Maks me mira y me pasa un dedo por debajo de la barbilla para inclinar mi cara hacia la suya. "Puede que no digas lo mismo cuando acabe contigo", murmura.

Me estremezco, mis rodillas empiezan a temblar por la oscura promesa en su tono.

"Vamos a jugar a un pequeño juego, entonces, ¿de acuerdo? Y veremos si te gusta que te tomen el pelo tanto como tú lo haces".

El corazón me martillea la caja torácica y espero con la respiración contenida a saber qué podría querer decir con eso. Estoy acostumbrada a provocar a los hombres. Me enseñaron a hacerlo, y a hacerlo bien, cuando trabajaba en Lady Venus. Eso es lo que los hombres venían a experimentar en un club de striptease. La promesa de sexo sin el sexo.

Ni siquiera me había planteado si un hombre podía burlarse de una mujer.

"Voy a jugar contigo, y la única regla que tienes que seguir es que no te corras", afirma.

Me suelta la barbilla y se mete el látigo bajo el brazo para girar la pequeña varilla hasta que emite un zumbido. Un instante después, jadeo cuando me roza el pezón y siento una descarga de euforia.

Es un vibrador. El recubrimiento de silicona es como la seda sobre mi sensible pezón, y él lo rodea suavemente, haciendo que se frunza con más intensidad.

Luego juega con la cadena de plata, pasándola entre sus dedos delante de mi cara. Cuando sus dedos encuentran la pequeña pinza del extremo, la abre y la engancha deliberadamente en uno de mis duros pezones.

"Malvarrosas en mayo". gimoteo, la presión que pellizca la punta de mi pecho intensifica el

pulso en mi pezón y, al mismo tiempo, hace que mi núcleo duela en busca de alivio. Casi me duele, pero sobre todo me inunda de calor fresco.

Hace lo mismo con mi otro pezón, uniéndolos con la fina cadena. Luego da un ligero tirón, encendiendo un fuego en mi vientre y arrancando un gemido de mis labios.

Coge de nuevo el vibrador y lo desliza lentamente por mi vientre hasta la punta de mis muslos.

No tengo ni idea de cómo voy a evitar correrme cuando el juguete encuentra mi clítoris por encima de las bragas y Maks empieza a rodearlo con experta precisión. Jadeando, me retuerzo convulsivamente, mis caderas se sacuden mientras un intenso placer me recorre la espina dorsal. No hay forma de que pueda aguantar mucho tiempo.

"¡No puedo!" grito, mi lamento rozando el pánico.

Estoy tan excitada que estoy al borde de la liberación en cuestión de segundos.

Y para mi alivio, Maks quita el vibrador.

Deja un pulso palpitante a su paso.

En un instante, mi alivio se convierte en devastación, y de nuevo mis caderas se sacuden hacia delante, buscando el placer de hace un momento.

"¿No puedes qué?" Maks ronronea, sus labios capturan el lóbulo de mi oreja para terminar su frase.

"Me siento tan bien", gimoteo, intentando explicarme sin tener que decir algo tan excesivamente íntimo.

"¿Esto?" Maks coloca el vibrador contra mi clítoris una vez más, arrancándome un gemido eufórico.

"¡Sí!"

Tararea mientras yo respiro agitadamente y mi pecho se agita por la intensidad de mi placer. Mientras tanto, las pinzas me hacen palpar los pezones y la cadena me golpea ligeramente el estómago.

Pasando lentamente el vibrador por encima de mis bragas y a lo largo de mis pliegues, Maks aviva mi excitación, despertando en mí una temeraria sensación de abandono. Y esta vez, aunque sé que estoy peligrosamente cerca del clímax, me muerdo el labio e intento aguantar.

La explosión de magia y hormigueo que me recorre un instante después me deja sin aliento. Me corro con fuerza y rapidez antes de darme cuenta de lo que me ha golpeado. Grito de placer y mis rodillas se doblan por la repentina debilidad.

Temblando, me dejo llevar por una ola tras otra de éxtasis, con la mente demasiado invadida por el alivio como para temer haber roto la regla de Maks.

"¿Te acabas de correr?", pregunta, su voz lleva una nota de advertencia letal.

"Sí", tartamudeo, con un nudo de fría expectación apretándome el estómago.

"¿Y qué te dije de hacer eso?"

Su voz es firme, incluso paciente, y eso hace que mi agónica anticipación se multiplique exponencialmente.

"¿Que va contra las normas?". Intento añadir una disculpa silenciosa a mi respuesta.

"¿Y sabes lo que pasa cuando rompes las reglas, mi mascota?"

No sé por qué ese término tan cariñoso me acelera el corazón. Pero lo hace.

"¿Que me azotan?" Sugiero, viendo el látigo por el rabillo del ojo.

"Muy bien."

Un momento después, las tiras de cuero golpean la parte posterior de mis muslos y me alcanzan justo por debajo de las nalgas. Grito ante el punzante castigo. Entonces, un calor familiar empieza a acumularse en mi vientre mientras mis bragas se humedecen por la nueva excitación.

Es un juego muy parecido al que jugamos Maks y yo hace cuatro años -aunque quizás empujando mis límites un poco más allá- y, al igual que la última vez, mi cuerpo responde con un placer ardiente como nunca hubiera imaginado.

"¿Lo intentamos de nuevo?", dice, acercándose para colocar el vibrador contra mi clítoris una vez más.

Y esta vez, en la cola de mi primer orgasmo, estoy tan intensamente sensible que casi siento como una descarga eléctrica cuando él despierta mi excitación una vez más.

Si antes pensaba que iba a ser difícil resistirse a venir, ahora será casi imposible. Pero eso no detiene a Maks. Ni siquiera le frena. En lugar de eso, aparta la escasa tela que cubre mi coño y coloca el vibrador directamente contra mi carne.

En cuestión de segundos, me tiene al borde del clímax, el vibrador arremolinando mi resbaladiza excitación sobre mi clítoris de la forma más tentadora. Mientras tanto, la fuerte mano de Maks me amasa el culo, explora la extensión de mi torso y me acaricia los pezones tirando ligeramente de la delicada cadena de plata.

"Por favor", gimoteo, esperando que se apiade de mí porque no puedo aguantar mucho más.

"¿Por favor qué?" murmura contra mi cuello.

"Por favor, déjame correrme" Gimo.

Tararea un sonido grave y tentador. "Ya que me lo has pedido tan amablemente...", bromea. Luego retira completamente el vibrador de mi piel.

Un gemido agónico me desgarró la garganta ante la dolorosa pérdida que sigue.

Poco después aparece una intensa frustración mientras mis músculos se tensan, buscando el alivio que estaba tan cerca de obtener.

"¡Maks!" Gimoteo.

"¿Quieres más?", bromea, y vuelve a acercar el vibrador a mi clítoris.

Creo que mi cerebro podría explotar por la forma en que me está torturando con placer. Haría cualquier cosa por correrme ahora mismo, y él me lo está negando deliberadamente.

"¡Sí!" Suplico, rechinando contra su mano y el vibrador.

Y de nuevo, me lleva a instantes de la liberación antes de retirar el juguete.

"Frustrante, ¿verdad?", gruñe. "Que alguien te muestre las puertas del cielo y te diga que no entres".

Asiento con la cabeza, mi cuerpo zumba de necesidad.

"Ahora, déjame enseñarte un secretito divertido", me dice, envolviéndome en un fuerte brazo mientras se coloca detrás de mí.

El calor de su pecho duro como una roca contra mi espalda me abrasa la carne. Me derrito contra él, jadeante y ansiosa por su contacto.

"Acorralarte -excitarte sin que te corras- hace que el clímax final sea mucho más fuerte", murmura.

Y esta vez, cuando coloca el vibrador sobre mi clítoris, casi me pongo a saltar. En mi interior estallan fuegos artificiales que calientan mi pecho hasta convertirlo en un infierno mientras mi cuerpo se retuerce y tiembla de placer desenfrenado.

"Por favor, deja que me corra. Oh, fuego del infierno. Por favor, por favor, *por favor, por favor*", gimoteo, al borde de las lágrimas de lo sobreestimulada que estoy.

Y entonces susurra las palabras más dulces que he oído nunca. "Córrete por mí, *krasivaya*".

La euforia me atraviesa como un huracán, convirtiendo mi cuerpo en lava fundida. Grito, tan consumida por mi liberación que no me importa lo fuerte que sea. Solo pienso en el placer que me recorre las venas.

"Buena chica", elogia Maks, su brazo es un apoyo de hierro a mi alrededor mientras afloja la presión sobre mis muñecas atadas.

Mientras cabalgo ola tras ola de mi orgasmo, se levanta para desatarme de la estructura. Mis piernas están demasiado débiles para sostener mi peso tras el clímax más potente que he experimentado nunca, pero Maks parece darse cuenta antes incluso de que empiece a caer.

Me coge en sus musculosos brazos y me lleva como a una novia a la cama.

MAKSIM

Me encanta jugar con Heidi, explorar lo que le da placer, descubrir lo que la excita. Su respuesta genuina y sin trabas a mis caricias es peligrosamente excitante, su sensualidad natural, embriagadora.

Algo en ella despierta en mí un profundo impulso protector. Soy mucho más cuidadoso con ella de lo que suelo ser con las chicas con las que me acuesto porque me doy cuenta de que no quiero cruzar la delgada línea que podría ahuyentarla.

No estoy seguro de si es su entrañable acento sureño y el hecho de que su versión de las palabrotas consista en encadenar frases sin sentido o si es porque la conocí cuando aún era muy joven e inocente. Tal vez sean sus ojos de cierva asustada combinados con su voluntad de confiar en mí. Pero quiero asegurarme de que se siente segura, de que puede confiar en mí.

Sea cual sea este nuevo instinto, me resulta demasiado excitante darle placer, y cuanto más de ella reclamo, más deseo. Huele vagamente a canela y vainilla, una cálida combinación que me envuelve mientras la llevo a la cama.

La tumbo y me acomodo sobre ella, separando sus rodillas con mis caderas mientras nuestros cuerpos se alinean. Mi necesidad de estar dentro de ella es casi agonizante y, sin embargo, quiero tomarme mi tiempo, disfrutar a fondo cada segundo de ella.

La beso profundamente y enredo mi lengua con la suya. Heidi suspira, me rodea los hombros con los brazos y me peina el pelo con los dedos. Siento un hormigueo cuando sus uñas me rozan ligeramente el cuero cabelludo.

Bajo la mano por su muslo hasta la parte superior de las medias, cojo su rodilla y la levanto, separando aún más sus piernas mientras las doblo por la mitad, dejando al descubierto su coño cubierto de encaje. Ella hace lo mismo con la otra pierna, y mi polla palpita peligrosamente al sentir el calor de su excitación presionando mi erección.

"Te necesito", susurra, y sus caderas se balancean hacia delante para demostrar exactamente lo que quiere decir.

Maldita sea, esta mujer es endemoniadamente sexy. Yo también la necesito, tan desesperadamente que estoy a punto de explotar. Pero me doy un momento de respiro. Sentado, me bajo los pantalones, liberando mi polla hinchada y dolorida.

Heidi se muerde el labio, sus ojos recorren mi cuerpo para contemplar mi excitación mientras sus dedos rozan mis pectorales y abdominales.

No tengo paciencia para quitarle el ligero y las medias. En lugar de eso, cojo la cintura de su tanga blanco de encaje y doy un fuerte tirón.

Heidi chilla y abre mucho los ojos cuando le arranco la lencería del cuerpo. Sus pechos, aún sujetos con pinzas, se agitan mientras el asombro transforma su rostro. Me invade una profunda satisfacción. Me meto entre sus muslos y le acaricio la raja con los dedos para comprobar lo mojada que está por mi demostración de fuerza.

"*Blyat*", gimo mientras mis dedos salen resbaladizos. Luego se los llevo a los labios. "Prueba", le ordeno, con la voz baja y ronca.

Abre los labios y levanta la cabeza de la cama lo suficiente para rodear mis dedos con ellos. Su lengua acaricia suavemente las puntas y mis pelotas se tensan ante la forma tan sexy en que me los chupa.

"Eres *jodidamente* sexy", gruño.

Luego dirijo mi atención a sus pezones. Llevan con las pinzas todo el tiempo que debería dejarles. Va a ser una llamada de atención para Heidi cuando se las quite. Lo hago, empezando por el derecho.

Heidi jadea, y cuando un momento después cierro los labios alrededor del tenso pezón, calmando el dolor con suaves círculos de lengua, gime. "Aleluya", jadea, arqueando la espalda para que su pecho me presione la cara.

Repito el proceso con el otro pezón y, al mismo tiempo, masajeo el pecho expuesto.

"Buenas *noches*", susurra, con la respiración entrecortada. "Creo que voy a correrme".

Con un ronroneo de aprobación, bajo los dedos hasta su clítoris y lo rodeo mientras sigo chupándole los pezones. Luego introduzco los dedos en su húmeda entrada.

Heidi grita, su cuerpo se tensa y sus paredes se cierran alrededor de mis dedos. Entonces su coño empieza a agitarse y se corre otra vez.

No puedo esperar más.

Verla en la agonía de la pasión, con su cuerpo retorciéndose de éxtasis, me desata por completo. Deslizo los dedos fuera de ella, los reemplazo por la cabeza de mi polla y la sensación de gozo celestial mientras sus cálidas y resbaladizas paredes me envuelven y alejan toda razón de mi mente.

Me meto dentro de ella, saboreando cómo me acoge en sus gloriosas profundidades. Heidi grita, con las réplicas aún revoloteando alrededor de mi polla dura como una roca. Me clava las uñas en la espalda mientras apoyo los antebrazos a ambos lados de sus hombros.

Entonces empiezo a empujar. De nuestros labios brotan jadeantes alientos calientes, que se mezclan en el aire que nos rodea mientras mi cara se cierne a escasos centímetros de la suya. Deslizo la boca sobre la suya para reclamarla como mía, igual que reclamo su coño.

Me duele la polla por la pecaminosa sensación de su resbaladiza excitación, tan sedosa, y sus cálidas y húmedas profundidades, tan tentadoras.

No debería haber empezado sin colocarme un condón porque ahora no quiero detenerme nunca. Heidi parece totalmente de acuerdo con el plan. Nuestro ritmo es desesperado, casi castigador, y sin embargo eso no hace sino intensificar la euforia.

"Córrete por mí, *krasivaya*", le ordeno mientras la presión familiar empieza a aumentar en la base de mi columna vertebral.

Grita mi nombre mientras me obedece, y es una agonía no correrse dentro de ella. Mientras sus paredes se cierran a mi alrededor, ordeñando mi polla palpitante, estallan estallidos rojos detrás de mis párpados. La penetro todo lo que puedo.

Cuando se deshace debajo de mí, sus músculos se relajan a medida que la consume el orgasmo, la saco. De un solo golpe, cojo mi polla y apunto a sus pechos perfectos, y libero mi carga en varias y potentes ráfagas, esparciendo esperma perlada por su pecho.

Los pechos de Heidi se agitan y sus mejillas enrojecidas se tiñen de color al contemplar las secuelas de mi liberación. Luego sube la mirada y se encuentra con la mía, ardiente.

"Vale, ¿por qué ha sido tan sexy?", pregunta ella, con tono desconcertado.

Me río por lo bajo. "Me alegro de que pienses así. Me inclino hacia delante sin manchar el semen que hay entre nosotros y la recompenso con un beso apasionado. "Voy a buscar algo para limpiarte", murmuro.

Luego me levanto de la cama y me dirijo al lavabo para empapar una toallita en agua tibia.

Los llamativos ojos color avellana de Heidi me observan mientras me acerco una vez más. Aunque su respiración se ha calmado un poco, sus mejillas siguen teniendo el tono rosa más estimulante.

"¿Te ha gustado nuestro juego de esta noche?" le pregunto mientras me acomodo en la cama a su lado y le limpio suavemente los pechos.

Sus párpados se cierran y su rostro adopta una expresión profundamente relajada. "Sí", confiesa, y su color vuelve a intensificarse.

"¿Y eso te avergüenza?" pregunto, intrigado.

Se le escapa una risita nerviosa. "No. Es que... es muy nuevo para mí. Nunca pensé que me gustaría que me castigarán. Creo que nunca había pensado en ser castigada hasta que te conocí. Me siento... ¿inexperta? Tal vez eso me hace sentir más cohibida".

"Pero no te cohibes cuando bailas", observo, entendiendo lo que quiere decir.

"Cierto."

"Hmm". Terminando sus abluciones, me levanto para tirar la toallita en el fregadero y recoger mi chándal.

Heidi sube las rodillas hasta el pecho, cruzando los tobillos al mismo tiempo para cubrirse mejor,

y la posición, con los tacones todavía atados a los pies, es una atractiva mezcla de modesto encanto. "¿Hmm?", repite. "¿Qué significa eso?"

"Supongo que me gusta la forma en que tu inexperiencia te hace tan... abierta. Disfruto explorando contigo".

Atrapando el labio inferior entre los dientes, Heidi me dedica una tímida sonrisa. "Gracias. A mí también me gusta explorar contigo".

"¿Quieres un poco de vino?" Le ofrezco. Una vez más, me doy cuenta de que aún no estoy preparado para dejarla ir a casa y, como no se va a quedar esta noche, espero poder tentarla con una copa.

"Suenan bien". Entonces los ojos de Heidi bajan hacia sus piernas cubiertas de medias, como si acabara de darse cuenta de que no lleva ropa.

Como destruí su ropa interior en nuestra pasión, no tiene nada que la cubra.

"Te traeré una camisa", sugiero.

"Gracias", respira agradecida.

Como no se levanta, la dejo en la sala de juegos para buscarle algo apropiado. Cojo una prenda informal del armario, vuelvo y se la tiro donde sigue sentada en la cama, con las rodillas levantadas.

Solo entonces se levanta, desliza los brazos por las mangas y cierra varios botones antes de remangarse los puños hasta los codos. Está muy sexy con mi camisa, el dobladillo le cae justo por debajo de la curva del culo, de modo que sus largas piernas quedan a la vista.

Recogiéndose el pelo por encima de un hombro, Heidi se dirige esta vez a la cocina mientras yo le abro la puerta del cuarto de juegos. Mientras se apoya en la isla central, saco dos copas de vino y abro una botella, luego las recojo todas en la mano y hago un gesto con la barbilla para que Heidi me siga al salón.

En cuanto mis ojos se posan en el sofá, la imagen de ella a horcajadas sobre mi regazo invade mi mente y, aunque acabamos de terminar, podría estar listo para el segundo asalto solo de recordarlo.

"Entonces", empieza Heidi mientras se acomoda en el asiento a mi lado, "¿qué tipo de negocio lleváis tú y tus hermanos?".

"Banca e inversiones, sobre todo. Nos centramos especialmente en restaurantes de la zona de la bahía". Esa es una versión muy simplificada y apta para todo público de lo que hacemos mis hermanos y yo, pero confesar que tengo negocios turbios que a menudo implican negocios ilegales y blanqueo de dinero quizá no sea la mejor información para entregar a un ligue.

Prefiero mantener a las chicas con las que me acuesto a distancia. Así no tienen nada contra mí cuando nos separamos.

"Eso está muy bien. ¿Y tienes... enemigos por eso?". Heidi esboza una sonrisa lobuna que me dice que no se deja engañar tan fácilmente.

"El sector de la restauración es un negocio despiadado", bromeo, pasándole una copa de vino antes de beber un sorbo de la mía.

Heidi ríe, un sonido musical despreocupado. Bebe un sorbo de su propio vino y deja la copa con delicadeza. "¿Tú y tus hermanos sois íntimos?"

"Trabajamos en las mismas oficinas, así que mis hermanos están constantemente bajo mis narices".

De nuevo se ríe, sus ojos brillan mientras se reclina en el sofá de felpa. "Haces que parezcan niños".

"A veces, lo son. No, bromeo, casi siempre lo son. A veces pueden ser exasperantes, pero tengo la suerte de trabajar con mis hermanos. Eso crea una confianza inquebrantable en nuestro negocio. No hay lealtad como la lealtad familiar".

Heidi asiente pensativa, su sonrisa adquiere un tono melancólico que despierta mi curiosidad. Pero no pregunto. Es mejor mantener una conversación ligera. Este tipo de acuerdo tiende a tomar un cariz más serio cuando dejas que las preguntas se vuelvan demasiado personales.

"Eres decoradora de interiores, ¿verdad?". pregunto, desviando la conversación para evitar profundizar.

"Siempre me han gustado las revistas del hogar y conocer las nuevas tendencias en decoración, así que me pareció una buena idea. Y mi negocio ha despegado mucho en los últimos años, desde que terminé la carrera."

"¿Así usaste el dinero que te di?". Pregunto, disfrutando de la idea de que podría haber hecho una pequeña contribución a la carrera que ella quería. "¿Pagaste tus préstamos estudiantiles o algo así?". Podía ver cómo una chica en edad universitaria podría sentirse tentada a aliviarse de esa carga financiera si la oferta era adecuada.

"Oh, um... bueno, en cierto modo, supongo". Heidi toma un sorbo de vino como para disimular su incomodidad.

Frunzo el ceño. "¿En cierto modo?"

"Bueno, en realidad me pagaba los estudios sobre la marcha. No había pedido ningún préstamo. Pero entonces mi madre enfermó de cáncer y, como no tenía seguro, tuve que dejar los estudios para ayudarla con sus gastos médicos."

La comprensión me golpea al mismo tiempo que percibo una profunda tristeza en sus ojos, la misma tristeza con la que estoy demasiado familiarizado, el inquietante tipo de vacío que solo se produce tras una terrible pérdida.

Sé que no debería preguntar, pero no puedo evitarlo. "¿Y tu madre?"

Heidi baja la cabeza, mira al suelo y sacude la cabeza lentamente. "El tumor cerebral era demasiado agresivo. No pudieron detenerlo. Murió hace poco más de dos años". Solloza suavemente, mirándose las manos mientras se hurga en las uñas. "Todavía la echo de menos todos los días".

Una empatía profunda y resonante me oprime el corazón, y de repente siento el pecho apretado por la emoción. "Lo siento. Sé lo que es perder a alguien tan cercano".

Heidi levanta la barbilla para mirarme a los ojos y una sola lágrima se desliza por su pómulos. Antes de que pueda pensarlo, alargo la mano para sostenerle la mandíbula y apartar la lágrima con la yema del pulgar.

Entonces ambos parecemos darnos cuenta de la intimidad del gesto. Heidi se endereza, cuadra los hombros y se recompone rápidamente mientras yo me aclaro la garganta y recojo la mano.

Al mismo tiempo, lucho por empujar la emoción hacia abajo, forzándola a entrar en una pequeña y oscura cámara de mi corazón. No tengo sitio para emociones así en mi vida. Necesito recordar que debo mantener mi objetividad.

"De todos modos", dice Heidi, olvidándose de su momentánea vulnerabilidad, "mi noche contigo acabó pagando su quimioterapia y los tratamientos alternativos que siguieron cuando la quimio resultó ineficaz. También cubrió mi último año de universidad y me ayudó a colocar en marcha mi negocio."

De alguna manera, esta revelación me golpea profundamente. Me alegro de que mi oferta egoísta de aquella noche haya cambiado tanto su vida. Pero me lo guardo para mí.

Los labios de Heidi se entreabren, como si estuviera a punto de decir algo más, pero luego no lo hace y no la presiono porque estoy caminando sobre la delgada línea de desarrollar sentimientos genuinos por ella, y eso no está permitido. Tengo que colocar fin a esta conversación antes de meterme en más problemas.

"¿Estás lista para volver a casa?" Pregunto de forma un tanto brusca.

Pero Heidi no parece tomárselo así. En lugar de eso, esboza una pequeña pero cálida sonrisa y asiente con la cabeza, como si le hubiera sugerido el mejor remedio para su dolor.

Nos levantamos juntos y Heidi recoge su gabardina del suelo. Se está convirtiendo rápidamente en mi prenda favorita de su armario.

"Quédate con la camisa", le ofrezco mientras se mueve para desabrochársela.

Eso parece desarmarla. "¿No te importa?"

"Tengo más que suficiente".

De nuevo, Heidi sonríe, esta vez la gratitud quema parte de la tristeza persistente. "Gracias". Un momento después se encoge de hombros y se abrocha el abrigo hasta arriba para ocultar el escandaloso vestuario que esconde debajo.

La acompaño hasta el ascensor, mi mano se posa instintivamente en la parte baja de su espalda, y las puertas se abren un momento después. Pyotr y Sev aparecen sin decir palabra en la entrada cuando Heidi se vuelve hacia mí, y entran en el ascensor para sujetar la puerta hasta que ella esté lista.

"Esta noche ha sido divertida", confirma con un brillo travieso en los ojos.

"Sí, deberíamos repetirlo alguna vez", bromeo.

Heidi se pone de puntillas y me da un suave beso en los labios. Luego vuelve a entrar en el ascensor.

Cuando se cierran las puertas, me resulta inaceptablemente duro verla marchar.

HEIDI

De pie en el salón de la Painted Lady que me han encargado amueblar, hago varias fotos de la distribución actual, desde distintos ángulos. Luego paso a la cocina. Dedico un momento a una lluvia de ideas en cada habitación, anotando las que les interesan a los propietarios y cómo podría incorporarlas a su hogar.

Es una casa preciosa, en la que estoy ansiosa y emocionada por trabajar. Es el reto soñado de todo decorador de interiores. Pero hoy, encuentro mis pensamientos particularmente preocupados.

Por un particular hombre de negocios ruso con el cuerpo de un dios y la voz más sexy de la historia. Como trabajo sola, rodeada del silencio y el estruendo de mis propios pensamientos, me resulta especialmente difícil centrarme en otra cosa que no sea él.

Hay algo en pasar tiempo con Maks que me hace sentir bien, tan bien que anoche casi decidí contarle lo de Sarah. Lo tenía en la punta de la lengua después de confesarle cómo empleé el dinero que me pagó. Porque lo cierto es que su generosidad también me ayudó a colocar los pies en el suelo como madre.

Pero eso no significa que deba hablarle de nuestra hija. Decir algo sería un error porque Maks no quiere ser padre. Él mismo lo dijo: no quiere una familia. Y no quiero forzar eso en ninguno de ellos.

Y lo que es más importante, Sarah no necesita experimentar el tipo de pérdida o rechazo que supondría su marcha. No, Sarah es mía y puedo quererla lo suficiente por los dos.

No puedo perder de vista lo que soy para Maks, y tengo que seguir repitiéndolo hasta que lo tenga bien arraigado. Lo nuestro es solo un contrato, un breve respiro de la realidad. Me lo dijo desde el principio, así que sería injusto por mi parte esperar más.

No puede evitar ser gregario, encantador, guapísimo y demasiado bueno en el sexo.

Pero eso es todo lo que es. Sexo. Tengo que seguir diciéndome eso.

Mi teléfono suena cuando entro en el dormitorio principal, y lo cojo sin comprobar el identificador de llamadas. "Diseño de Interiores Turner".

"¿Cuándo volverás a la oficina?" Zoe pregunta, su tono me advierte que está tramando algo.

"¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿En qué os habéis metido mi hija y tú esta vez?". Zoe y Sarah nunca dejan de hacer travesuras cuando las dejo solas demasiado tiempo.

"*Nada*", dice Zoe, su tono culpablemente defensivo. "Pero ella, eh, puede haberte dejado una sorpresa en tu mesa de dibujo".

Aunque sé que Zoe no puede verme, noto cómo una ceja se acerca a la línea de mi pelo.

"¡Ya! Lo sé", dice como si estuviera leyendo mi expresión exacta. "La perdí de vista durante dos segundos. ¿Cómo iba a saber que tiene olfato de sabueso para oler rotuladores y afición a dibujar en las mesas?".

Así es Sarah. Le encanta dibujar y pocas cosas pueden disuadirla de colocar a prueba sus habilidades artísticas, independientemente del medio. Zoe también lo sabe. Ya hemos pintado el salón dos veces y seguimos sin saber de dónde saca Sarah los rotuladores, o dónde los esconde.

La verdad es que me parece bastante adorable. Me encanta que le apasione la creatividad, pero no será bueno que se centre en las paredes del colegio. Por suerte, hasta ahora parecen entender que los lápices de colores son la única forma de mantener su entorno a salvo de mi terror artístico.

"Bueno, gracias por el aviso. Volveré en una hora".

"Intentaré limpiarlo antes de que llegues".

Soltando una suave risita, dejé que Zoe se desentendiera. "¿Tomas una foto antes de hacerlo?"

"Sí, señora."

Después de colgar el teléfono con Zoe, me pongo a hacer fotos de las últimas habitaciones de la casa para preparar mi reunión de esta tarde con la pareja. Después vuelvo a subirme al BMW y me dirijo a la oficina.

"¡He traído bocadillos!" Llamo mientras abro la puerta de cristal abatible.

"¡Mamá!" llama Sarah, levantándose de un salto de la colorida mesita donde trabaja en un libro para colorear mientras Zoe teclea en el ordenador.

"¿Qué tal la mañana?" pregunto a ambas mientras Zoe me saluda con una sonrisa radiante y se levanta para ayudarme con mi brazada.

Sarah se me adelanta, envolviendo mi pierna en un adorable abrazo de oso. Este es mi tipo de saludo. Zoe llega un momento después para mostrar los trabajos de mi hija en la mesa de dibujo de mi despacho.

Ha hecho una maqueta adorable de una casa: dos paredes exteriores, un tejado y el interior dividido en cuatro habitaciones. Pero lo que me encanta es que Sarah ha decorado cada habitación como yo lo haría en una maqueta de verdad. La esquina superior izquierda es un dormitorio con una cama de color púrpura brillante frente a una cómoda púrpura. El comedor tiene una mesa con tres sillas alrededor. El salón, un sofá y un televisor. Sarah pensó seriamente en la distribución de la casa y, aunque utilizó el rotulador directamente sobre mi mesa, me alegra ver su inclinación por ejercer mi profesión.

Zoe y yo sonreímos sin decir nada. Entonces ella coge la comida y yo cojo a Sarah en brazos y me la pongo en la cadera.

"¿Tienes algo que decirle a mamá?" le pregunto.

Sarah me tira del cuello de la camisa y evita mirarme a los ojos. "He coloreado en tu mesa. Lo siento, mamá". Solloza un poco.

"Gracias por disculparte. ¿Me dibujas otra casa en papel? Así me la puedo quedar. Eso es lo bueno del papel".

Sarah me mira a los ojos ahora, su sonrisa repentina y brillante. "De acuerdo".

"Buena chica. Ahora vamos a lavarnos las manos para poder comer".

Comemos juntas y luego vuelvo al trabajo: busco los muebles disponibles e introduzco los colores, el suelo y las lámparas en el programa informático que utilizo para ofrecer a los clientes una imagen de la distribución que quiero.

Les propongo tres opciones diferentes para hacerme una idea de lo que quieren. Sarah juega tranquilamente, a veces sola en su mesa, a veces con Zoe. Mi mejor amiga y mi hija son dos gotas de agua, adorables y absolutamente alborotadoras, y no sé qué haría sin ninguna de las dos.

Zoe me permite traer a mi hija al trabajo, y sé que eso significa mucho para Sarah y para mí. Con los años, Zoe se ha convertido más en una hermana que en mi amiga. Y tras la muerte de mamá, ha sido el mejor apoyo de mi vida.

Mi reunión con los Hanson comienza puntualmente a las tres, y milagrosamente, aunque Maks siguió infiltrándose en mis pensamientos hasta su llegada, conseguí elaborar una sólida presentación de la visión que tengo para su casa.

"Nos encanta", dice la Sra. Hanson tras discutir tranquilamente con su marido.

"¿Estáis seguros? Ni siquiera habéis visto mis sugerencias alternativas".

"No, realmente has dado en el clavo", dice el Sr. Hanson. "Me encanta cómo has abierto el espacio entre el salón y el comedor, ¿y esta iluminación clásica en todo? Eso sí que encajará con el alma de la propiedad".

Mis hombros se relajan ligeramente al saber que mis clientes más recientes y desafiantes hasta la fecha están contentos con mis maquetas. "Estupendo. Empezaré a pedir los materiales hoy mismo. Puedo tener a los pintores mañana mismo, si os parece bien. Parece que los electrodomésticos de la cocina son lo único pendiente, pero deberían llegar poco después de terminar el suelo."

"¿Cuánto tiempo cree que durará el proyecto?"

"¿En total? Creo que podemos hacerlo en tres meses. Los baños y la cocina llevarán más tiempo. Pero mis contratistas son los mejores, muy buenos cumpliendo los plazos. Y si estáis contentos con el azulejo que he elegido, no deberíamos tener ningún contratiempo de suministro. He comprobado que están en stock".

Se miran y sonríen.

"Nos parece perfecto", dice el Sr. Hanson.

"Maravilloso". Me levanto con los Hanson y les doy la mano a cada uno por turno.

"Tenemos varios amigos a los que te recomendaremos, amigos que buscan un diseñador de interiores de alto nivel", añade la Sra. Hanson. "Ha sido un placer trabajar contigo, y la calidad de su visión solo me hace estar más segura de que tomamos la decisión correcta al confiar en ti". Sonríe, sus labios pintados de rojo se extienden por su cara redonda con deleite.

"Muchísimas gracias. No sabéis lo que significa para mí y para mi negocio. Estoy deseando empezar".

Los Hanson salen de mi despacho unos minutos más tarde y Zoe y Sarah se despiden de ellos desde detrás del mostrador mientras la pareja, elegantemente vestida, sale por la puerta de cristal.

Solo entonces siento que puedo respirar. Hay algo en mostrar mi visión a un cliente por primera vez que siempre me pone de los nervios. Incluso después de años diseñando conceptos que han encantado a mis clientes.

Mi teléfono zumba en el bolsillo posterior y lo saco. El nombre de Maks parpadea en la pantalla y mi corazón da un vuelco. Después de pensar en él todo el día, me pregunto si le habrán ardido las orejas.

"¿Hola?" Respondo con una sonrisa que se dibuja en mis labios incluso antes de oír su voz.

"¿Qué planes tienes para esta noche?" Su tono hoy es mucho más amistoso, no autoritario como ayer.

Me pregunto si eso significa que está de mejor humor o si se ha tomado a pecho mis palabras. En cualquier caso, su pregunta hace que mi estómago dé un vuelco de emoción. Miro hacia la oficina y veo a Zoe hablando con Sarah, y espero que no le importe cuidar de ella una vez más.

"Hmm, esperaba encontrar una sala de juegos y un hombre que sepa usarla".

"Bien", ronronea, su voz profunda me produce un vértigo en el pecho. "Entonces mi coche te recogerá a las diez".

"Genial."

Me muerdo el labio mientras colgamos, consciente de que estoy ridículamente excitada por verle por tercera noche consecutiva. En lugar de saciar mi ansia por él, cuanto más veo a Maks, más parece que lo deseo. No quiero pensar en lo que eso significará cuando nuestro tiempo juntos llegue a su fin.

Por ahora, mi intención es simplemente disfrutarlo.

MAKSIM

Sentados en el interior revestido de cuero de mi elegante Escalade negro, el motor ronronea suavemente mientras mis hermanos y yo esperamos a que el coche se detenga. El sol del mediodía brilla en lo alto, arrojando una luz intensa sobre el lujoso hotel al que estamos a punto de llegar. Su moderna fachada de cristal brilla con la promesa de lucrativas ganancias.

Pero incluso con la victoria al alcance de la mano cuando se trata de superar a Aleksandr Volkov en este trato, mi mente no puede evitar desviarse hacia Heidi. La comisura de mis labios se tuerce en la sombra de una sonrisa cuando una de sus ridículas y disparatadas frases entra en mi mente sin que pueda evitarlo.

Por lo visto, es una costumbre sureña: soltar una retahíla de palabras al azar que suenan vagamente como la palabrota en la que está pensando. Después de quedarme perplejo ante sus expresiones durante demasiadas noches, tuve que preguntar. Le sorprendió que yo no conociera esa tradición. Es una tradición de la que me estoy convirtiendo rápidamente en fan, aunque no la entienda en absoluto.

Pero la mujer con la que los asocio ha despertado mi interés y saciado algo dentro de mí que nadie más ha conseguido en estos últimos cuatro solitarios años.

Heidi ha venido casi todas las noches desde nuestro encuentro casual en Fiasco's, y después de casi dos semanas viéndola, tengo que admitir que estoy de mejor humor que en años. Ella es un soplo de aire fresco en medio de la ira constante que se ha apoderado de mí desde el día en que murió Symphony. El día en que Aleksandr me la arrebató.

Por el rabillo del ojo, veo que Dimitri y Alexei comparten una mirada cómplice. Sus sonrisas me alertan de que han mantenido alguna discusión ajena a mi conocimiento y algo que he hecho acaba de confirmar su conclusión.

"¿Qué?" Exijo, volviendo los ojos hacia ellos mientras el Escalade se detiene en la acera.

"¿Por fin has decidido seguir nuestro consejo y empezar a salir con una chica, Maks?". Bromea Alexei, con un brillo travieso en los ojos.

"¿Qué os hace pensar eso?"

"Vamos", interviene Dimitri. "Hemos oído tus llamadas en la oficina. Concertando citas nocturnas con alguien llamada *Heidi*. Y has estado... alegre durante días. Tienes una chica en tu

vida, y no solo el juguete habitual que te empeñas en solo usar y desechar. Admítelo".

Ninguno de los dos hace ademán de salir del coche, aunque estemos parados y la reunión vaya a empezar en cualquier momento.

Enarco una ceja e intento, sin éxito, que mi tono no sea divertido. Están desesperados por verme sentar la cabeza. Pero eso no va a ocurrir. No importa que haya encontrado a alguien capaz de levantarme el ánimo cuando ella ni siquiera está cerca. "No os hagáis ilusiones. Heidi no es más que otro 'juguete para follar', como vosotros dos insistís en llamarlos. Pero ella no significa nada para mí".

Me siento mal diciendo eso de ella, y las palabras me dejan un sabor agrio en la boca. Es curioso, porque en realidad no me ha importado el término fastidioso de mis hermanos sobre las mujeres con las que me acuesto. Pero no puedo imaginarme a Heidi como un juguete. Es demasiado viva, demasiado independiente y llena de personalidad.

Alexei y Dimitri comparten otra mirada. Parece que ellos también se han dado cuenta de cómo me he encogido al colocar el término ofensivo tan cerca del nombre de Heidi. Se hace un silencio momentáneo en el coche.

Entonces me aclaro la garganta. "¿Listos para comprar el Hotel Bay View?" Pregunto, redirigiéndolos bruscamente.

"Más que nunca". Dimitri esboza una sonrisa malvada, su mirada de acero coincide con la mía. Cualquier oportunidad de debilitar a Aleksandr Volkov es una victoria para él. Y también para mi.

Alexei se encoge de hombros. "Listo para joder a cierto bastardo de la Bratva. Eso seguro".

Salimos del coche, nos arreglamos nuestros impecables trajes de diseñador y nos dirigimos a la puerta principal del hotel de lujo que casi nos pertenece. La grandiosidad del vestíbulo del hotel nos da la bienvenida y nuestro porte llama la atención tanto de los huéspedes como del personal. Los suelos de mármol pulido reflejan las elegantes lámparas de araña y el aroma de las flores frescas flota en el aire.

Yo voy delante, mi paso seguro irradia autoridad, seguido de cerca por mis hermanos, que lucen expresiones que irradian una sensación de poder silencioso. Detrás de nosotros, nuestro pequeño contingente de guardaespaldas remata la imponente entrada, pensada para intimidar en caso de que Thompson esté pensando en echarse atrás en el último momento.

"Sr. Federov", me saluda una mujer antes de llegar a la recepción. Lleva zapatos de tacón negros y una falda tan elegante como su expresión. Entonces sus ojos se clavan en mis hermanos y su compostura vacila un poco. "Y... Sr. Federov, Sr. Federov". Los saluda a cada uno con una inclinación de cabeza. "El Sr. Thompson y sus abogados ya os están esperando arriba. Os llevaré a la sala de conferencias".

Hace un gesto hacia el banco del ascensor, nos acompaña, pulsa el botón de llamada y entra en el ascensor conmigo, mis dos hermanos y los tres guardias que nos acompañan.

El Sr. Thompson está de pie cuando entramos en la sala, con los hombros caídos por la derrota. Sabe que le queda poco con lo que negociar y que el trato es ahora inevitable. Puede que la

codicia nos haya ayudado a llegar a este punto, pero ahora detecto un atisbo de arrepentimiento en su rostro.

Considerando el precio que ofrecemos por el Bay View, no debería estar decepcionado. Incluso si está vendiendo en contra de su voluntad. Pero eso no impide que una pizca de culpa me invada las entrañas, como cada vez que cierro un trato que ampliará el imperio de nuestra familia y reforzará la reclamación de nuestro territorio.

"Caballeros", dice con una sonrisa cansada, su voz lleva el peso de la resignación. "Bienvenidos. Creo que mis abogados han preparado el papeleo adecuado, así que estamos listos para firmar y hacer oficial este acuerdo".

Le ofrezco un gesto de reconocimiento mientras observo en silencio el peaje que nuestras negociaciones han cobrado en el propietario del hotel. Me pregunto cuánta presión habrá ejercido Aleksandr sobre él después de enterarse de que el señor Thompson rompió físicamente el contrato de no competencia que Aleksandr le había hecho firmar.

El alivio se une a la resignación en sus ojos mientras nos acomodamos en las sillas alrededor de la mesa de conferencias. Me pregunto si no estará agradecido por ceder la cuerda en este tira y afloja metafórico entre Bratvas.

Después de intercambiar educados asentimientos con sus abogados, deslizan varios gruesos contratos por la madera pulida.

"Ha sido un placer hacer negocios con usted", dice Thompson, aunque sus palabras suenan vacías.

Le dirijo una mirada penetrante, estudio al dueño del hotel un momento más y le ofrezco una sonrisa fina, casi imperceptible. "Lo mismo digo. ¿Procedemos?"

Asiente con la cabeza y yo dejo de mirar los papeles.

Dimitri y yo nos tomamos nuestro tiempo, cada uno leyendo el contrato de principio a fin para asegurarnos de que no hay nada en el lenguaje que pueda intentar perturbar nuestra adquisición. Aunque ninguno de los dos estudió derecho, nuestro padre nos enseñó la importancia de entender los contratos que firmamos. Tras décadas en el negocio, conozco todos los trucos y lagunas que los empresarios pueden intentar utilizar para aferrarse a sus empresas.

Pero no el Sr. Thompson. Parece que nuestra presión añadida -complementos de Iosif- ha dado sus frutos, y el contrato parece casi impoluto.

"Muy bien, señor Thompson", alabo, y firmo el documento antes de pasárselo a Dimitri, que hace lo mismo antes de entregárselo a Alexei.

Thompson es el último en firmar, y solo duda un momento antes de presionar definitivamente la punta del bolígrafo sobre el papel.

Luego viene el cheque del cajero, que vuelvo a deslizar por la mesa hacia el nervioso dueño del negocio. El Sr. Thompson lo coge con dedos temblorosos. Traga saliva mientras cuenta los ceros para asegurarse de que son correctos.

Solo entonces parece darse cuenta de que el trato está hecho. Ahora es millonario y ya no es el

propietario del edificio que nos rodea, ni del negocio que hay entre sus paredes, ni siquiera de las sillas en las que nos sentamos.

Se levanta de la mesa de conferencias con una firme determinación en el rostro y, en silencio, extiende la mano para estrechársela por última vez. El peso de los documentos que acaba de firmar ha atenuado su actitud, antes confiada y casi chulesca. Ya no es el dueño del hotel en el que ha invertido el trabajo de su vida. Y durante una fracción de segundo, casi puedo sentirme mal.

Pero no a la luz de la victoria que hemos obtenido contra Aleksandr.

Levantándome de mi asiento, acepto su mano, estrechándola con firmeza. "Gracias por su confianza, Sr. Thompson".

Asiente con la cabeza y baja la mirada al suelo. "Ha sido una decisión difícil, pero creo que es lo mejor", admite, aunque separarse del hotel no ha sido del todo una elección.

"Tenga la seguridad de que tenemos planes para llevar este hotel a nuevas cotas", le asegura Dimitri. "Su legado perdurará en el éxito de este lugar".

Él y Alexei también le dan la mano a Thompson.

El Sr. Thompson fuerza una sonrisa, aunque no parece ser muy honesta. "Eso espero".

Al salir de la sala de conferencias, con el contrato en la mano, el peso de nuestra nueva propiedad flota en el aire. El éxito de la compra es un testimonio de nuestra fuerza y determinación, pero también supone un paso más en nuestro implacable camino hacia la venganza contra Aleksandr.

Intentó socavarnos y fracasó, algo cada vez más habitual ahora que conocemos su juego y no nos detendremos ante nada para derrotarle. Y pienso dejarle fuera por completo.

Es una buena sensación tener una victoria tan importante en nuestro haber. El Hotel Bay View es un hito importante para la ciudad, que nos reportará grandes ingresos y nos dará una gran libertad en nuestro negocio.

Últimamente hemos asestado a Aleksandr algunos golpes muy duros, pero no me daré por vencido hasta que esté muerto. No podría importarme menos si su negocio o Bratva sobreviven, y aunque no estamos más cerca de lograr el objetivo físico, figurativamente, estamos apretando la soga alrededor de su garganta.

Sin embargo, sorprendentemente, al salir del hotel Bay View, descubro que la rabia desenfrenada que he sentido durante tanto tiempo cuando pienso en matar a Aleksandr ya no es tan fuerte. Sigo queriendo verle muerto. Lo haré por la seguridad de mi familia, aunque solo sea por eso.

Pero algo en la presencia de Heidi en mi vida ha empezado a calmar esa ira que me ha consumido por completo durante los últimos cuatro años. Donde una vez, mi único objetivo en la vida era tomar la cabeza de Aleksandr por matar a mi prometida, que ya no podría ser la fuerza que me impulsa.

HEIDI

Mi corazón no deja de latir cuando veo el nombre de Maks en el identificador de llamadas de mi teléfono. Hemos pasado juntos casi todas las noches de las últimas dos semanas, excepto dos, y cuanto más tiempo paso con él, menos quiero que se acabe.

Intentando ocultar la vertiginosa expectación que tiembla en mi pecho, contesto a la llamada. "¿Diga?"

"Hola, *krasivaya*". La voz de Maks llega a través del teléfono tan suave como un saxofón, su tono exige respeto incluso en su saludo. "¿Estás disponible para cenar esta noche? Me gustaría llevarte a un sitio bonito".

La petición flota en el aire y casi puedo oír cómo me da un vuelco el corazón. Esto no es solo una de nuestras aventuras nocturnas. Esto es más personal. Una cena. Y aunque parece un primer paso tan sencillo en una relación, mi mente se acelera con una mezcla de ansiedad y expectación.

La petición me hace un nudo en el estómago al preguntarme cómo podría cambiar la dinámica de nuestros estrechos parámetros de relación. Se supone que lo que tenemos es estrictamente un negocio... bueno, un negocio muy placentero.

La cena podría cambiar permanentemente esa dinámica de un modo que ni siquiera puedo imaginar. Y, sin embargo, la perspectiva casi me excita.

La pausa es angustiosamente larga hasta que por fin consigo balbucear una respuesta. "¿Una cena? ¿Como... una cita?"

Maks se ríe suavemente, un sonido profundo y resonante que me produce escalofríos. "Algo así".

El corazón me da un vuelco al pensar en las posibilidades, en el territorio desconocido al que esto podría conducir. He intentado mantener las cosas en perspectiva entre nosotros, pero la imponente presencia de Maks tiene una forma de derribar mis defensas que no esperaba.

"Si, me gustaría", digo, intentando mantener la voz firme.

Pero antes de que pueda terminar con un "déjame ver mi agenda", Maks interrumpe.

"Genial. Haré las reservas. ¿Puedes estar lista para que el coche te recoja a las siete?"

"¿Puedes esperar un segundo?" Pregunto, tambaleándome por la velocidad con la que está cambiando de marcha.

"Por supuesto". Parece muy relajado, como si fuera una petición normal.

Quizá lo sería si no fuéramos Maks y yo, dos personas que no hemos compartido ni una sola comida pero que hemos tenido sexo casi veinte veces en menos de dos semanas.

"Gracias". Silencio rápidamente el teléfono, me levanto de la mesa y me dirijo a la puerta de cristal esmerilado que separa mi despacho de la oficina principal.

Asomo la cabeza por la puerta y veo a Zoe sentada en la recepción, trabajando diligentemente en mi horario de la semana. "Hey, ¿Zoe?" pregunto tímidamente.

"¿Sí, jefa?", pregunta, sabiendo perfectamente que odio que me llame así.

Respiro hondo, intentando encontrar las palabras adecuadas para explicar la situación. "Maks acaba de llamar. Quiere llevarme a cenar esta noche".

Los ojos de Zoe se abren de sorpresa y abandona su trabajo para prestarme toda su atención. "¿Cena? Es un gran paso adelante respecto a vuestro... acuerdo informal. ¿Lo estás considerando?"

Asiento despacio con la cabeza, con los pensamientos aún revueltos. "Sí, así es. Pero necesito tu ayuda".

Ella se inclina, su curiosidad pica. "Claro, ¿qué pasa?"

"Sarah", digo, el corazón se me hunde un poco al pensar en saltarme una comida con ella. No lo he hecho desde que nació. "Obviamente, no puedo llevarla conmigo, y no quiero abusar de ti, pero..."

Zoe me dedica una sonrisa tranquilizadora. "No digas nada más. Puedo cuidar de Sarah esta noche. Nos quedaremos hasta tarde comiendo palomitas y viendo películas para mayores de 13 años. Será estupendo".

"Zoe", le regaño, con las cejas fruncidas.

"Solo bromeaba. Claro que la cuidaré. Diviértete en tu cita". Zoe me guiña un ojo descaradamente.

Me invade el alivio. "Gracias, Zoe", digo, con la voz llena de gratitud. "Me has salvado la vida".

Se lo quita de encima con una risita. "No hay ningún problema. Te cubro las espaldas. Prométeme que mañana me contarás todos los detalles de tu cita".

Me río, sintiéndome un poco más tranquila ahora que la situación de la canguro está resuelta. "Trato hecho". Luego respiro hondo, sintiendo una mezcla de nervios y excitación mientras vuelvo a entrar en mi despacho y quito el silencio del teléfono. "Sí, siete me parece perfecto", le digo a Maks, con el pulso acelerado.

"Maravilloso. Entonces te veré esta noche. Ponte algo... bonito". Parece realmente contento de que haya aceptado, y la forma en que la palabra "bonito" sale de su lengua me eriza la piel. "Y, ¿Heidi?"

"¿Hmm?"

"Sé que normalmente no deseas pasar la noche, pero tengo algo especial en mente para esta noche. ¿Puedo quedarme contigo hasta mañana? Te prometo que llegarás a tiempo al trabajo".

Dudo un momento, mi mente se acelera y se me seca la boca. Pasar toda la noche con Maks me parece una osadía, sobre todo teniendo en cuenta a Sarah, pero hay algo en su petición que me toca la fibra sensible. Quiero dar el paso. "Sí, está bien". *Eso espero. Hablaré con Zoe en cuanto cuelgue el teléfono.*

"Excelente. Nos vemos esta noche". Maks suena complacido, y casi puedo imaginar la sonrisa de satisfacción en su cara.

Cuando cuelgo el teléfono, mi corazón se acelera con una mezcla de emoción e incertidumbre. Una vez más, asomo la cabeza fuera de mi despacho para llamar la atención de Zoe. "Bueno, puede que haya aceptado pasar toda la noche con Maks. ¿Te parece bien? Si no, puedo volver a llamarle".

Zoe sonrío, sus ojos brillan con picardía. "Creo que Sarah y yo nos las arreglaremos bien, no te preocupes. La llevaré a la oficina por la mañana".

El alivio me invade una vez más y le doy las gracias a Zoe. Siempre ha sido mi roca, mi confidente, y esta no es una excepción.

Con mis planes listos, decidimos dar por terminado el día en la oficina. Zoe, Sarah y yo nos dirigimos juntas a casa, llenas de emoción. Una vez en casa, nos enfrentamos a la realidad de la noche que nos espera.

No he estado en una cita real en tanto tiempo, ni siquiera puedo recordar la última. Sin duda en la universidad, antes de que mamá enfermara. Mi nerviosa excitación hace que me apresure a prepararme, con el corazón palpitando de anticipación. Sarah, llena de energía y curiosidad sin límites, me sigue con los ojos muy abiertos mientras elijo la ropa y la pongo sobre la cama. Después de media hora de indecisiones y dudas, Zoe interviene.

Siempre la voz de la razón, coge dos vestidos: uno de cóctel de seda verde bosque y otro negro con la espalda abierta y un brillante cuello dorado y sin mangas. "Muy bien, Sarah, es hora de vestirse. Tenemos que asegurarnos de que mamá luzca lo mejor posible para su noche especial. ¿Qué vestido debería colocarse?"

Encantada ante la perspectiva de poder elegir mi bonito vestido para la noche, Sarah salta entusiasmada por la cama. Pero cuando llega a los vestidos, parece darse cuenta de la gravedad de su responsabilidad y estudia ambos vestidos con seriedad antes de decir: "El verde".

Zoe y yo intercambiamos miradas cómplices, compartiendo un momento de silenciosa diversión. Por supuesto que eligió el vestido de colores. Pero no la culpo. Es un llamativo tono verde, uno que Zoe me exigió que comprara porque resalta mis ojos.

"Gracias, cariño", digo con una suave risita. "Es un vestido muy bonito. Me encanta tu elección. Y ahora, pensaré en ti mientras me lo pongo".

Sarah sonrío orgullosa y acaricia el suave vestido mientras lo dejo en la cama a su lado y guardo mis otras opciones. Es hora de peinarme y maquillarme. Sarah me sigue al baño y se sube al taburete del tocador para ver cómo me inclino sobre la encimera para aplicarme la sombra de

ojos.

"Bonito", observa mientras añado una fina ala de delineador en cada comisura de los ojos.

"¿Quieres probarte algo de maquillaje esta noche?". le pregunto con una sonrisa en la cara.

Sarah asiente con los ojos muy abiertos y se sienta en el taburete del tocador.

Selecciono cuidadosamente algunos artículos de maquillaje para niños de mi propia colección, como una sombra de ojos morada, un poco de colorete y un toque de brillo de labios.

"Cierra los ojos para mí", le ordeno, inclinándome con el pincel de la sombra de ojos en la mano.

Sarah hace lo que le digo, intenta quedarse quieta y mirarme mientras mantiene los ojos cerrados. Pero la tarea parece imposible y apenas consigo aplicar una pincelada de color en cada párpado antes de que se mire en el espejo.

Después viene el colorete, y Sarah observa absorta cómo le aplico una pequeña cantidad en las mejillas sonrosadas. Sus risitas llenan la habitación y no puedo evitar sentir una oleada de amor maternal cuando sus hombros se acercan a sus orejas.

"¿Te hace cosquillas?" Pregunto.

"¡Sí!" Se ríe y se retuerce con más fuerza cuando le hago cosquillas con el cepillo en la nariz y el cuello.

Zoe nos observa desde la puerta, con el hombro apoyado en la madera, mientras hace un gran esfuerzo por no reírse. Cuando terminamos el look de Sarah con una pasada de brillo de labios, se da la vuelta para presumir ante nuestro paciente testigo.

"Tía Zoe, mira. Soy guapa como mamá", dice Sarah con voz de asombro.

Asiento con la cabeza, con el corazón inflado de afecto.

"Estás absolutamente preciosa, cariño", asiente Zoe.

Desinteresada por el peinado de mi pelo, Sarah le pide a Zoe que le prepare un tentempié antes de cenar, y yo centro mi atención en rizarme el pelo en suaves ondas. Luego me pongo mi vestido verde de cóctel.

Me sienta como un guante, el suave tejido es como el agua sobre mis curvas mientras sigue las líneas de mi cuerpo y se estrecha en una sutil cola. Mi parte favorita del vestido es la espalda. La seda tiene un corte bajo, que se detiene en la base de mi columna, pero un delicado encaje verde forma un elegante panel en forma de diamante que comienza donde termina la seda y se eleva hasta formar una especie de corredor en la espalda que muestra mis omóplatos.

Con los últimos retoques en su sitio, compruebo mi reflejo por última vez y me invade una nueva confianza. Esta noche es solo la cena. Puedo hacerlo. Puedo divertirme y hacerlo informal. Quiero hacerlo porque no estoy preparada para que mi tiempo con Maks termine, y él me ha dejado muy claro que contagiarme de sus sentimientos es una forma segura de acabar rápido con nuestro acuerdo.

Salgo de mi habitación, me dirijo a la cocina y Zoe me responde con un suave grito ahogado. Le

brillan los ojos al admirar mi atuendo, hasta los tacones negros de tiras que me levanto para mostrarlos.

"Le va a encantar", observa.

"¿Quién es?" Sarah pregunta, haciendo que mi estómago baje incómodamente.

Zoe se encoge de hombros, con ojos de disculpa mientras me entrega las riendas.

"Mamá va a cenar con un amigo esta noche, Sarah. Así que tú y la tía Zoe pueden tener una pijamada muy especial juntas. Solo vosotras dos".

Los ojos de Sarah se abren de golpe y se olvida por completo de la mandarina que tiene en el plato mientras da saltitos de alegría. "Vamos a hacer un cóctel", le dice a Zoe, que ha estado sentada a su lado todo el rato.

Zoe se ríe, sus ojos brillan. "Así es. Nos divertiremos mucho".

"Y estaré allí para recogerte de la escuela mañana. ¿De acuerdo?"

"¡Vale!" Sarah está de acuerdo, parece demasiado emocionada por la nueva aventura como para estar pensando en echarme de menos.

Sonrío suavemente y cruzo la habitación para darle un beso en la coronilla. Espero *estar* preparada para pasar una noche entera sin mi hija. Eso espero.

MAKSIM

El aire del atardecer es fresco cuando subo a la azotea de mi edificio de apartamentos, con el pecho lleno de una emoción que no había sentido en mucho tiempo. El helipuerto se extiende ante mí, su superficie reluce bajo el suave resplandor de las luces de la ciudad. Las aspas del helicóptero zumban por encima, proyectando largas sombras sobre el hormigón.

No suelo llevar a mis mujeres a citas: una cena de vez en cuando, sí. Una escapada de fin de semana con tratamientos de spa si me siento estresado y sé que ellas podrían disfrutar de los mimos. Pero con Heidi será la primera vez y, de algún modo, al no vivir en mi ático, parece más importante.

Sé que estaba bromeando cuando me preguntó si era una cita, pero la pregunta sigue rondando por mi cabeza.

Se abre la puerta de acceso a la azotea y se me corta la respiración cuando veo salir a Heidi con un vestido de cóctel de seda verde como nunca había visto. La impresionante tela se ciñe a sus curvas hasta casi las rodillas, donde se expande en una larga cola que fluye por detrás de ella.

Y lleva la misma elegante gabardina blanca que la noche que vino a mi ático vestida solo con eso y lencería. Mi cuerpo responde al recuerdo y mi polla se pone a media asta en un instante.

Heidi es realmente impresionante, con su pelo rubio miel cayendo en cascada alrededor de su rostro ovalado y sobre sus hombros en ondas sueltas. Mis ojos se detienen en su figura. Sus ojos brillan con una mezcla de sorpresa y asombro mientras contempla la puesta de sol en el horizonte de la ciudad antes de dirigirse a nuestro transporte para la noche. Es una visión que nunca pasa de moda para mí, y me siento agradecido por el privilegio de compartirla con ella esta noche.

"Estás encantadora", le digo, con la voz baja y llena de calor mientras pongo mis labios junto a su oreja para que pueda oírme por encima de las aspas del helicóptero.

Heidi se sonroja, un cálido tono rosado se extiende por sus mejillas. "Gracias. Esto es... guau". Su voz se entrecorta mientras sigue observando el entorno.

Le ofrezco mi brazo y, al cabo de un momento, lo coge con una sonrisa.

"¿Vamos?" Hago un gesto hacia el helicóptero que espera.

Se ríe nerviosa, su mano agarra mi brazo un poco más fuerte. "No puedo creer que vayamos en eso a cenar".

Sonriendo descaradamente, la guío hacia el helicóptero que la espera. "Bueno, a veces es útil. ¿Has estado alguna vez en uno?"

Se limita a negar con la cabeza mientras la ayudo a entrar. Mientras me precede, no puedo evitar admirar cómo el vestido acentúa sus curvas. Tendré que llevarla a cenar más a menudo, solo para poder verla con atuendos como este.

Las puertas del helicóptero se cierran y despegamos de la azotea. Las luces de la ciudad desaparecen bajo nosotros mientras nos dirigimos hacia el sur y la puesta de sol resplandece dorada, rosa y naranja brillante a nuestra derecha.

Heidi lo asimila todo, con sus ojos color avellana muy abiertos, como si no quisiera perderse nada. "¡Esto es increíble!"

Suelto una risa de satisfacción por su alegría. "Me alegro de que te guste. Pensé que sería una forma única de empezar nuestra velada. Pero tengo muchas más sorpresas planeadas para esta noche".

Heidi asiente, con la mirada fija en el paisaje urbano mientras descendemos por la costa. La brisa fresca le despeina el pelo y no puedo evitar mirarla durante el vuelo. Era la persona adecuada para traer esta noche. Quiero celebrar mi victoria sobre Aleksandr Volkov. Cerrar hoy el hotel Bay View ha sido una gran declaración, y esta noche quiero disfrutarla dándome un capricho a mí mismo y a la chica que me ha levantado el ánimo con tanta eficacia.

El helicóptero aterriza sin contratiempos en nuestro destino, Prime, uno de los muchos restaurantes de mi familia que casualmente está unido a un spa de lujo. Al desembarcar, le ofrezco la mano y ella la acepta con una sonrisa radiante.

El coche ya nos espera en el helipuerto, listo para llevarnos a cenar. Mientras nos acomodamos dentro, Heidi parece encontrar por fin su voz una vez más.

"¿Dónde estamos?" Sus ojos siguen el paisaje exterior, rastreando la costa que da paso a colinas onduladas y palmeras.

"Caramel".

La brusca respuesta hace enarcar una ceja a Heidi, que se echa hacia atrás en el asiento para seguir estudiándome. "¿Y por qué volamos hasta Caramel para cenar?"

Me encojo de hombros, pero no consigo contener la sonrisa. "Ya verás".

Heidi enarca una ceja, pero parece que decide dejarla caer un momento después, cuando el lujoso hotel balneario aparece a la vista.

La entrada a la planta baja del restaurante, a través de un jardín situado en un lateral del edificio, está adornada con elegantes puertas doradas. Cuando vuelvo a coger del brazo a Heidi y la acompaño por el pasillo, las puertas se abren para revelar un interior cálido y tenuemente iluminado. Una suave música de jazz llena el ambiente y crea una atmósfera de intimidad y sofisticación.

"Ah, Sr. Federov", nos saluda el anfitrión, con su elegante esmoquin negro tan profesional como su comportamiento.

Siento los ojos de Heidi clavados en mí como diciendo: *¿Te conocen de vista?* Pero deberían, teniendo en cuenta que mi familia es la dueña de este establecimiento y yo lo frecuento.

Nos conducen a una mesa esquinera privada con vistas al océano. Una araña de cristal cuelga sobre nosotros, proyectando un suave resplandor sobre el impoluto mantel blanco y la fina cristalería.

El menú es una obra de arte de la que nunca me canso, ya que el chef lo cambia según la temporada, y la emoción brilla en los ojos de Heidi cuando examina las opciones.

"Buenas noches, señora, Sr. Federov", dice el camarero al acercarse a nuestra mesa.

Una vez más, los ojos de Heidi brillan para encontrarse con los míos antes de volverse para saludar con encanto.

"Nos hemos tomado la libertad de seleccionar una botella de cabernet de 1992 de Screaming Eagle, ya que sabemos que es su favorito". El camarero muestra la botella, asegurándose de que estoy satisfecho con su elección.

"Maravilloso". Le hago un gesto para que proceda y él descorcha el buen vino con facilidad.

Luego lo sirve en un decantador, una de las razones por las que aprecio tanto este restaurante. Tratan el vino caro como se debe.

"También tomaremos un pedido de ostras", le informo.

"Muy bien, señor". Nuestro camarero hace una ligera reverencia y se marcha.

"Así que... ¿has estado aquí unas cuantas veces?". Heidi adivina, su tono descarado.

Me río entre dientes. "Unas cuantas", acepto. "Mi familia es dueña de este establecimiento, y me parece una forma maravillosa de... desconectar".

Las mejillas de Heidi se colorean mientras mira alrededor de la habitación con ojos nuevos. "¿Eres el dueño de todo esto?"

"Somos dueños de muchos restaurantes, varios en Caramel. Y sí, resulta que somos dueños de éste".

Heidi suelta un silbido bajo. "Colorete impresionante."

Se hace el silencio entre nosotros y ella vuelve a mirar el menú. "¿Qué hay de bueno por aquí, Sr. Federov?", pregunta burlonamente mientras adopta el mismo tono profesional con el que el personal se ha dirigido a mí.

"Recomiendo encarecidamente el cordero".

"Mmm."

Su gesto de reconocimiento es lo bastante descarado como para que le dé unos azotes por ello, y puede que lo haga esta noche. Pero sus ojos vuelven al menú para leer mi sugerencia, así que no capta la sutil mirada de advertencia.

"Vuestras ostras", dice el camarero un momento después, cuando llega para colocar la bandeja de

ostras a media concha en el centro de la mesa. "Y un poco de champán para acompañarlas".

Nos ponen una copa espumosa a cada uno y, en cuanto se va el camarero, Heidi levanta la suya para brindar. "Por una noche hermosa".

"*Tvoyey krasote.*"

"Entonces, ¿esto es algo que haces con las chicas?", pregunta, curvando los labios en una sonrisa antes de beber un delicado sorbo de champán.

"¿Cena?" Pregunto, preparando una ostra.

"Sí. Cenar."

"A veces", admito. "Que no me involucre con relaciones no significa que no disfrute saliendo".

"¿En serio?" Heidi parece desconcertada. "Siempre pensé que las citas eran la peor parte de las relaciones, salir a comer con gente al azar hasta que encuentras a la adecuada".

"¿Y después qué? ¿Dejas de salir a comer con ellas cuando estás seguro de que te gustan?". bromeo, arqueando una ceja.

Heidi se ríe, con la cara sonrojada. "Bueno, cuando lo colocas de esa manera..."

"Creo que una pareja casada debe salir con la misma frecuencia, si no más, que cuando están solteros. Si no, ¿cómo se puede mantener viva la chispa?"

"Sabes, para alguien que no hace romance, ciertamente pareces tener nociones románticas".

Sé que pretende ser en tono juguetón, pero hay algo en la observación de Heidi que me saca de quicio. "Nunca dije que no me gustan los romances. Eso es muy diferente del compromiso".

Tragando su ostra, Heidi se calla, sus cálidos ojos color avellana me estudian con desconcertante percepción. "Es una pena que hayas abandonado la idea del amor. Apuesto a que habrías hecho muy afortunada a alguien".

"O que las asesinaran", señalo rotundamente.

Se le cae la cara de vergüenza y casi me siento mal por ser tan cínico. Dos veces al día me asalta inesperadamente la conciencia, un impulso de ser mejor persona, y me pregunto si no será un poco de Heidi lo que se me está pegando.

Quizá he pasado demasiado tiempo con ella.

"Lo siento. No debería haber dicho nada", dice, sus ojos caen mientras sus mejillas se colorean.

"Está bien. Lo mío fue un pobre intento de humor". No es del todo la verdad, pero me gusta menos pensar en la incomodidad de Heidi que en mentir.

Esboza una sonrisa de agradecimiento, sus ojos se dirigen a los míos, y puedo leerlo en su cara: sabe que lo digo para sacarla de su miseria.

"¿Estáis listos para pedir?", pregunta nuestro camarero, con un timing impecable que ayuda a salir de un tema pesado.

"Sí, pediré el cordero", dice Heidi, esta vez con una sonrisa tímida mientras me lanza una mirada.

"Y yo lo mismo", acepto, entregando mi menú mientras Heidi hace lo propio.

"Excelente elección".

Nuestro camarero desaparece con la misma facilidad con la que llegó, y vuelvo a centrar mi atención en Heidi mientras se come otra ostra.

"¿Te gustan?" Pregunto.

"Mm-hmm", confirma, tragando su bocado.

"¿Sabías que se supone que son afrodisíacos maravillosos?"

Obtengo la reacción que buscaba cuando Heidi resopla y casi se atraganta con el sorbo de champán con el que ha regado la ostra. Tose con los ojos llorosos y se lleva una mano al pecho vestido de seda verde.

Por mucho que lo intento, no puedo evitar reírme.

"¿Me estás tomando el pelo?", exige, con la voz ronca por haber inhalado su burbujeante.

"Nunca lo haría".

Sus ojos se entrecierran mientras me escruta, luego suelta una risita. "¿Así que incluso cuando estamos cenando, esto es realmente sobre sexo?"

"Cuando se trata de ti, Heidi, es en lo único que puedo pensar", confieso, inclinándome hacia delante para murmurar la confesión en voz baja.

La excitación que se enciende en sus ojos me llena de intensa satisfacción. Bajo el mantel, rozo su rodilla cruzada con la punta de los dedos, y Heidi jadea, su rubor oscureciéndose aún más.

Y en ese momento, toda la tensión de nuestra conversación anterior desaparece, sustituida por una nueva conexión eléctrica que estoy deseando explorar desde primera hora de la mañana. Nuestra conversación sigue siendo ligera y juguetona, y seguimos coqueteando durante el resto de la cena y hasta el postre.

Otra cosa que me gusta de Heidi. Sabe mantener las cosas informales, aunque de vez en cuando se adentre en terrenos emocionales más profundos, y no parece importarle echarse atrás cuando le doy una señal clara.

Después de comer, nos dirigimos al spa, donde nos han dado masajes profesionales en los pies. Pronto descubro que es otra primicia para Heidi, que se reclina en el cómodo sillón con un suspiro de satisfacción mientras las expertas masajistas hacen su magia. Sus ojos se cruzan con los míos y sonrío, con una expresión de gratitud evidente.

"No puedo creer que hayas organizado todo esto hoy. Gracias por invitarme", dice con voz suave.

Algo en la forma en que me mira, sus ojos avellana tan abiertos y genuinos, hace que se me acelere el pulso. "De nada."

Siento la tentación de inclinarme y capturar sus labios con los míos, pero me contengo porque quiero saborear cada momento de esta velada. En lugar de eso, me fijo en cómo cierra los ojos mientras se sumerge en el placer del masaje.

Al final de nuestro tratamiento de spa, me siento como un hombre nuevo, y Heidi parece a punto de dormirse. Pero aún no he terminado con ella por esta noche.

La diversión no ha hecho más que empezar.

La llevo a nuestra habitación, donde nuestras maletas ya están colocadas en los portaequipajes cerca de la puerta. Me gusta que lleve poco equipaje, poco más que un bolso grande. Me gusta saber que no siente la necesidad de hacer una maleta para pasar una noche fuera de casa.

No es una de esas reinas de la belleza que tienen que seguir un régimen de una hora antes de irse a dormir. Symphony siempre lo había hecho. Por otra parte, su medio de vida exigía que se mantuviera joven y bella para siempre, así que cuanto antes empezara a mantener su aspecto, más probabilidades tendría de durar como modelo.

Pero parece que a Heidi le va muy bien sin mascarillas ni cremas, más que bien, en realidad. Está impresionante, su piel casi resplandeciente, su maquillaje tan sutil que no dudo de que estaría preciosa sin él.

"¿Estás lista para tu próxima experiencia de spa?". Bromeo, aflojándome la corbata y colgándola del respaldo del sillón de cuero de la habitación del hotel.

"¿Hay más?", pregunta, con los ojos desorbitados por la incredulidad.

"Espero que te hayas acordado de coger el bañador", me burlo.

"¡No me dijiste que necesitaría uno!", objeta.

"Hmm." Mirando su vestido de arriba abajo, la escudriño con aprecio. "Bueno. Supongo que tendrás que ir desnuda".

"¡No puedo ir desnuda a un balneario!" Jadea, horrorizada.

Una risita baja retumba en mi pecho. "¿Ni siquiera si me uno a ti?"

Heidi se muerde el labio, con expresión tentativa pero sorprendentemente tentadora, y eso solo hace que me entren más ganas de hacerla mía. Pero primero, debo sacarla de su miseria. "Tenemos nuestro propio jacuzzi privado".

Riendo a carcajadas, Heidi baja los hombros, su incomodidad desaparece. "Oh, bueno en ese caso..."

En lugar de darme el visto bueno, se lleva la mano a la nuca y se desabrocha los dos botones de cristal que llevo toda la noche deseando soltar. La parte superior de su vestido se desliza por delante en una cascada esmeralda, frenándose solo al acercarse a sus caderas.

Gimo al darme cuenta de que no ha llevado sujetador en toda la noche.

Sus pezones sobresalen, delicadas protuberancias rosadas contra la carne cremosa, invitándome a acariciarlos. Pero Heidi no se detiene ahí. Engancha los pulgares en la seda brillante, la pasa por

las caderas y deja que se acumule alrededor de sus pies.

"Cristo, mujer", siseo, dando un paso adelante involuntariamente cuando me doy cuenta de que no ha llevado ni una puntada de ropa interior en toda la noche.

"Ah-ah", me regaña suavemente, las yemas de sus dedos encuentran mi pecho para evitar que la atraiga hacia mis brazos. "Dijiste que me acompañarías".

Suelto un gruñido de frustración y continúo quitándome la chaqueta y la camisa. Al mismo tiempo, Heidi se quita los tacones. Antes de que pueda quitarme del todo los pantalones, ya se dirige hacia la puerta de cristal del patio.

Sus caderas se contonean seductoramente, invitándome a unirme a ella mientras se desliza con confianza en la noche oscura.

Como una pequeña piscina construida directamente en el suelo de nuestro balcón, el jacuzzi está iluminado, proyectando una suave luz azul sobre el vapor que sale de su superficie. Me quedo embelesado por un momento mientras Heidi desciende lentamente los escalones hacia el agua luminiscente.

"¿Vienes?", pregunta, mirándome por encima del hombro mientras vacilo en la puerta.

La sigo hasta el agua y solo me detengo cuando está a mi alcance. Entonces me detengo cuando algo llama mi atención por el rabillo del ojo.

Había pedido que nos trajeran con antelación una botella de champán y una bandeja de fresas maduras, y mis ojos se dirigen ahora hacia ellas, ya sentadas a la espera, con las copas de burbujas recién servidas.

De repente, el ambiente se vuelve más íntimo de lo que pretendía, pasando de lo romántico a algo más intencionado. Manteniendo un tono informal, sugiero: "¿Champán?".

"Claro", acepta, mostrándome una sonrisa mientras acepta la delicada flauta de cristal.

Luego nos acomodamos en el asiento, nos sumergimos hasta el cuello y nos rozamos las rodillas. El agua burbujeante es cálida y acogedora, y por un momento nos sumergimos en silencio en el lujoso entorno.

Veo a Heidi estudiándome con el rabillo del ojo, sus ojos color avellana brillan de curiosidad. "Maks, esto es increíble", dice cuando la miro. "Pero, ¿cuál es el motivo? ¿Por qué me mimas tanto?".

Me alegro de que parezca entender sin más que, por muy romántica que pueda parecer esta noche, no es un intento de convertir nuestra situación en algo más de lo que acordamos inicialmente. Inclinandome hacia ella, murmuro: "Hoy he cerrado un trato muy importante y quería celebrarlo".

"¡Felicidades!" Su sonrisa se ensancha y choca su copa de champán contra la mía. "Es un honor formar parte de tu celebración".

"Definitivamente lo es", acepto, incapaz de resistirme más a ella.

Le rodeo la cintura con un brazo y la subo a mi regazo para que se siente a horcajadas sobre el

asiento del jacuzzi. Sus suaves pechos se apoyan en el mío, atrapando el calor entre nosotros; su carne es tan sedosa contra mi piel como el vestido que acaba de quitarse.

Me pasa un brazo por la nuca para que su copa de champán descanse detrás de mí y coloca la otra palma sobre mi corazón. Luego se inclina lentamente hacia mí y me mira a los labios.

Con la palma de la mano extendida entre sus omóplatos, la atrapo hacia mí mientras acorto la distancia que nos separa, robándole un beso ardiente. Heidi se funde conmigo, su lengua baila para enredarse con la mía en un abrazo profundo y apasionado.

En un instante, mi polla se hincha bajo ella, lista para sentirla desde dentro. Su rápida respiración me dice que la siente presionando entre sus nalgas, y sus caderas se balancean suavemente sobre mí.

Esto es lo que he estado construyendo toda la noche.

Ahora que volvemos a estar solos, puede empezar la verdadera celebración.

HEIDI

La forma en que Maks me besa me derrite de deseo, y no dudo en corresponderle con entusiasmo. Me alivia saber que considera esta noche una celebración. No pretende ser más que eso. Y me gusta que Maks elija celebrar conmigo el cierre de un trato de negocios cuando podría haber optado por tomar unas copas o salir de marcha con sus hermanos. Son socios de negocios, después de todo.

Pero eligió pasar tiempo conmigo, y en algún lugar de mi interior, eso me confirma que siente la conexión entre nosotros que me ha atraído a él desde el principio.

Sin romper el beso, Maks aparta la copa de champán. Entonces sus fuertes manos bajan por mis costados, explorando mi carne hasta llegar a mis caderas. Me aprieta las caderas con los dedos y gimo, meciéndome instintivamente cuando me provoca una nueva oleada de excitación.

Noto la sedosa cabeza de su polla presionándome, lista para deslizarse dentro de mí en cuanto levante las caderas. Le peino el pelo con los dedos y al mismo tiempo le beso más profundamente, echándole la cabeza hacia atrás mientras me levanto de su regazo.

Cuando vuelvo a hundirme, Maks guía su gruesa erección hasta mi resbaladizo coño. Hay algo en el calor del agua, la frialdad del champán y la oscuridad de la noche que nos envuelve en un pequeño mundo iluminado de azul que despierta mis sentidos. Siento cada centímetro de él presionando mi interior mientras desciendo sobre su polla.

Maks gruñe por lo bajo y me rodea la cintura con los brazos, formando una jaula de hierro a mi alrededor. El calor y la seguridad me hacen palpar el corazón, y me balanceo sobre él, cabalgándolo lentamente mientras nuestra sesión de besos se convierte en algo mucho más erótico y sensual.

Nunca había hecho algo así: sexo al aire libre, en el jacuzzi de un hotel, intentando no hacer ruido por si alguien más está disfrutando también de su patio. Por suerte, la terraza de cada habitación parece estar completamente cerrada, así que nadie se daría cuenta de que estamos aquí, siempre y cuando yo no haga ruido.

Pero se siente tan bien, la forma en que Maks y yo estamos entrelazados, su piel tatuada rozando la mía y creando una tentadora estimulación. El agua solo parece intensificar la sensación, y mientras se desliza dentro y fuera de mis profundidades, apenas puedo recuperar el aliento.

"Espero que no hayas planeado dormir esta noche", me raspa los labios, "porque pienso

mantenerte muy ocupada".

La advertencia me produce un delicioso escalofrío, haciendo que mis pezones se endurezcan a pesar del intenso calor, y muevo las caderas con más fuerza. Su excitación, dura como una roca, presiona más dentro de mí, llegando a ese punto que me vuelve loca.

Me gusta que no tengamos una fecha límite, un momento en el que tengamos que dejarlo. Aún no hemos explorado si esta hambre insaciable tiene fin, y estoy más que dispuesta a descubrirlo.

"Bien", respiro, y empiezo a cabalgarlo con más fuerza.

Unos brazos poderosos me mantienen en ritmo, guiando mi cuerpo ingrátido mientras Maks da tan bien como recibe. El cosquilleo de la excitación me pone la piel de gallina en los hombros, y el contraste entre la respuesta de mi cuerpo y el agua caliente que envuelve mis pechos tensos no hace sino aumentar el placer.

Gimoteando por la intensidad de mi necesidad, mantengo nuestros labios entrelazados, intentando amortiguar el sonido. Pero aunque no estamos usando juguetes ni ataduras, me encuentro peligrosamente cerca del clímax solo por la euforia de Maks dentro de mí.

Sus gruñidos suenan muy fuerte sobre las suaves burbujas del jacuzzi, y eso también hace que la excitación me recorra las venas. Aunque ahora estoy totalmente protegida contra el embarazo, aún me pone nerviosa la idea de que Maks se corra dentro de mí.

Solo de pensarlo me lanzo por el precipicio. Gimoteando suavemente contra sus labios, me corro encima de Maks, con mis paredes apretándose alrededor de su dura polla y mi clítoris palpitando contra él. Un escalofrío recorre su cuerpo y gime, con un sonido doloroso.

Lentamente, me detengo, mi respiración jadeante se entrecorta entre nosotros mientras me derrito contra su pecho. Un hormigueo de euforia me recorre el cuerpo y me entumece los dedos de las manos y los pies. Luego, una vertiginosa sensación de mareo se apodera de mí a medida que el calor me abruma.

Como si percibiera mi cambio de energía, Maks sale de mí y desplaza mi cuerpo hasta acunarme contra su pecho como a una novia. Luego me saca del agua y me lleva dentro. El aire fresco me inunda y vuelve a colocarme la carne de gallina al sentir un alivio inmediato.

No importa que los dos estemos empapados. En cuanto entramos en la habitación, Maks me tumba en la cama y un momento después cae sobre mí. Sus fuertes brazos me envuelven en la cantidad perfecta de calor, su pecho es una manta resistente que me sujeta a la tierra. El mundo deja de girar y mi pulso se calma.

Los labios de Maks exploran mi cuerpo, empezando por la garganta y bajando por el pecho hasta el ombligo. "Quédate", me ordena, y un instante después, su peso se desplaza fuera de la cama.

Lo observo somnolienta, con el cerebro nublado por el cóctel perfecto de mimos, vino y alivio sexual. Me tumbo de lado y lo miro con los párpados entreabiertos, admirando cómo sus músculos se flexionan y se amontonan mientras recorre la habitación.

Desaparece de nuevo en el patio y me siento tentada de seguirle. Pero me ha dicho que no me mueva, así que lo hago, con la ilusión burbujeándome en el estómago. Un momento después, vuelve a entrar con la botella de champán abierta en su cubitera.

Sus ojos se fijan en mi postura despreocupada, con la cabeza apoyada en la palma de la mano mientras me recuesto de lado, y su mirada ardiente recorre con aprecio la curva de mis caderas. Me encanta cómo se iluminan con un apetito renovado.

Deja el cubo de champán junto a la cama y solo entonces me doy cuenta de que lleva la corbata doblada en la palma de la mano. Se inclina hacia mí y me roba un beso que me deja sin aliento mientras me coloca suavemente boca arriba.

Entonces sus manos encuentran las mías y me las sube por encima de la cabeza. Un tejido sedoso me rodea las muñecas y Maks se dedica a atarme, y me da un vuelco el estómago al ver la expresión de intención de su rostro masculino.

Ahora es cuando empieza realmente la diversión.

La tela se tensa con un siseo mientras me sujeta al grueso esquinero de madera de la lujosa cama de cuatro postes. Entonces, una sonrisa diabólica se dibuja en sus labios.

"¿Estás lista, cariño?", gruñe, pasando un dedo entre mis pechos y pellizcándome ligeramente un pezón.

Se me aprieta el estómago. "¡Sí!" Jadeo, con los músculos de la espalda tensos por el dolor y el placer.

Maks tararea una nota baja de aprobación. Luego mete la mano en la cubitera y saca un cubito de hielo. Se lo mete en la boca y mantiene sus ojos de plata clavados en los míos mientras se acerca lentamente a mis pechos.

Luego rodea con la boca uno de mis muy rígidos pezones. Un frío glacial endurece el tenso pezón aún más y me hace jadear. Es un shock para mi organismo y me retuerzo cuando la intensidad de la temperatura me pone la carne de gallina.

"¡El infierno en una canasta!" Jadeo, mis muñecas se sacuden contra sus ataduras mientras las fuertes manos de Maks me sujetan las caderas.

No puedo moverme más que unos centímetros, pero el frío extremo me hace temblar de necesidad de alivio.

Momentos después, Maks me lo concede, retirando el cubito de hielo de mi pecho mientras lo sorbe entre los dientes. El agua fría me resbala por las costillas y respiro con dificultad. Entonces, la palma caliente y callosa de Maks me toca el pecho, irradiando calor en la carne torturada mientras la amasa.

El delicioso contraste me aprieta las entrañas y gimo, con los ojos entrecerrados mientras el fuerte escalofrío se desvanece.

Solo para ser sacudido de mi estupor cuando Maks aplica el cubito de hielo a mi otro pezón.

"¡*Tostada Francesa!*" Jadeo, mi espalda se arquea fuera de la cama.

No puedo decidir si me gusta el frío cortante, pero la promesa de alivio después me ayuda a aguantar porque *eso* se siente increíble.

Y cuando traza una línea helada a lo largo de mi torso, siento un cosquilleo en los nervios.

Deposita el cubito de hielo casi derretido en mi ombligo, y me sorprende cómo la gélida temperatura irradia a través de mi núcleo.

Sus ojos encuentran los míos, recorriendo lentamente mi cuerpo con un hambre que me enciende el alma. En su mirada veo la promesa del éxtasis.

Unas manos fuertes me agarran por las caderas y jadeo cuando me da la vuelta como si no pesara nada. Luego, sus rodillas me presionan entre los muslos, separándome las piernas para que pueda encontrar mi resbaladiza entrada desde atrás. Una mano serpentea entre mi cuerpo y las finas sábanas de algodón, bajando hasta que sus dedos encuentran mi clítoris.

Al mismo tiempo, presiona dentro de mí. Mi cuerpo se enciende, el calor irradia por todo mi cuerpo mientras él sacia un dolor que no sabía que estaba creciendo lentamente. La forma en que me llena me hace estremecer.

Mi clítoris palpita contra sus dedos, mi excitación es tan intensa que no puedo evitar suplicar alivio.

"¿Quieres que haga que te corras, *krasivaya*?", me ronronea al oído, con su pecho presionándome suavemente contra el colchón.

"¡Por favor!" Grito, intentando desesperadamente agitarme debajo de él. Pero estoy tan bien sujeta que no puedo moverme ni un milímetro.

No importa que hayamos dejado atrás su cuarto de juegos. Maks es igual de bueno encontrando accesorios y usando su cuerpo para estimularme. Estoy prácticamente zumbando con la necesidad de alivio.

Se mece dentro de mí, sus embestidas son fuertes y deliberadas mientras sus dedos acarician mi clítoris, rodeándolo sin descanso. Noto cómo se hincha aún más, cómo su polla se endurece al borde de su propia liberación, y no puedo aguantar más.

"Córrete para mí, Heidi", ronca, su voz baja y dominante.

Grito y mis caderas se sacuden contra él mientras el orgasmo me atraviesa y me aprieta las entrañas. Maks gruñe y se corre al mismo tiempo, derramando su semilla dentro de mí. Nos sacudimos a la vez, la intensidad de mi orgasmo agravada por la sensación profundamente satisfactoria de nuestro alivio simultáneo.

Jadeando, me desplomo sobre la cama, mis músculos se relajan mientras el éxtasis me deja débil y exhausta de la mejor manera posible. Nunca deja de sorprenderme la frecuencia con la que Maks me hace correrme. Su tacto es adictivo, y cuanto más me da, más lo deseo.

Lentamente, sale de mí y me besa suavemente el omóplato. Al cabo de un momento, se levanta para soltarme las muñecas con un ligero tirón. Mis brazos se aflojan y tarareo satisfecha mientras la euforia me deja con un cosquilleo de calma.

Vuelvo a colocarme de lado, le miro a los ojos y una sonrisa perezosa se dibuja en mis labios. Él me devuelve la sonrisa, lento y sexy, mientras me masajea las muñecas, devolviéndome la circulación a las manos.

Entonces, sin mediar palabra, Maks se levanta, se dirige al cuarto de baño y se pone los

calzoncillos por el camino. Oigo encenderse el lavabo y un cepillo de dientes. Y aunque nada me gustaría más que languidecer en mi éxtasis, la idea de lavarme los dientes es demasiado tentadora.

Gimiendo, me levanto de la cama. Recojo mi vestido del suelo y lo cuelgo en el pequeño armario. Luego cojo los artículos de aseo de mi bolsa de viaje y me dirijo al cuarto de baño.

Los ojos de Maks se cruzan con los míos en el espejo y sonrío, repentina e inexplicablemente tímida. Para disimular mi inseguridad, presto atención a mi higiene dental.

Trabajamos en tándem, cada uno con su lavabo, pero lo suficientemente cerca del otro como para que nuestros codos se toquen de vez en cuando mientras realizamos nuestros rituales nocturnos.

Por extraño que parezca, prepararme para ir a la cama, lavarme los dientes y desmaquillarme con la intención de pasar la noche juntos me parece mucho más íntimo que lo que hemos estado haciendo las últimas semanas.

Mientras sigo a Maks al dormitorio unos minutos después, vestida con un pijama de rayas y una camiseta de tirantes, me doy cuenta por primera vez de que nunca nos hemos dormido juntos. En realidad, nunca he pasado una noche entera con ningún hombre.

En un instante, estoy cien veces más nerviosa de lo que debería.

MAKSIM

Al ver a Heidi con su adorable traje de rayas rosas y blancas -vestida para dormir y no para una noche calurosa entre las sábanas, sin maquillaje que oculte su belleza natural-, me detengo cuando entra en la habitación.

Sabía que sería guapa incluso vestida informal, pero lo que me asombra es que puede que ahora sea incluso más impresionante que cuando salió a la azotea de mi ático al principio de la velada.

Lleva el pelo alborotado con ondas después de nuestra última sesión de sexo, y su aspecto es lo bastante desaliñado e inocente como para resultar mona, en lugar de su sofisticada elegancia habitual. Pero el color natural de su tez y sus labios color nude son radiantes, incluso cautivadores.

"¿Qué?", pregunta, sus pies descalzos vacilan en la puerta del baño cuando me pilla mirándola.

"Me gusta tu pijama", observo, mostrándole una sonrisa.

"Bueno, no a todas las mujeres les gusta dormir con un tanga metido en el culo y copas de alambre clavadas en las costillas", afirma, con un tono entre juguetón y defensivo.

"¿Por qué lo harían cuando ésta es una opción?". La miro de arriba abajo una vez más para confirmar mi aprobación con una mirada.

Heidi se muerde el labio, parece preguntarse si me estoy burlando de ella o si en realidad le estoy haciendo un cumplido. Pero no puedo dejar de sonreír y, al cabo de un momento, se relaja y me devuelve la sonrisa mientras se dirige a su lado de la cama.

Solo después de que se introduzca bajo las sábanas apago la lámpara de la mesilla.

La energía que sigue me toma completamente por sorpresa.

He llevado a mujeres a pasar la noche, he dormido con ellas en la misma cama sin que me pareciera gran cosa. Por otra parte, esas mujeres se habían quedado en mi casa, si no en la misma cama que yo, durante semanas antes de nuestras escapadas.

Tal vez sea la novedad de saber que Heidi tendrá que bajar completamente la guardia en mi presencia. Que debe confiar en mí lo suficiente como para dormirse en la misma cama que yo. Pero de repente, la situación se siente más íntima de lo que había previsto.

Y lo que más me preocupa es que no estoy seguro de que me importe.

Soy muy consciente del sonido de su respiración, suave y superficial a mi lado. Un indicio de que podría estar nerviosa.

Percibo cada pequeño movimiento que hace en la cama y me consume una necesidad poco común de sentir el calor de su cuerpo. Quiero volver a acortar la distancia que nos separa.

Ya es más de medianoche. Los dos tenemos trabajo por la mañana, pero no estoy preparado para que acabe la noche.

Me acerco al lado de la cama de Heidi y me apoyo en el antebrazo para mirarla en la penumbra. Sus ojos me miran, con un color casi grisáceo a la suave luz de la luna. Pero centellean con un entusiasmo tácito.

Cuando me inclino para besarla, sus gruesas pestañas se agitan y sus ojos se cierran. Nuestros labios se encuentran con una suave caricia, el contacto es tentadoramente sensual. Heidi zumba y se retuerce hasta que su cuerpo se amolda perfectamente al mío.

Mi corazón se hincha con un repentino e intenso deseo de abrazarla, y en lugar de burlarme o castigarla, quiero simplemente experimentar la perfección de su cuerpo. No es algo que haya deseado antes, ni siquiera con Symphony.

Siempre he tenido un lado oscuro cuando se trata de sexo y de buscar placer probando las líneas de las mujeres. Pero no con Heidi. Su dulzura y su voluntad de confianza me parecen demasiado atractivas para arriesgarme. En cambio, me siento atraído por sacar eso de ella. Ahora mismo, quiero ver cómo es sin juguetes, sin ataduras, sin castigos.

La beso despacio, recorriendo la suave almohadilla de su labio inferior mientras acaricio la línea de su mandíbula con los dedos. El gemido que suelta Heidi me revuelve el estómago y me acelera el pulso. Le gusta suave y sensual. Lo noto en la electricidad que crepita entre mis dedos y su cuerpo.

Y aunque me encanta el bonito pijama que ha traído para nuestra noche juntos, necesito más contacto piel con piel. Bajo la mano por encima del suave algodón de su camiseta de tirantes, busco el dobladillo con los dedos y los deslizo por debajo del borde.

Luego, con la palma de la mano rozando el suave satén de su vientre, le subo la camisa por encima de las costillas.

Heidi accede de buen grado, arqueando la espalda para ayudarme y levantando los brazos por encima de la cabeza para que pueda quitárselo hasta el final. Entonces, sus pechos flexibles vuelven a presionarme los pectorales, y sus pezones tensos me rozan la piel.

"Eres tan hermosa", murmuro contra sus labios, tomándome la libertad de explorar su piel sedosa mientras mi mano recorre libremente su cuerpo.

"Me encanta que me toques", jadea, con la voz entrecortada por la creciente excitación.

"Bien, porque no pienso detenerme", ronco y la beso profundamente.

Recorro su brazo con el dorso de los nudillos y acaricio su piel, saboreando la piel de gallina que se pone a mi paso. Al doblar la esquina de su hombro, suelto sus labios para besar la delicada línea de su clavícula.

Cada beso es ligero como una pluma, mis labios rozan su piel, mi lengua lame la sal en ella mientras recorro lentamente su pecho hasta llegar a su esternón, adorando las bellas líneas de su cuerpo.

Mi mano desciende por los planos de su vientre hasta la cintura de sus bragas y me deslizo por debajo del elástico hasta que mis dedos encuentran la punta de sus muslos. Jadea cuando acaricio la resbaladiza comisura de su coño, y gimo al ver lo mojada que está.

Introduzco los dedos entre sus pliegues y aprieto su entrada. Heidi se mueve debajo de mí, moviendo las caderas para intensificar la penetración, y mi palma presiona su clítoris. Esta excitación ansiosa y este deseo insaciable alimentan los míos, y la toco con los dedos, saboreando sus suaves jadeos al contacto con mi penetración.

Su cuerpo ondula, sus pechos se elevan con cada respiración profunda, sus piernas tiemblan de necesidad. Y mientras tanto, la beso por todo su cuerpo.

Noto cómo sus paredes se tensan anticipando el clímax, y me encanta lo sensible que es a mis caricias. Incluso la forma suave y lenta en que juego con ella la excita, y sentir su excitación hace que mi polla palpite de anticipación.

Quiero sentir su coño palpitando alrededor de la cabeza de mi polla, empaparme de los sensuales jugos que resbalan por sus pliegues. Pero antes, quiero hacer que se corra con mis dedos.

Hundo la barbilla entre su oreja y su hombro, encuentro la tierna carne de su garganta y la beso, subiendo hasta el lóbulo de su oreja.

"¡Oh, diez!", jadea, con la voz temblorosa por la excitación. "Oh, Señor, yo... mmm". Sus palabras se convierten en un gemido cuando se libera y su coño se aferra a mis dedos antes de romper en un pulso frenético.

Jadeando, Heidi se estremece contra mí y sus dedos se clavan en mi piel como si se aferrara a la vida. Y cuando ya no puedo aguantar más, retiro la mano, deslizándola de nuevo fuera de sus bragas para poder quitárselas también.

En unos instantes estamos desnudos bajo las sábanas, y me acomodo entre las rodillas de Heidi, separando sus muslos mientras alíneo nuestros cuerpos.

Con los antebrazos apoyados a ambos lados de ella, me inclino para robarle un beso lento y centelleante. Sus palmas recorren mi cuerpo, las yemas de sus dedos siguen cada línea y surco de mis músculos mientras me besa con la misma pasión.

No es el ritmo feroz y desesperado con el que normalmente nos devoramos unos a otros.

Esta vez, nos tomamos nuestro tiempo, cada paso intencionado, cada roce exponencialmente electrificante. Y cuando la cabeza de mi polla presiona su entrada pecaminosamente húmeda, necesito toda mi fuerza y contención para no meterme inmediatamente dentro de ella.

En lugar de eso, me introduzco centímetro a centímetro, saboreando cómo se tensa con anticipación y cómo sus paredes se agitan alrededor de mi gruesa cabeza.

"Me siento tan *jodidamente* bien", gruño. Ya lo he pensado cientos de veces, pero esta vez estoy totalmente embelesado por lo perfecto que es el coño de Heidi, por lo gloriosamente que me

acogen sus cálidas profundidades. Como si estuviera hecho para mí.

Asiente con la cabeza, como si no pudiera hablar por la euforia que se refleja en su rostro.

Con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, los labios entreabiertos y los ojos cerrados, Heidi parece perdida en un mundo de placer, consumida por la dicha de que nuestros cuerpos se conviertan en uno solo.

Y no puedo evitar unirme a ella.

Es increíble, cada sensación desencadena un millón de explosiones de placer que me llevan rápidamente a una poderosa liberación, aunque no haya hecho más que empezar.

HEIDI

La forma en que Maks se mueve dentro de mí, lentamente, como si saboreara cada segundo, apreciando cada caricia... se siente peligrosamente cerca de hacer el amor. Y aunque intento desesperadamente aferrarme a la parte lógica de mi cerebro que me recuerda que esto es solo sexo, esta vez no puedo detener la oleada de enamoramiento.

Mi pecho es un lío confuso de emociones, y lo que más me asusta es que sé que me estoy enamorando de él. No importa que Maks dejara claras sus intenciones desde el principio. No puedo evitarlo.

Nunca he conocido a un hombre tan en sintonía con todos mis deseos y necesidades.

Sí, es autoritario y a veces demasiado controlador. Pero cuando me toca, es como si todo eso se transformara en una voluntad de hierro para complacerme. Es embriagador, adictivo. Apenas puedo respirar por la intensidad de la atracción que ahora me abruma.

Sus labios acarician mi piel con una ternura que no solo me enciende la piel, sino que enciende lo más profundo de mi alma. Así debe ser el amor. El amor romántico. Es esa conexión profunda y estremecedora que convierte dos cuerpos en uno, no solo físicamente, sino uniendo sus espíritus en una dicha celestial.

Sé que mis padres lo tenían antes de que mi padre muriera. Y en algún lugar de mi corazón, siempre creí que yo también lo encontraría. Entonces llegó Sarah, y dejé de lado cualquier idea de una relación romántica.

Pero cuando se trata de Maks, no puedo evitar contagiarme de sentimientos.

Llevo semanas luchando contra ello, en realidad, desde el momento en que volvimos a conectar. Y en su mayor parte, su inclinación hacia el castigo y el sexo duro ha hecho que sea más fácil pensar en lo que tenemos como algo puramente físico.

Pero a medida que avanza suave y lentamente, casi adorando mi cuerpo en lugar de provocarme o castigarme como estoy acostumbrada a hacer a estas alturas, me resulta dolorosamente difícil mantener la perspectiva.

No ayuda que hayamos pasado una noche increíble juntos.

Y aunque todavía sé poco sobre la vida personal de Maks, lo que sí he aprendido es la clase de hombre que es. Esto, la forma en que me ha tratado esta noche, confirma todas las sospechas que

he tenido en las últimas semanas.

Por mucho que lo intente, Maks no puede evitar el hecho de que es increíblemente empático.

Y apasionado.

Tiene tanto amor para dar. Si tan solo se arriesgara.

Pero después de su respuesta en la cena de esta noche, sé que no es un camino que esté dispuesto a explorar de nuevo. Y no puedo obligarle. Así que, en lugar de eso, cierro los ojos e intento concentrarme únicamente en el éxtasis de sus caricias. En la forma en que sus besos liberan ráfagas de hormigueo y placer en mi piel y en la excitación que me recorre la columna vertebral.

Mi corazón late agonizante contra mis costillas y se acelera cuando él entra y sale lentamente de mí, con su gruesa polla suave como la seda mientras me penetra profundamente antes de retirarse.

Siento que me estoy acercando a otro orgasmo y me pregunto cuántas veces podré correrme en una noche. Parece que, a pesar de todo, mi cuerpo responde con avidez a sus caricias. Mientras su pelvis roza mi clítoris en una tentadora liberación de endorfinas, no recuerdo cuántas veces me he corrido ya.

Todo lo que sé es que no quiero que esta noche termine nunca.

Me rodea con los brazos y me estrecha contra su pecho mientras mantiene un ritmo pecaminosamente lento. Cuando sus labios vuelven a encontrar los míos, puedo sentir la pasión que se filtra a través de su beso.

Nunca me he sentido tan cerca, tan conectada a nadie, y me deja vulnerable de una manera para la que no estoy preparada. Porque de repente, ya no estoy tan segura de poder ser casual con Maks.

Esperé demasiado para darme cuenta.

Ahora, estoy en problemas.

Soy igual que todas esas otras chicas que mencionó que dejó ir porque se encariñaron demasiado. Ahora recuerdo claramente sus palabras. *Puede ser difícil evitar que las mujeres se apeguen a los sentimientos una vez que el sexo se involucra.*

Tiene razón. Porque entregué mi corazón sin saberlo, y ahora no sé cómo recuperarlo.

Pero eso no impide que mi cuerpo responda a él como un yonqui que necesita desesperadamente una dosis. En todo caso, al darme cuenta de que me estoy enamorando de Maks, mi euforia se dispara.

A pesar de mi intensa confusión, me abruma un orgasmo que me atraviesa como un tsunami. Me golpea con tal fuerza que ni siquiera puedo recuperar el aliento para emitir un sonido. En cambio, mis labios se entreabren en un grito silencioso mientras mi cuerpo se retuerce y convulsiona bajo él.

Maks sigue meciéndose dentro de mí, con un ritmo lento y constante mientras me arranca hasta la última gota de placer. Cuando por fin me atrevo a abrir los ojos y mirarle, su fuerte mandíbula

está rígida, los tendones saltan a lo largo de sus mejillas, su expresión es casi de agonía.

Cojo sus sienes con las palmas de las manos, aliso las líneas de su frente y la mirada plateada de Maks encuentra la mía. La intensidad de su mirada me deja sin aliento y, antes de que pueda preguntarle qué le pasa, se inclina para besarme apasionadamente.

No puedo resistirme a él. No quiero resistirme.

Me hace sentir tan bien. No quiero que se detenga nunca. Mientras presiona dentro de mí, sacando las réplicas de mi liberación, tiemblo con la fuerza de lo que siento por él.

Se mueve en la cama y Maks se pone de rodillas, tirando de mí para que me ponga a horcajadas sobre sus muslos. Con un brazo alrededor de mis caderas y el otro sosteniéndome la espalda, encuentra un nuevo ángulo, más íntimo en cierto modo, mientras mantiene sus profundas embestidas.

Jadeando, me aferro a sus anchos y musculosos hombros. Sé que está a punto de correrse y la expectación aviva mi excitación, a pesar de que mi clítoris aún se estremece por el último orgasmo.

Estoy tan sensible después de haberme corrido tantas veces que sé que esta vez no duraré mucho. Una electricidad crepitante me recorre la espina dorsal cada vez que se hunde en mí, y la forma en que me besa me deja la mente en blanco y el corazón acelerado.

"Córrete conmigo, *krasivaya*", murmura contra mis labios.

Asintiendo con la cabeza, peino con los dedos su pelo plateado y le rodeo la nuca con los brazos para acercarme aún más. Cuando Maks gruñe con la fuerza de su liberación, siento la primera descarga de esperma caliente dentro de mí.

Eso es todo lo que se necesita para lanzarme a mi propio clímax.

Al correrse juntos, Maks y yo palpitamos sincronizados. Mi cuerpo ordeña su polla mientras él libera su semilla con embestidas profundas y erráticas, y mientras tanto, me estrecha, sus labios aprisionan los míos en un beso erótico.

Nuestras respiraciones entrecortadas se entrechocan y Maks me da un suave mordisco en el labio inferior que me produce una sacudida de placer. Luego me vuelve a tumbar en la cama y se acomoda encima de mí como una manta.

"Vale, guau", respiro, con el pecho agitado mientras intento recuperar el aliento.

Maks se ríe por lo bajo, el sonido vibra en mi pecho. "De acuerdo".

Al cabo de un momento, se separa de mí y se tumba en el colchón a mi lado. Un brazo cae por encima de su cabeza mientras el otro permanece extendido bajo mi cuello. Sé que debería levantar la cabeza y dejar que la mueva, pero mis pensamientos me consumen demasiado. O mis emociones, en realidad.

No sé qué hacer.

No quiero dejar de ver a Maks, pero si sigo por ese camino, no acabará bien para mí. Permanezco tumbada con los ojos abiertos, mirando al techo durante largos minutos, y poco a

poco nuestra respiración se va calmando.

Aún no ha intentado mover el brazo de debajo de mi cuello y, aunque me resulta muy cómodo, imagino que le está entumeciendo los dedos. Empiezo a incorporarme y miro a Maks para ver en qué estado de ánimo se encuentra.

Y me sorprende ver que ya está profundamente dormido. Un suave resoplido sale de su nariz y no puedo evitar sonreír. Parece sorprendentemente más joven mientras duerme, como si años de estrés y responsabilidad se hubieran esfumado para mostrarme el aspecto que debió de tener en plena juventud. La plata de sus sienes es el único recuerdo de la edad que nos separa, e incluso eso solo le hace parecer más distinguido.

¿Por qué es tan increíblemente guapo? ¿Y listo? ¿Y divertido? ¿Y demasiado bueno en el sexo?

Sin mencionar que es amable.

Puede que él no lo sepa, pero yo sí. He sido la benefactora de esa amabilidad más de una vez. Pero me doy cuenta de que él no lo ve así.

Dios, soy un desastre. Necesito controlar mis emociones.

Tal vez aceptar pasar la noche fue una mala idea. La dinámica ha cambiado drásticamente, o al menos mis emociones. Antes, tenía un firme control sobre la realidad de nuestra situación. Ahora, no puedo evitar desear que las cosas hubieran sido diferentes entre nosotros.

Que podría haber querido salir conmigo de verdad.

Mordiéndome un suspiro, me pongo de espaldas a Maks, tratando de darme un poco de espacio para aclarar mis ideas.

Pero cuando me tumbo de lado, Maks se da la vuelta y me rodea la cintura con un brazo fuerte, acercándose a él mientras duerme. Su otro brazo me cubre el cuerpo, aprisionándome ligeramente contra su sólido pecho. Se me acelera el corazón al darme cuenta de que encajamos perfectamente en más aspectos que el sexual.

Sé que probablemente sea completamente ajeno al hecho de que acaba de atraerme a sus brazos. Se ha apagado como una luz, y dudo que siquiera sepa que soy yo.

Debería detenerlo. Irme. Buscar otra cama, incluso dormir en el sillón de cuero. Cualquier cosa para controlar estos sentimientos crecientes.

Pero no me atrevo a liberar mi cuerpo de sus brazos.

Se siente tan bien. Tan cálido, seguro y relajante.

Hacía tanto tiempo que nadie me abrazaba así que ni siquiera recuerdo la última vez. Cuando estoy cerca de Maks, me siento bien.

A pesar de las emociones que recorren mi cuerpo, la somnolencia y la satisfacción que me habían consumido antes vuelven a invadirme. Aunque sé que no debería permitirlo, empiezo a dejarme llevar por el cálido y reconfortante abrazo.

Mañana podré afrontar la realidad de mi situación y el impacto que puedan tener mis

sentimientos. Ahora mismo, estoy totalmente preparada para hundirme en un sueño profundo.

MAKSIM

El suave resplandor del sol mañanero se filtra a través de las cortinas, arrojando una luz cálida y suave en la habitación. Salgo lentamente de mi letargo y los restos nebulosos de un sueño se desvanecen.

Cuando me doy cuenta de lo que me rodea, siento un peso desconocido en el pecho. Me doy cuenta con una mezcla de calidez y temor: Heidi está en mis brazos.

Suelo evitar los abrazos. Es una pendiente resbaladiza hacia el apego emocional. Pero anoche me pareció imposible resistirme a la atracción gravitatoria de su presencia. Y ahora, al contemplar la expresión de paz de su hermoso rostro, estoy pagando el precio.

Sin apenas atreverme a respirar, intento salir lentamente de debajo de ella sin despertarla. No quiero que se despierte y descubra que nos hemos estado acurrucando. Le enviaría un mensaje equivocado. Pero en cuanto me muevo, Heidi emite un suave gemido. Me quedo inmóvil, esperando que vuelva a dormirse. Pero parece que no tengo suerte.

Heidi abre los ojos y esboza una sonrisa soñolienta, con voz suave y cálida. "Buenos días."

Es un simple saludo, pero tiene el peso de la importancia. Esperaba algún tipo de incomodidad, un momento de duda o incertidumbre después de haber cruzado un límite que ambos habíamos estado evitando. Sin embargo, Heidi parece perfectamente tranquila con lo que pasó entre nosotros, como si la línea que cruzamos no fuera un punto de preocupación para ella.

"Buenos días", murmuro, soltándola para que se incorpore, y ella me suelta de buena gana.

Se estira lánguidamente, sus dedos rozan mi pecho mientras arquea la espalda, y reprimo un escalofrío ante la sensación. "Anoche fue... divertido", dice, y sus ojos se cruzan con los míos con abierta sinceridad.

Una punzada de inquietud me atraviesa ante la sencillez de la palabra. "Lo fue".

Se apoya en un codo y estudia mi expresión. "¿Hemos celebrado como es debido el éxito de tu trato?", pregunta, y un atisbo de inseguridad se cuela en su tono.

"Fue perfecto", reconozco, inclinándome para rozar sus labios con un beso áspero. A pesar de mi conflicto interior, no quiero que sienta que ha hecho algo mal. He sido yo quien ha metido la pata. Y ahora me doy de patadas. "Será mejor que nos vayamos. Prometí que te llevaría al trabajo a tiempo".

Heidi jadea, sus ojos vuelan hacia el reloj.

"Tus horas de oficina comienzan a las ocho, ¿no?"

La cara de Heidi se muestra momentáneamente sorprendida, como si no pensara que yo buscaría algo así para asegurarme de que llega a tiempo al trabajo. "Eh ¿Sí?"

"Tendrás tiempo de ir a casa y cambiarte", le aseguro.

Yo, en cambio, tendré que saltarme la ducha. Me esperan en la oficina a las siete para la reunión familiar semanal.

Los hombros de Heidi se relajan y me dedica una sonrisa de agradecimiento. Luego sale de debajo de las sábanas y me deja ver su perfecto cuerpo desnudo. Su adorable pijama está esparcido por la habitación, desechado durante nuestra última ronda de sexo que culminó con mi mala decisión de cruzar una línea de intimidad que no debía.

Recoge su pijama de camino a su bolsa de viaje y lo guarda cuidadosamente antes de sacar un par de leggings y una túnica blanca. Mientras se viste, aparto los ojos para prepararme yo también.

Nos movemos el uno alrededor del otro en un espacio entre el silencio incómodo y la compañía tranquila, y para cuando pido que nos lleven al helicóptero, tengo la lengua tan trabada que no sé si podría hablar aunque supiera lo que quiero decir.

Lo de ayer fue un error. Ahora lo sé porque estoy pisando peligrosamente cerca de sentir algo por Heidi, y nuestra conexión de anoche solo ha nublado aún más mi juicio. Me las arreglé sin querer para crear una maraña de emociones en una sola noche.

Así que, mientras nos dirigimos al helipuerto, mantengo mis manos quietas, sin colocar una en la parte baja de su espalda para guiarla, como ya me he acostumbrado. El intenso zumbido del helicóptero llena el aire mientras asciende desde el helipuerto, llevándonos a Heidi y a mí lejos del hotel Prime y Caramel.

Miro por la ventana, mi mente es un torbellino de pensamientos y emociones contradictorios. He metido la pata. He ido demasiado lejos y ahora no estoy seguro de poder contener mis sentimientos. Pero debo hacerlo si quiero seguir viéndola.

Y si no puedo, es hora de soltarla.

La idea de terminar las cosas con Heidi es más que dolorosa. Pero teníamos un acuerdo, que pienso cumplir: nada de ataduras, solo sexo.

Normalmente, eso funciona bien para mí. Son las mujeres las que tienden a querer más. Pero con Heidi, es diferente. *Yo soy diferente*. Ella parece perfectamente capaz de manejar una relación casual, como dijo que sería. Sin embargo, me encuentro cayendo en sentimientos más profundos por ella, sintiendo emociones con las que juré que nunca me volvería a involucrar.

¿Cómo he podido llegar a esta situación?

Mientras el helicóptero nos lleva a la costa, echo un vistazo a Heidi, sentada a mi lado. Su perfil es sereno, en marcado contraste con mi agitación interior. Mira por la ventanilla hacia el

horizonte y parece absorta en el paisaje.

Intento encontrar algo de esa misma compostura, pero la guerra en mi interior es demasiado poderosa. Cuando las ruedas aterrizan en San Francisco, estoy más perdido en mis pensamientos que cuando me desperté y la encontré en mis brazos.

Acompaño a Heidi hasta el ascensor y bajo en él hasta el garaje, donde la esperan mis hombres para llevarla sana y salva a casa. Antes de subir al coche, se vuelve hacia mí.

Algo en su mirada me llama la atención, una cautela que no había visto antes. De repente, me doy cuenta de lo callada que ha estado esta mañana. Estaba tan absorto en mis propios pensamientos que no me había preguntado si su silencio no significaría algo más. La tensión en el aire es palpable y no puedo evitar preguntarme qué estará pasando por su cabeza.

En un instante, me inquieta la posibilidad de que reconozca las señales de mis sentimientos y quiera colocar fin a nuestro acuerdo ahora.

"¿Te volveré a ver pronto?". Afirmo, aunque mi tono hace que suene más como una pregunta.

"De acuerdo". Ella ofrece una sonrisa, pero esta es más débil, casi temblando en las comisuras de sus labios.

Nuestros labios se encuentran en un beso de despedida suave, casi distraído. Me doy cuenta de que algo va mal. Se separa demasiado rápido y su mirada se aparta de la mía como si estuviera mentalmente a kilómetros de distancia.

Quiero preguntarle adónde ha ido, pero me contengo. Si está intentando volver a colocar distancia entre nosotros, probablemente sea lo mejor. Si indago en sus pensamientos y emociones, solo conseguiré contradecir aún más los parámetros que he establecido con sumo cuidado en nuestra relación desde el principio.

Eso no hace que sea más fácil ver su coche llevársela.

Soltando un gruñido de frustración, me dirijo directamente a mi coche, mis guardias me siguen sin decir palabra.

Mi mañana no mejora cuando llego a la oficina. Al salir del ascensor, veo a mis hermanos en mi despacho, con la puerta abierta para indicar que están esperando a que empiece.

"Siento llegar tarde", digo, arreglándome la chaqueta con incomodidad.

Es la misma que llevaba ayer por la tarde, pero no se ve demasiado arrugada, y solo la llevé unas horas. Pero eso no me impide sentirme ligeramente como si estuviera haciendo una versión poco común de un paseo de la vergüenza.

Dimitri y Alexei me saludan con sonrisas cómplices y cejas levantadas.

"¿Se ha congelado el infierno? Nunca eres el último en llegar a la oficina", observa Dimitri con sorna.

Me quito la chaqueta y la doblo cuidadosamente sobre el respaldo de la silla. "Puede que me haya dejado llevar un poco por la celebración de la última derrota de Aleksandr".

Alexei interviene, aunque el brillo de sus ojos me dice que no se referirá a Aleksandr. "Debes de haber hecho todo lo imaginable con tu nuevo juguete sexual. Todavía hueles a su perfume. ¿No tuviste tiempo de ducharte?"

Lo fulmino con la mirada mientras me dejo caer en la silla y me froto la cara con las palmas de las manos.

"¿Podemos terminar con esta reunión?" Gruño. Sus burlas me crispan los nervios y mi tono se vuelve áspero.

"Claro, jefe", dice Dimitri, y yo capto la mirada divertida que comparte con Alexei antes de continuar. "No tenemos mucho que repasar, ya que nuestro gran negocio se cerró ayer y no tenemos mucho más en la lista de adquisiciones de este mes".

Asiento con la cabeza.

"Mis hombres vigilaron de cerca a Aleksandr después del cierre de ayer. Parece que anoche tuvo su propia... juerga. Una con menos sexo y mucha más violencia, supongo", añade Alexei. "Sin embargo, ahora se está moviendo mucho. Puede que encontremos nuestra oportunidad".

Mi mirada se posa en la de Alexei y una punzada de expectación me recorre.

Sabe lo mucho que quiero a ese hombre muerto. Todos lo queremos por una razón u otra. Y han sido años de intentar llegar a él, pero Aleksandr mantiene un fuerte contingente de guardias a su alrededor en todo momento, por lo que ha sido casi imposible encontrar esa ventana de oportunidad de la que habla Alexei. Compartimos un momento de silencio cargado.

Finalmente, Dimitri se encoge de hombros. "Es todo lo que tenemos. Y teniendo en cuenta que tu contribución sería sobre el cierre del trato del Bay View -al que todos asistimos-, creo que podemos dar por concluida la reunión."

"Bien", acepto, y veo cómo mis hermanos se levantan y salen como uno solo.

Alexei cierra la puerta tras ellos y, en el silencio de mi despacho, respiro hondo intentando concentrarme en el día que tengo por delante. Pero mientras repaso la lista de posibles adquisiciones que Dimitri quiere colocar en mi radar, mi mente no deja de evocar la noche que compartí con Heidi.

El recuerdo de su risa durante la cena, la calidez de sus ojos mientras hablábamos y bromeábamos, la sensación de su cuerpo suave y hermoso acurrucado junto al mío, todo eso me persigue. Rompí todas las reglas y ahora estoy pagando por ello. El peso de lo que siento por ella me aprieta y, por mucho que me resista a admitirlo, tengo que romper con ella. No puedo dejar que esto se des controle más.

A pesar de mis esfuerzos, me encuentro mirando el móvil y pensando en enviarle un mensaje para colocar fin a esto antes de que se complique aún más. Pero cuando mi dedo se posa sobre el botón de *enviar*, dudo, pensando en todas las cosas que me gustan de pasar tiempo con Heidi. Romper con ella es más fácil decirlo que hacerlo.

Frustrado, lanzo el teléfono a un lado y vuelvo a concentrarme en el trabajo, decidido a apartarla de mi mente.

El tiempo pasa lentamente, pero me niego a levantar la cabeza... hasta que, por fin, mi teléfono vibra, sacándome de mis inquietos pensamientos. Lo primero que pienso es que podría ser de Heidi, pero lo descarto de inmediato, furioso porque casi desearía que hubiera sido ella la primera en mandarme un mensaje.

Siempre he sido yo quien ha instigado nuestras noches juntos, y así es como debería ser. No debería querer que me molestara en el trabajo.

Aun así, cuando compruebo el mensaje, es de un número desconocido. Pero mi decepción solo dura un momento, cuando abro la foto que alguien me ha enviado. En ella, Aleksandr Volkov está de pie junto a Heidi, ambos sonriendo mientras se hace el selfie. El logotipo de la empresa de Heidi, Turner Interior Design, se ve al fondo.

MIRA a quién he tenido el placer de conocer hoy, dicen las palabras que acompañan a la foto. Parece que tu novia y yo vamos a hacer buenas migas. Me pregunto si no podría llegar a mi propio acuerdo con ella... a menos que quieras opinar sobre el asunto.

APRIETO LA MANDÍBULA, intentando contener la tormenta de emociones que se cierne sobre mí. ¿Cómo la ha descubierto Aleksandr? ¿Qué podría hacer con esa información? Mi mente se acelera y siento que se me hace un nudo en el pecho.

No puedo dejar que Heidi quede atrapada en nuestro fuego cruzado. No como Symphony. Nunca más.

HEIDI

Zoe golpea ligeramente la puerta de cristal de mi despacho antes de asomar la cabeza dentro. "Tengo a un hombre que quiere verla, Sra. Turner", dice, usando su educada voz de negocios que indicaría que un cliente potencial acaba de entrar por la puerta. "Un tal Sr. Cherny".

"Maravilloso. Gracias, Zoe. Por favor, hazle pasar".

Zoe asiente cortésmente y abre la puerta, haciendo un gesto para que entre el hombre alto y delgado. Parece tener unos cincuenta años, el pelo demasiado negro peinado hacia atrás con suficiente producto como para que brille con las luces del techo. Viste un traje de diseño azul noche y esboza una suave sonrisa que parece esconder alguna travesura de la que está impaciente por hablar.

"Hola, ¿Sr. Cherny? Soy Heidi Turner", le digo alegremente, levantándome para ofrecerle la mano.

"Es un placer, Srta. Turner. Me moría por conocerla". Acepta mi mano, le da un rápido apretón y su sonrisa se ensancha.

"¿Sí?" pregunto, sorprendida por la intensidad con que lo dice.

"Oh, sí, no he oído más que elogios sobre su trabajo".

Debe estar aquí por una recomendación, lo cual es maravilloso. Prefiero ganar negocios por el boca a boca. "Vaya, gracias. Solo hago trabajos de calidad y me esfuerzo al máximo para que cada cliente quede satisfecho con el producto final". Le lanzo mi sonrisa más afectuosa e intento calmar la repentina oleada de nervios. Nunca me he sentido cómoda con la parte comercial de mi negocio.

Y por alguna razón, venderle al Sr. Cherny me pone aún más nerviosa que de costumbre. Quizá sea porque su acento me recuerda al de Maks y, ahora mismo, mi cuerpo no distingue entre arriba y abajo cuando se trata de mi *compañero* ruso.

"Estoy decidido", dice con una sonrisa que rezuma encanto.

"¿Y qué es lo que puedo hacer por usted hoy, Sr. Cherny? ¿Está buscando redecorar su casa?"

"De hecho, algunos de mis nuevos restaurantes", dice, jugando con la placa que hay al otro lado

de mi mesa. "Necesitan un cambio de imagen y un lifting". Al final de la explicación, deja caer las manos, las cruza sobre su regazo y me mira directamente con su mirada oscura y firme.

"¿Restaurantes?" He hecho negocios antes, normalmente oficinas corporativas y cosas así. Pero nunca un restaurante, y me pregunto cuál de mis clientes me habrá recomendado para semejante tarea. Pero no quiero preguntar e insinuar mi sorpresa o inexperiencia. Porque, francamente, me encantaría tener la oportunidad de decorar un restaurante, y si el señor Cherny quiere confiar en mí, no quiero sembrar dudas en su mente.

"¿Estás preparada para el reto?", me pregunta, como si de algún modo hubiera escuchado mis pensamientos.

"Por supuesto. Será un placer. Si lo desea, podemos concertar una cita para ver los planos. Si tiene alguna preferencia estilística con la que quiera que trabaje, estaré encantada de incluirla en mis maquetas. Una vez que tenga una idea del espacio y de sus preferencias personales, puedo hacer algunas sugerencias de planos, y podemos partir de ahí."

"Eso suena genial", dice y saca su teléfono. "Antes de empezar, ¿puedo hacerme una foto con usted? Mis amigos van a estar encantados cuando sepan que pretendo trabajar con usted".

"Por supuesto", acepto, sorprendida por la petición, pero halagada al mismo tiempo.

"Estupendo". El Sr. Cherny se gira, levanta su teléfono mientras yo me inclino sobre mi escritorio para asegurarme de que ambos estamos dentro de la pantalla.

Intento sonreír educadamente y mantengo la pose el tiempo suficiente para que me haga la foto. Luego vuelvo a enderezarme y me aliso la falda lápiz antes de volver a sentarme.

El Sr. Cherny juega un momento con su teléfono y una amplia sonrisa se dibuja en su rostro. Luego vuelve a centrar su atención en mí. "Lo siento. Tenía que hacerlo. Les va a encantar. Ahora, vamos a fijar una buena hora para que podamos reunirnos".

"¿Tiene las direcciones de los lugares que le gustaría que le diera un vistazo?". Abro una página de notas en mi ordenador y espero pacientemente a que me responda.

Me da tres direcciones diferentes, todas dentro de los límites de San Francisco. Serán fáciles de visitar en un día o así.

"Espero que pueda empezar con el Landmark. Es el que quiero volver a colocar en el mapa lo antes posible".

"Estupendo", acepto, tecleando mis notas. Luego abro mi calendario. "Parece que tendré tiempo mañana a media mañana. A los otros dos podré echarles un vistazo el viernes a mediodía. ¿Le parece bien?"

"Perfecto".

"¿Tiene algún diseño en mente, algún concepto que le gustaría que utilizara como inspiración?". Hago una pausa en mi tecleo para mirarle directamente a los ojos y demostrarle que le escucho.

"Quiero ver lo que tiene encerrado en ese pequeño y bonito cerebro. Siéntase libre de ser creativa".

El calor me sube por el cuello hasta las mejillas e intento no pensar demasiado en el lenguaje degradante. No es la primera vez que un gran empresario me habla como a una señorita sureña en lugar de como a una mujer de negocios profesional. Hasta que mi cartera de clientes no esté completa, no puedo colocarme demasiado exigente con quién trabajo. Además, si me lo han recomendado, no debe de ser tan malo. Solo tengo que aguantarme y recordar que esto es parte del trabajo. *No siempre podemos amar todo de nuestros clientes, ¿verdad?*

"Entonces, hasta mañana", acepto y vuelvo a estrecharle la mano.

Me coge la mano con las dos suyas y me da un fuerte apretón en el brazo, y el entusiasmo con el que lo hace me ayuda a tranquilizarme de nuevo. "Ha sido un placer conocerle. Estoy deseando hablar con usted pronto, y no veo la hora de verla en acción".

Un momento después, el Sr. Cherny se levanta de la silla y se dirige hacia la puerta de mi despacho. Cuando se marcha, lo sigo con la mirada, confundida. *¿Quién podría haberme recomendado?*

Casi me pregunto si no estará relacionado de algún modo con Maks. Después de todo, Maks está muy involucrado en la propiedad de restaurantes, y tal vez él y el Sr. Cherny tienen un pasado, teniendo en cuenta que ambos son de Rusia, o al menos eso indica el acento del Sr. Cherny.

Hago a un lado esa idea.

Dudo que Maks me mande un negocio tan grande. Especialmente cuando rara vez hablamos de nuestras carreras. Es más probable que el Sr. Cherny tenga una asociación con una de las empresas corporativas con las que trabajé.

Termino de escribir mis notas y programo los paseos en mi calendario. Entonces miro el reloj. Es más de mediodía. Tengo que estar en la Painted Lady de los Hanson para asegurarme de que las obras se desarrollan según lo previsto.

Apago el monitor, meto la mano debajo del escritorio para coger mi bolso y me pongo de pie.

Un momento después salgo por la puerta de mi despacho y, al entrar en la recepción, me encuentro a Sarah y Zoe en un acalorado debate sobre qué personaje de Bluey es el mejor. Intento no reírme mientras me acerco y planto un beso firme en la sien de mi hija.

"¿Os estáis divirtiendo?" pregunto apartando de la cara los rizos oscuros de Sarah. La textura suave y sedosa de su pelo es igual a la de Maks, y me emociona y me duele a la vez saber que mi hija se parece tanto a su padre en algunos aspectos.

Significa que siempre tendré una parte de Maks conmigo, independientemente de cuándo termine nuestro acuerdo. Al mismo tiempo, me entristece pensar que Maks nunca conocerá la belleza de tener una hija y amarla más que a la vida misma.

No puedo creer lo mucho que he echado de menos a Sarah después de solo una noche sin ella. Y aunque ella y Zoe parecían perfectamente contentas y se estaban divirtiendo cuando llegué a casa, aún así se me encogió el corazón al ver a Sarah tan emocionada por mi llegada, la forma en que saltó de la mesa de la cocina, abandonando sus cereales para darme un gran abrazo.

Estoy muy tentada de llevármela conmigo a mi trabajo de campo, únicamente por lo bien que me siento al volver a estar con ella. Pero no puedo llevarla a la Painted Ladies. Las obras ya están en

marcha y me parece mejor no llevar a una niña a una zona de construcción potencialmente peligrosa. Incluso si acaban de empezar con la pintura, un niño pequeño tiende a encontrar formas de contribuir creativamente que los propietarios no siempre aprecian.

Así que, en lugar de eso, la suelto tras unos instantes y le prometo: "Os veré a las dos en unas horas, ¿vale?".

"De acuerdo", acepta Sarah, que parece perfectamente satisfecha de quedarse atrás con Zoe.

Le dedico a Zoe una sonrisa de agradecimiento y recibo como recompensa un guiño de apoyo.

"¡Adiós!" Zoe dice mientras me doy la vuelta y salgo por la puerta principal.

MAKSIM

Presa del pánico por el mensaje de Aleksandr y lo que podría hacerle a Heidi, corro hacia su despacho. No contesta al teléfono, lo que intensifica mi ansiedad, y el horrible y aplastante miedo de haberle fallado -de perderla a ella también- me tiene al borde de la locura.

El trayecto hasta la oficina parece una eternidad, cada segundo se alarga mientras me pregunto qué puede significar el texto. Cojo el volante con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos.

Se me acelera el corazón cuando aparco el coche en la acera de su despacho. Doy la orden a mis hombres de que vigilen fuera y me dirijo a la puerta. Necesito ver a Heidi, hablar con ella, saber que no le han hecho daño. También necesito recalcar la importancia de por qué necesita mi protección. Ese mensaje fue como un relámpago que me sacudió de mi complacencia.

Aunque intenté hacerlo a su manera, aunque hemos sido dolorosamente cuidadosos al colarla dentro y fuera de mi ático, Aleksandr lo sabe. Lo que significa que es demasiado tarde. Ella necesita mi protección ahora, lo quiera o no.

Cuando abro la puerta de la oficina de diseño de interiores de Heidi, mis ojos recorren la habitación en busca de su rostro familiar. En cambio, lo que encuentro es a la misma chica menuda, de pelo oscuro y corte pixie que nos volvió a presentar en el bar. Heidi me dijo que se llamaba Zoe, creo, compañera de trabajo, de piso y mejor amiga de Heidi.

Está sentada en el mostrador de recepción, con un teléfono en la oreja mientras habla amablemente con quien esté al otro lado de la línea. *¿Heidi, tal vez?* Estoy desesperado por tener alguna pequeña prueba de que está bien. Pero ahora, cuando Zoe cuelga la llamada, le dice al hombre que tenga un buen día. Luego deja el teléfono en su sitio y sus ojos marrones de líneas oscuras se cruzan con los míos con una cálida bienvenida.

"¿En qué podemos ayudarle, señor?", pregunta.

Solo entonces me fijo en la preciosa niña de pelo negro y ojos color avellana que está junto a Zoe. Se levanta de su libro para colorear y me saluda con una sonrisa ganadora. Supongo que debe de ser pariente de Zoe. Se parecen lo suficiente como para que Zoe sea su madre.

Su cortés saludo me recuerda que, para ellos, soy un cliente más, y hago lo posible por contener mi pánico para no asustarles. Debo de parecer un poco desaliñado, me doy cuenta, con mi entrada apresurada y la expresión preocupada de mi cara.

Me quito la tensión de los hombros, me peino y sonrío al acercarme al mostrador de recepción. "Hola", consigo decir, aunque mi voz está un poco tensa.

"¿Tiene una cita previa?", añade la niña y, a mi pesar, enseguida me quedo prendado de ella.

No parece que pueda tener más de dos o tres años, y ya está trabajando con palabras de tres sílabas. A estas alturas ya tengo suficientes sobrinas y sobrinos como para saber que estoy muy impresionado.

"No, la verdad. ¿Necesito una?" Pregunto, incapaz de dejar de lado la pregunta que ella tan claramente se esforzó en aprender.

"No", dice con un exagerado encogimiento de hombros. "Aquí aceptamos de todo".

No puedo evitar soltar un bufido ante el comentario. No creo que sepa muy bien lo que está diciendo, pero por la forma en que Zoe jadea, puedo adivinar que la niña debe de haberla oído decir lo mismo en algún momento.

"Lo siento mucho", interrumpe Zoe, su disculpa profusa.

"Está bien. La boca de los niños, ¿verdad?". Con gran esfuerzo, reprimo las ganas de reír, lo que sé que solo aumentará su malestar.

Zoe suelta un resoplido de alivio al ver que no parezco ofendido. "¿En qué puedo ayudarle hoy, Sr...?"

"Federov. Estoy buscando a Heidi. ¿Está por aquí?"

"Oh, por supuesto", responde Zoe, pero no puedo evitar notar un ligero aleteo de ansiedad en su expresión al oír mi nombre.

Está claro que sabe de mí. Me pregunto qué habrá dicho Heidi de mí a sus amigas para que responda así.

"Heidi fue a supervisar uno de sus proyectos, pero debería volver pronto. Puede esperarla en su despacho". Su voz es educada pero cautelosa, y no puedo evitar sentirme un poco incómodo.

Es evidente que no le gusto. Pero al menos no parece que Aleksandr haya sacado a Heidi del edificio contra su voluntad. Estoy tentado de seguir presionando, pero no quiero crearle más estrés a Zoe cuando mi presencia claramente ya la está alterando lo suficiente.

La niña, en cambio, me mira con una calidez abierta ante la que no puedo evitar sonreír.

"Gracias por vuestra ayuda", les digo.

"¡Bienvenido!", me responde con una amabilidad tan despreocupada que me llena el pecho de calor.

Esta niña es increíble. Adoro a los hijos de mis hermanos y me gustan los niños en general, pero nunca había conocido a una niña tan inteligente y sociable.

"¿Cómo te llamas?" le pregunto.

"Sarah", dice, con voz casi tímida. "¿Te gusta mi dibujo?" Me lo tiende, sus ojos color avellana

se redondean con inocente expectación.

Es una culminación de manchas de crayón, cada una menos distinguible que la anterior. Pero tiene una intención clara, ya que varias manchas de colores tienen dibujos y son de formas y tamaños variados.

"Me encanta. ¿Qué es?" pregunto señalando una de las largas manchas amarillas y marrones.

"¡Una jirafa, tonto!", chilla, soltando una risita como si mi pregunta tuviera la respuesta más obvia del mundo.

No puedo evitar reírme con ella.

"¡Mi mamá me ha dicho que podemos ir al zoo por mi próximo cumpleaños!", explica, y de repente, veo que está dibujando cada uno de los diferentes animales del zoo.

"¡Eso suena muy divertido! Estoy seguro de que lo pasaréis genial".

Asiente entusiasmada, sus ojos color avellana brillan de emoción. "Quiero ver los leones, las cebras y puede que hasta un elefante".

"Me parece un plan estupendo", digo, realmente encantado con la niña.

Miro a su madre y, una vez más, la expresión de Zoe roza la ansiedad. Pero en cuanto se da cuenta de que la estoy mirando, su rostro se transforma rápidamente en una agradable sonrisa.

"¿El despacho de Heidi?" Pregunto, molesto por su incomodidad y queriendo darle el espacio que claramente preferiría.

Zoe señala una pared de cristal esmerilado a su derecha y yo asiento cortésmente.

"Gracias". Sin decir una palabra más, me dirijo hacia la puerta de cristal, volviendo a mirar a la pequeña Sarah, que está absorta coloreando su dibujo una vez más.

Una vez dentro del despacho de Heidi, me acomodo en una silla, intentando calmar mis pensamientos acelerados. La habitación está impregnada de su familiar aroma a vainilla y canela, y sus bocetos están perfectamente ordenados sobre la mesa. Se ha dejado la chaqueta de sport, una garantía de que no estará fuera mucho tiempo. Su presencia me reconforta, aunque no esté aquí.

Por muy tentado que esté de empezar a dar vueltas, estoy seguro de que Zoe me vería a través del cristal esmerilado. En lugar de eso, saco una silla y me acomodo en ella. Coloco los codos sobre las rodillas y aprieto las manos, pero la necesidad de sacudirme no me permite mantener la postura mucho tiempo.

Los minutos se convierten en una eternidad y no puedo evitar echar un vistazo al reloj cada pocos segundos. Me pregunto qué retiene a Heidi y si no habré tomado una decisión equivocada. Tal vez Aleksandr se la llevó y necesita ayuda, pero de ser así, imagino que me enviaría más imágenes burlonas.

Aun así, la incertidumbre me corroe, haciendo que mi ansiedad se dispare.

Sospecho que el bastardo está consiguiendo exactamente lo que quiere ahora, la recompensa de

tener algo que sostener sobre mi cabeza. Dudo que se la haya llevado... todavía. Pero la amenaza está ahí. Y pienso tomármela en serio. Su seguridad es mi prioridad ahora. No me importa lo que tenga que decir al respecto, sus clientes tendrán que entenderlo.

No voy a dejar que Heidi dicte los términos esta vez.

Porque no vale la pena arriesgar la vida por ningún trabajo.

Podemos averiguar dónde estamos en nuestra relación personal después de que las cosas se arreglen con Aleksandr. Con suerte, eso significa que estará muerto en una semana. Pero mientras tanto, su seguridad es lo que más importa.

HEIDI

Mientras camino de vuelta a la oficina, la fría brisa de San Francisco atraviesa mi camisa, recordándome una vez más que mi chaqueta de sport sigue apoyada en el respaldo de mi silla, donde olvidé cogerla. Entro por el pequeño aparcamiento que hay detrás del edificio, abro la puerta del vestíbulo y doblo la esquina para llegar a la recepción.

Antes de que pueda saludar a Sarah o a Zoe, mi amiga se levanta de su mesa, con cara de ansiedad.

"¿Qué?" Pregunto, captando inmediatamente su preocupación.

"Sarah, ¿te importaría traerme una bolsa de frutos secos de la cesta de bienvenida?". Pregunto Zoe, forzando los labios en una sonrisa mientras la mirada de Sarah pasa de mí a Zoe.

"De acuerdo", acepta, bajando de su asiento para dirigirse a la zona de descanso, donde hay una cesta de madera tallada con aperitivos para los clientes que tengan que esperar para hablar conmigo.

Se va caminando, aparentemente ajena a la expresión de preocupación de Zoe.

Zoe respira hondo, sus palabras salen en un susurro apresurado. "Maks está en tu despacho, esperándote".

La mención del nombre de Maks me produce una sacudida de aprensión por dos razones. He conseguido mantener a Sarah en secreto durante todo este tiempo. Pero si está aquí ahora, debe haberla conocido. Después de todo, Sarah ha estado sentada detrás del mostrador de recepción con Zoe toda la mañana.

Pero el segundo motivo de mi ansiedad es que la presencia de Maks en mi lugar de trabajo no puede significar nada bueno. Por un instante, me pregunto si habrá venido a romper conmigo. *Pero entonces, ¿por qué me habría preguntado si volvería a verme cuando nos despedimos esta mañana?*

Estaba muy retraído y callado en el viaje de vuelta a la ciudad. Algo le preocupa y me revuelve el estómago. Y ahora tengo la gran preocupación de si ha descubierto lo de Sarah.

El pánico comienza a desplegarse en mi pecho, apretando sus garras a cada segundo que pasa. "¿Sabe lo de...?". Levanto sutilmente la barbilla hacia mi hija sin decir su nombre.

Zoe sacude la cabeza y mueve los ojos nerviosamente. "No, pero estuvo cerca. Hablaron de vuestros planes de cumpleaños sobre dónde piensa llevarla. Sabe su nombre, su edad...".

Se me hace un nudo en el estómago al pensar en mi locuaz hijita y en lo fácilmente que podría decir algo inocente que revelara exactamente quién es a Maks.

En un santiamén, cruzo el escritorio para apretar la mano de Zoe y tranquilizarla. "Has hecho un gran trabajo manejando la situación. Gracias. ¿Puedes llevar a Sarah a casa por hoy? Hablaré con Maks para que te vayas cuando él se vaya".

El alivio de Zoe es palpable. "Claro. ¿Me llamas si me necesitas?". Sus ojos miran hacia la puerta de mi despacho, preocupados.

"Estaré bien", la tranquilizo. Luego, con una sonrisa, me vuelvo hacia el despacho para enfrentarme al hombre del que me estoy enamorando.

Los nervios me aprietan el estómago al considerar, una vez más, la posibilidad de que esté aquí para acabar con todo. Sabía que acabaría ocurriendo. Y probablemente sea mejor que lo haga ahora, antes de que caiga con más fuerza. Aun así, el corazón me late con fuerza mientras me dirijo a la puerta de mi despacho. Respiro hondo y la abro de un empujón.

Maks está de pie junto al boceto de la casa de mi madre -ahora mi casa con Sarah y Zoe- que dibujé en la universidad. Lo estudia detenidamente, con su figura alta e imponente inmóvil y las manos entrelazadas a la espalda.

Se vuelve cuando entro, sus ojos plateados, intensos y escrutadores, se clavan en los míos. Viste el mismo traje a medida que llevaba anoche, y me pregunto qué habrá pasado desde que lo dejé.

Cierro la puerta detrás de mí, intentando mantener la compostura. "Hola", digo, sin saber por dónde empezar.

Maks no pierde el tiempo en cumplidos. "Heidi, estás en peligro. Sé cómo te sientes al respecto, pero tienes que aceptar mi protección. Preferiría que me dejaras esconderte durante una semana o así hasta que pueda estar seguro de que estás a salvo".

Comprendo la gravedad de sus palabras y un escalofrío de miedo me recorre la espalda. "¿Qué ha pasado? ¿Por qué necesito tu protección?"

Maksim suspira y se pasa una mano por el pelo oscuro. "He recibido una amenaza. Mis enemigos saben quién eres para mí, y saben cómo llegar a ti".

Sus enemigos. La revelación me hiela el cuerpo. Saber que soy un objetivo por mi asociación con Maks me saca de mi feliz estado de negación. Pensé que nuestra estrategia para mantener oculta nuestra relación sería suficiente. Me engañaba a mí misma. Nunca debí arriesgarme. Y ahora mi hija, mi preciosa Sarah, también podría estar en peligro.

Al instante, me enfurezco conmigo misma por sucumbir a mi atracción e ignorar mi sentido común. No puedo aceptar su protección sin que todo me estalle en la cara. Porque si acepto su protección, tendré que hablarle de Sarah. Y puede que acepte o no alojar a mi hija si descubre que he mantenido a Sarah en secreto. Es un riesgo que estoy dispuesta a correr. Necesito encontrar una manera de mantenernos a salvo sin involucrar a Maks.

¿Pero cómo?

El pensamiento me golpea como un rayo. Si sus enemigos se dan cuenta de que soy tan insignificante para él como el contrato metafórico que firmamos, quizá no me consideren un objetivo. Respiro hondo, intentando parecer decidida. "Maks, no hace falta que me escondas. Eso solo pondrá un blanco más grande en mi espalda. La respuesta es sencilla. Tenemos que dejar de vernos".

Es más difícil de decir de lo que imaginaba, y en cuanto las palabras salen de mi boca, una dolorosa tristeza se apodera de mi pecho. Pero sigo adelante, decidida a convencerle. "De todas formas, esto no era más que un contrato comercial, ¿no? Si dejas claro que lo nuestro se ha acabado y que no soy la palanca que creen que soy, estaré mucho más segura que si haces cualquier cosa para demostrar que te importo, como llevarme contigo".

Su expresión se ensombrece y puedo ver la frustración en sus ojos. "Esa no es una opción", gruñe. "Si no se lo creen, entonces quedarías completamente expuesta".

"Bueno, entonces, que sea convincente. Es la verdad, ¿no? Tú mismo lo has dicho. No haces el amor. Y si te observan tan de cerca como para saber de mí, entonces deben saber eso de ti. Estoy segura de que han visto a todas las otras chicas con las que te has acostado y dejado ir. Así que, esta, ahora, es la oportunidad perfecta para que hagas un espectáculo convincente de romper conmigo. Entonces tomaremos caminos separados, y no tendrás que preocuparte más por mi seguridad."

Me doy cuenta de que no está convencido y percibo la tormenta que se avecina mientras su ira hierve a fuego lento bajo la superficie.

"¿Por qué no puedes hacer lo que te digo, por una vez?", exige, con la voz llena de frustración, mientras se acerca a mí.

Su sola proximidad me hace palpar el corazón, y de repente odio el poder que tiene sobre mí. Estoy indefensa ante su encanto, desarmada cuando se trata de defender mi corazón.

Y después de una noche en vela luchando contra las emociones que él ha desencadenado en mí, ya no puedo más con la montaña rusa. Nunca imaginé que no solo tendría que soportar el dolor de perderle, sino también tener que convencerle de que dejarme es lo mejor para todos.

El dolor que me produce tener que despedirme de él da lugar a un repentino estallido de ira. Y antes de que pueda controlar el impulso, le empujo, mi voz se eleva a medida que se llena de indignación. "¿Por qué iba a hacerlo? No eres más que un imbécil arrogante que cree que puede decir a las mujeres lo que tienen que hacer y que ellas obedecerán todas tus órdenes. Mandoneas a todo el mundo y esperas que sigan tus órdenes ciegamente. Pero yo tengo mente propia y pienso usarla".

Los ojos de Maks se entrecierran, su ira se intensifica. "¿Eso es lo que le has estado diciendo a tu amiga, Zoe, para que no le caiga bien? ¿Que soy un imbécil arrogante y controlador?"

Me pilla desprevenida la acusación y me sorprende que sea consciente de los sentimientos de Zoe hacia él. Pero mientras busco una excusa para explicar el malestar de Zoe, él aparta su pregunta con un gesto desdenoso.

"¿Sabes qué? Si quieres pintarme como el malo de la película, será mejor que haga el papel", amenaza, y su voz adquiere un tono peligroso.

Me hace temblar al darme cuenta por primera vez de que Maks puede llegar a ser una persona peligrosa. Y aunque estoy bastante segura de que no me hará daño cuando toda esta demostración de mal genio tiene que ver con protegerme, eso no impide la reacción visceral y muy real de mi cuerpo ante su tamaño combinado con el calor de su ira.

"A la hora de la verdad, no necesito tu permiso, Heidi. Puedo *obligarte a* venir conmigo si no estás de acuerdo". Acorta la distancia entre nosotros en un instante, su intención es clara mientras me agarra del brazo.

El miedo instintivo me golpea con una oleada de adrenalina y arremeto contra él, dándole una bofetada en toda la cara. El agudo sonido de la piel al chocar resuena en toda la habitación y Maks gira la cabeza hacia un lado. Me mira lentamente, con una mezcla de sorpresa y furia en los ojos.

Y por un momento, ambos nos congelamos.

Sorprendida por mi inesperada respuesta y sin saber cómo reaccionará, me asusto. Antes de que pueda moverse, salgo corriendo hacia la puerta. No puedo creer que le haya golpeado. Nunca lo había hecho y estoy tan mortificada como aterrorizada.

Una mano fuerte me agarra el brazo antes de que pueda alcanzar la salida, me empuja hacia Maks y, aprovechando el impulso de mi repentino cambio de dirección, me empuja contra la pared. Me sujeta con una mano fuerte en cada brazo.

Con el corazón martilleándome en el pecho, lo único que puedo hacer es mirarle con los ojos muy abiertos. Parece furioso, el calor de su mirada me atraviesa como un láser. Un violento escalofrío me recorre la espalda y separo los labios para disculparme.

Antes de que pueda emitir sonido alguno, me está besando, sus labios se estrellan contra los míos con frenética pasión. El calor hace desaparecer el frío miedo de mi interior, convirtiendo mi núcleo en un infierno abrasador en cuestión de segundos.

Toda la tensión, la ansiedad y el dolor oculto tras mis airadas palabras se transforman en una desesperación que no se parece a nada que haya conocido antes. Cuando Maks me besa, fuerte y profundamente, yo me inclino hacia delante, devolviéndole el beso con la misma furia.

MAKSIM

No puedo controlarme con Heidi. Incluso cuando está enfadada, es sexy. Y aunque es totalmente exasperante porque es muy testaruda, en cuanto la toco, sé que he perdido el control.

Porque ahora debo tenerla.

Hace dos segundos, había tenido la mitad de ganas de dominarla, echármela al hombro y llevarla adonde sé que estará a salvo. Pero en cuanto la tuve en mis manos, toda la frustración y la ansiedad se transformaron en deseo fundido. Necesito sentirla viva, cálida y feroz entre mis brazos.

Y sé que ella también lo siente.

Porque en un instante me devuelve el beso con la misma violencia y su cuerpo se inclina desesperadamente hacia el mío. La idea de huir de mí parece desaparecer de su mente. Cuando le suelto los brazos y mis manos suben por sus hombros y su cuello hasta acariciarle la cara, sus dedos se enganchan en las trabillas de mi cinturón y, con una sacudida significativa, hace que mis caderas avancen hasta chocar contra las suyas.

Gimo, mi deseo palpitante supera mi mente racional. Soy vagamente consciente de que podría haber alguien más en la otra habitación, pero no me importa. Sin disculparme, reclamo la boca de Heidi con la mía, devorándola mientras la mantengo inmovilizada contra la pared.

Luego le saco la camisa de la falda lápiz. Y con un movimiento fluido, se la levanto por encima de la cabeza. Heidi jadea mientras levanta los brazos, permitiéndome desnudarla. Cuando voy a por la cremallera de su falda, ella coge mi camisa y la abre.

Los botones revolotean por la habitación, repiqueteando por el suelo y desapareciendo en rincones ocultos, pero no me importa. Puede desnudarme con este tipo de fuego cualquier día. Le bajo la falda y las bragas por las caderas y ella las aparta de un puntapié, tirando los tacones junto con el bulto de ropa.

Luego se echa la mano a la espalda para desabrocharse el sujetador mientras yo me desabrocho el cinturón y me paso los pantalones por los tobillos. No me molesto en desatarme los zapatos de vestir ni en terminar de quitarme los pantalones. En lugar de eso, atraigo a Heidi hacia mí y vuelvo a besarla profundamente.

Mis manos recorren libremente sus curvas, manoseando y amasando su carne con ardiente desesperación. Cuando llego a sus muslos, la levanto, presionando su espalda contra la pared mientras envuelvo sus piernas alrededor de mis caderas.

Heidi se aferra a mis hombros, sus dedos presionan mi espalda mientras me muerde ligeramente el lóbulo de la oreja. Gruñendo, encuentro su entrada con la cabeza de mi polla y la meto dentro.

El sonido de su grito de euforia hace que mi necesidad se dispare. Manteniendo su espalda firmemente apoyada contra la pared con la parte superior de mi cuerpo, martilleo en sus profundidades, buscando el alivio que tanto necesita y, al mismo tiempo, saboreando la sensación de su corazón latiendo al ritmo del mío.

Las uñas de Heidi me muerden la piel mientras tiembla entre mis brazos, con la respiración agitada y los pezones duros apretados contra mi pecho.

Me encanta que esté al borde del clímax con tan poco tiempo de preparación. Puede que se resista a tomar decisiones racionales, pero al menos sé cómo hacer que su cuerpo responda a mi voluntad.

Si fuera listo, podría usar esta cornisa en la que está colgada como palanca, para torturarla hasta la sumisión. Pero no puedo. No tengo autocontrol. Necesito sentir a Heidi envuelta a mi alrededor, deshaciéndose en mis brazos más de lo que necesito mi próximo aliento.

Sus pechos perfectos empiezan a rebotar mientras la penetro sin piedad, y sé que he dado en el clavo cuando los disparatados eufemismos sureños de Heidi empiezan a brotar de sus labios en rápida sucesión.

Siento que está cerca, que sus paredes se cierran a mi alrededor, y muevo las caderas, rodeando con un brazo su culo para poder rozar mejor su clítoris.

Su grito de éxtasis me llega al corazón y gimo mientras su coño me ordeña con fuerza, agarrando mi polla con una fuerza casi dolorosa. Una y otra vez, palpita a mi alrededor y su resbaladiza excitación me cubre mientras se corre con fuerza y rapidez.

La sujeto firmemente contra mi pecho, me doy la vuelta y la llevo hasta su escritorio. Le quito los papeles y los lápices de la superficie y la tumbo de espaldas, de modo que sus caderas quedan justo en el borde.

Engancho los brazos bajo sus rodillas, cojo sus caderas para hacer palanca y reanudo mis embestidas duras y rápidas. Heidi levanta los brazos por encima de la cabeza para cogerse al borde del escritorio y estabilizarse lo mejor que puede.

Pero me la estoy follando tan fuerte que su cuerpo sigue estremeciéndose con cada penetración profunda.

"Juega con tu clítoris", le ordeno, con la sangre ardiendo en mis venas al ver su hermoso cuerpo en plena exhibición.

Está soportando todas mis emociones reprimidas como si estuviera hecha para la embestida implacable. Y Dios, qué sexy es, parece deleitarse con el calor de nuestra pasión. Heidi se lleva la mano a la punta de los muslos y hace lo que le digo. Sus dedos presionan y rodean el sensible manojito de nervios.

Siento la liberación instantánea cuando su coño se aprieta alrededor de mi polla. Gimiendo, continúo mi ritmo agotador, encontrando su punto G con cada embestida profunda.

"¡Oh, C-A-R-A...! *Maks!*", gime, con la voz tensa por la intensidad de su placer.

"Córrete por mí, Heidi", rujo, sintiendo cómo mi propia liberación aumenta en intensidad a medida que mis pelotas se tensan.

"¡Me corro!", gime, y su espalda se arquea sobre el escritorio al hacerlo.

Esta vez, estoy a su lado, suelto sus piernas y me inclino sobre el escritorio para atrapar su duro pezón entre mis dientes. Mientras libero una potente descarga de semen en su interior, la muerdo ligeramente.

Heidi grita, su cuerpo se estremece mientras sus músculos se tensan por la fuerza de su clímax. Me corro dentro de ella con fuerza mientras ella palpita a mi alrededor, y nuestra liberación simultánea es una sensación más de lo perfectamente que encajamos juntos.

Lentamente, me quedo quieto mientras las réplicas de su orgasmo se desvanecen. Una vez que ambos hemos terminado, salgo de ella. Ha desaparecido la furia que había alcanzado un punto crítico de destrucción. Atrás queda la abrumadora sensación de lujuria que borró todo sentido común y consumió mi alma con fuego.

Ahora, mientras me visto, por fin puedo ordenar mis pensamientos para intentar de nuevo mantener una conversación más racional con Heidi sobre cómo podríamos mantenerla a salvo. Me subo los pantalones y me los abrocho mientras ella se baja del escritorio para recoger su falda del suelo. La observo vestirse rápidamente mientras vuelvo a meterme la camisa, ahora sin botones, en los pantalones, superponiendo los lados para intentar disimular el hecho de que ya no se cierra.

"Por favor, Heidi. Deja que te lleve a un lugar seguro", le digo, manteniendo la voz intencionadamente baja y calmada esta vez en un esfuerzo por persuadir en lugar de ordenar. "Solo será por poco tiempo, te lo prometo. Tengo toda la intención de matar a Aleksandr Volkov, aunque tenga que hacerlo a plena luz del día. Tengo la intención de acabar con esto de una vez por todas. Pero mientras tanto, no dejaré que te haga daño. No puedo."

Se me quiebra la voz en la última parte y sé que estoy peligrosamente cerca de revelar lo que siento por ella. Me engañaba a mí mismo, pensando que podía mantener un muro cuando se trataba de Heidi. No se parece a ninguna otra mujer que haya conocido. Sin siquiera intentarlo, ha atravesado todas mis defensas cuidadosamente construidas, se ha deslizado entre las grietas como una fuente calmante de agua curativa que ha curado todas las heridas abiertas que corroían mi alma.

Y ahora que intento salvar la distancia que nos separa, convencerla de que solo tengo en cuenta sus intereses, me doy cuenta de que no soporto la idea de vivir sin ella.

Suspira mientras se vuelve a colocar el top, Heidi se lo mete en la falda lápiz antes de mirarme. "No puedo, Maks. Tengo gente que cuenta conmigo, responsabilidades que no puedo eludir. Tú eres el que tiene una diana en la espalda, así que desde mi punto de vista, mi mejor oportunidad de estar a salvo es alejarme de ti".

Las palabras calan hondo, y aunque puedo ver un atisbo de lógica detrás de ellas, encuentro su calma, incluso en la entrega más dolorosa. Aquí estoy, con el corazón en un puño -a pesar de mi determinación de no volver a enamorarme de nadie- y Heidi ha hecho exactamente lo que dijo que podía hacer y ha mantenido una relación puramente física.

No *le* basta con decirme adiós. Ella lo preferiría.

Me duele. No puedo negarlo.

Pero lo peor es que me ha arrinconado. Estamos en un callejón sin salida y ahora solo veo dos opciones: dejar que se salga con la suya o convertirla en mi prisionera. Y por mucho que me guste la idea de mantenerla encerrada para mi placer, no creo que sea capaz de destruir la confianza que hemos construido haciendo eso.

"Bien", gruño, luchando por controlar mi creciente mal genio antes de cambiar de opinión y hacer algo de lo que me arrepienta. Frustrado por su total falta de voluntad para ceder, me doy la vuelta y salgo furioso, cerrándome de un tirón las solapas de la chaqueta y abotonándomelas sobre la camisa destrozada.

No puedo hacer que lo vea a mi manera, y me niego a forzarla. Pero eso no significa que no pueda tomar cartas en el asunto.

Me siento vagamente agradecido cuando entro en la recepción y veo que Zoe y su hija parecen haberse marchado. Con suerte, se habrán ido para cuando Heidi y yo nos peleamos.

Aparto el pensamiento, saco el teléfono del bolsillo y marco el número de Alexei. Puede que no esté de acuerdo con los guardaespaldas, pero voy a darle protección extra, lo quiera o no.

"¿Adónde te has ido como alma que lleva el diablo?", pregunta a modo de saludo.

"Oficina de Heidi. Aleksandr sabe de ella. Me envió un mensaje amenazando con hacerle daño, pero es tan testaruda que se niega a que la lleve a un lugar seguro".

Mis hombres empiezan a seguirme hasta el coche, pero les paro en seco. "Quedaos. Quiero que vigiléis a Heidi en todo momento -desde la distancia- hasta que Alexei pueda enviar a alguien que la siga".

Hacen un gesto sincronizado con la cabeza y se giran para ocupar puestos donde ella no les vea.

"¿Envío una comitiva?"

"Sí. Quiero que estén lo bastante cerca para detener a Aleksandr, pero lo bastante lejos para que Heidi no sepa que están ahí". Abro la puerta de mi coche, me deslizo dentro y la cierro de golpe.

"Seguro que estás haciendo todo lo posible por esta chica. ¿Seguro que no es más que un juguete para follar?" Alexei se burla.

"Este no es el puto momento, tío. ¡Hazlo!" Me quejo.

"Dios, Maks. Está hecho. Estarán allí en diez".

Casi me siento mal por atacar a mi hermano pequeño. Sé que solo me está tomando el pelo, como siempre. Pero tengo los nervios a flor de piel y estoy a punto de perderlos después de todo

lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas.

"Ahora vuelvo a la oficina. Vamos a terminar esta guerra con Aleksandr de una vez por todas. No me importa cuántas horas tome. No me importa si tengo que dispararle en medio de la maldita calle. Lo quiero muerto, Alexei".

HEIDI

Fue más duro ver irse a Maks de lo que jamás pensé que podría ser. Mi corazón se hunde cuando su silueta desaparece del cristal esmerilado. Un momento después, sale del edificio de mi oficina, engullido por las sombras de la incertidumbre.

Me he enamorado de él, más de lo que había imaginado.

Se suponía que no debía enamorarme. Habíamos acordado que era solo un contrato, un acuerdo de negocios entre nosotros. Y hoy, cuando se lo recordé, no discutió.

Pude ver la preocupación en sus ojos, un brillo a través de la ira que llevaba como un escudo. Pero ese atisbo de preocupación probablemente no sea más que los fantasmas de su pasado que le persiguen, su estrés postraumático derivado de la culpa que arrastra por la muerte de su prometida.

Al final, pareció aceptar mi solución, lo que no hace sino confirmar que sus emociones han permanecido tan desapegadas como prometió que lo harían. Yo soy la idiota que le dio demasiada importancia a las cosas, que dejó que mi corazón me llevara por mal camino.

Mientras permanezco sola en mi despacho, repentinamente silencioso, aprieto los puños y ahuyento las lágrimas que amenazan con derramarse. Puede que nunca vuelva a ver a Maks. Y me duele profundamente saber que así es como dejamos las cosas.

Por supuesto, debería estar feliz. Después de todo, fui yo quien le dijo que debía hacer que esto pareciera una ruptura. Lo que no tenía previsto es que lo pusiera en práctica sin ninguna intención de volver una vez pasado el peligro.

Ahora, no estoy tan segura.

La pérdida agonizante me hace un agujero en el pecho y me aprieto el corazón con la palma de la mano para intentar aliviar el dolor. Sabía que no debía dejarme llevar por mis sentimientos. Y ahora estoy pagando por no seguir mis instintos.

No puedo vivir como Maks, yendo por la vida sin ataduras.

Incluso cuando voy con la cabeza fuerte y las intenciones claras, mi corazón me guía. Y por mucho que me guste Maks -incluso que lo ame- no puedo seguir llamando sexo casual a lo que tenemos.

Así que tal vez este acontecimiento llegó justo a tiempo, antes de que perdiera mi corazón por completo a manos de alguien que no puede protegerlo.

Es hora de dejar atrás mi dolor, por mi propio bien y por el de Sarah. Mi pequeña es mi mundo y tengo que protegerla del peligroso lío en el que me he metido voluntariamente. Respiro hondo para tranquilizarme y reafirmo mi determinación, dispuesta a dejar atrás el tiempo que pasé con Maks y a encontrar la forma de volver a la vida sencilla y feliz que conocí antes de él.

Es casi el final de mi jornada laboral habitual y, tras las intensas emociones de las últimas veinticuatro horas y una noche casi en vela, creo que es hora de dejarlo. Hago la limpieza mínima, recojo los papeles y los lápices del suelo y los deposito en una pila desordenada encima de mi escritorio. Luego, me acerco al borde para recoger mi chaqueta deportiva del respaldo de la silla.

Recorro la habitación para ver si me he dejado algo, y me detengo cuando mis ojos se posan en la pared contra la que Maks me inmovilizó no hace mucho. Se me calienta el cuerpo al recordarlo, la forma en que sabe reclamar mi cuerpo y hacerme sentir que lo adora.

Ese sexo furioso es uno de los mejores que he tenido. Estaba lleno de tanta pasión, de tanta emoción cruda que casi podía engañarme pensando que eso significaba que le importaba. Se me hace un nudo en la garganta, dejo a un lado mis pensamientos sobre Maks, cojo el bolso y salgo corriendo por la puerta un momento después.

Cierro la puerta principal y salgo por detrás, en dirección a mi pequeño BMW blanco y luego a casa.

Cuando por fin entro por la puerta principal, me detengo a escuchar los alegres sonidos de Sarah y Zoe jugando a algo o preparando la comida. Solo tardo un momento en localizar el alegre balbuceo de mi hija procedente del salón.

La encuentro allí, jugando con sus caballitos de juguete, y sus risitas resultan un bálsamo calmante para mi alma herida. Me mira con esos ojos grandes e inocentes y suelta un emocionado "¡Mamá!" antes de levantarse del suelo.

Por un momento, me pregunto cómo es posible que deje que Maks vaya por la vida sin saber que tiene una hija. No una hija cualquiera, sino la niña más dulce de la Tierra.

Pero después de haber estado en el extremo receptor de su filosofía de no ataduras, no puedo soportar la idea de que Sarah conozca este tipo de rechazo y pérdida.

Aparto los pensamientos y le ofrezco una sonrisa cansada. "Hola, cariño", le digo, agachándome para abrazarla.

Zoe entra en la habitación desde la cocina, con un cuenco bajo el brazo y una batidora en la otra mano. "¿Y bien?", pregunta con voz preocupada.

"¿Qué hay para cenar?" pregunto, desviando su pregunta, una clara indicación para ella de que hablaremos de ello más tarde.

Sus ojos de líneas oscuras destellan preocupación, pero fuerza la voz en un tono alegre. "Pensaba que esta noche me apetecían tortitas".

"¿Desayuno para cenar?" Digo con fingido horror, dirigiendo a Sarah una mirada mordaz.

Mi niña suelta una risita. "¡Sí! Desayuno para cenar". Da pequeños brincos de alegría.

Me río, una sonrisa se dibuja en mi cara a pesar del peso de mi corazón. Solo Sarah podría emocionarse tanto por romper una simple convención como la de desayunar para cenar. Cuando crezca va a ser un encanto. Ya me doy cuenta.

"Creo que has sido una mala influencia para ella", le digo en voz baja a Zoe mientras Sarah vuelve a sus juguetes.

Zoe ríe maliciosamente. "Te advertí que sería la tía favorita porque tenía la intención de corromperla".

"Eres su única tía", señalo.

Técnicamente, incluso ese es más un título honorífico, pero nunca soñaría con quitárselo a Zoe porque no podría imaginar mi vida sin ella en ella, ayudándome a criar a mi pequeña, asegurándome de que no estoy completamente sola en este mundo.

Nunca me he sentido tan bendecida de tener una amiga como Zoe como ahora.

Mientras ella pone a cocer las tortitas, yo pongo la mesa y nos preparo una bebida a cada una. Zumo de naranja para Sarah y, aunque sé que es tarde, nos preparo a Zoe y a mí una cafetera, un consuelo que voy a necesitar para superar todo lo que tengo que decirle.

Pero primero tengo que dar de comer a Sarah y acostarla. Lo último que quiero es que se entere de todos los peligros que rodean lentamente nuestra pequeña y feliz vida.

Cenamos juntas en silencio. Las risas ocasionales de Sarah llenan la habitación mientras Zoe le hace muecas, y su adorable juego ayuda a calmar mi ansiedad. Son momentos como estos los que me recuerdan por qué he guardado mis secretos y he bailado al borde de este peligroso juego.

Mi trabajo es proteger a Sarah de las penurias de este mundo todo el tiempo que pueda, y pienso hacerlo lo mejor que pueda. Nunca más seré presa de mis deseos más bajos. Mi primera prioridad es ser una buena madre. El resto puede esperar.

Después de cenar, meto a Sarah en la cama, la arropo con un beso de buenas noches y le prometo que mañana le leeré su cuento favorito. Mientras estoy sentada junto a su cama, viéndola dormir plácidamente, me encanta la forma en que llena sin esfuerzo los agujeros de mi corazón, remendándome y dándome razones más que suficientes para seguir adelante, incluso cuando estoy triste.

Cuando se queda profundamente dormida, salgo de su habitación apagando la luz.

Me dirijo a la cocina, donde sé que Zoe me estará esperando. Ha sido mi confidente durante todo este calvario, la única que sabe la verdad sobre la paternidad de Sarah y mi enredada relación con Maks. Puede que sea la única persona en este mundo que entienda por lo que estoy pasando.

Nos sentamos en la mesa de la cocina, sorbiendo nuestros cafés, con un denso silencio entre nosotras. Es tranquilizador y preocupante a la vez, lleno de pensamientos y emociones no

expresados mientras mi amiga espera a que empiece.

Finalmente, rompo el silencio. "Zoe, creo que he cometido un terrible error".

Cuando la miro, sus ojos reflejan la misma preocupación que me ha estado corroyendo toda la noche.

"¿Un error con Maks?", pregunta suavemente.

Asiento con la cabeza, con la garganta contraída por el peso de mi confesión.

"¿Qué ha pasado?"

"Me enamoré de él aunque le dije que podía mantener las cosas casuales. Pero en algún momento, empecé a darle demasiada importancia. Y ayer... anoche...". Suspiro, cubriéndome la cara con las manos al decir la horrible verdad. "Debería haber terminado antes. Dejé que se me fuera de las manos. Sinceramente, nunca debí aceptar el acuerdo".

"Cariño". La mano de Zoe cruza la mesa para coger la mía. "No puedes culparte por enamorarte de él. Eso nos pasa a las mejores".

"Sí, bueno, ya se ha acabado". Se me quiebra la voz al pronunciar la última palabra y trago saliva mientras miro fijamente mi taza de café.

"Probablemente sea lo mejor", dice suavemente. "¿Alguna vez..... alguna vez le hablaste de Sarah?"

Niego con la cabeza. "No puedo decidir si debo sentirme mal por ello o que hice lo correcto".

"Hiciste lo que creíste mejor para protegerla", dice Zoe con fiereza, y su apoyo y lealtad me levantan un poco el ánimo.

"Gracias. Me atrevo a mirarla a los ojos una vez más y le sonrío agradecida.

Ella se lo devuelve, con una pizca de preocupación en su mirada castaña. "¿Por qué ha venido hoy a la oficina?"

La culpa me retuerce las entrañas. "Vino a decirme que estoy en peligro. Quería llevarme a un lugar seguro porque sus enemigos saben quién soy -saben lo que soy para Maks- y quieren utilizarme contra él".

"Pero tú misma lo dijiste. No tiene apego, así que ¿cómo creen que va a funcionar?". Zoe frunce el ceño.

Me encojo de hombros miserablemente. "Eso no significa que no me vayan a hacer daño con la esperanza de que eso le haga daño a él".

"Quizá deberías ir a la policía", sugiere.

"¿Y decir qué? No sé quiénes son esos enemigos. No sé qué pueden intentar hacerme, ni cuándo".

Zoe se desploma. "Sí, vale. Entiendo lo que quieres decir".

"Mi mayor temor es que Sarah y tú podáis quedar atrapadas en el punto de mira. Lo siento mucho, Zoe. Nunca debí arriesgarme".

Tras un momento de silencio, Zoe dice: "No lo sientas. Fui yo quien te animó a divertirse. Ninguna de las dos habría imaginado que podría llegar a ser tan... complicado". Zoe me dedica una sonrisa tranquilizadora. "Entonces, ¿en qué clase de peligro estamos, exactamente?"

"Sinceramente, no lo sé. Maks me acaba de decir que ha recibido un mensaje amenazador diciendo que sus enemigos saben quién soy y dónde encontrarme". Me tiembla la voz y me callo.

"¿Y no aceptaste la protección de tu amante ruso? ¿Por qué?"

Miro por el pasillo hacia la habitación de Sarah. "No podía estar segura de que nos protegiera a todos", murmuro.

Los labios de Zoe se tuercen pensando. "¿Qué dijo cuando lo rechazaste?"

"Se enfadó".

"¿Se enfadó?" Inclina la cabeza y su expresión vuelve a ser de preocupación.

Asiento con la cabeza y vuelvo a mirar el café. "Él... puede llegar a dar órdenes. Creo que está acostumbrado a que la gente le obedezca sin rechistar. Y cuando le dije que no iba a ir con él, se frustró. Puede que le gritara y le llamara arrogante".

Zoe resopla y yo me muerdo el labio para reprimir la sonrisa.

"¿Y después?"

"Bueno, se abalanzó sobre mí, amenazó con llevarme si no me iba voluntariamente... así que le di una bofetada".

Mi amiga palidece visiblemente ante mi confesión. "Heidi", respira, su ansiedad es visible. "¿Él...?"

"¿Hacerme daño? No. No, nada de eso. Nosotros... en realidad terminamos teniendo sexo".

Zoe se tapa la boca con la mano, aunque sus ojos me dicen que está intentando no reírse. "¿En serio? No tienes remedio".

"¡Ya lo sé!" Dejo caer momentáneamente la cabeza contra el respaldo de la silla. "Después, volvió a intentar que me fuera con él. Pero yo no podía... No podía irme sin saber si Sarah o tú estaríais a salvo. Y cuando le dije que no iría, se marchó enfadado".

"Oh, Heidi". Zoe puede leer la tristeza en mi voz y, una vez más, cruza la mesa para cogerme la mano.

"Quizá debería haberme arriesgado a contarle lo de Sarah. ¿Y si nos he puesto a todos en terrible peligro por no arriesgarme?"

Zoe frunce el ceño, pensativa. "No lo creo. Sigo pensando que hiciste lo correcto al no hablarle de Sarah. Después de lo enfadado que se puso cuando no hiciste lo que te dije, no me imagino que se lo tomara bien si descubriera que le ocultaste ese tipo de información durante semanas-años. Además, está metido en algo peligroso, algo que va mucho más allá de nosotras. No podías

saber hasta dónde llegaría esta madriguera de conejo, pero definitivamente no es una en la que quieras que Sarah caiga".

Sus palabras me reconfortan y respiro hondo, tratando de tranquilizarme. "¿Qué hacemos ahora, Zoe?"

Se inclina hacia delante, con ojos intensos. "Lo resolveremos, Heidi. Si no nos sentimos seguras aquí, podemos dejar la ciudad. ¿Si? Encontraremos nuestra propia manera de proteger a Sarah, y yo estoy contigo, siempre. Lo sabes, ¿verdad?"

Me invade una sensación de alivio. Zoe es mi roca, la que ha estado conmigo en las buenas y en las malas, y su apoyo inquebrantable me da esperanzas. "Gracias", suspiro, apretando sus dedos con agradecimiento.

HEIDI

A pesar de mi maravillosa conversación con Zoe anoche, apenas pude pegar ojo. No podía dejar de pensar en cómo terminaron las cosas entre Maks y yo. Y por muchas veces que me dijera a mí misma que era lo mejor, no podía superar el dolor que su marcha ha dejado en mi pecho.

Tras horas dando vueltas en la cama, por fin encontré un momento de paz tras la angustia de saber que Maks y yo habíamos terminado.

Fue entonces cuando empecé a oír golpes en la noche.

Me acosaba el temor de que los hombres que querían hacer daño a Maks cumplieran su amenaza y vinieran a por mí por la noche. *¿Y si encontraban a Sarah? ¿O a Zoe?*

La ansiedad me mantuvo despierta hasta altas horas de la madrugada. Solo conseguí dormirme cuando los primeros rayos de sol iluminaron el cielo oscuro.

Y ahora, mientras llevo a Sarah a la guardería, temo que mi paranoia y la falta de sueño me estén haciendo ver cosas. Cojo el volante y se me ponen blancos los nudillos mientras atravieso las onduladas colinas de las carreteras urbanas de San Francisco.

Sarah parlotea alegremente en el asiento trasero, felizmente ajena a la inquietud que se instala en la boca de mi estómago. Hemos hecho esta ruta cientos de veces y nunca me ha parecido que nada fuera mal. Hasta hoy.

El sol de la mañana parece proyectar sombras ominosas sobre el asfalto y, al mirar por el retrovisor por vigésima vez en otros tantos segundos, el corazón me da un vuelco. Estoy segura de que nos siguen. Un elegante coche negro nos sigue desde hace varias manzanas, quizá más.

Se me acelera el pulso y un escalofrío me recorre la espalda. Tal vez sea una coincidencia, pero después del miedo que ayer se reflejó en los ojos de Maks, no me importa dejarlo así. *¿Y si estos son los enemigos de los que Maks quería protegerme?* Le aparté y ahora estoy sola, atrapada en un coche, con mi hija pequeña en el asiento de atrás.

"Hola, cariño", digo, intentando mantener la voz firme mientras miro a Sarah por el retrovisor. "¿Qué te parece si hoy damos un pequeño rodeo de camino al colegio? Vamos a vivir una pequeña aventura".

"¡Vale!", dice alegremente, siempre entusiasmada por probar algo nuevo.

Me fuerzo a sonreír mientras Sarah suelta una risita, aparentemente emocionada por el cambio de planes.

Giro bruscamente a la derecha y abandono el camino de la guardería. Luego giro una segunda y una tercera vez para adentrarme en un barrio y salir de las carreteras más transitadas de la ciudad. El coche negro sigue mi ejemplo y se queda casi una manzana por detrás sin perdernos, ya que, de alguna manera, sigue todos mis movimientos. El pánico empieza a crecer en mi pecho mientras mi confianza se convierte en certeza.

Este coche definitivamente nos está siguiendo.

Mis dedos tantean el teléfono y tomo una decisión rápida. Marco el número de Zoe antes de acercarme el teléfono a la oreja.

"Hey, ¿Heidi? ¿Todo bien?" Una pregunta que me ha hecho más veces de las que puedo contar desde que nos despertamos esta mañana. Pero esta vez, no me importa.

"Zoe", susurro con urgencia, intentando mantener la voz lo bastante baja para no alarmar a Sarah, "creo que nos están siguiendo. Un coche negro nos sigue desde hace unos diez minutos. No sé qué hacer".

La voz de Zoe llega a través de la línea, firme y tranquilizadora. "Mantén la calma y ve directamente a la comisaría".

Asiento y solo recuerdo después que ella no puede verme. "Vale, te avisaré cuando estemos allí".

Con manos temblorosas, cuelgo y me concentro en la carretera. El corazón me palpita en el pecho mientras hago varias curvas cerradas, intentando perder el amenazador coche mientras zigzagueo en dirección a la comisaría de policía más cercana que conozco. Sarah abre mucho los ojos y se le pasa la risa. Parece intuir que algo va mal. Le ofrezco una sonrisa tranquilizadora por el retrovisor, pero incluso a mí me parece débil.

Cuando vuelvo la vista a la carretera, de repente me encuentro en un barrio desconocido. En mi esfuerzo por colocar distancia entre el coche que me sigue y yo, debo de haber dado demasiadas vueltas, y ahora estoy perdida. Presa del pánico, tomo otra curva cerrada y, para mi asombro, esta vez creo que consigo perder al coche negro.

Aun así, no me atrevo a esperar para averiguarlo.

Doy varias vueltas más al azar, rezando para que ninguna me devuelva al mismo lugar donde mi seguidor podría estar al acecho. Por fin, tras mi quinta calle despejada, consigo respirar aliviada. Ahora solo tengo que reorientarme para poder ir a la comisaría. Me aparco a un lado de la carretera, abro la aplicación Mapas y empiezo a evaluar la zona.

Para mi sorpresa, he guardado una chincheta a la vuelta de la esquina. Y cuando hago clic en ella, descubro que estoy a solo unas manzanas del primer cliente con el que debo reunirme hoy. Tenía la intención de ir justo después de dejar a Sarah.

Mordiéndome el labio, tomo una decisión relámpago, cambiando de plan.

Le envío un mensaje rápido a Zoe.

HE CONSEGUIDO DESHACERME de mi acosador y estoy en los alrededores del cliente con el que debo reunirme. Voy a preguntar si Sarah y yo podemos escondernos allí mientras llamo a la policía. Haré que envíen un coche para escoltarnos a salvo de vuelta a casa. Entonces tú, Sarah y yo nos iremos de la ciudad. No voy a meterme con los psicópatas con los que se haya metido Maks.

DESLIZO DE nuevo el teléfono en el bolsillo sin esperar respuesta, doy un rápido rodeo hasta la esquina y aparco frente al terreno baldío de mi cliente. "Sarah, ¿te gustaría ir hoy a trabajar con mamá?". Sugiero alegremente.

"De acuerdo", acepta, su habitual entusiasmo parece ligeramente alterado por mi comportamiento errático y mi conducción inusualmente temeraria. Al menos no ha empezado a llorar.

Salgo del coche y observo la zona vacía para asegurarme de que el coche negro no me ha encontrado. Entonces abro el asiento trasero para desabrochar el cinturón de seguridad de Sarah. Se me acelera el corazón cuando la cojo en brazos y corro hacia las puertas acristaladas del restaurante.

El restaurante está vacío a estas horas y el Sr. Cherny, de pie detrás del atril, parece preocupado mientras ojea algo, con unas gafas apoyadas en la punta de la nariz.

Sus ojos se levantan ante nuestra rápida aproximación y enarca una ceja ante nuestra inesperada llegada. "Srta. Turner", dice con su voz carrasposa y acentuada mientras se quita las gafas de la cara y las deja a un lado. "Es una agradable sorpresa. ¿Qué la trae por aquí tan temprano? ¿O he perdido la noción del tiempo? No puede ser ya nuestra cita".

Mira el reloj para asegurarse de que no se equivoca.

Le ofrezco una sonrisa tensa, tratando de ocultar el miedo que acecha bajo la superficie. "En absoluto. Lo siento mucho, señor Cherny", empiezo a decir, sintiendo el calor de la vergüenza subiendo por mi cuello. "He venido absolutamente demasiado pronto, y no suelo traer a mi hija al trabajo, se lo aseguro. No estaría aquí si no fuera urgente, pero necesito su ayuda".

"¿Su hija?", dice, sus ojos revolotean hacia Sarah con aparente sorpresa y deleite. "No hay ningún problema. Pero, ¿qué es tan urgente y cómo puedo ayudar?".

Respiro hondo y le explico la situación con toda la calma que puedo, contándole mi historia sobre el misterioso coche negro y nuestro repentino desvío que nos ha llevado prácticamente hasta la puerta de su casa. "Odio pedírselo, pero me preocupa que, si sigo conduciendo, acabe en una situación más peligrosa que antes. Esperaba que nos diera un lugar seguro para esperar a la policía".

"¿Les ha llamado ya?", pregunta con voz preocupada mientras coge su teléfono.

Sacudo la cabeza. "No he tenido la oportunidad".

Los ojos del Sr. Cherny se suavizan y se lleva el móvil a la oreja. "Ha hecho bien en venir aquí. Por supuesto, le ayudaré. Déjemelo a mí. Hablaré con la policía. Usted ocúpese de su hijita y lo

solucionaremos enseguida".

Me siento aliviada cuando se dirige rápidamente hacia la puerta principal y la cierra tras nosotros. Está siendo tan considerado que casi me siento mal por haber reaccionado negativamente a su frase de ayer, aunque fuera insultante. Está claro que está más que dispuesto a ayudar a alguien que lo necesita y quizá, en su mundo, el lenguaje que utilizó conmigo se considere un halago.

Acaricio los oscuros mechones de Sarah para apartarlos de su cara y le hablo tranquilamente mientras hago todo lo posible por calmar mis propios nervios al mismo tiempo.

Pero el alivio es efímero y, en un instante, se convierte en terror helado cuando el Sr. Cherny habla por teléfono. Su voz cambia, y su nuevo tono al hablar en el ya algo familiar sonido del idioma ruso resulta nada menos que un arrastrado arrogante.

Aprieto los brazos alrededor de mi hija y me giro para mirar al hombre al que acabo de darme cuenta de que no conozco de nada.

MAKSIM

Suena el teléfono y doy un respingo, casi derribando la pila de papeles que abarrotan mi mesa. El número que parpadea en la pantalla pertenece a uno de los hombres de Alexei, y se me encoge el corazón. Se supone que tienen que vigilar a Heidi, asegurarse de que está a salvo.

"¿Da?" Respondo, intentando mantener la voz firme, pero la ansiedad me corroe.

"Pakhan, es Yuri", viene la apresurada explicación en ruso. "La hemos perdido".

"¿Cómo que la has perdido?". Exclamo, continuando nuestra conversación en nuestra lengua materna. Mis dedos aprietan el teléfono. Me vienen a la cabeza imágenes de Heidi en peligro y no puedo evitar maldecir en voz baja.

"Jefe, conduce como una maldita loca", continúa Yuri, con frustración en sus palabras. "Y aunque nos mantuvimos a distancia, parece que se dio cuenta de que la seguíamos. Dio unas cuantas vueltas salvajes en un barrio cualquiera y la perdimos. Llevamos peinando la zona desde entonces, pero ha desaparecido".

Siento que el corazón se me va a salir del pecho de la preocupación. *¿En qué estaría pensando Heidi? ¿De verdad es tan obstinadamente independiente como para rechazar la pequeña protección que yo podía ofrecerle a distancia? ¿Cómo sabía siquiera que estaban allí?* He visto a los hombres de mi hermano en acción. No son nada fáciles de detectar.

La ansiedad me corroe por dentro, cuelgo e intento llamarla. El teléfono suena durante lo que parece una eternidad antes de enviarme finalmente al buzón de voz. El pánico se apodera de mí y vuelvo a marcar su número, y luego una tercera vez. Cada llamada sin respuesta es como un puñal en mi corazón.

¿Me está ignorando intencionadamente por cómo dejamos las cosas ayer? ¿O está realmente en problemas esta vez? Una vez más, me asaltan las dudas sobre su seguridad, y lo odio.

Por más que he intentado evitar esta situación, me he metido de lleno en otra relación con una mujer sin la que no sé si podré vivir. Y ahora, Aleksandr Volkov podría tenerla cogida por el cuello.

Solo de pensarlo me dan ganas de vomitar.

Incapaz de contener por más tiempo mi ansiedad, salgo de mi despacho y me dirijo directamente a casa de Alexei. Cuando abro la puerta de un empujón, mi hermano pequeño levanta la vista de

sus papeles con la sorpresa dibujada en el rostro.

"¿Qué sucede?", pregunta, sentándose en su sillón giratorio de cuero. Parece agotado tras nuestra larga noche de búsqueda de pistas para desenmascarar a Aleksandr. Pero en cuanto entro en su despacho, vuelve a estar alerta.

"Heidi ha desaparecido. Tus chicos la perdieron."

Alexei frunce el ceño y, un momento después, Dimitri entra en la habitación con su alto cuerpo bloqueando la puerta. Parece tan agotado como yo por haber pasado la noche en vela, pero no se le escapa la preocupación en sus ojos, que me dice que ha oído algo de nuestro intercambio.

"¿Qué pasa?", me pregunta, y rápidamente le pongo al corriente.

"Tenemos que encontrarla", digo, con la voz ronca por la ansiedad. "No contesta a mis llamadas y hay algo que no concuerda".

"¿No crees que tenga algo que ver con cómo has dejado las cosas ayer?". Sugiere Alexei. Él conoce mejor que Dimitri la acalorada conversación que mantuve con Heidi antes de salir enfadado de su despacho, y cómo le puse un rabo encima en contra de su voluntad.

"No", gruño, frustrado porque puede que esté más cerca de la verdad de lo que quiero admitir.

Mis hermanos intercambian una mirada, esa mirada que me dice que pueden ver a través de mi mal genio la verdad del asunto. Por mucho que quiera negarlo, no solo estoy locamente enamorado de esta chica, sino que voy a volverme completamente loco si le pasa algo.

Inmediatamente, mis hermanos se pusieron manos a la obra para traerla de vuelta sana y salva.

Al entrar en la habitación, Dimitri me pone una mano firme en el hombro. "La encontraremos, Maks. Haremos todo lo que podamos".

Apretados en el despacho de Alexei, trazamos un plan. Sus hombres ya están fuera, registrando el barrio, pero necesitamos una pista. Algo en que basarnos. La única cosa es que la dirección que Heidi había estado conduciendo no se dirigía de ninguna manera hacia su oficina. Y no tengo ni idea de dónde más podría ir.

Probablemente se dirigía a la propiedad de un cliente. Pero podría ser cualquiera de las casas al azar. ¿Y cómo lo sabríamos?

Justo cuando nos comprometemos a llamar a más contactos, suena mi teléfono. El corazón me salta a la garganta y lo cojo, rezando para que sea Heidi quien me llama. El identificador de llamadas muestra su nombre y siento un intenso y embriagador alivio. Voy a perder la cabeza por esta chica.

"¿Heidi?" Respondo, mi voz ronca después de tan intensa ansiedad.

Pero la voz al otro lado no es la de Heidi. El hombre que me contesta en ruso es frío, amenazador y grasiento. El pavor me consume al reconocer la voz carrasposa de Aleksandr Volkov. "Maks, muchacho, pareces preocupado", dice despreocupadamente, helándome la sangre.

"¿Dónde está Heidi?" Gruño, mi ira es una máscara eficaz para el miedo que ahora me recorre. "¿Qué has hecho con ella?"

Aleksandr suelta una risita grave y siniestra. "No te preocupes. Ella está aquí conmigo. Tengo a tu chica, Maks. Y si quieres volver a verla con vida, vendrás solo, desarmado, al Casino y Salón Starlight en la próxima hora".

"No la toques, joder", gruño, mi voz alcanza un tono casi feral.

"Escúchate salir en defensa de tu putita. Creo que por fin he encontrado a la persona por la que estás dispuesto a morir. Entonces, ¿qué dices, Maks? ¿Tenemos un acuerdo?"

Se me revuelve el estómago con una mezcla de rabia y miedo. Intenté tener lo mejor de ambos mundos, conservar a Heidi y también protegerla de mi mundo enfermo y retorcido, pero ha caído justo en medio de él. Y ahora no veo forma de salvarla sin dar mi vida.

"¿Por qué debería creer que no le harás daño si voy?". Siseo entre dientes apretados, con los dedos agarrando el teléfono con tanta fuerza que parece que vaya a romperse.

"Supongo que tendrás que creer en mi palabra", responde Aleksandr. "Pero si traes a alguien más, si intentas algo raro, te prometo que no volverás a verla".

Cuelga antes de que pueda decir otra palabra, y me quedo mirando el teléfono, con el corazón latiéndome en el pecho. No puedo creer que esté reviviendo mi peor pesadilla, pero no dejaré que le pase nada a Heidi. Me niego a verla morir en mis brazos como Symphony. No, Heidi no puede morir. Tiene demasiada vida.

Miro a mis hermanos, que me observan expectantes.

"La tiene en el Starlight Lounge", sintetizo. "Quiere que vaya solo, desarmado, dentro de una hora, o la matará".

Volátiles insultos rusos brotan de mis hermanos en sincronía mientras destrozan a Aleksandr con sus insultos.

"Puede metérselo donde no brilla el sol si cree que te dejaremos entrar ahí sin refuerzos. Eso es como entregarte a él en bandeja de plata".

Ambos me miran con determinación, dispuestos a seguirme hacia el fuego. Y sé que no puedo dejarles. No haré que nos maten a todos intentando salvar a la chica que amo. Si muero, los necesito vivos para traer a Heidi a casa sana y salva.

"Vamos, Maks", dice Dimitri, con voz firme. "Estamos contigo. Tenemos un viaje de cuarenta y cinco minutos para averiguar cómo vamos a traer a tu chica de vuelta sana y salva".

Alexei asiente, con expresión grave. "No le daremos a ese bastardo la oportunidad de hacerle daño".

Me debato entre el alivio de contar con su apoyo y el miedo a que se vean arrastrados aún más en este lío. Sé que no puedo hacerlo solo. No puedo dejar a Heidi en manos de un monstruo como Aleksandr. Pero también sé que mis hermanos no pueden venir conmigo. No esta vez.

"Voy solo", afirmo con firmeza, deteniendo a mis hermanos en seco. "Y vamos a hacer esto exactamente como él dijo. Me niego a arriesgar la vida de Heidi desviándome de sus demandas".

"No puedes hablar en serio", dice Dimitri con expresión inexpresiva.

"Si que lo estoy".

"¿Y crees que vamos a dejar que te entregues por una chica? ¿Sin ni siquiera intentar defenderte?" Alexei exige, su semblante normalmente descarado sustituido por una ferocidad que solo le he visto demostrar una vez antes, la noche en que se puso delante de una bala para salvar a su mujer.

"Lo harás si yo te digo que lo hagas", ordeno, dando zancadas decididas hacia la puerta.

Y para mi sorpresa, Dimitri me cierra el paso.

"Apártate de mi camino", ordeno entre dientes apretados.

"No hasta que encontremos una forma mejor".

"Escucha, no tenemos tiempo para esto. Tengo una hora para salvar a Heidi, y no me quedaré sin hacer nada y dejarla morir. Vosotros dos tenéis familias, mujeres por las que moriríais. Y os necesitan para seguir con vida. Bueno, finalmente he encontrado una mujer por la que estoy dispuesto a morir. Y ahora mismo, ella me necesita. Lo que significa que necesito que vosotros dos estéis listos para sacarla de allí tan pronto como tenga a Aleksandr distraído".

Mis hermanos pequeños comparten una de sus miradas silenciosas, y aprieto los puños al verlos debatir si mi argumento merece el precio que estoy dispuesto a pagar.

"Bien", dice Dimitri. "Pero si ese es el plan, no puedes tumbarte y morir".

"Te aseguro que me niego a morir sin matar primero a Aleksandr."

HEIDI

Tardé solo unos instantes en darme cuenta de lo terriblemente que había metido la pata. Y lo que es peor, también puse a mi hija Sarah en peligro. No puedo creer que fuera tan tonta, pero no puedo permitirme pensar en ello ahora. No con las ominosas figuras que nos arrastran desde la parte trasera de una furgoneta hasta el sombrío y poco iluminado aparcamiento de lo que parece una versión muy deteriorada y dañada por el fuego de uno de los casinos locales de San Francisco.

El corazón me golpea la caja torácica y el miedo se enrosca como una serpiente en mi columna vertebral. Lucho violentamente contra las férreas garras de los hombres que me sacan de la furgoneta.

"¡Déjadnos ir!" Grito, arremetiendo salvajemente con el pie y conectando con algo blando perteneciente al hombre de mi derecha.

Gruñe, su agarre se afloja mientras se dobla por un momento. Y aprovecho la oportunidad para redoblar mis esfuerzos por escapar de mi otro captor. Pero cuando me giro para enfrentarme a él, no está dispuesto a jugar.

Me golpea con tal fuerza que el mundo parece girar. El agudo crujido de su piel contra la mía resuena en el aire, haciéndome zumbar los oídos. Hago una mueca de dolor en la mejilla y siento el sabor metálico del miedo mientras el mundo me da vueltas. Antes de que pueda decidirme, caigo al suelo con fuerza.

Las palmas de las manos rozan el duro pavimento, las rodillas se golpean contra la tierra firme y miro hacia ellos mientras me acaricio la mejilla palpitante.

Los gritos de Sarah atraviesan la oscuridad y me giro para verla retorciéndose en los brazos de otro de nuestros captores. Su carita está roja y contorsionada, su voz es un sollozo aterrorizado que me desgarrá el corazón mientras intenta correr hacia mí.

"Por favor, no le hagáis daño", suplico, forcejeando hacia Sarah solo para que mis captores me cojan de los brazos y me pongan de pie.

Sarah gime, tratando de alcanzarme, y yo lucho con todas mis fuerzas para cogerla, pero no puedo. Uno de los hombres que me sujeta suelta una risita grave y cruel. Es como si utilizaran el miedo y la angustia de mi hija como arma contra mí. Se están deleitando en el poder de negarse a dejarme estar con ella, y puedo ver el pánico absoluto en su cara.

"¡Mamá!", solloza, las lágrimas corren por sus mejillas mientras sigue intentando alcanzarme.

"Shh, cariño, todo va a ir bien", murmuro, con la voz temblorosa mientras lucho por calmarla. Tengo que ser fuerte por ella. Pero no puedo reprimir el terror y la culpa que me corroen al saber que he sido yo quien nos ha metido en esta pesadilla.

Los hombres nos arrastran al interior del edificio abandonado y, mientras nos perdemos en el laberinto de pasillos, finalmente me sueltan, quizá creyendo que me han acobardado hasta la sumisión o quizá seguros de que no encontraré la salida.

Pero no conocen la ardiente determinación que me recorre, el instinto maternal de proteger a mi hija a toda costa. Por ahora, esperaré mi momento, ocultaré mi ira y mi desesperación si es necesario para proteger a Sarah. No pueden retenerme para siempre.

Tras varios minutos caminando, nos conducen a una habitación sin ventanas que apesta a humo y plástico derretido. Solo entonces Sarah es liberada y los hombres salen de la habitación en rápida sucesión. La pesada puerta se cierra tras ellos, dejándonos en un silencio espeluznante, interrumpido únicamente por los suaves gemidos de Sarah.

"Oh, mi dulce niña", respiro, corriendo hacia ella.

La estrecho entre mis brazos y mis dedos temblorosos rozan sus mejillas llenas de lágrimas. Sus ojos, grandes y asustados, se cruzan con los míos y le meto la cabeza bajo la barbilla.

"Todo va a ir bien, cariño. Mamá está aquí. No dejaré que te pase nada", susurro con la voz temblorosa. Solo espero poder cumplir mi promesa, pero no tengo ni idea de lo que pretenden hacernos.

Abrazo a Sarah, el calor de su cuerpecito me reconforta mientras la acuno suavemente en mis brazos. Se acurruca contra mi pecho y sus sollozos se van convirtiendo en suaves mocos mientras se aferra a mí.

Mi mente se acelera mientras busco una forma de salir de esta pesadilla, escudriñando la habitación en penumbra con la mirada. Sé que tengo que encontrar una salida, poner a Sarah a salvo. *¿Pero cómo?* Puede que me hayan subestimado, pensando que solo soy un peón en este juego mortal, pero no tienen ni idea de lo que es capaz una madre desesperada. Y no me detendré ante nada para proteger a mi pequeña.

La habitación parece una sala de póquer privada, con dos mesas redondas ocupando el espacio de tamaño medio. Pero está claro que ha sufrido un incendio. El fieltro de las mesas se ha chamuscado, los portavasos de plástico se han derretido y deformado. Manchas negras de humo trepan por la pared como una pintura insidiosa.

Nunca he tenido tiempo de explorar los casinos de San Francisco, así que no tengo ni idea de cuál es éste. Pero creo vagamente que estaba en funcionamiento en los últimos años. Y a juzgar por el olor, este incendio debe haber sido bastante reciente. Me pregunto si es seguro ocupar el edificio. Pero parece que nuestros captores no se preocupan por eso.

Tampoco estoy seguro de que la solidez estructural vaya a importar mucho más, y un frío pavor me invade al pensarlo. Redoblando mis esfuerzos por encontrar una salida, confirmo que no solo la habitación carece de ventanas, sino que no hay una segunda puerta. Y la que atravesamos está

completamente cerrada.

Me siento terriblemente atrapada e impotente mientras abrazo a Sarah, deseando, por encima de todo, que esté bien.

En la penumbra y la opresión de la habitación pasan horas. Percibo el cansancio de Sarah, sus párpados caen mientras se aferra a mí. Pero no quiere dormirse. Cada vez que empieza a hacerlo, se despierta con un grito ahogado. Por desgarrador que sea, puede que sea lo mejor. Debemos estar alerta y aprovechar cualquier oportunidad que se nos presente.

Como si nada, la puerta se abre con un chirrido y el hombre que se me había presentado como el Sr. Cherny entra en la habitación con una sonrisa perversa en los labios. Ahora sé que no se trata de un simple dueño de restaurante. Dejó perfectamente clara su verdadera identidad en cuanto me hizo prisionera en su restaurante.

Aleksandr Volkov, el mismo hombre del que Maks me advirtió. Instintivamente, cojo a Sarah con más fuerza, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Ella se agita en mis brazos, sintiendo mi preocupación, y me rodea el cuello con más fuerza. *¿Qué quiere este hombre?* Maks me dijo que me haría daño, que me utilizaría para llegar a Maks. *Pero, ¿por qué? ¿Por qué nos llevaría? ¿Y por qué precisamente aquí?*

"¿Qué quieres de mí?" Exijo, con la voz temblorosa por una mezcla de miedo y rabia.

Los ojos de Aleksandr brillan con malevolencia mientras se acerca, con la mirada clavada en Sarah. "Quiero acabar con la Bratva Federov. Y tú, querida, eres el cebo para traer a Maks y poder matarlo de una vez por todas. Los hermanos Federov han sido una plaga en mi ciudad, llevándose todos los mejores negocios y dirigiendo esta ciudad durante años. Así que esta noche, tengo la intención de matar a su líder. Luego me encargaré del resto de su familia".

Las palabras me producen un escalofrío. Maks, el hombre que se ofreció a protegernos, al que tontamente rechacé creyendo que podía protegerme no solo a mí sino también a mi pequeña, es al que quiere Aleksandr. Y las intenciones de Aleksandr están lejos de ser nobles. Quiere sangre, y es la sangre de Maks la que ansía. Pero siento que mi vida, y la de Sarah, significarían poco para él si nuestras muertes le ayudaran a capturar a su presa.

La vocecita de Sarah perfora la tensión. "Mamá, tengo miedo".

La estrecho contra mí y le acaricio la espalda con la palma de la mano. Le respondo a Aleksandr con voz suave pero firme. "Maks no vendrá a por nosotras. No le importo. No soy nada para él, solo su...". Vacilo, la palabra se me atasca en la garganta... "puta".

Me duele decirlo, ahora que sé lo profundas que son mis emociones por él. Puede que sea la verdad, que soy poco más que una prostituta a los ojos de Maks, pero la verdad sigue doliendo.

Aleksandr tose, con expresión poco impresionada. "A ver, Heidi, creía que tú y yo estábamos construyendo un poco de confianza entre nosotros. Lo menos que podrías hacer es ser sincera conmigo. Para ser puta, hay que aceptar dinero, querida. Y tú no haces eso, ¿verdad? Además, os he estado observando juntos. No puedes engañarme. Puede que no tenga corazón, pero no soy ciego ni tonto. Es obvio que Maks está enamorado de ti. ¿O no te lo ha dicho?"

Me burlo del evidente intento de molestarme. Quizá sea *Aleksandr* quien *me* subestime.

"¿Qué? ¿No me crees?", pregunta, con la voz plagada de indignación fingida. "Lo harías si le hubieras oído hablar por teléfono cuando le dije que pienso matarte. Casi se vuelve loco. Ni siquiera intentó discutir cuando le dije que tenía que venir solo y desarmado si quería tener alguna posibilidad de salvarte. No es que tenga la intención de dejar que ninguno de vosotros viva una vez que lo tenga. No, pretendo dejarle ver vuestra lenta e insoportable muerte".

Me aterroriza oír los planes que Aleksandr tiene para mí tan a la ligera, como si dijera que quiere llevarme a tomar un helado. Y sin embargo, de algún modo, la sugerencia de que Maks siente algo por mí atenúa ese miedo. Incluso en nuestra terrible situación, la posibilidad de que me quiera me sigue estimulando.

Pero al mismo tiempo no puedo evitar el pavor que se me agolpa en la boca del estómago. Me duele el corazón cuando pienso en el peligro en que he puesto a Maks. Independientemente de si le importo o no, sé que siente la responsabilidad de protegerme. Y no puedo imaginar que llevaría bien mi muerte después de lo que le pasó a su prometida.

Y si viene a por mí, caerá en una trampa. No quiero que muera por mí. Que es exactamente lo que parece que pasaría si elige hacer lo que Aleksandr le ordenó.

No puedo permitirlo. Mi mente se acelera mientras abrazo a mi hija, formulando un plan, desesperada por garantizar la seguridad de Sarah y enmendar el terrible error que cometí.

MAKSIM

Acelerando hacia el casino en mi Corvette rojo, intento calmar el furioso ritmo de mi corazón. La carretera pasa a toda velocidad, cada momento parece una eternidad mientras corro contra el reloj y mi vida se precipita hacia un precipicio de decisiones imposibles.

La imagen de los ojos sin vida de Symphony mirándome fijamente atormenta mis pensamientos, y la culpa que araña mi alma amenaza con consumirme. Cuán horriblemente le fallé, cómo la defraudé de la manera más profunda. Nunca me lo perdonaré.

Pero, de algún modo, este miedo que me atenaza mientras me precipito hacia el casino de Aleksandr es mil veces peor. Porque ahora sé que Heidi me importa más de lo que nunca me importó Symphony, a pesar de que me comprometí con Symphony y estuve con ella durante años, a pesar de que solo he pasado unas pocas semanas en presencia de Heidi.

Heidi es el sol que calienta mis días, la gravedad que me mantiene con los pies en la tierra. El breve tiempo que hemos pasado juntos ha sido el más feliz de mi vida. Y las últimas noches me han demostrado lo mucho que me estaba perdiendo por intentar mantenerla a distancia.

Nunca me he sentido tan profundamente conectada a otro ser humano, tan perfectamente seguro de ser yo mismo. Heidi no solo me acepta como soy. Me aprecia por ello. Y yo siento lo mismo por ella, con su vena obstinada y todo. Me encanta su sinceridad, su honestidad, su optimismo inquebrantable incluso después de haber sufrido una gran pérdida.

Y cuanto más la conozco, más la quiero.

Intenté terminar las cosas con ella. Estaba dispuesto a alejarme si era necesario para mantenerla a salvo. Pero dejar a Heidi era más difícil que dejar la nicotina. Y su plan fracasó miserablemente, de todos modos. Nunca debí haber aceptado. Nunca debí dejarla expuesta.

Y ahora estoy pagando por mi error.

Si ambos salimos vivos de esta situación, pienso no volver a perderla de vista. Porque ahora es demasiado tarde para dejarla. Estoy loco por Heidi. No quiero mantener las cosas casuales con ella. No quiero volver a vivir sin ella. Ni siquiera sé si podré.

Y al darme cuenta de ello, piso el acelerador a fondo para ir a rescatarla.

Haré lo que sea necesario para salvarla.

Aunque me cueste la vida.

Será mejor que no llegue demasiado tarde.

El plan es simple, tan simple como puede serlo en nuestro retorcido y desordenado mundo. Tengo la intención de entregarme. Moriré con gusto si es necesario para asegurar la vida de Heidi. Y estoy seguro de que eso es exactamente lo que Aleksandr quiere. Su mensaje era claro: ven solo, desarmado y en menos de una hora, lo que me dejaba poco tiempo para formular una estrategia más allá del acatamiento.

Pero no soy ingenuo. No tengo ninguna duda de que Aleksandr probablemente tiene la intención de matar a Heidi tan pronto como tenga lo que quiere. Diablos, si sé algo de Aleksandr Volkov, probablemente pretende matarla lenta y dolorosamente, y hacerme mirar todo el tiempo.

Porque es un bastardo sádico que no solo quiere matarme. Primero querrá romperme.

No dejaré que eso ocurra.

No a expensas de Heidi.

Por eso he reunido a Alexei y Dimitri para que encabecen la carga con todos nuestros hombres. Armados hasta los dientes, están detrás de mí, listos para entrar en cuanto los hombres de Aleksandr crean que estoy solo.

Se ha llegado a un enfrentamiento violento, que llevo años deseando desesperadamente evitar. Sé que perderemos buenos hombres por ello y que podríamos acabar en la cárcel por nuestros crímenes si esto se convierte en un baño de sangre. Pero aceptaré cualquier destino que me espere mientras Heidi salga viva.

Los neumáticos de mi coche chirrían en señal de protesta cuando entro en el aparcamiento del casino. Me tiemblan las manos de furia desenfadada al sacar las llaves del contacto y saltar del coche. No hay tiempo que perder, no hay lugar para vacilaciones. Cada segundo cuenta.

En cuanto cierro la puerta del coche, me rodea un grupo de hombres armados, los hombres de Aleksandr. Sus rostros están enmascarados con un estoicismo brutal, su presencia es un recordatorio tangible de la gravedad de la situación.

En silencio, un hombre se adelanta para cachearme con cautela, asegurándose de que vengo desarmado antes de escoltarme a punta de pistola a través de las ruinosas puertas del casino. La tensión en el aire es asfixiante, una prensa invisible que me oprime el pecho y me oprime el corazón.

Aun así, me enorgullece ver el nivel de destrucción que hemos causado en la vaca lechera favorita de Aleksandr. El Starlight Lounge es ahora poco más que una ruina, un cascarón chamuscado que contiene cementerios de máquinas tragaperras fundidas y mesas de cartas rotas. Es increíble lo que pueden hacer un poco de acelerante y un lanzallamas.

Cuando llegaron la policía y los bomberos, poco podían hacer.

Los hombres de Aleksandr me conducen por pasillos serpenteantes, más allá de las máquinas tragaperras cubiertas de ceniza y las mesas de ruleta chamuscadas, hacia el epicentro del casino. Mi pulso se acelera a cada paso, sabiendo que la vida de Heidi pende de un hilo, su destino

determinado por la implacable marcha del tiempo.

A medida que nos acercamos a la habitación donde Aleksandr la retiene, oigo su voz cargada de placer sádico. Se me hiela la sangre cuando se burla de ella, parece saborear su miedo.

"Bueno, querida, parece que podrías tener razón después de todo. Maksim no debe quererte porque ha pasado una hora y no está aquí. Lo que significa que se te acabó el tiempo".

"¡Espera, espera!", grita. "Si significo tan poco para él, ¿por qué necesitas matarme? ¿No podrías simplemente dejarme ir?"

Aleksandr se ríe cruelmente. "¿Y perder la oportunidad de colgar tu cadáver destrozado en el vestíbulo de su nuevo hotel? No lo creo. Aunque no le importe lo suficiente como para intentar salvarte, estoy seguro de que no le gustará que tu cadáver espante a sus huéspedes".

"Por favor, no", solloza Heidi, su voz se vuelve frenética.

Se me cae el estómago y me dirijo con más urgencia hacia la puerta al oír la aterrorizada súplica de Heidi.

Pero Aleksandr no parece afectado en absoluto cuando le da un horrible ultimátum. "¿Prefieres que te dispare a ti o a tu hija primero?"

Apenas tengo tiempo de procesar su pregunta antes de que el horrible sollozo ahogado de Heidi me lleve a la desesperación.

"No, *por favor*", suplica, el pánico en su voz me atraviesa.

La urgencia de la situación se hace insoportable y me invade el miedo. *¿Y si llego unos segundos tarde?* No puedo soportarlo. No puedo fallarle a Heidi, ni ahora ni nunca.

Presa del pánico, me abro paso a empujones entre los guardias que me rodean e irrumpo en la habitación. "Estoy aquí", gruño, atrayendo todas las miradas hacia mí en un instante. "Puedes apuntarme con el arma, Aleksandr, que es donde debe estar esa bala".

Una sonrisa malévola se dibuja en los labios de Aleksandr, que se vuelve hacia mí con el dedo en el gatillo.

Y como no puedo evitarlo, dirijo una mirada hacia Heidi. La escena que me recibe es de puro horror. Tiene la cara llena de lágrimas y puedo ver el comienzo de un moratón morado en un pómulos. Está temblando y la pequeña Sarah, la inocente niña que conocí ayer en la consulta de Heidi, se aferra a ella con los ojos muy abiertos por el terror.

¿Por qué Sarah estaría con Heidi?

En algún lugar de mi mente, recuerdo que Aleksandr llamó a la niña hija de Heidi. Una horrible sensación de hundimiento se instala en mis entrañas. Pero ahora no tengo tiempo de procesarlo.

"Ah, Maksim", ronronea Aleksandr, su mirada helada cuando mis ojos se desvían para mirarle una vez más. "Por fin te has decidido a venir. Pensé que no vendrías después de todo".

Siento como si la habitación se cerrara sobre mí, como si las paredes se movieran hacia dentro, exprimiendo lentamente la vida de todos nosotros. Cada instinto de mi cuerpo me grita que

actúe, que proteja a Heidi y a su hija cueste lo que cueste. Pero mantengo las manos visibles, las palmas abiertas en señal de rendición, aunque mi corazón se acelere.

Lo que necesito es entretenerle hasta encontrar una ventana de acción.

"Bueno, he venido", respondo, con voz firme, aunque la agitación de mi interior amenaza con estallar. "Déjalas ir, Aleksandr. Me tienes a mí. Has ganado".

Los redondos ojos avellana de Heidi se clavan en los míos, con gratitud y miedo mezclados en sus profundidades. La habitación está cargada de tensión, el silencio es tan pesado como la muerte. Me he jugado la vida, me he ofrecido como peón en este retorcido juego, todo por ella. Y solo puedo rezar para que mi plan funcione.

Entonces la sonrisa de Aleksandr se ensancha, revelando al depredador que lleva dentro. Es un hombre que se deleita con su poder. Hace alarde de él y absorbe el miedo que crea su reino de terror. No habrá manera de salir de ésta.

Al menos no para todos nosotros.

HEIDI

La sonrisa de Aleksandr me produce un horror glacial. Maks vino. Ha venido, desarmado y solo, como le pidieron. Y me destroza saber que se sacrifica por mí.

En un instante, me di cuenta de dos cosas con tanta fuerza que casi me caigo de espaldas. La primera es que no puedo soportar la idea de ver morir al hombre al que amo, y amo a Maks con todo mi corazón, independientemente de lo que él piense sobre el compromiso, el amor o incluso sobre mí.

La segunda es que Aleksandr podría tener razón. Maks se preocupa por mí. Al menos le importo lo suficiente como para estar dispuesto a morir por mí. Y la conmovedora comprensión me deja sin aliento, llenándome de una alegría abrumadora por un momento fractal.

Entonces la realidad vuelve a derrumbarse a mi alrededor cuando me enfrento al hecho de que probablemente va a morir por mí. Aquí mismo. Ahora mismo. Delante de nuestra hija, a la que nunca le he dicho que es suya.

He hecho un desastre de todo.

Como si hubiera oído mis pensamientos y los encontrara especialmente graciosos, Aleksandr se burla, sus ojos tan oscuros como los del diablo mientras me mira de arriba abajo con desprecio.

"Tengo que reconocértelo, Maks. Ella es hermosa. Pero los hermanos Federov sois demasiado fáciles de manipular porque sois todos iguales". Aleksandr hace una pausa, dejando que su regodeo cale hondo antes de continuar. "Nunca he conocido a una familia con una reputación tan dura y, sin embargo, sois todos unos románticos de corazón blando dispuestos a dar la vida por las mujeres que amáis".

Maks se queda inmóvil, sus ojos plateados rebosan odio mientras sigue el lento paseo de Aleksandr por la habitación. "Al menos no somos monstruos sin corazón dispuestos a envenenar a una frágil anciana que vive su vida en paz en su finca".

Confundida, frunzo el ceño mientras mi mirada se desvía hacia Aleksandr, pero el comentario de Maks parece surtir el efecto deseado, ya que mi captor hace una pausa inesperada.

"Dimitri hizo que mi chef se rompiera, entonces, ¿no? Debo admitir que estoy un poco sorprendido". Aleksandr reanuda su paseo, pareciendo hacer las paces con el nuevo conocimiento.

"En realidad, no. Lo creas o no, lo he resuelto por mí mismo, gracias. Fuiste tras las esposas de mis dos hermanos, mataste a mi prometida. No es difícil suponer que eres responsable de envenenar a mi madre".

Aleksandr se burla. "Lástima que no funcionó".

Se me desencaja la mandíbula ante la nueva revelación y me aferro con más fuerza a Sarah mientras las razones de la ira de Maks hacia Aleksandr se hacen más evidentes cada segundo que pasa. No me extraña que estuviera tan alterado por el acuerdo de convivencia que quería que firmara. Me sorprende que estuviera dispuesto a llegar a un acuerdo.

"Lástima que no te viera como la serpiente en la hierba que Dimitri siempre supo que eras. Podría haberte arrancado la cabeza antes de que te convirtieras en un incordio tan molesto", escupe Maks.

Por el cambio de expresión de Aleksandr, me doy cuenta de que no le gusta nada que lo menosprecien. Y por lo que sé de él, imagino que es porque quiere que le teman y le respeten, no que piensen en él como un inconveniente menor ante el que Maks ni siquiera pestañea.

"Tú y tus hermanos no sois dignos de la hermandad que reclamáis", gruñe Aleksandr, perdiendo la calma por primera vez. "No sois lo bastante fuertes para mantener el territorio que vuestro padre ganó para vosotros. Todos sois débiles y por eso vais a morir. Estoy deseando mataros a todos y cada uno de vosotros. Empezando por ti".

Al final de su diatriba, Aleksandr ha recuperado parte de la calma. Pero aún puedo ver al perro rabioso bajo la superficie, listo para atacar a la menor provocación. Maks puede ser una persona peligrosa, pero Aleksandr Volkov parece positivamente desquiciado.

"Odio estar en desacuerdo contigo", dice Maks con calma, pareciendo saber qué botones apretar para que Aleksandr siga hablando en lugar de matarnos, "pero lo voy a hacer de todos modos. Un hombre débil es un hombre que se mantiene solo. Hay fuerza en la lealtad, fuerza en la familia y fuerza en los números. Todo lo cual tenemos".

Aleksandr frunce las cejas y frunce el ceño mientras busca el insulto en las palabras de Maks.

Me quedo casi tan atónita como Maks, mientras observo su rostro con nuevos ojos. No solo está claramente en su elemento y es un maestro de la negociación y las tácticas dilatorias, sino que oigo una verdad rotunda en su argumento que contradice todo su negocio de no ataduras emocionales. Después de todo, no puede haber lealtad, y desde luego no puede haber familia, sin amor.

La sala se queda en silencio por un momento, incluso los hombres de Aleksandr hacen una pausa en sus diligentes esfuerzos por mantener sus armas apuntando a Maks.

Es entonces cuando comienza el sonido lejano de disparos.

Más rápido de lo que mis ojos pueden seguir, Maks está en movimiento. Acorta la distancia entre él y el guardia de Aleksandr más cercano antes de que el hombre tenga tiempo de apuntar. Agarra al hombre por la muñeca y, con un violento tirón, lo desarma y le rodea la garganta con el brazo.

El guardia se ahoga y sus manos vuelan hacia el brazo de Maks para aliviar la aplastante presión.

Pero Maks apenas parece darse cuenta mientras apunta con la pistola del guardia a un asaltante armado tras otro y los mata antes de que puedan detenerlo.

Asombrada por la destreza y la valentía inquebrantable de Maksim, observo en un silencio atónito durante un momento antes de darme cuenta de que estoy de pie al aire libre, dejándonos a Sarah y a mí completamente expuestas. Acurruco la cara de mi hija en mi hombro, le cubro la cabeza lo mejor que puedo y me escondo detrás de una mesa, envolviendo a Sarah con mi cuerpo lo mejor que puedo.

No es la cobertura ideal. Sigo viendo todo lo que ocurre en la habitación, pero al menos he minimizado la superficie expuesta mientras intento ocultar a mi hija de las balas que repiquetean por la habitación.

Y mientras me agacho junto a Sarah, veo a Maks derribar a un hombre tras otro, utilizando como escudo al guardia al que ha desarmado. Su puntería es asombrosa, y aunque mi corazón vacila al ver cómo las balas pasan zumbando a su lado y acribillan al hombre que tiene delante, no cae.

Masacra a los hombres con una confianza fría y carente de emoción que me habría parecido aterradora si no fuera porque lo hace para salvarme la vida. Y ahora, mientras le veo despejar la sala de mis captores sin ayuda de nadie, lo único que siento es una intensa y abrumadora gratitud y un creciente alivio.

Finalmente, solo queda en pie Aleksandr, que descarga cinco balas con un grito furioso, con el rostro retorcido en una máscara de furia mientras intenta y no consigue acertar a Maks alrededor de su escudo humano.

El arma de Aleksandr chasquea una, dos, tres veces, informándonos de que se ha quedado sin munición. Su rostro palidece a medida que los disparos se hacen más fuertes por el pasillo. Los refuerzos de Maks se acercan.

Soltando el cadáver ya sin vida con un duro golpe, Maks desata una sonrisa asesina, sus ojos brillan mientras observa a Aleksandr como un león que ha acorralado a su presa.

Como si acabara de darse cuenta del peligro inminente, Aleksandr suelta el arma y corre hacia la puerta a una velocidad que no había imaginado que un hombre de su físico pudiera alcanzar.

Maks le sigue la pista con calma, casi perezosamente con su pistola, y cuando el villano que huye se acerca a pocos metros de la puerta, Maks da un último apretón a su gatillo.

El fogonazo resuena por el pasillo, el sonido es tres veces más fuerte de lo que había previsto y extrañamente retardado.

Un momento después, Aleksandr gira, su cuerpo se retuerce casi involuntariamente hasta que vuelve a mirar hacia la habitación. Solo entonces veo la bala en su pecho. Mi mirada se desplaza hacia arriba para encontrar un tercer agujero de bala en el centro de su frente. Una expresión de vacío cae como una cortina sobre su rostro.

Entonces Aleksandr Volkov cae al suelo. Muerto.

MAKSIM

Mi bala alcanza a Aleksandr entre los omóplatos. Y, para mi sorpresa, su cuerpo se da la vuelta y dos balas más le alcanzan en el pecho y la cabeza. Dimitri y Alexei aparecen en la puerta un momento después, y su presencia es toda la explicación que necesito.

Ésas parecen ser las últimas balas de nuestro tiroteo de la vieja escuela y, a medida que se apaga el estruendo, la sala se queda en un silencio sepulcral tras nuestra victoria.

Esto va a requerir un enorme trabajo de limpieza. Pero al menos el casino está fuera de servicio tras nuestro último ataque, y está lo suficientemente lejos de la ciudad como para que tengamos más tiempo para limpiar las pruebas antes de que llegue la policía.

Unos suaves mocos desvían mi atención de las amplias sonrisas de mis hermanos a las chicas acurrucadas bajo la mesa de póquer, y me giro para ver a Heidi acunando a Sarah entre sus brazos. Al ver la forma increíblemente maternal en que Heidi la abraza, recuerdo al instante las preguntas de Aleksandr. Y aunque entonces lo hubiera puesto en duda, ahora no tengo ninguna duda. Heidi tiene una hija.

No sé muy bien cómo sentirme al respecto, no porque tenga nada en contra de los niños, y éste en particular me gusta mucho. *Pero, ¿por qué Heidi nunca me lo dijo?* Hemos pasado semanas juntas y, aunque tendíamos a mantener conversaciones más impersonales, le hablé de mi familia y ella me contó todo sobre Zoe y su madre.

Nada de eso importa ahora, por supuesto. Lo primero que me preocupa es que las dos estén bien, así que atravieso la habitación con paso decidido para ver cómo están. Cuando llego a su lado, Heidi parece demasiado débil para mantenerse en pie, así que me agacho para rodearle la cintura con un brazo y ayudarla a salir de debajo de la mesa.

"Gracias", susurra entre lágrimas, aferrándose con una mano a mi brazo para apoyarse hasta que vuelve a colocarse en pie.

Luego vuelve a colocar la mano en la cabeza de Sarah y acuna a la niña contra su pecho.

"¿Estáis bien las dos?" pregunto, manteniendo la voz baja para no asustar a la niña.

"Creo que sí", dice Heidi, secándose con cuidado las lágrimas de las mejillas.

La pequeña Sarah se asoma tímidamente por debajo de su espesa cortina de pelo oscuro tras un momento de vacilación para mirarme. En cuanto la miro a los ojos, me pregunto cómo pude

pensar que no era la hija de Heidi. Tienen los mismos ojos color avellana, redondos y llenos de inocente asombro.

"Ahora estáis a salvo", le aseguro a la niña, ofreciéndole una suave sonrisa.

Y para mi alivio, se endereza un poco en brazos de su madre, volviéndose para devolverle la sonrisa más temblorosa.

"¿Te han hecho daño?" Pregunto, inspeccionando cuidadosamente a Sarah antes de volver mi atención a Heidi.

"No está mal. Algunos golpes y magulladuras", admite, mostrándome una de sus palmas despellejadas.

Con ternura, rozo con el dorso de un nudillo el moratón que se está oscureciendo rápidamente en su mejilla. Heidi se estremece, el aire silba entre sus dientes, aunque intenta disimular el dolor.

"¿Mamá?" dice Sarah, con la voz entrecortada por la amenaza de nuevas lágrimas.

"Estoy bien, cariño", promete Heidi, apretando los labios contra la sien de su pequeña. "Todo está bien".

El dulce intercambio es una lanza que atraviesa mi corazón al confirmar cualquier pensamiento persistente que pudiera tener, y a pesar de mi profunda preocupación por su bienestar y mi necesidad de garantizar su seguridad, un atisbo de ira comienza a surgir en mi interior.

Me duele saber que Heidi me mintió. Es una profunda traición después de haber sentido que podía confiar en ella todo este tiempo. Quiero confrontarla al respecto, pero no quiero asustar a su hijita.

"Nunca me dijiste que tenías una hija", afirmo lo más bajo que puedo, con la voz rígida por el esfuerzo de mantener la ira en mi tono. "¿También tienes un marido del que debería saber?".

"No. ¡No!", dice sobresaltada, con los ojos desorbitados en una expresión de inocencia que ya no sé si creer.

"Entonces, ¿qué? ¿Un ex, un novio, o vas a decirme que nació de la inmaculada concepción?". El dolor en mi voz sale amargo, y me muerdo las palabras antes de decir algo de lo que pueda arrepentirme. Respiro hondo e intento serenarme antes de hacer una pregunta más civilizada. "¿Cuál es la historia de su padre?".

Unas lágrimas frescas brotan de los ojos de Heidi, revelando una profunda tristeza que no había previsto. Una pizca de arrepentimiento me aprieta el estómago. Quizá me precipité al enfadarme.

"Lo siento mucho, Maks. Debería habértelo dicho. Quise decírtelo tantas veces, pero no pude porque... bueno, es tu hija. Me quedé embarazada de nuestra primera vez juntos, hace cuatro años. No te lo dije porque dijiste que no querías amor ni una familia. Y pensé que lo mejor era mantener a Sarah al margen de esto" -hace un gesto entre ella y yo, indicando nuestro acuerdo- "porque no quería hacerla pasar por la confusión y la pérdida después de que termináramos".

Me quedo como piedra al oír que tengo una hija, y un intenso calor irradia mi corazón ante la posibilidad de que Sarah sea mía. Sin embargo, a esa alegría abrumadora le sigue rápidamente la

culpa y un profundo remordimiento por haber hecho algo para convencer a Heidi de que no debería estar en la vida de mi hija.

Y con la misma rapidez, mis emociones cambian de nuevo a una fea sospecha que quiero aplastar antes de que tome el control. Pero después de que Heidi haya guardado un secreto tan grande todo este tiempo, descubro que no estoy del todo preparado para confiar en ella.

"¿Cómo puedes estar seguro de que soy el padre? Quiero decir, fue una noche, y usamos protección. ¿No podría haber sido un novio por aquella época, o...?". Se me corta la voz al recordar la noche que compartimos, lo inexperta que parecía, lo casi virginal. Y antes de que diga nada, sé que está diciendo la verdad.

"No he estado con nadie más que contigo desde aquella noche, Maks", confiesa, con las mejillas teñidas de rosa. No parece a la defensiva. Al contrario, parece decidida a contarle todo ahora que lo sé, y su explicación brota de ella sin rodeos. "Y tampoco estuve con nadie antes de ti, no durante mucho tiempo".

Resoplando, Heidi se limpia la cara una vez más, recuperando la compostura. "Estaba dispuesta a que fuera cosa de una sola vez y, como te dije antes, tu generosidad hizo que pudiera dejar Lady Venus y encarrilar mi vida. Entonces, al mes de empezar la escuela, descubrí que estaba embarazada".

Su mano acaricia el pelo de Sarah como si quisiera consolarse a sí misma tanto como calmar a la niña y, a pesar mío, se me hincha el corazón al ver que Heidi es tan buena madre. Acurrucada en los brazos de su madre, Sarah parece a punto de dormirse. Probablemente esté agotada por todo el miedo y el trauma al que acaba de sobrevivir.

"Sabía que quería quedarme con el bebé y que debía decírtelo", dice. "Pero no sabía cómo encontrarte ni por dónde empezar. Para entonces, ni siquiera recordaba tu apellido. No sabía dónde vivías, dónde trabajabas... Así que hice las paces con convertirme en madre soltera".

Permanezco inmóvil, escuchando su relato aunque creo que, a estas alturas, ella necesita contármelo más de lo que yo necesito oírlo. Porque la verdad es que todo lo que espera que le perdone, ya lo he perdonado. En mi mente, no hay nada que perdonar. Ha cuidado de nuestra hija sin mi ayuda durante los tres primeros años de vida de Sarah. Lo ha hecho con una devoción que me asombra, y todo lo que puedo sentir es gratitud por su fortaleza y dedicación a nuestra pequeña.

"Te juro, Maks, que ni siquiera tuve tiempo de pensar en salir, con mamá tan enferma y luego falleciendo... luego tratando de empezar mi propio negocio y criar a un hijo...".

Me ablando aún más al oír la ansiedad que hay detrás de sus palabras y ver la disculpa llorosa en sus ojos. Me acerco a Heidi y le acaricio la cara con las palmas de las manos. "Shh", la tranquilizo. "Siento haber dudado de ti ni un segundo", murmuro. "Hiciste más de lo que nadie podría haber esperado de una joven madre soltera, y solo desearía haber estado allí. Quiero ayudar, hacer mi parte como padre. Quiero compensarlas a las dos".

"Maks", jadea Heidi, y sus lágrimas vuelven a brotar con fuerza y rapidez. Mientras resbalan por sus mejillas, se las quito suavemente con los pulgares. "¿No sabes que ya has hecho más de lo que jamás te pediría? Incluso en mis momentos más difíciles, cuando me sentía más sola, nunca

tuve que preocuparme por cómo alimentaría a Sarah o le pondría un techo. Y eso es porque tú me diste generosamente sin pensarlo dos veces. No quiero que te sientas culpable, y definitivamente no quiero que te sientas obligado a formar parte de nuestras vidas si no es eso lo que quieres".

"Pero lo es", insisto, sus palabras provocan un profundo dolor en mi corazón. Temo que ahora no crea mis palabras después de todo lo que he dicho y hecho para demostrar lo contrario. "*Quiero formar parte* de vuestras vidas. Me llena de alegría saber que soy el padre de una niña tan guapa, lista y buena, igual que su madre".

Los ojos de Heidi brillan de amor y devoción, y coloca una mano sobre el dorso de la mía, hundiendo su mejilla en mi palma.

"Quiero formar parte de la vida de Sarah -y de la tuya- todo el tiempo que me lo permitas. Siento que me haya llevado tiempo darme cuenta, trabajando en toda mi mierda. Pero estoy loco por ti, Heidi. Quiero estar contigo y criar a nuestra hija juntos. Haría cualquier cosa para protegerte... a las dos".

"Lo sé", respira Heidi, sus ojos recorren la habitación para reconocer todo lo que he hecho para mantenerla a salvo hoy. Luego vuelve a mirarme y una sonrisa de agradecimiento curva sus labios.

Reflejo su calidez, mi propia sonrisa extrae de mi interior toda la alegría, el amor y la devoción que he pasado tanto tiempo intentando reprimir. "En contra de mis deseos, y de mis mejores esfuerzos, me he enamorado de ti, Heidi, y después de casi perderte, sé que el amor que intentaba evitar me encontró de todos modos. Ya no quiero huir del apego. Quiero atarme a ti de todas las formas terrenales posibles y pasar el resto de mi vida compensando todos los años que he desperdiciado".

Heidi suelta una risita, su felicidad irradia de ella con un brillo casi angelical. "Yo también lo quiero", murmura con los ojos brillantes.

HEIDI

Me llena de una euforia abrumadora oír a Maks decir que no solo me quiere, sino que quiere criar a nuestra hija juntos. Decirle la verdad sobre Sarah fue una de las cosas más aterradoras que he tenido que hacer, casi tanto como enfrentarme a la muerte a manos de Aleksandr Volkov.

Esperaba que Maks se enfadara por haberle ocultado mi secreto, que posiblemente le resultara indiferente tener una hija. Pensé que incluso no querría saber nada de mí ni de Sarah, pero me pilló completamente por sorpresa.

Mientras un estallido de alegría burbujea en mis labios, Maks se inclina para besarme, justo en medio del casino. El calor me recorre las venas y se me acumula en el vientre ante su contacto, y mientras sujeto el cuerpo dormido de Sarah con un brazo, me derrito sobre Maks, absorbiendo la fuerza tranquilizadora de sus poderosos brazos.

Los gritos desde la puerta de la habitación me devuelven al presente y Maks rompe el beso poniendo los ojos en blanco.

"Vosotros dos sois lo peor", gruñe hacia los dos hombres que interrumpieron su inspección del cuerpo sin vida de Aleksandr para interrumpir nuestro momento.

Ambos esbozan sonrisas diabólicas que confirman al instante que deben de ser hermanos de Maks. Los tres tienen los mismos ojos grises y el pelo oscuro salpicado con la cantidad justa de plata. Sus rasgos también son similares, con mandíbulas cuadradas y narices rectas. De lejos, me costaría distinguir a uno del otro.

"Lo siento", refunfuña Maks, volviendo a centrar su atención en mí. "Diría que normalmente no son tan malos, pero estaría mintiendo".

Suelto una carcajada y Sarah se levanta de nuevo, mirando a su alrededor para ver qué me hacía tanta gracia.

La ansiedad me aprieta el estómago al pensar en todos los cadáveres que hay por el suelo, e intento protegerla de lo peor. "¿Quizá podríamos hablar fuera? Me gustaría hablar con Sarah sobre... bueno, sobre ti. Pero quiero hacerlo en un lugar donde se sienta más segura".

"Por supuesto". Sin dudarle ni un momento, Maks se quita la chaqueta y se la pone por encima a Sarah, dándole una manta caliente que yo puedo arropar para ocultar la imagen gráfica que nos

rodea. Luego me rodea la cintura con el brazo para sostenerme mientras me guía por el laberinto de cuerpos.

"Dimitri.....", empieza cuando nos acercamos a la puerta, y el mayor de sus dos hermanos se levanta con expresión momentáneamente seria.

"Yo me encargo. Tú haz lo que tengas que hacer". Su barbilla se inclina en mi dirección y, por un momento, unos ojos agudos e inteligentes me escrutan con abierta curiosidad. Entonces Dimitri hace una sutil reverencia. "Heidi, es un placer conocerte por fin", dice. "Aunque las circunstancias son bastante desafortunadas". Sus ojos observan la sangrienta escena que nos rodea.

Entonces el otro hermano de Maks se levanta de sus cuclillas para darle un codazo en las costillas a Dimitri. "Lo que intenta decir es que hemos oído hablar mucho de ti y estamos deseando conocerte mejor. No cualquier chica podría hacer tu tipo de magia en el viejo oso pardo de aquí".

Le da una palmadita en el hombro a Maks y su hermano mayor le responde con un gruñido de oso.

"Soy Alexei, por cierto. El guapo hermano Federov". Me guiña un ojo juguetón.

"Encantado de conoceros a los dos", digo, sonriendo a pesar del ambiente sombrío.

"Ven. Vamos fuera", dice Maks, y me rodea los hombros con el brazo para protegerme.

Me siento aliviada cuando no me lleva por el mismo laberinto de pasillos parpadeantes hasta el aparcamiento. En lugar de eso, Maks me acompaña hasta la puerta principal del casino, cerrada con tablas, y de vuelta al asombroso y luminoso día.

Por el ángulo del sol, supongo que es última hora de la tarde o primera de la noche, y casi me sorprende darme cuenta de que aún estamos en el mismo día de nuestro secuestro. Parece que hace toda una vida que me libré del todoterreno negro que me seguía.

Un pensamiento me asalta de repente y miro a Maks. "¿Has... enviado un coche para seguirme?"

Maks me dedica una sonrisa algo tímida. "Sí. Aunque aparentemente, eres una conductora más loca que un par de miembros de la Bratva rusa".

Me río entre dientes y niego con la cabeza. "Después de tu advertencia de ayer, pensé que podrían ser los hombres de los que hablabas. Me dieron un susto de muerte".

"Debería haberte hablado de ellos. Pero pensé que intentarías escabullirte de ellos si lo hacía".

Mis labios esbozan una cálida sonrisa. "Probablemente tengas razón. Pero, ¿qué tal si, a partir de ahora, acordamos no tener más secretos?"

"Puedo vivir con eso", acepta, y me acerca para darme un beso en la frente.

Fuera, en la entrada de lo que resulta ser el Starlight Casino and Lounge, me alivia comprobar que el mundo que nos rodea casi podría considerarse normal. Esto servirá para hablar con Sarah sobre Maks.

Me agacho, la dejo en la acera y Sarah se inclina hacia mí, no quiere quedarse sola después de todo lo que ha pasado.

"Tengo algo que decirte", le digo suavemente, alisando mis dedos sobre sus delicadas mejillas y su barbilla antes de coger las pequeñas manos de mi hija. "Sarah, este es Maks. ¿Te acuerdas de él?"

"Sí. Nos conocimos ayer", dice, mirándole tímidamente por encima de mi hombro.

Aunque se ha puesto a la altura de Sarah detrás de mí, sigue siendo lo bastante alto como para que ella tenga que levantar la vista, y balancea el cuerpo de un lado a otro en un tímido baile.

"Así es", acepta. "Y me hablaste de tus planes de cumpleaños para ir al zoo".

Miro a Maks por encima del hombro y veo que una sonrisa suave y tierna se dibuja en su rostro.

Sarah asiente cuando me vuelvo hacia ella y, tras dudar un momento, pregunta: "¿Quieres venir?".

Se me derrite el corazón. Parece que nuestra hija ya se ha encariñado con Maks, y me quedo sin habla por un momento mientras se me llenan los ojos de lágrimas de felicidad.

"Me encantaría ir a tu cumpleaños", dice Maks, con voz grave y llena de emoción.

"Sarah, cariño, ¿sabes que me preguntaste por los padres que tienen tus amigas del cole?". Digo, intentando entrar en el tema con suavidad.

"¿Sí?"

"Bueno, Maks es *tu* padre. Y si te parece bien, le gustaría empezar a pasar tiempo con nosotras. ¿Qué dices?"

Sarah redondea los ojos antes de arrugar las cejas, confundida, y vuelve a mirar a Maks. "¿Papá?", dice, intentando pronunciar la palabra.

La vulnerabilidad absoluta que transforma el rostro de Maks es devastadoramente hermosa. Puedo ver la profunda emoción en sus ojos y sé que, aunque no pudo estar allí en el hospital el día que nació Sarah, ahora está viviendo esa misma experiencia estremecedora. Esa sensación de que toda la gravedad del planeta ha cambiado de repente para girar en torno a un único y diminuto ser humano.

"Sí, ese soy yo", asiente, con voz ronca y adorable, y se aclara la garganta, resoplando para recobrar la compostura.

Tímidamente, como si no estuviera segura de si está permitido, Sarah me suelta las manos para acercarse a su padre. Luego se compromete y da dos pasos antes de rodearle el cuello con los brazos en un fuerte abrazo.

Maks se queda paralizado, con el cuerpo tenso por la conmoción que le produce la muestra de afecto. Luego, de repente, se relaja y sus grandes brazos rodean su pequeña figura con una delicada ternura que me hace un nudo en la garganta. Abrazando a Sarah, con la palma de la mano cubriendo casi toda su pequeña espalda, Maks me mira a los ojos y puedo ver el amor incondicional que siente, la devoción que va más allá de las palabras.

No sé cómo pude dudar de que pudiera querer a nuestra hija. Pero ahora tengo claro que la vida de Sarah va a ser mucho más rica por tener a su padre en ella.

Cuando por fin lo suelta, Sarah vuelve a mis brazos con una tímida sonrisa.

"¿Nos vamos a casa?" le ofrezco, dándole un fuerte apretón por detrás.

Asiente con la cabeza y se gira para que vuelva a cogerla en brazos.

Maks y yo estamos de acuerdo en que el mejor lugar para Sarah esta noche va a ser en su propia casa, donde se sentirá más segura, rodeada de las personas que más la quieren.

Zoe está allí cuando llegamos, presa del pánico y gritando a la policía que es absurdo esperar veinticuatro horas para denunciar una desaparición. En cuanto nos ve, cuelga sin decir una palabra más y cruza corriendo la habitación para darnos un fuerte abrazo.

Después de contarle toda la historia de lo sucedido una vez que colgué el teléfono con ella esta mañana, Zoe me asombra no solo abrazándonos de nuevo a Sarah y a mí, sino también lanzando sus brazos alrededor de Maks en un abrazo feroz.

"Gracias por traerlas sanas y salvas a casa", dice entre lágrimas.

Maks le da una suave palmada en la espalda, con expresión desconcertada por su demostración de emoción mientras me mira. Sonrío, encogiéndome de hombros para indicarle que debería aceptar el hecho de que hoy ha demostrado ser un caballero de brillante armadura.

"Por supuesto", dice.

Cenamos juntos temprano y, después, Maks nos acompaña a Sarah y a mí a leer su cuento favorito. La pobre está tan cansada que ni siquiera terminamos de leer el cuento antes de que se duerma profundamente, arropada entre nosotros.

Maks y yo salimos de su habitación sin despertarla y nos dirigimos a la mía. Cuando cierro la puerta, por fin estamos solos, libres para hablar sin inhibiciones de todo lo que ha pasado.

Maks no pierde ni un momento y me presiona suavemente contra la puerta cerrada para capturar mis labios en un beso ardiente. Y me siento tan bien teniéndole cerca. Creía que lo había perdido. Primero ayer, cuando salió por la puerta. Y hoy, cuando ha venido a rescatarme. Nunca he tenido tanto miedo de perder a alguien en mi vida.

Es celestial tener mi mano apoyada sobre su corazón mientras siento los poderosos latidos contra mi palma. "¿De verdad estás listo para darle otra oportunidad al amor?". Respiro cuando por fin hace una pausa para tomar aire.

Maks suelta una risita baja y oscura. "No veo que tenga muchas opciones porque ya estoy enamorado".

Mi corazón palpita al oír esas palabras y una lenta sonrisa se dibuja en mi rostro.

"Pero esta vez, te prometo que haré lo que sea necesario para mantenerte a ti y a nuestra hija a salvo".

"Aww." La emoción amenaza con ahogarme una vez más ante sus palabras profundamente

significativas.

"¿Qué?", pregunta, inclinándose hacia atrás para mirarme a los ojos.

"Has dicho 'nuestra hija'". Resoplo, luego suelto una risita mientras Maks suelta una suave carcajada.

"Me gusta cómo suena eso", asiente mientras se inclina para besarme una vez más.

La conexión eléctrica entre nosotros empieza a crecer cuando su lengua me roza el labio inferior antes de acariciarme el interior de la boca. Sus manos me exploran suavemente, con cuidado de no hacerme daño.

Hay algo en esta nueva ternura que me hace palpar el corazón. Me encanta la forma ruda y apasionada en que me folla, y adoro el sexo lento e íntimo que tuvimos durante la noche que pasamos en el balneario. Pero, sin duda, así es como Maks pretende hacerme el amor por primera vez, y eso me calienta el alma, llenándome de la felicidad más dulce que jamás he conocido.

Me desnuda despacio, con cuidado, antes de cogerme en brazos y llevarme a la cama. Lo observo mientras se desnuda, sin apartar los ojos de mi cara, como si temiera que pudiera desvanecerme si apartara la mirada.

Luego se mete en la cama conmigo, su cuerpo se alinea con el mío con una perfección sin esfuerzo. "Sé que estoy haciendo todo esto fuera de lugar", murmura mientras me besa suavemente desde la garganta hasta los pechos. "Y aún no tengo anillo. Pero, Heidi Turner, te quiero. Te quiero más de lo que nunca he querido a nadie. Y quiero demostrártelo todos los días del resto de nuestras vidas. ¿Quieres casarte conmigo?"

Sus labios vuelven a acercarse a mi boca y me da un beso casto antes de detenerse, con los brazos apoyados en el colchón a ambos lados de mis hombros, mientras espera mi respuesta.

"Sí", suspiro, con lágrimas de alegría en los ojos mientras asiento con énfasis. "Sí, me casaré contigo..."

Los labios de Maks encuentran los míos, interrumpiendo mi respuesta mientras me besa con renovada pasión. Apenas puedo respirar, me invade la euforia de estar entre sus brazos, de sentir el amor que irradia su cuerpo en oleadas tangibles.

Todo ese potencial que podía ver oculto tras sus gruesos muros se desborda ahora, envolviéndome en una profunda emoción que me deja sin palabras. Maks dijo que me quería, que estaba enamorado de mí. Lo dijo sin miedo ni dudas. Y sé que yo también estoy enamorada de él.

No puedo creer que tenga tanta suerte de que sea el padre de nuestra hija porque es el único hombre para mí. Creo que en algún lugar, en el fondo de mi alma, lo he sabido todo el tiempo.

Ambos hemos sufrido mucho dolor y pérdidas en nuestras vidas, y sé que esas personas nunca nos abandonarán de verdad. Pero ahora estoy deseando descubrir todas las nuevas y maravillosas posibilidades de una vida con Maks.

Este es mi "felices para siempre". Con el hombre de mis sueños, la hija más maravillosa del mundo y la mejor familia que una chica podría pedir.

EPÍLOGO

HEIDI

Estoy de pie bajo el suave resplandor del sol de la tarde, con el corazón agitado por la expectación. Tras un breve noviazgo, decidimos que el día de nuestra boda sería sencillo. Maks no quería esperar y, sinceramente, yo no podría estar más de acuerdo. Pero mientras espero a que lleguen los invitados, el día me parece casi surrealista. Sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

Pero estoy emocionada porque esta noche me acostaré como la mujer de Maksim Federov.

La emoción bulle en mi interior, amenazando con desbordarse mientras veo cómo se desarrollan los últimos preparativos para nuestro día especial en Le Fleur. Por una feliz coincidencia, me enteré de que el restaurante francés favorito al que Zoe, Sarah y yo hemos ido durante años es propiedad y está dirigido por nada menos que Camille, la cuñada de Maks.

Camille, la mujer de Dimitri, ha demostrado ser un encanto ayudando con los preparativos de la boda, y estoy muy agradecida de que haya cerrado todo el restaurante por la noche para dar cabida a la celebración de nuestras nupcias. Asistirá sobre todo la familia y nuestros amigos más íntimos, que para mí es lo mismo. Y así es como me gusta.

El aroma de las flores frescas inunda el aire mientras una suave brisa entra por las puertas abiertas de la entrada. Respiro hondo y saboreo el momento. Van llegando los invitados de nuestra corta lista y todo parece perfecto.

Miro a Sarah, nuestra adorable niña de las flores, con su risita de emoción contagiosa mientras da vueltas con su diminuto vestido blanco. No puedo evitar sonreír mientras la miro. Tenerla hoy aquí, participando en la boda, es un sueño hecho realidad, y me encanta que esté tan emocionada como yo de que nos convirtamos en una familia.

Zoe aplaude con entusiasmo su actuación y, una vez más, me siento agradecida por mi amiga de toda la vida, que ha estado más que dispuesta a aceptar la responsabilidad de cuidar a Sarah hoy y llevársela a casa a dormir esta noche para que Maks y yo podamos tener tiempo a solas en nuestra noche de bodas.

Alexei, el hermano de Maks, se me acerca con su esmoquin impecable y una cálida sonrisa en la cara. Se inclina para besarme la mejilla, y no puedo evitar sentir una oleada de gratitud por el fuerte vínculo que se ha formado entre nosotros desde que él y Dimitri ayudaron a Maks a venir a rescatarme.

Ya me siento parte de la familia, y eso que aún no ha tenido lugar la ceremonia.

"Felicidades, Heidi", dice, su acento ruso añade un toque de encanto a sus palabras. "Estás impresionante".

"Gracias, Alexei", respondo, con un rubor subiendo a mis mejillas.

Asiente con la cabeza, sus ojos recorren el espacio bien decorado. El espacio no necesitaba mucho más que unos ramos de flores frescas de color blanco nupcial para añadir un poco de formalidad al ya de por sí encantador ambiente. Eran el toque perfecto para un restaurante adornado con extravagantes lámparas de araña que gotean brillantes cristales. La sala abovedada con vigas a la vista se ilumina con una luz suave y romántica.

Las sillas y mesas de madera rústica le dan un aire de casa de campo, y las enredaderas verdes que serpentean alrededor de las vigas de madera maciza confieren al espacio una atmósfera de bosque encantado. Es la visión de un verdadero artista, y siempre he admirado a quien eligió la decoración de Camille.

"Es un día precioso para una boda", observa Alexei. "Me alegro de que mi hermano no haya querido esperar más".

Sonrío sin decir nada. La impaciencia de Maksim por empezar nuestra vida juntos es una de las cosas que más me gustan de él. Desde el día en que me dijo que me quería, Maks ha demostrado ser más devoto, más cariñoso, más atento como padre y como compañero de vida de lo que jamás hubiera imaginado. Y su afán por casarse conmigo no es más que una pieza entrañable más del hombre del que cada día me enamoro más.

"Yo también".

Alexei me hace un guiño característico y se aleja para saludar a otros invitados.

Veo a los niños jugar juntos, sus risas llenan el aire, y se me alegra el corazón al ver que Sarah se lo pasa tan bien con sus nuevos amigos, primos a los que se ha acercado rápidamente y a los que está deseando ver. Son momentos como estos los que me hacen creer en la magia del amor y de la familia.

Me siento tan bendecida de unirme a la familia de Maks.

Celebramos una ceremonia sencilla, de no más de quince minutos, pero llena de votos y promesas sinceras. Maks le pidió a su hermano Dimitri que oficiara la ceremonia, y él se lució con unas cuantas palabras sobre el amor, la devoción y la importancia de encontrar a alguien a quien aferrarse para siempre.

Entonces Maks y yo intercambiamos los anillos, sellando nuestro compromiso con un beso que hizo arder mi alma. Estoy deseando empezar este nuevo capítulo de nuestras vidas como esposa y esposo.

Después de la ceremonia, subimos a la preciosa buhardilla que vamos a utilizar como recepción. Una larga mesa está preparada para la cena, y el aroma de la deliciosa comida flota en el aire, haciéndome rugir el estómago de hambre. El delicado tintineo de las copas y los murmullos de nuestros invitados crean una reconfortante melodía de fondo.

Nos sentamos en el centro de la mesa y compartimos unos momentos de silencio mientras la comida empieza a salir de la cocina y el personal la coloca delante de nuestros invitados con una delicadeza exquisita.

"Bueno, esposa, ¿es hoy todo lo que soñaste?". Pregunta Maks, levantando nuestras manos entrelazadas para depositar un beso en el dorso de mi palma.

"Más de lo que jamás pude soñar", respiro, y lo digo en serio.

Su sonrisa es radiante y me llena de una calidez que no se puede expresar con palabras. Me inclino hacia él y compartimos un tierno beso mientras el sol descende en el cielo de San Francisco, tiñendo de dorado nuestra celebración.

Al final de la velada, tras toda una noche de celebración y diversión, nuestra familia y amigos nos despiden por todo lo alto. Entonces Maks y yo nos subimos a su Corvette rojo para dirigirnos a su ático y pasar un rato a solas.

Mientras conducimos, apenas puedo contener mi emoción. Llevo todo el día guardando un secreto y por fin puedo revelarlo.

"Por fin te tengo toda para mí", gruñe Maks, y me estrecha en sus brazos cuando salimos del ascensor y entramos en su espaciosa casa.

Suelto una risita, meciéndome con él mientras nos balanceamos en la entrada. Cuando se inclina para besarme, tarareo agradecida, saboreando la sensación de sus suaves labios acariciando los míos.

"Tengo una sorpresa para ti", susurro, apartándome lo suficiente para encontrarme con su mirada de plata fundida.

Sus ojos buscan los míos, llenos de una mezcla de curiosidad y deseo. "¿Y qué sorpresa es esa, mi amor?".

Apenas puedo contener la sonrisa mientras me desprendo suavemente de sus brazos y lo conduzco a la cocina, donde hay una pequeña caja envuelta en la isla. Se la doy y veo cómo se le abren los ojos de expectación.

"Ábrelo", le digo.

Lo hace, deja la caja a un lado y saca del papel de seda un diminuto body amarillo pálido decorado con jirafas. Su mirada se desplaza del pequeño conjunto a mí, con una expresión de perplejidad en el rostro. Luego, sus ojos se llenan de asombro y sus labios se entreabren de admiración.

"¿Estás embarazada?", respira, con la voz teñida de emoción.

Asiento con la cabeza, los ojos se me llenan de lágrimas de alegría. "Llevo todo el día deseando decírtelo, pero quería esperar a un momento en que pudiéramos celebrarlo juntos".

Maksim me estrecha en sus brazos, abrazándome con fuerza. "Heidi, es la mejor sorpresa que podía imaginar. ¿Vamos a tener un bebé?"

Esta vez asiento con más énfasis, mareada de emoción.

Su alegría es contagiosa, y ambos reímos mientras las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos.

"¿Pero por qué lloras?", me pregunta, rozándome las mejillas con los pulgares mientras me mira a los ojos.

Me vuelvo a reír, apartando las lágrimas. "Son las hormonas. Espero que estés preparado porque a partir de ahora no serán más fáciles".

Maks se ríe y vuelve a acercarme a su pecho. "Creo que puedo manejarlo".

Su apoyo incondicional llena este día tan especial de un sentimiento aún más profundo de felicidad y amor. No puedo creer que mi familia esté creciendo, esta vez con el hombre al que adoro, el hombre que me completa.

Maksim me besa la frente y luego los labios, una tierna promesa de todo el amor y el apoyo que me dará mientras emprendemos juntos este nuevo viaje.

"¿Desde cuándo lo sabes?" Maksim pregunta, sus ojos se clavan en los míos.

"He hecho el examen esta mañana". Mi corazón se hincha de amor por él. "Quería decírtelo enseguida, pero también quería disfrutar de nuestro día especial".

Maks sonrío, luego se inclina y me besa el vientre, sus labios tiernos contra mi piel. "Estoy deseando conocer a nuestro pequeño".

Le acaricio el pelo con los dedos y le sonrío. "A mí también. Ahora, llévame a la cama, marido".

Con un gruñido apreciativo, Maks se levanta de sus cuclillas. En un instante, me coge en brazos. Chillo por el repentino cambio de equilibrio y le rodeo el cuello con los brazos mientras me lleva al dormitorio.

No puedo evitar sonreír al pensar en las aventuras que nos esperan. Con Maks a mi lado, sé que podemos enfrentarnos a cualquier cosa. Nuestro amor es un faro que iluminará nuestro camino en este nuevo capítulo de nuestras vidas. La vida es buena, y solo va a mejorar a medida que demos la bienvenida a un nuevo miembro a nuestra familia.

Estamos rodeados del amor y el calor de nuestros amigos y familiares. Este es un momento congelado en el tiempo, que llevaremos con nosotros mientras avanzamos hacia el futuro de la mano, listos para abrazar juntos las bendiciones y los retos de la paternidad.

EPÍLOGO AMPLIADO

MAKSIM

U *n año después*

AHORA QUE ALEKSANDR VOLKOV se ha ido, la guerra ha terminado, y no me avergüenza admitir que los hermanos Federov han vuelto a la cima. Lo noto cuando salgo del coche en dirección a la finca de mamá y me reciben mis dos hermanos pequeños, Dimitri y Alexei.

"Tardaste bastante", Alexei comenta. "¿Qué sucedió? ¿Te quedaste atascado en el tráfico?"

"¿Qué tráfico?" Dimitri sigue. "Son las dos de la tarde de un sábado".

"Tal vez, en lugar de hacerme pasar un mal rato, alguno de vosotros, holgazanes, podría echarle una mano a mi mujer", sugiero, adoptando mi mejor tono rudo. Pero la verdad es que últimamente nada me pone de mal humor.

"Heidi", la saluda Alexei, cogiéndole al pequeño Efrem antes de envolverla en un abrazo con un solo brazo. Luego sostiene a mi hijo por encima de su cabeza, arrancándole una risita mientras lo zarandea juguetonamente.

"¿Lista, Sarah?" pregunto, abriendo el asiento trasero para descubrir que ella ya se ha desabrochado el cinturón y está haciendo todo lo posible por bajar del coche gateando por su cuenta.

Igual que su madre, muy independiente y poco dispuesta a pedir ayuda, incluso cuando es perfectamente razonable.

"Papá, ¿puedo ir a buscar al primo Liam?", pregunta mientras arrastra la pequeña mochila de colores del arco iris con material de arte desde el suelo del coche y se la echa, boca abajo, a la espalda.

"Apuesto a que tu tío Dimitri sabrá dónde debes buscar", sugiero.

"Vamos, pequeña", dice Dimitri, ofreciéndole la mano a Sarah.

Ella lo coge y los dos desaparecen dentro de la casa mientras yo me agacho para meter la mano en el asiento trasero del coche y ayudar a Heidi a descargar las provisiones.

"Me ha parecido oír tu coche", dice Camille, entrando en el patio de mamá.

La voluptuosa y talentosa joven chef casada con mi hermano Dimitri se cubre los ojos mientras nos sonríe. A su lado, Nadia, la mujer de mi hermano Alexei, tiene en brazos a una niña recién nacida.

Ya son tres los hijos de mi hermano menor, todo un milagro, teniendo en cuenta que Nadia pensaba que nunca podría tener hijos propios hasta que llegó Alexei. Su pequeña estatura de bailarina contrasta con la de Camille, pero ambas son mujeres sorprendentemente bellas a su manera.

"Hemos traído la macedonia, como nos habéis pedido", dice Heidi, mostrando nuestra contribución a la barbacoa mientras subimos los escalones del porche.

Mi mujer comparte un caluroso abrazo con mis dos cuñadas antes de que ellas me den un abrazo a mí. Me encanta lo bien que se llevan nuestras tres esposas. Eso hace que estar tan cerca de mis hermanos -tanto en los negocios como en la familia- sea mucho más fácil y, en mi opinión, más significativo.

"Maks, ¿cuándo has llegado?" Mamá, cada día más frágil, sale cojeando a recibirnos, ayudándose de su bastón para mantener el equilibrio.

"Hola, madre", murmuro, agarrándola por el antebrazo para tranquilizarla antes de darle un beso en la sien. "Acabamos de llegar. Pero mis hermanos han secuestrado a nuestros dos hijos, así que tendrás que perseguirlos si quieres ver a tus nietos".

"¿Tenéis hambre?" Camille pregunta. "La parrilla está bien caliente. Si vamos pasando al patio, puedo empezar con las salchichas".

"Estoy famélica", confiesa Heidi. "Acabo de terminar con mi cliente esta mañana y aún no he podido comer hoy".

"Vas a trabajar hasta los huesos si sigues así. ¿No te ha dicho Maks que está bien tomarse un descanso de vez en cuando?". Bromea Nadia, enlazando los brazos con mi mujer mientras nos dirigimos al porche trasero.

La manada de niños de mis hermanos ya está jugando en el césped, más allá del patio de cemento, persiguiéndose unos a otros por el césped con chillidos excitados. Parece que Sarah también los ha encontrado, y ella y Liam se ríen mientras corren en círculos alrededor de los más pequeños.

"Te he traído la guarnición, cariño", dice Dimitri, saliendo de la cocina con una fuente de guarnición y unas pinzas. Le da un beso en la mejilla a Camille mientras deja la comida junto a la parrilla que ella está atendiendo.

Las hamburguesas no tardan en estar listas y, después de un pequeño reto para sentar a los niños en la mesa infantil, nos sentamos a comer bajo el cálido sol de verano. La charla es ligera y mis hermanos no paran de bromear mientras todos nos reímos.

No puedo pensar en ningún momento de mi vida en el que todos hayamos sido tan felices, y me acomodo en mi asiento para empaparme de la alegría que me rodea ahora.

"A vuestro padre le habría encantado ver esto", dice mamá, inclinándose hacia mí con aire de conspiración mientras me da una suave palmadita en la mano. "Puede que fuera duro con vosotros cuando crecáis, pero lo único que quería era que tuvierais una vida buena y feliz. Y creo que cada uno de vosotros lo ha conseguido maravillosamente".

Aprieto suavemente la mano de mi madre y, un momento después, capto la suave sonrisa de Heidi mientras observa nuestro intercambio.

"Sabes, creo que nunca he oído la historia de cómo conoció a su marido, señora Federov", dice Heidi.

Me encanta que, por muchas veces que mi madre le haya dicho a mi mujer que la llame por su nombre de pila, la educación sureña de Heidi no lo permite. Y ahora que mi madre regaña a Heidi con la mirada, no puedo evitar reírme.

"¿No?" pregunta Alexei, con la sorpresa reflejada en su rostro.

"Ahora que lo pienso, no sé si he oído las historias de cómo os conocisteis", añade, mirando a Nadia y Alexei y luego a Camille y Dimitri.

Camille suelta una carcajada, llamando la atención de todos, y una pizca de color tiñe sus mejillas. "No querrás saber cómo nos conocimos Dimitri y yo", dice, enarcando una ceja hacia su marido, desafiándole a que se defienda.

"Vale, ahora tengo que saberlo", insiste Heidi, sentándose hacia delante en su silla.

"Una noche entró en mi restaurante, descarado, y me dijo que le debía medio millón de dólares o mi restaurante".

"¿Qué?" Heidi casi chilla, con los ojos saliéndosele de las órbitas. "¿Y tú qué dijiste?"

"Tal vez podamos hablar de esto durante una comida", dice Dimitri, con un brillo en los ojos.

"Eso *no* es lo que dije", responde Camille. "Estoy bastante segura de que fue algo más parecido a 'puedes irte directamente al infierno'".

"No, eso fue después de que te sugiriera que podrías pagarme con favores sexuales", afirma Dimitri, con las cejas haciendo un sugerente baile.

"Vaya, ¿y aún así te casaste con él?". Bromea Heidi.

"No finjamos que ése es el peor encuentro adorable que tenemos en esta mesa", dice Nadia, con una risa en la voz, mientras lanza a Alexei una mirada ardiente.

"¿Qué?", pregunta con la boca llena de hamburguesa. "Oh, vamos. No me digas que te refieres a nosotros. No era más que encantador cuando nos conocimos".

"¿Aparte del hecho de que irrumpiste en mi camerino para exigirme que tuviera una cita contigo?", dice, con una ceja trepando por su frente.

"No recuerdo que fuera así en absoluto", afirma.

"Bueno, lo fue", explica Nadia, su acento ruso se acentúa mientras se inclina más hacia Heidi. "Por eso lo rechacé de plano".

"¿Qué pasa con los hombres Federov y sus comandos, no?" bromea Camille.

Heidi comparte una sonrisa conmigo, y no hace falta que hablemos para que yo sepa que está pensando en todas las veces que me ha hecho la misma pregunta cuando cree que ya la he mandoneado bastante por un día.

"Entonces... ¿qué pasó?". Pregunta Heidi, volviendo su atención a Nadia.

"Compró la compañía de ballet para la que bailo".

Heidi se queda boquiabierta mirando a mi hermano menor, aparentemente sin palabras.

"Alexei", regaña madre. "Me dijiste que lo compraste porque pensabas que sería una inversión valiosa".

"¿Me equivoqué? A mis ojos, lo consideraría la mejor inversión de mi vida". Le dirige a Nadia una sonrisa diabólica y, a pesar suyo, ella se derrite visiblemente bajo su poderoso encanto.

"Bueno", dice mi madre, interrumpiendo con una sonrisa maliciosa, "te aseguro que no aprendieron nada de eso de mí".

La carcajada que soltamos mis dos hermanos y yo hace que nuestras mujeres se rían a carcajadas.

"Vale, ¿por qué tengo la sensación de que hay una historia detrás de eso?". Dice Heidi, apoyando los codos en la mesa y apoyando la barbilla en la palma de la mano mientras espera la historia de mi madre.

"Porque nuestro padre era mucho peor que cualquiera de nosotros y nuestras travesuras", explica Alexei.

La mesa se queda en silencio mientras las chicas esperan más explicaciones, pero no las hay.

"Oh, venga. Tenéis que decírnoslo ya", suplica Camille, reflejando la postura de Heidi mientras mira también a mi madre.

Madre simplemente se ríe. "Muy bien, si queréis saberlo, su padre me vio un día trabajando en el jardín, se me acercó y me pidió un beso. Por supuesto, le dije que no y siguió su camino. Al día siguiente, vino con el labio ensangrentado y me explicó que se había peleado. Una vez más, le dije que no. Pero al tercer día, contrató a un hombre para que le persiguiera y, mientras corría por delante de mi casa, me suplicó que le besara para que el hombre lo dejara en paz. Me dijo que era cuestión de vida o muerte, así que finalmente accedí. Y el resto es historia".

"¡Qué sinvergüenza!" Heidi objeta.

Madre suelta una suave risita. "Sí, lo siento, señoritas. Hice lo que pude, pero mis hijos se parecen a su padre en algunas cosas. Y parece que colocar sus ojos en una mujer y nunca ceder es una de ellas".

De nuevo, Heidi y yo compartimos una mirada. Solo que esta vez, su sonrisa está llena de un profundo amor y aprecio.

Cruza la mesa para darme un apretón en la mano. "Por mi parte, estoy muy agradecida",

murmura.

Le rozo los nudillos con la yema del pulgar y le devuelvo la sonrisa.

"Espera, Heidi, ¿qué te hizo Maks para obligarte a salir con él?". Nadia pregunta, confundida.

"¿Una cita? No. Me ofreció cien mil dólares por acostarme con él".

"¡Maksim!" Mi madre me regaña esta vez.

"Lo sé, lo sé. No te preocupes, Ma... Acabé pagándole doscientos mil".

Las mejillas de Heidi se sonrojan adorablemente al recordar nuestro primer encuentro.

"Bueno, parece que el destino ha tenido algo que ver en todo esto", observa Nadia. "De lo contrario, ¿cómo podríamos haber tenido unos comienzos tan... difíciles y aún así haber encontrado a nuestros seres queridos?".

"Creo que eso solo significa que mis hijos son buenos eligiendo mujeres pacientes e indulgentes", bromea madre con ligereza.

Y una vez más, la mesa estalla en carcajadas. No se equivoca. Mis hermanos y yo hemos sido bendecidos con las mujeres que hemos encontrado. No hace mucho, yo estaba convencido de que ninguno de mis hermanos sentaría la cabeza. Y yo me había comprometido con una mujer, no porque fuera la adecuada para mí, sino porque no quería estar solo.

Ahora estamos con compañeros que no podrían ser más adecuados para cada uno de nosotros a nuestra manera. Me llena de orgullo y alegría ver que nuestra familia no solo prospera, sino que está tan satisfecha. Mi madre tenía razón. Mi padre habría estado muy contento de ver la vida que hemos construido juntos.

Y no podría haber hecho nada de eso sin mi alma gemela a mi lado.

*¿Te ha encantado esta historia?
¿Listo para TODOS los libros de la serie?*

La Estación de la Picardía (Dimitri y Camille)

La Estación del Deseo (Alexei y Nadia)

La Estación de la Ira (Maksim y Angel)